



FALSAS ATADURAS

BARINOV BRATVA | LIBRO 3

BROOK WILDER

FALSAS ATADURAS

BROOK WILDER

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares, sucesos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con hechos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

FALSAS ATADURAS copyright @ 2024 por Brook Wilder y Scholae Palatina Inc. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la utilización o reproducción total o parcial de este libro sin autorización escrita, salvo en el caso de citas breves incluidas en reseñas o artículos críticos.

Libro 3 de la trilogía de la Bratva Barinov.

Portada por Angela Haddon Book Cover Design: <http://www.angelahaddon.com/>

ÍNDICE

1. [Paige](#)
2. [Paige](#)
3. [Andrei](#)
4. [Paige](#)
5. [Paige](#)
6. [Andrei](#)
7. [Andrei](#)
8. [Paige](#)
9. [Paige](#)
10. [Paige](#)
11. [Andrei](#)
12. [Paige](#)
13. [Andrei](#)
14. [Paige](#)
15. [Paige](#)
16. [Andrei](#)
17. [Andrei](#)
18. [Paige](#)
19. [Paige](#)
20. [Paige](#)
21. [Paige](#)
22. [Paige](#)
23. [Andrei](#)
24. [Andrei](#)
25. [Andrei](#)
26. [Paige](#)
27. [Paige](#)
28. [Paige](#)
29. [Andrei](#)
30. [Andrei](#)
31. [Paige](#)
32. [Paige](#)
33. [Paige](#)
34. [Paige](#)
35. [Paige](#)
36. [Andrei](#)
37. [Paige](#)
38. [Andrei](#)
39. [Paige](#)
40. [Andrei](#)
41. [Andrei](#)
42. [Andrei](#)
43. [Andrei](#)
44. [Andrei](#)

45. [Paige](#)
 46. [Andrei](#)
 47. [Paige](#)
 48. [Andrei](#)
 49. [Andrei](#)
 50. [Paige](#)
 51. [Paige](#)
 52. [Andrei](#)
 53. [Paige](#)
 54. [Andrei](#)
 55. [Andrei](#)
 56. [Paige](#)
 57. [Paige](#)
- [Epílogo](#)

PAIGE

ANDREI NO SE HA SEPARADO DE MÍ DESDE QUE ME INGRESARON ANOCHE EN EL HOSPITAL. YO estaba totalmente consciente cuando me trajeron. A través de mis párpados cerrados, podía sentir las brillantes luces del techo mientras la camilla me transportaba de Urgencias a mi habitación. Me mantuve quieta en la cama del hospital y conté mis respiraciones mientras Andrei pedía el mejor médico del Hospital Bernabé para su mujer.

Deseé que me dejara en paz con mi culpa.

Dijimos que no habría más secretos, pero yo guardaba los secretos de Eva cerca de mi corazón. Porque no confiaba lo suficiente en su temperamento. Andrei pudo haber apretado el gatillo, pero me siento responsable de lo que pasó.

Observé con horror cuando Eva cayó al suelo. Esperaba a que ella se levantara, pero permaneció inmóvil en los brazos de Igor.

¿Y si yo le hubiera contado a Andrei lo que sabía? ¿Habría evitado que ocurriera lo inevitable? No, creo que no.

Las mantas de la cama del hospital están tan apretadas que me aprietan los pies. Intento mover los dedos, pero es inútil.

Estoy atrapada bajo las sábanas blancas de algodón y una rasposa manta. Parece adecuado para cómo me siento por dentro: en el lugar más seguro posible, pero atrapada por las decisiones que tomé.

Muevo ligeramente el pie derecho. Andrei se da cuenta y me coge la mano.

—¿Paige? —se cierne Andrei sobre la cama, esperando a que abra los ojos—. Paige, el bebé está a salvo.

Le aprieto ligeramente la mano y giro la cabeza en dirección contraria a su voz. No quiero abrir los ojos y ver al monstruo con el que me casé devolviéndome la mirada. Tendré que enfrentarme a él, pero no ahora.

Mi conciencia me pide tiempo para pensar. Mi culpabilidad está haciendo su agosto con mis emociones. *¿Pequeña Señorita Suertuda?* No, soy la Pequeña Señorita Tonta por dejar que esto llegara tan lejos.

—Sr. Barinov, su esposa necesita descansar —suenan la voz de la enfermera, optimista y alegre, pero con algo de cansancio—. El médico dice que mañana podrá darle el alta.

—Unos minutos más —le responde Andrei, sin soltarme la mano. Percibo su vacilación—. Me iré dentro de unos minutos.

Las anillas de la cortina se deslizan por la barra metálica, impidiendo que se vea mi cama.

—Unos minutos más —le responde ella—. Pero el horario de visitas ha terminado.

Siento cuando Andrei se sienta en una silla y la cama se mueve ligeramente. Él suspira y me lo imagino pasándose la mano por el pelo. Está sentado cerca de mí y susurra sus remordimientos en mi oído como si estuviéramos en un confesionario.

—No era mi intención, Paige —dice. Su voz es grave y está llena de dolor—. Yo no esperaba que ella se pusiera delante de él. Debería haber sabido que algo pasaba. Pero no lo sabía. Yo no sabía que pasaría esto.

Andrei nunca me ha necesitado tanto como ahora. Necesita mi simpatía y mi comprensión. Necesita mi amor. Pero ¿podré perdonarlo por hacer algo tan horrible?

¿Cuántas veces permitirás que se disculpe, sólo para que después haga algo peor, antes de aceptar que él es así? La culpa me asalta con saña mientras le ignoro.

Sí, fue un accidente. Pero, aunque Eva no se hubiera puesto delante de Igor, Andrei habría apretado el gatillo. Nada en el cielo ni en la tierra habría podido detenerle en aquel momento de locura.

Fue como si se hubiera apoderado de él. Y debido a ese momento, nunca volveré a ver a Eva.

Él nunca volverá a ver a Eva.

¿Volveré a ver yo a Emma alguna vez?

Se me escapa un sollozo. Y Andrei se inclina más cerca, su aliento en mi mejilla.

—Paige, sé que me odias. Pero necesito que lo entiendas. Quiero que lo entiendas. Yo no quería esto.

Él toma mi mano con las dos suyas. Yo abro los ojos lentamente y estudio la expresión de su cara. Nunca le había visto tan desesperado. Su ira está siempre a flor de piel, lista para chamuscar y quemar a cualquiera que se acerque demasiado.

¿Pero su dolor?

Siempre ha estado tan oculto en su interior que yo podría engañarme creyendo que no existía en su duro corazón.

Duro corazón, me repito. *No frío*.

Andrei finge porque piensa que le hace más fuerte negar cualquier otro sentimiento que no sea el odio. Ha olvidado que la pasión existe tanto en el odio como en el amor.

—Yo amaba a mi madre —continúa él—. Y el amor le hizo esto. ¿Qué puede hacer el amor sino

causar dolor? No era mi intención, pero me cegó el dolor y, lo admito... los celos. Sólo el amor puede herir de esta manera. No quiero volver a causar este dolor.

Sus palabras me dejan helada. *¿Ha cambiado de opinión sobre nosotros?*

Andrei es la razón por la que yo soy débil. La razón por la que no me iré. Como una polilla a la llama, me atrae la oscuridad de sus ojos. No puedo existir sin ella, es la posesividad que finjo no querer.

Pero, ¿acaso he confundido la posesividad con el amor?

¿Puedo alejarme y resistirme a Andrei antes de ser yo la que esté en la tumba?

—Andrei —digo, con voz suave—, necesitas descansar. Aquí yo estoy a salvo.

Andrei se lleva mi mano a los labios. Cierra los ojos con fuerza, como si rezara sobre mi mano. Entreabre los labios como si fuera a hablar, pero se detiene. Quizá se da cuenta de que no es el momento de decir mucho.

Él ya lo ha hecho. Escuché el remordimiento en su voz cuando dijo que había dejado que el amor se interpusiera en su camino.

—Paige, todo irá bien —me besa suavemente en la frente—. Yo encontraré a Emma.

Retiro mi mano y la aprieto con fuerza formando un puño. Quiero gritar y decirle que no vaya a salir de aquí disparándole a todo lo que se cruce en su camino. Pero no lo hago. No digo ni una palabra de lo que estoy pensando. Mi mente da vueltas y vueltas, y me doy cuenta del error que casi cometo.

No puedo vivir con este hombre. Pero tengo que quedarme hasta que Emma vuelva. Después de eso, tomaré a mi hermanita y huiré.

—Andrei —suavizo más mi tono para ocultar mis sentimientos de ansiedad—. Por favor, vete a casa y descansa un poco.

Él sacude la cabeza.

—Descansaré cuando esté muerto —dice. Sus ojos brillan como ónice pulido, y sé que buscar venganza es la única forma que tiene de afrontar lo que ha hecho. Es la única forma en que cree que puede expiar sus pecados.

La voz de una enfermera se eleva al otro lado de la puerta mientras entra arrastrando los pies en la habitación, intentando retener a alguien. Andrei gira hacia la puerta y yo cierro los ojos para no ver la horrible imagen de su pistola.

Él se queda inmóvil, con la mano en la cadera, cuando es Dmitri quien entra.

—Señor, el horario de visitas terminó —balbucea la enfermera cuando Dmitri se pasa la mano por la frente, mostrando la cicatriz y los tatuajes de los dedos. Al instante, ella se da cuenta de lo que somos y me lanza una mirada de sorpresa antes de salir corriendo de la habitación.

—No tardaremos —le dice Dmitri, y luego baja la voz para agregar—: Andrei Vasilyevich, hay alguien dispuesto a hablar.

Andrei asiente, y Dmitri sale de la habitación sin mirarme.

No pasa nada. Volvemos a lo de siempre. Soy la pequeña tonta que cree que puede competir con el verdadero amor de mi marido: su Bratva.

Andrei se inclina para besarme la mejilla y yo le doy la espalda. Me besa de todos modos. Sus dedos tiran suavemente de mi cabeza hacia la suya. No digo ni una palabra mientras mi propia rabia empieza a bullir entre mis miembros. Quiero levantarme de un salto y empujarlo. Quiero decirle lo que realmente pienso y hacerle comprender que ni yo ni el bebé le importamos.

He sido una tonta. Una tonta enamorada. Esa soy yo. Quería su amor. Y me costó mi familia... y la suya.

—Paige, volveré por la mañana —dice Andrei y sale por la puerta antes de que yo pueda despedirme.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas y me las limpio con el dorso de la mano. Pero no hay tiempo para compadecerme de mí misma. Tengo que pensar con claridad, sin dejar que el amor y el miedo vuelvan a cegarme.

Emma me necesita. Mi bebé me necesita.

Más de lo que cualquiera de ellos necesita a Andrei.

PAIGE

POR LA MAÑANA, ANDREI NO APARECE. Y YO DEBO HABERME DORMIDO DE NUEVO MIENTRAS pensaba en tontas formas de escapar de este lío. Cada escenario posible ha pasado por mi mente cientos de veces, y pensar demasiado es inútil. Necesito un plan decente, hasta ahora no he planeado una huida con éxito.

La enfermera de la mañana me acerca la bandeja del desayuno con una sonrisa tensa y vuelve a preguntarme si quiero hablar con un asistente social. Sé lo que están pensando, las enfermeras se paran y cuchichean en el pasillo.

Su marido le hizo esto.

El muy cabrón debió de empujarla por las escaleras, la pobre.

Está demasiado asustada para pedir ayuda.

Me enfoco en la televisión, las noticias locales suenan seguido. Por supuesto, no mencionan lo ocurrido. Aunque no me habría sorprendido ver nuestras imágenes en la pantalla. Mi apetito se calma al mirar la avena grisácea que me trajeron, pero mi estómago gruñe cuando la aparto. Tomo un bocado, frunzo el ceño cuando se me pega al paladar.

¿Qué voy a hacer?

El sonido de unos pasos me alerta, pero no reconozco al hombre que entra en la habitación. Lleva un ramo ridículamente grande que le oculta la cara. Pero por su caro traje de diseñador sé que es de la Bratva.

Ay, Dios. ¿Hay un arma oculta en las flores? ¿Dónde está Andrei? El sudor de mi piel se convierte en una capa de escarcha cuando se detiene junto a la cama. Frenéticamente, busco el timbre mientras él baja el ramo.

—Paige Geraldovna, querida, ¿cómo te encuentras? —me saluda el hombre. Me resulta familiar, y tardo un segundo en reconocer a Valeri Kozlov, el hombre que estaba con Talia cuando Andrei y yo fuimos al mismo restaurante donde ella me abordó una vez.

Valeri deja el ramo sobre la mesilla de noche. Un arreglo exagerado de rosas rojas y naranjas en un jarrón de Winston Flowers.

—Estábamos preocupados por ti luego de enterarnos de la noticia —me dice.

Me fijo en su sonrisa ridículamente chulesca.

—¿Cómo os habéis enterado? —le contesto, mientras me siento más erguida en la cama.

Valeri toma el mando y levanta gentilmente la cabecera de la cama.

—La gente habla, incluso cuando no debe. Hablando de eso... —se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta y saca un iPhone de color rosa metálico. Es el teléfono de Emma—. Alguien quiere hablar contigo —en cuanto me lo entrega, el nombre de Talia se ilumina en la pantalla.

—Te gusta fingir ser un caballero cuando en realidad eres un gilipollas con traje de Gucci —siseo, mirando fijamente al tramposo capullo.

Sonríe, pero no dice nada mientras me acerca a la pantalla.

—Hola, Paige. ¿Cómo estáis tú y el bebé? —ronronea Talia en el teléfono, como si no deseara que yo estuviera muerta.

—No estás interesada en ninguno de los dos —le digo bruscamente.

—Lo estoy —responde con firmeza—. Y mi oferta sigue en pie... un Reyes por un Reyes.

Mi hostilidad se desata, y me importa un bledo si sueño como una zorra.

—Yo estuve allí, Talia, y tú nunca apareciste.

—Por favor. ¿Acaso parezco tan tonta como tú? —se ríe—. Tu marido piensa que sí. Yo no iba a dejar que me disparara en la cabeza.

—No hay trato a menos que puedas probar que Emma está viva —digo y necesité todo en mí para decirlo, pero me niego a mostrar miedo. La pantalla se pone negra y aparece una imagen de Emma sentada en una silla de cocina con las manos atadas con bridas. Parece cansada y aún lleva la misma ropa que usaba en la cafetería, pero está viva.

—¿Quieres decirle algo a tu hermana? —dice Talia, no estoy segura de con quién habla, pero Emma abre los ojos horrorizada. Muy tarde, me doy cuenta de que no sabe que estoy en el hospital.

—Emma, no te preocupes —le digo rápidamente—. Yo estoy bien. Iré a buscarte.

Ella intenta levantarse, pero una gran mano la sujeta por el hombro y la obliga a sentarse.

—Entonces, ¿hay trato? —dice Talia, sonriendo de placer al teléfono—. En este momento, ambas estarían más seguras conmigo.

—Tienes que dejarla ir esta vez —le digo.

—Soy una mujer de palabra, Paige —contesta Talia, sonriendo ante mi quejumbrosa amenaza—. Y tú vendrás, porque eres una buena hermana.

La llamada termina y Valeri me quita el teléfono de la mano.

—¿Espero a que te vistas? —me pregunta.

Le miro mal y me muevo casi tiesa hacia el borde de la cama. Él alarga la mano para ayudarme a

levantarme y no me aparto de su contacto. Mi cuerpo aún grita de dolor por la caída. Necesito su ayuda para ponerme de pie. Agarro la parte de atrás de la bata y la cierro bien mientras me arrastro hacia el armario.

—Cierra los ojos —le ordeno—. Y date la vuelta.

Sonriendo, sus ojos recorren mi cuerpo.

—Ya no eres un ratón, Paige Geraldovna. Me gustan las mujeres poderosas.

—¿No tienes ya una en casa? —le espeto.

Valeri se acomoda en la silla más alejada de la cama mientras yo corro la cortina que nos separa.

—Cuando te conocí, me pregunté cuál era tu atractivo —afirma despreocupado tras la cortina—. Por qué un hombre como Andrei Barinov te elegiría. Pero ahora lo entiendo. Talia sólo es leal a sí misma.

—¿Ella no haría lo que yo estoy haciendo? —pregunto—. ¿Ni siquiera por un hombre tan encantador como tú?

Valeri se ríe con sinceridad.

—¿Por dinero? Sí. ¿Por amor? No.

Respiro hondo.

—¿Cómo ha tratado a mi hermana?

Hace una pausa para pensarlo, pero no me llega ningún pronóstico.

—Mejor que a la mayoría. Mejor que a ti. La chica nunca vio el sótano. Nunca vio las cosas que tú viste.

Aliviada, doy un suspiro mientras me pongo los zapatos. Lo único que temía más que perder a Emma era saber que había sido dañada por algo que ella pudiera ver. Nunca olvidaré lo que vi en aquel sótano, y siempre estará en mis pesadillas.

Busco información.

—¿Mi primo conoce a Talia?

Valeri descorre entonces la cortina y su encanto ya ha desaparecido.

—He venido a buscarte. No a responder tus preguntas —dice.

—No te preocupes. No te he confundido con ningún amigo —le contesto.

—Sugiero que nos pongamos en marcha antes de que aparezca tu marido, con su dedo de gatillo alegre —indica él con una sonrisa.

Bajo rápidamente la mirada, pero me repongo antes de abrir la cortina. Si Andrei aparece antes de que nos vayamos, me detendrá. Y me estremezco al pensar cómo reaccionará si ve a Valeri.

Valeri me agarra del brazo mientras caminamos por el pasillo.

—No notarán que un preocupado amigo sale con una mujer herida por el monstruo de su marido —me explica—. Fui muy persuasivo con los de recepción.

No me atrevo a mirar hacia la enfermería cuando pasamos. Las pocas enfermeras que hay detrás del mostrador siguen absortas en su papeleo. Las puertas automáticas del final del pasillo se abren y en tres minutos salimos del vestíbulo.

Una vez más, salgo tranquilamente del hospital a instancias de mi secuestrador.

Frunzo el ceño hacia Valeri cuando veo el Lamborghini azul aparcado al borde del estacionamiento del hospital, sobresaliendo como un lobo hambriento ante un rebaño de asustadas ovejas.

—Lo estás poniendo muy fácil —le digo.

—No te preocupes, Paige Geraldovna —sonríe él—. Tenemos ventaja.

ANDREI

ME OBLIGO A CRUZAR LA PUERTA PRINCIPAL DE LA CASA, DESEO NO ESTAR SOLO. A LO LARGO DE las paredes, mi sombra me sigue como un intruso que me engaña haciéndome creer que hay alguien más aquí.

El suelo de mármol resuena bajo mis pies. Me detengo, prestando atención al ruido que creía haber oído. El vacío pesa sobre mí hasta que la paranoia me eriza el vello de la nuca. Por instinto, me vuelvo hacia las escaleras, esperando ver a mi madre bajando en su habitual silencio.

Cierro los ojos, deseando gritar sus nombres para traerlos a todos de vuelta.

No quería volver a la casa sin Paige. Nada me apetecía más que dar media vuelta y apresurarme a volver a su lado. Cada habitación parece más fría y oscura sin ella. Un recordatorio físico del vacío que siento y del pesar que todo lo consume. Egoístamente, quiero a Paige conmigo para que pueda ayudarme a ahuyentar a los fantasmas.

Pero ella quería que la dejara sola en el hospital. Lo noté. Sólo que ella no lo dijo.

Además, tenía que irme por su propio bien.

Entro en mi despacho y me cambio a una camiseta y unos vaqueros para pasar desapercibido. Fuera cruje la grava y Dmitri me espera en el Rover. Son más de las tres de la madrugada. Cierro la puerta y ordeno al pasado que no me moleste.

—Tengo a un tipo dispuesto a hablar. Se llama Kelsey Harper —me dice Dmitri al entrar en la autopista—. Estaremos en *Croton-on-Hudson* en cuarenta minutos. Trabaja para los Novikov y dice tener información.

—Lo dudo —respondo—. Pero si intenta algo...

—No vivirá para chivarse —responde Dmitri. Luego enciende la radio, como deseoso de llenar el coche de ruido. Quizá él tampoco quiera hablar de lo que pasó anoche.

Espero por el bien de ese hombre que no sea una trampa. Voy a descargar todo mi dolor y toda mi rabia contra él. ¿Acaso fue eso lo que pasó cuando vi a Igor? ¿Perdí el control? ¿Y ahora debo vivir con las consecuencias de mis acciones? ¿De verdad me he convertido en el hijo de Vasili?

Cierro mis ojos y los froto con mis dedos mientras intento escuchar alguna estúpida canción pop y no a mis pensamientos.

Dmitri pasa por delante de un puerto de pequeños botes y luego se desvía de la carretera principal por un camino de un solo carril que es más de tierra que de grava. Un hombre se perfila frente a la luz de una linterna y se acerca al Rover mientras Dmitri baja la ventanilla.

—Vivo aquí —señala la bahía.

—¿En el agua? —se burla Dmitri—. ¿Me tomas por tonto, Harper?

—Sobre el agua, imbécil ruso —le corrige el tipo—. Tengo un barco anclado en *Half Moon Bay*. Tengo un bote de remos que nos llevará hasta allí. Allí podremos hablar sin que nos molesten.

No suelo aceptar invitaciones así de desconocidos. Pero Kelsey Harper no despierta ninguna confianza o antipatía en particular. Estudio su rostro ensombrecido bajo la luz artificial. Sus rasgos son fuertes, pero como atormentados tanto por ansiedad como por culpa. Su boca hosca está lastrada por una permanente tristeza. Su mirada es dura, pero algo en sus ojos delata un atisbo de desesperación.

La desesperación es peligrosa en un hombre roto. A pesar de todo, me arriesgo y salgo del coche. Dmitri me observa y seguro se pregunta si me he vuelto descuidado, dispuesto a tentar a un desconocido con la esperanza de que me mate.

Es cierto que es una imprudencia, pero aun así le sigo por un camino cubierto de hierba. Dmitri cierra el Rover y se apresura a alcanzarme. Pronto estamos sentados en el bote de remos mientras él nos lleva hacia el centro de la bahía.

El barco no es un yate lujoso. Da la impresión de haber sido un barco de pesca antes de ser lavado, renovado y pintado de blanco. Es como un perro callejero cuyo dueño nunca puede demostrar que es de pura raza, no muy diferente a su dueño. Pero el barco rezuma calma mientras el agua golpea sus costados.

Kelsey nos invita a pasar al camarote, pero yo prefiero quedarme en cubierta. Ya he corrido suficientes riesgos. Me siento bajo una escotilla cerrada, sintiendo una brisa fresca en la espalda.

—Bueno, aquí estoy —digo—. Te escucho.

Kelsey se sienta frente a nosotros sobre un ladeado rollo de cuerda. Se le ve una cicatriz en la mejilla cuando frunce el ceño, y habla con rabia contenida, pero sin ocultar su amargura.

—Primero, quiero que tú me lo cuentes todo. Puede que otros se conformen con explicaciones poco convincentes, pero yo no. Me enteré por Igor Karamazov que fuiste tú quien lo planeaste. Que organizaste la masacre de la boda para deshacerte de tu padre, Vasily. Pero también oí que huías para salvar tu vida.

Yo no esperaba que me interrogaran, y mi voz se endurece.

—Yo no tuve nada que ver con la masacre de la boda. Mi madre e Igor conspiraron para matar a mi padre.

—¿Por eso les disparaste? —pregunta Kelsey.

Mi mandíbula se endurece y mis palabras suenan como un siseo hirviente.

—No estoy aquí para hablar de lo que yo he hecho.

Kelsey aparta la mirada para ocultar sus emociones. Está ligeramente nervioso pero muy hostil. Tal vez eso le brinda una audacia que seguro rara vez posee. Pero hay algo más. Angustia. La reconozco porque ahora, la conozco íntimamente.

—Pero tú estabas allí con tus guardias —presiona imprudentemente—. En la boda. Salvaste a la chica.

—¿Te refieres a mi esposa? —pregunto burlonamente, y él asiente—. Conocí a Paige Reyes ese mismo día. Los Novikov habían jurado lealtad a mi padre, así que les proporcionamos guardias en su boda. Nunca pensé que los necesitaríamos. Las bodas y los funerales son sagrados... o al menos lo eran —miro mi reloj como advertencia para él—. ¿Qué información tienes para mí?

—Tengo que estar seguro —continúa Kelsey temerariamente—. ¿La habías visto antes?

—Ya te he dicho que no —respondo con un rastro de fastidio—. Fue un plan de otra persona. Yo no tuve nada que ver. No me hagas repetirlo. ¿Qué sabes tú?

Mi enfado no le intimida. Kelsey se levanta, pateo el rollo de cuerda y camina hacia mí como una ardilla enfadada que ha perdido las nueces.

—No te importa que Varya esté muerta. Pagué para enterrarla, pero eso no te importa. Varya Frolov *era mi chica*. Se suponía que nos casaríamos. Teníamos un acuerdo. Pero su padre no lo aprobó. Él quería un yerno ruso. Uno con conexiones y dinero. Y yo estaba muy lejos de eso.

Dmitri se levanta y se tambalea mientras el barco se mece sobre las suaves olas.

—Olvídate de ti, Harper. Recuerda por qué estamos aquí. Será mejor que no mientas. Será mejor que sepas algo, o si no.

Kelsey se ríe como si fuera una broma.

—¿No te importa si disparas a una persona más?

Pongo la mano en el brazo de Dmitri y lo guío de vuelta a su asiento. La prematura muerte de Varya hirió profundamente a Kelsey, y ahora comprendo mejor al hombre. Mantengo la calma e intento evitar que su ira me contagie.

Le observo como si me observara a mí mismo. Y en muchos sentidos, lo estoy haciendo.

Mi voz es tranquila cuando hablo.

—Juro por mi Bratva que no he tenido nada que ver con esa masacre.

Kelsey se burla, arrojando algo pequeño fuera del bote y al agua. Hay un montón de piedras a sus pies. Debe de pasarse horas sentado mirando al horizonte, pensando en cómo todo podría haber sido diferente.

—Me resulta difícil ponerme en el lugar de alguien que mata a diario y luego se encoge de hombros con indiferencia —agrega él.

Esta vez, no contengo mi irritación.

—No estoy aquí para ofrecer mi simpatía. No me quedaré a escucharte lloriquear por lo que perdiste.

Me mira fijamente.

—Cálmate. Y tengamos cuidado con lo que decimos.

—Vine aquí esperando respuestas, pero lo único que has hecho es interrogarme con tus descabelladas sospechas. Creía que eras Bratva. Sabes qué esperar. Conoces la vida que llevamos. Sí, he matado, pero no mentiría sobre no haber matado a una persona —le devuelvo la mirada—. Además, no llevo la cuenta.

Kelsey aprieta los labios y mira fijamente las aguas oscuras y tranquilas. De repente, me pongo en alerta, preguntándome si va a tirarse al agua. Pero la tensión le abandona y sus brazos cuelgan sueltos a los lados.

—Sólo quiero saber la verdad antes de irme —dice en voz baja.

Dmitri estrecha la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pienso huir —Kelsey vuelve a sentarse en el rollo de cuerda—. Hablo contigo porque tenía que asegurarme de que lo que sabía no era mentira. Y quiero un favor a cambio.

—Lo mismo que todos —Dmitri pone los ojos en blanco, suspirando—. ¿Qué quieres?

Se inclina hacia nosotros y dice las palabras en voz baja.

—Que mates al responsable de la muerte de Varya. La Bratva Karamazov se ha aliado con la Bratva Nikitin.

Dmitri fulmina con la mirada a Kelsey.

—Esa ya lo sabemos...

—Gleb Novikov también se ha unido a ellos —le interrumpe Kelsey, levantando la mano.

Un disgustado Dmitri hace callar a Kelsey y se vuelve hacia mí.

—Igor está muerto. Gleb es un niño, y Afanasy Nikitin es un cobarde.

—No, Talia Nikitin —ríe Kelsey—. El viejo tiene miedo de su propia hija. La consintió durante demasiado tiempo y ahora ella es un terror imparable. Él tartamudea y tiembla cada vez que ella entra en la habitación. Es una hija de puta más mala de lo que él jamás soñó ser.

—Entonces, ¿Karamazov no fue el responsable? —pregunta Dmitri—. Vimos a sus hombres. Vinieron a por nosotros.

—Talia estaba influyendo sobre Igor. Nunca cuestionó lo que hizo con sus hombres porque tenían un objetivo común. Acabar contigo.

Me froto la barbilla, pensativo, mientras relaciono a los participantes con sus acciones.

—Entiendo por qué ella lo querría, pero ¿por qué Igor?

—Si tú caías, él podía casarse con tu madre —responde Kelsey—. Pero fue un tonto; tú no caes

fácilmente. Y no había prerrogativa contra ti. Hasta ahora.

—¿Te refieres a mi mujer? —le pregunto.

—Tu mujer *embarazada* —me recuerda Kelsey—. ¿Quieres saber la verdad? Era su primo, el policía, quien la quería muerta.

Recuerdo lo que dijo Igor sobre un policía corrupto antes de dispararle. Evocar la imagen de la cabeza de mi madre echada hacia atrás me estremece, pero debo seguir adelante.

—¿Por qué? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—De eso no tengo ni idea. Solo sé lo que sé.

Su respuesta le salva la vida. Si me está diciendo la verdad, si Kelsey hubiera mencionado las cuentas, todos las Bratva lo sabrían. Aún hay tiempo.

—Se rumorea —continúa Kelsey—, que él está trabajando con Talia.

—Será *para Talia*. A esa chica no le gusta compartir —le corrijo.

—No, *con ella* — me responde—. Tienen una sociedad. Le ha garantizado que la policía se hará la vista gorda ante ella.

—¿En serio? —Dmitri se inclina hacia delante para ponerle a prueba—. ¿Por qué no nos dices el nombre del policía? Así sabremos que no eres un mentiroso.

—Detective Kenney Grant —responde Kelsey—. Él y Gleb organizaron la matanza en su boda, para que Gleb pudiera quitarle la Bratva a su padre. Igor quedó impresionado por la audacia del plan. No creo que él quisiera la muerte de tu esposa, pero Kenney Grant definitivamente sí.

Me froto los brazos como si el shock me hubiera impactado por fin. Todos los nombres habían estado flotando alrededor, pero nunca hice las conexiones. Pensaba que Vasily tenía a todo el mundo bajo su pulgar, pero subestimó lo que estaban dispuestos a hacer para liberarse.

—Tengo vodka. No del bueno al que estás acostumbrado —se ríe Kelsey—. Pero quema las entrañas y nos calentará.

—Pues a mí me parece bien. Sírvenme un vaso —digo y me río con él.

Bebemos en la oscuridad, sintiéndonos a gusto en compañía del otro. Sé lo que él espera de mí, y la única forma de que eso ocurra es que abandone su barco con vida. El cielo empieza a aclararse hasta adquirir un azul grisáceo, y el único sonido es el chapoteo ocasional de un pez al romper la superficie del río.

Kelsey empieza a contarnos los entresijos de las tres Bratva: dónde guardan las armas, de dónde sacan a los hombres y dónde planean dar el siguiente golpe. Información clave que de por sí habría justificado el viaje. Pero el nombre de Kenney Grant confirma mi primera sospecha.

Siempre se ha tratado de Paige.

Le interrumpo.

—Sabes que, si huyes, igual irán a por ti.

Él asiente.

—Pero yo sé que tu Bratva ganará y yo estaré a salvo. Si no, soy hombre muerto de todos modos.

Dmitri levanta su copa.

—Por una muerte rápida —y se bebe el resto—, y que nuestros enemigos vivan mucho y sufran.

Kelsey nos lleva a la orilla y me tiende la mano. Se la estrecho antes de desembarcar. Dmitri y yo ya estamos en la orilla y, a lo lejos, el amanecer rasga el cielo, como con dedos rosados. De repente, la quietud se ve interrumpida por un ruido sordo, apenas audible al principio, pero que se hace cada vez más fuerte. El barco de Kelsey se desliza desde la bahía hacia el río. Lo conseguirá si ellos se han olvidado de él.

La orilla cubierta de hierba huele a barro fresco y la humedad del aire se adhiere a mi ropa. Me recuerda algo que siempre intentaré olvidar.

—Vámonos de aquí, Dima.

Mi teléfono se enciende en cuanto el Rover llega a la autopista. Son casi las ocho de la mañana, y el resto del mundo está en pie y en movimiento. Me voy a casa, me pongo un traje y me dirijo al hospital para traer a Paige a casa.

—No está en la habitación. No se le ha dado el alta —la voz de Viktor suena en el teléfono, apenas por encima de un susurro en cuanto pulso responder—. Pero tengo una pista.

Dmitri y yo escuchamos por el altavoz del coche.

—¿Cuál es la pista? —pregunta Dmitri.

—Flores de Winston—responde Viktor—. Fueron compradas usando la cuenta de Talia. Además, el guardia en el estacionamiento dijo que vio un Lamborghini azul estacionado aquí esta mañana temprano.

DMITRI CONDUCE a toda prisa hacia Twin Rivers y lo pasa de largo, dirigiéndose a la zona obrera de la ciudad.

Talia sabe que puedo rastrear mi propio coche. Otro truco, otra trampa. Yo debería haber sabido que Talia tenía a Igor bailando en una cuerda atada a su dedo. Igor tenía razón. Él no habría jugado todos estos juegos conmigo. Habría concertado una cita, nos habríamos visto, y sólo uno de los dos se habría marchado.

¿Por qué pensé que Paige me escucharía? Me engañó. Otra vez.

Pensé que estaba demasiado agitada como para hacer una tontería. Poco a poco la culpa se convierte en rabia.

No contra ella, sino contra aquellos que podrían lastimarla si no los detengo.

PAIGE

VALERI Y YO ESTAMOS TAN CERCA DENTRO DEL ESTRECHO INTERIOR DEL COCHE QUE SIENTO UNA punzada de preocupación. Me pregunto qué haría Andrei si nos ve así. Intento no temblar. Pero, ¿a quién importa lo que piense Andrei?

Seguro él está en algún lugar defendiendo su Bratva, así que yo puedo hacer lo que quiera. Calmo mis nervios con falsa bravuconería mientras Valeri toma otra curva demasiado rápido.

Además, estoy aquí para conseguir lo que realmente importa. Tengo que aprovechar cualquier oportunidad que tenga para salvar a Emma.

Valeri me mira y sonrío. El hombre es completamente consciente de su propia belleza mientras el viento sacude el brillante cabello sobre sus ojos. Sus encantos no me afectan de la misma manera que engañan a Talia. Sus movimientos son deliberados y calculados para lograr pleno efecto en mujeres crédulas.

Andrei ridiculiza a Valeri por ser una pálida imitación. Una versión ligera de sí mismo a la que Talia puede mandar y arrastrar detrás de ella como si tuviera una correa.

Quizás Valeri me habría impresionado si lo hubiera conocido primero. Pero Andrei es un hombre al que nunca se debe subestimar. Algo que Talia y Valeri aún no han aprendido.

Después de un paseo de veinte minutos en círculos, Valeri detiene el auto frente a la casa de mi padre. Me le quedo mirando.

—¿Es esto una broma de mal gusto? —le pregunto incrédula. De regreso al horrible comienzo.

—¿Estás hablando conmigo de nuevo? —se ríe él y apaga el coche.

—Oh, ¿teníamos una conversación en el coche? —respondo con aspereza—. Pensé que te gustaba el sonido de tu propia voz, así que no te interrumpí.

Me toma firmemente por el codo y me atrae hacia él.

—¿Sabes por qué ella te odia?

—Cuando dices ella, ¿te refieres a *Talia*?

—Por supuesto, sí —me acerca más hasta que nuestros cuerpos se tocan—. Ella te odia porque eres decidida. Ella no esperaba que duraras tanto. Serías rival para ella si no te preocuparas tanto

por él. Entonces, ¿por qué lo haces?

Miro fijamente a los ojos de Valeri.

—Porque lo amo.

—¿Estás segura? —inquire—. Él no es un hombre fácil de amar.

Ridículo. Intento alejarme, pero los estrechos confines del coche me imposibilitan. Lo intento de todos modos, pero Valeri nunca suelta su agarre.

Me sonrío, me agarra del hombro y me da un beso del que no puedo escapar. Aprieto los dientes mientras él intenta meter su lengua en mi boca.

Lo mataría en el acto si tuviera un arma en la mano. Tiemblo mientras un escalofrío recorre mi piel. Intento con todas mis fuerzas bloquear el siguiente pensamiento, pero se abre camino.

¿Es así como se sintió Andrei cuando vio a Igor?

Valeri es lo suficientemente inteligente como para dejarme ir antes de que pueda actuar según mis pensamientos.

—Mi marido te atrapará —lucho, desesperada por darle una bofetada en la cara.

—No es una gran amenaza en este momento —ríe Valeri.

Me libero de su agarre y salgo del coche.

—No me parezco en nada a Talia. Y nunca vuelvas a intentarlo —cierro la puerta del coche y le frunzo el ceño a través de la ventana.

Se ríe mientras le muestro el dedo medio. Verme actuar como una mocosa que desafía a la autoridad no le molesta. El bastardo me observa mientras subo las escaleras de la casa.

—¿Puedes encontrar tu propio camino de regreso? —me grita.

Luego acelera el motor tan fuerte que vibra contra mis tímpanos y luego un destello azul desaparece al doblar la esquina. No tiene necesidad de verme entrar. Valeri sabe que tengo muchas ganas de hacerlo.

Las emociones me inundan y casi me mareo cuando cruzo el umbral, veo mi antigua casa con otros ojos. Es como si nunca hubiera vivido aquí. Camino hacia el centro de la sala y giro en círculo como si estuviera recorriendo un museo.

Sobre el felpudo junto a la puerta hay un montón de cartas abiertas, y el polvo de los muebles permanece intacto. Distraídamente, me pregunto si debería abrir una ventana y dejar entrar un poco de aire fresco. Enciendo el interruptor de la luz, pero no pasa nada.

Me aseguro que la factura no ha sido pagada y que no es una trampa. La casa parece intacta excepto por los reveladores signos de papeles esparcidos por el suelo.

La laptop de papá está en su sillón. Supongo que porque sólo tiene archivos de música.

Me pregunto cuántas personas han registrado nuestra casa.

Me muevo lentamente, camino con cautela por la sala de estar hasta la cocina. Luego me congelo en mi sitio.

Emma está sentada en un taburete en medio de la cocina con las manos atadas. Tiene un pañuelo atado alrededor de la boca para amortiguar sus gemidos.

Verla allí, indefensa y sola, me abre un agujero en el corazón.

Entrando en pánico, corro hacia ella y le saco la mordaza de la boca. Su rostro pálido y sus ojos muy abiertos me miran mientras le desabrocho la cuerda alrededor de las muñecas. La felicidad debilita mis rodillas mientras me aferro a ella, aliviada de que esté viva.

Mis brazos la rodean y la calidez de su cuerpo me llena de una sensación de seguridad. Ella está a salvo y estamos juntas de nuevo. Lo hice. La he salvado. Emma me mira con una expresión que no puedo expresar con palabras.

—Emma, ¿estás bien? —susurro—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Dónde están ellos?

Ella mira hacia el rincón más alejado de la habitación, junto a la puerta del sótano, mientras una sombra se refleja en la pared.

—Sonya, ¿qué estás haciendo aquí? —digo al verla, sonriendo de manera poco convincente—. Me alegra que estés aquí. Me alegro que estés bien.

Emma me abraza con fuerza y sus cortas uñas se clavan en mi piel. Me impide seguir adelante.

—¿Dónde está Andrei Vasilyevich? —pregunta Sonya con voz áspera—. ¿Te envió sola?

Mi agarre se aprieta con más fuerza en el brazo de Emma mientras espero a que Talia salte como un duende de debajo de la cama.

Sin ser demasiado obvia, miro alrededor de la cocina y trato de descubrir si hay alguien más.

Sigo la dirección de la mirada de Emma. Sonya nos mira con saña; su largo cabello está sucio y no lleva maquillaje. No es la Sonya que conozco.

Emma comienza a respirar más rápido mientras mira el arma en la mano de Sonya.

Sonya se burla.

—Pensé que él nunca perdía de vista a su preciosa Paige.

—No entiendo —respondo lentamente—. ¿Por qué estás tú aquí?

Sonya no responde a mi pregunta.

—Estás bien ahora que has recuperado a tu hermana, ¿verdad? Al diablo con el resto de nosotros, ¿no? Tú eres la razón por la que nuestras vidas se han ido a la mierda. El por qué mi madre está muerta.

Mi corazón empieza a latir con fuerza, pero debo mantener la cabeza fría. Tengo que vencerla. Persuadirla de que yo no soy el problema. El dolor la ha convertido en una persona que ya no conozco.

—Lamento lo que pasó, Sonya. Todos lo sentimos.

—¿Eso es todo? —pregunta, apuntándonos con el arma—. El hijo de Vasily se fue a su racha de asesinatos —ríe sin humor—. Entonces, que su tonta esposa se disculpe debería ser suficiente.

Levanto mis manos como para rechazarla.

—Estás molesta. Esta no eres tú.

Sonya sacude la cabeza y sonríe con malicia.

—También pasé tiempo con Talia. Y al igual que a ti, Paige, me cambió.

—Oh Dios, ella no te metió en una celda, ¿verdad? —digo y me acerco a Sonya, ella apunta con el arma a Emma—. ¡Deja ir a Emma! —le grito—. Pase lo que pase. Por favor déjala ir. Un Reyes por un Reyes —digo y me pongo delante de mí hermanita, avanzando lentamente hacia el pasillo—. ¿Qué deseas?

—¿Tu marido enterró a mi padre en el bosque junto a mi madre?

—¿Qué dice ella? —susurra Emma y se detiene.

Sonriendo, Sonya alza la voz.

—Sí, Emma. Tu cuñado le disparó a mi madre en la cabeza y a mi padre en el corazón. Tal como hubiera querido Vasily Barinov.

Emma retrocede y luego sale corriendo de la cocina, derribando el taburete. La oigo caminar por el pasillo hacia nuestro dormitorio y luego luchar con la puerta antes de abrirla.

Yo me quedo en la cocina entre Sonya y ella. Sonya levanta el arma y su mano comienza a temblar violentamente. Matar a alguien no es tan fácil como parece.

—¡Date la vuelta, Paige! —me dice, con lágrimas en los ojos—. No me mires así.

—No, no lo haré —le digo.

Agarrando el arma con ambas manos, Sonya comienza a jadear como si hubiera corrido rápidamente una milla.

—Debería dispararte y dejarte aquí para que Andrei te encuentre. Talia dice que Andrei sólo te quiere para tener al bebé, pero eso no es cierto, ¿verdad?

Suplico en silencio, no por salvar mi vida, sino para que ella entienda.

—Sonichka —le digo, usando el nombre que a menudo le escuché decir a Eva—. Andrei lamenta lo sucedido. Lo lamenta profundamente. Él nunca será el mismo. Ella también era su madre.

Sus manos dejan de temblar mientras su respiración se hace más lenta. Pero la mirada oscura en sus ojos me hace saltar. Por un momento, es como si estuviera mirando a Andrei a los ojos.

—Debería dispararle a él —resopla ella— No a ti. Si lo hiciera, podríamos estar todos a salvo.

Oigo que la puerta principal se abre detrás de mí y unos pesados pasos entran corriendo en la

casa. Me doy la vuelta cuando Andrei entra a la cocina.

Sé que es estúpido, pero mis instintos son demasiado fuertes para ignorarlos. Lo rodeo con mis brazos y me aferro a él, como protegiéndolo del arma de Sonya.

—Ella te quiere muerto —susurro.

Él me empuja suavemente a un lado.

—Por supuesto que sí —se dirige a Sonya—. ¿Con quién huiste? ¿Dónde te escondiste?

—Yo no hui —espetea ella—. No te tengo miedo, Andrei Vasilyevich —agrega, pero no puede sostener el arma con firmeza.

Él baja la voz.

—Sonya, fue un accidente.

—¡No, no lo fue! —niega ella con la cabeza—. Tú *querías* dispararle a mi padre. Apenas conocía a Igor Karamazov y ahora nunca lo conoceré. Nunca podré preguntarles por qué. ¿Por qué no pelearon por *mí*? ¿Por qué no me criaron juntos? ¿Por qué Eva te eligió a *ti*?

—Vasily los habría matado a ambos —responde él con firmeza.

—Pero en cambio, lo hiciste tú —Sonya levanta el arma más alto—. Te odio por lo que me has robado, ¿y por qué, Andrei? ¿*Por ella*? —le grita mientras yo me aferro a la encimera de la cocina—. Ella no es uno de nosotros. ¡Ni ella ni su hermana!

—Paige y Emma no tienen nada que ver con lo que pasó —responde él con calma—. He tratado de mantenerlas fuera del camino.

Al verlos gritarse, vuelvo a experimentar el dolor que ha pasado en esta casa. Intenté dejarlo atrás, pero no me suelta. Está demasiado profundamente arraigado dentro de mí y dirige mi vida, aunque yo no lo quiera.

Pensé que podría cuidar de mi familia, pero ya era muy tarde. Ya todo se había puesto en marcha.

—Mamá está muerta por tu culpa —dice Sonya empezando a llorar, pero sin rendirse—. ¿Cómo puedes vivir contigo mismo después de apretar el gatillo?

Alguien en el pasillo jadea y veo a Emma parada en la puerta con las manos sobre la boca. Marcas de color rojo intenso rodean sus delgadas muñecas. Sus ojos muy abiertos miran a Andrei y se mantiene quieta cuando Sonya le apunta con el arma.

El arma de Andrei aparece en su mano.

—Emma, sal de aquí —le dice él con calma.

—¡Mi hermano le disparó a mi madre a sangre fría! —le grita Sonya a Emma—. ¿Qué les hará a ti y a tu hermana?

Emma vacila en la puerta, congelada por el miedo y demasiado asustada para correr. Apenas mira a Andrei, como si ni siquiera debiera atreverse.

Pero hay algo más en su expresión... el disgusto de que él hiciera tal cosa.

—Tu hermana se quedará con él, pero tú no tienes que hacerlo —le dice Sonya a Emma—. Puedes estar a salvo conmigo.

Yo sujeto a Emma del brazo, como si ella fuera a correr hacia Sonya.

—No lo hagas, Emma. Te volverán a encerrar —muy tarde me doy cuenta de lo que he dicho.

Emma se aleja.

—No, no más.

Me muevo para agarrar a Emma, pero luego lo veo. Andrei mira a Sonya y amartilla su arma.

—Andrei —jadeo— ¡No, no lo hagas!

—Mira, esto es lo que realmente él es —dice Sonya—. Él es igual a su padre. Él siempre será igual a su padre y un día te golpeará como lo hizo con nuestra madre. Si tienes suerte, puede que te dispare a ti también.

—Talia será tu dueña, Sonya —responde Andrei—. Puedes marcharte si no te opones a mí.

Sonya niega con la cabeza.

—Tú eres un monstruo.

De repente, Emma corre por el pasillo en dirección a la puerta principal. Se detiene en seco cuando Viktor aparece frente a ella. Emma regresa a nuestra habitación tan pronto como Viktor entra a la casa. Ella corre salvajemente, agitando los brazos y buscando una manera de escapar.

Durante la conmoción, Sonya aprovecha la oportunidad y huye hacia la puerta trasera a través del sótano. Andrei la sigue mientras yo grito:

—¡Andrei, regresa!

PAIGE

CORRO HACIA LA VENTANA DE LA COCINA Y VEO A SONYA SALIR CORRIENDO POR LA PUERTA trasera, se dirige hacia el jardín del vecino. El arma de Andrei apunta a su espalda, pero él no lo hace. *Por favor no lo hagas*. La veo correr hasta que se pierde de vista. Andrei vuelve a la casa y se niega a mirarme. Va hacia la sala de estar.

—¡Viktor! —grita.

—¡No! —grita Emma, mientras Viktor la arrastra fuera del cuarto.

Emma lucha con fuerza, intentando darle una patada. Viktor bloquea cada golpe, su rostro luce impasible ante los intentos de ella, quien se vuelve hacia él salvajemente.

—¡Sois un grupo de asesinos! ¡Una banda de asesinos de mierda! —sigue gritando ella, pero deja de luchar cuando Viktor le toma por las muñecas con sus manos. Entonces me mira con ojos suplicantes—. Paige, ayúdame.

Yo miro hacia el suelo.

—No podemos quedarnos aquí, Emma —susurro.

Ella gime mientras Viktor la lleva al Rover. Él trata de ayudarla a sentarse en el asiento trasero, pero ella le golpea las manos antes de entrar. Viktor le rompió el corazón, pero de alguna manera, creo que esto es peor.

Emma y yo vamos con Andrei en el Rover y la escucho llorar mientras la llevamos de regreso a casa.

Nuestro hogar ya no está. Ya no existe.

Me alivia que nadie haya disparado su arma. Quizás les quede algo de humanidad.

¿Pero por cuánto tiempo?

—¿En qué estabas pensando, Paige? —escucho la hostilidad en la voz de Andrei, que pica como ácido— ¿Venir sin un guardia?

—Quería recuperar a mi hermana, Andrei, e iba a hacer lo que tenía que hacer. Con o sin ti.

—Parece que siempre es sin mí —responde con frialdad—. ¿Entiendes cómo se ven tus

acciones? Mi esposa constantemente va en mi contra.

—Como te ves es lo último por lo que deberías preocuparte.

—Sé cómo te sientes —responde sarcásticamente.

—¡Ah, sí! ¿Cómo me siento? —pregunto.

—Ya no solo *crees* que soy un monstruo. Ahora lo sabes.

—Andrei, no se trataba de nosotros. Era por Emma. Lamento que Eva se haya ido. Pero no soporto perder a Emma —Observo sus manos apretar el volante y me doy cuenta de cómo puede sonar—. No quiero decir que no te importe. Sé que te preocupas y sé que la Bratva es lo primero para ti, por y para siempre.

Cruzo los brazos sobre el pecho, muy consciente de cómo debo sonar después de lo sucedido. Pero tengo derecho a quejarme, especialmente cuando la vida de mi hermana estaba en riesgo.

—La Bratva es nuestra vida, Paige. Es la vida que conozco y tú eres parte de ella.

El cielo nublado oscurece el interior del Rover mientras tomamos el largo camino hacia casa. Aunque él no se da cuenta, trato de no llorar. No quiero que lo vea. Pero me recuerdo a mí misma que nada de esto puede ser fácil para él.

—Lo siento por Eva. Lamento si te causé dolor con mis acciones —le digo.

Andrei suspira.

—Ya ves lo que puede pasar ahora. Tenemos que permanecer juntos si queremos sobrevivir. Una vez que termine, podrás tener lo que quieras.

Casi grito que no quiero otra maldita joya.

—Lo siento por Eva —repito como un disco rayado.

Pero esta vez, él no me contesta.

ANDREI

LA ANTIGUA IGLESIA FUE CONSTRUIDA EN UN TERRENO DE CULTIVO RURAL HACE UN SIGLO. HOY en día, está encajada entre edificios más nuevos en una zona deteriorada de la ciudad. Las cúpulas de cobre verde se elevan sobre las sólidas paredes de ladrillo rojo del edificio, y parece extrañamente fuera de lugar rodeada de restaurantes de comida rápida y licorerías.

Una valla de alambre rodea el local, protegiéndolo de ser desplazado más de lo que ya está. Permanece casi vacío la mayoría de los días, excepto durante los días festivos y eventos importantes, que hacen que los feligreses regresen, como para comprobar si todavía está en pie.

Mi familia rara vez iba a la iglesia los domingos, excepto los días festivos. Pero Vasily y Eva hicieron una generosa donación a la iglesia ortodoxa local en Twin Rivers. Debido a esto, aceptaron organizar su velorio y funeral.

En el interior, el aire mohoso es denso, con el aroma del incienso quemado a lo largo de los años. La luz del sol brillante expone motas de polvo que flotan en el aire, y las vidrieras extienden un espectro limitado de colores primarios en las paredes.

Una imagen de Cristo cuelga sobre el púlpito; sus colores brillantes se ven atenuados por años de humo y polvo. Las velas parpadean en candelabros altos, proyectando un brillo tenue sobre el ataúd de mi madre cubierto de rosas lavanda.

Obedientemente, me siento en el primer banco con Paige a mi derecha y Emma a su lado. La iglesia tiene capacidad para trescientos feligreses, pero cuando miro a mi alrededor, está apenas medio llena.

Los dolientes presentes están dispersos en los bancos de roble con la cabeza inclinada en silenciosa oración. El silencio se rompe con fragmentos ocasionales de conversación mientras la gente se saluda.

Mi Bratva me apoya, pero los demás se mantienen alejados.

El ambiente está dominado por la tristeza. No es una celebración de la vida.

Llegan a mis oídos murmullos de que la realeza Bratva ha entrado en la iglesia. Radomil Sorokin llega de primero para presentar sus respetos. Sería un grave insulto si no hubiera venido, y se queda un momento junto al ataúd cerrado de Eva.

Luego inclina la cabeza hacia mí antes de caminar hacia el primer banco. Me presento para

saludar a mi leal partidario, que ha decidido apoyarme en estos amenazadores tiempos.

—Mi más sentido pésame, Andrei. Sé que fue difícil —me dice y toma mi mano con firmeza—. Hiciste lo que era necesario y lo manejaste como un verdadero y leal líder.

Asiento con la cabeza, tengo la garganta tan apretada que no puedo hablar. Él me suelta la mano y le hace un gesto a Anatoli Popov para que camine hacia el altar. Sorokin se acerca a Popov y se saludan, tomándose de las manos mientras hablan.

Mi curiosidad es insistente y difícil de ignorar, y miro por encima de mi hombro. La iglesia se está llenando poco a poco de aliados que reconozco.

Popov se sienta en el banco detrás de mí para mostrar su apoyo y ser visto. Se inclina hacia adelante y me susurra al oído.

—Tú eres verdad y fuerza, Andrei. Y tienes mi lealtad.

Poco a poco me doy cuenta de que la muerte de Eva no se ve como un accidente sino como un mal necesario. Un acto de traición que merece castigo. Incluso si la castigada es mi propia madre. Las otras Bratva han tildado a Eva de traidora por ser la amante de Igor y conspirar junto a él para fusilar a su marido, *su Pakhan*.

Respetan el sacrificio que creen que hice, sin saber que Eva hizo el mayor sacrificio de todos.

Más miembros de la realeza Bratva comienzan ahora a ingresar a la iglesia. Son pocos y no son de la Bratva Barinov. Uno de los viejos aristócratas aparece para presentar sus respetos. La visión de la mujer que se acerca importa mucho entre los presentes.

Zhanna Nikolaeva camina hacia el altar, apoyándose pesadamente en el brazo de su nieto. Su sombrero velado oscurece su arrugado rostro mientras su frágil forma se mueve lentamente, pero con propósito. Los dolientes inclinan la cabeza y le muestran respeto.

Durante décadas, se ha vinculado su nombre a rumores de que su sangre es verdaderamente real. Independientemente de que sean ciertos o no, su bisabuelo fundó la primera Bratva en Estados Unidos. La viuda Nikolaeva me tiende la mano y yo me inclino ante ella.

—Ha sido una decisión difícil, Andrei Vasilyevich —me dice discretamente, acercándose a mí—. Pero un hombre en tu posición debe hacer cosas imposibles. Las Bratva están orgullosas de tu valentía —entonces, mira hacia Paige—. ¿Es ella tu esposa? —me pregunta, y yo asiento mientras Paige se pone de pie. La viuda agarra sus manos y le dice—: Ojalá tengas un hijo fuerte que lleve el apellido Barinov.

Luego ella y su nieto se alejan y ocupan el primer banco del lado opuesto. Su sola presencia es un honor del que se hablará después.

Popov vuelve a inclinarse hacia mí.

—Éste es un gran honor, Andrei Vasilyevich. Cualquiera que no se presente hoy, no vale la pena conocerlo.

Recito el juramento Bratva en mi mente. *No te importa nada o nadie más que la Bratva, y no amarás a nada o nadie más que a la Bratva*. Pero yo no lo hice por la Bratva. Fue un acto

enteramente egoísta. Ni una sola vez pensé en la Bratva cuando disparé mi arma contra Igor.

Me motivó la ira, no el deber. Pero estoy aquí sentado y no digo nada mientras la élite me elogia por un acto desinteresado que ha elevado mi estatus ante sus ojos.

Mantengo la boca cerrada y eso sólo confirma lo que ellos piensan de Eva. Me convierten en héroe por el acto más cobarde que he cometido. Y soy incapaz de exponer mi dolor y mi vergüenza. Mi madre está muerta a causa de mi temeridad. Mi ira se apoderó de mí y ahora viviré con eso.

Los aristócratas de las Bratva continúan susurrando entre ellos. Nadie se atreve a avergonzar a Eva con palabras duras en mi presencia. Al menos le brindan ese respeto.

Paige mira discretamente por encima del hombro.

—¿Todas estas personas son parte de la Bratva Barinov? —me pregunta.

—No, pero socializamos con muchas familias.

—¿Aliados? —vuelve a preguntar ella.

—Pueden serlo.

La iglesia se llena, como lo indican los crujidos y gemidos de los bancos de madera. Los que lleguen tarde deberán permanecer en el vestíbulo. Los dolientes me saludan, pero pocos llegan ante el ataúd de Eva. El silencio que antes temía es reemplazado por susurros bajos, y creo que me volveré loco imaginando lo que dicen de ella.

Se hace el silencio en la habitación cuando Grigori Schevchenko se coloca ante el ataúd de Eva. Comienza sus oraciones con voz resonante, y aquellos que planean quedarse se sientan, mientras otros se retiran al vestíbulo para renovar conexiones. Mantenemos un silencioso respeto mientras el sacerdote comienza un ritual de consuelo y curación que es la tradición.

Dmitri entra apurado y se sienta detrás de mí.

—Hay algunas Bratva cambiando su lealtad a favor de Sonya y los Novikov —me dice.

Anoche, durante el velorio, las Bratva más nuevas clamaron abiertamente estar con mi hermana.

No los culpo. No después del dolor que le he causado a ella.

Paige suelta su mano de la mía y me pregunta en un susurro:

—No te irás, ¿verdad?

—No —le contesto y vuelvo a tomar su mano entre las mías.

No me hago ilusiones sobre las nubes de tormenta que se acumulan en la distancia. La guerra se acerca. El viejo mundo se enfrentará al nuevo. Paige y yo estamos en medio de todo esto, como niños enfurecidos contra la aullante tormenta.

Puede que yo haya salvado a la Bratva por ahora, pero ¿cuál será el resultado? ¿Se agriarán las buenas opiniones cuando todos descubran que dejé huir a Sonya?

ANDREI

ANTES DE PODER INGRESAR APURADO A MI OFICINA, EMMA ME DETIENE Y ME DA UN ABRAZO. LA siento temblar en mis brazos y me pregunto qué debe pensar. Lo que Paige debió haber dicho. La niña me evitó durante días después de su regreso.

Me conmueve su inesperada muestra de afecto y hago una pausa por un momento, apreciando el gesto torpe pero amable que hace frente a mis guardias. Finalmente, ella se aleja y sus ojos brillan con lágrimas.

—Lamento tu pérdida —suelta Emma rápidamente y luego sube apresuradamente las escaleras.

Abro la puerta de la oficina para Paige y entramos solos. Las manos de Paige tiemblan levemente cuando cruza la puerta y parece tan inquieta como su hermana. Tan pronto como se cierra la puerta, se vuelve hacia mí.

—Emma me dijo algo importante —me anuncia.

Asiento y me doy cuenta de que he malinterpretado su nerviosismo.

—¿Cómo está ella? —inquiero.

Paige parece sorprendida de que no salte al trabajo de primero.

—Ella no se encuentra bien, pero las clases empiezan en unas semanas. Espero que sea una distracción.

Hace una pausa, esperando que yo objete, pero no lo hago. Quiero escuchar lo que Emma le dijo primero. Más adelante hablaremos sobre la escuela privada a la que asistirá Emma. No puede regresar a su escuela pública. Me niego a negociar semanalmente con los secuestradores.

Paige se mira las manos y se interesa más en ellas que en mi cara.

—Ella me dijo que Kenney encontró el testamento de papá en la vieja maleta de mi madre. Estaba en un bolsillo con cremallera. Ella debió haberlo tomado cuando se fue.

—¿Hay algo más? —pregunto.

—No, no hay números de cuenta —y finalmente, Paige me mira a los ojos—. Andrei, tengo que volver a la casa y mirar. Es obvio que alguien irá todavía allí para comprobarlo.

—¿Decidiste pedirme permiso esta vez? —me burlo.

—Tienes muchos problemas en este momento —ella se niega nuevamente a mirarme, mientras yo la miro fijamente.

—¿Cuáles crees tú que son esos problemas? —le pregunto.

Paige retrocede como si se estuviera asegurando de tener un camino despejado hacia la puerta.

—No lo sé exactamente, pero no quiero causarte problemas ni a ti... ni a tu trabajo.

—No me importa arriesgar otras vidas para salvarte a ti y a tu hermana. Pero tienes que dejar de huir —le suelto, pero es un error decirlo. Incluso pensarlo. Nunca culpé a Paige por lo que había pasado hasta ahora—. Lo siento. Eso fue injusto —agrego.

Paige me mira fijamente como si hubiera hecho algo inesperado.

—Nunca antes te habías disculpado conmigo. Al menos no por algo que hayas dicho.

Entonces se aleja de la puerta y se sienta en el sofá. El nerviosismo desaparece de su cuerpo y es reemplazado por la calma. Miro su perfil mientras ella mira por la ventana. Está hermosa con su vestido negro y me enoja pensar en la posibilidad de que sea una viuda joven y rica.

—Paige, yo nunca pensé que estaría en esta situación —intento comunicarme en lugar de discutir—. Siempre pensé que el enemigo sería de afuera. Nunca pensé que me estaría esperando en casa. Ya escuchaste lo que dijeron hoy. ¿Qué opinas tú?

Ella parece un poco sorprendida por la pregunta. Esto es algo más que ella nunca había esperado que yo hiciera: pedirle su opinión.

—¿Sería tan malo alejarse de todo esto? —inquire ella—. ¿Alguna vez realmente lo quisiste? ¿Vivir constantemente en esta situación de no confiar en nadie?

Miro a Paige.

—No confiar en nadie... ¿ni siquiera en ti?

Ella se levanta y se para frente a mí. No me toca y yo no estoy seguro de qué haría si ella lo hubiera hecho. ¿La alejaría o la acercaría a mis brazos?

—Yo quiero confiar en *alguien* —me dice en voz baja—. Pero ya ni siquiera confío en mí misma. Nunca pensé que sería esta persona. Alguien que usa diamantes y planea venganza. Qué ha sido de mí... de mi verdadero yo. La persona que era antes de venir aquí. ¿O es que siempre fui esta persona? No lo sé.

La atraigo hacia mis brazos y sus brazos me rodean, abrazándome fuerte. Ella se amolda a mi cuerpo y la abrazo con más fuerza, su vientre presionado entre nosotros y nuestro hijo. Mis manos recorren su cabello mientras inhalo su aroma, vacilando entre dejarlo ir por completo.

Quiero sumergirme con ella. ¿Pero qué pasará cuando necesite volver a ser un asesino?

—¿No podemos huir? —inquire Paige en un susurro—. Encontremos el dinero y huyamos. Nos llevaremos a Emma con nosotros. Podemos llevar a Dmitri, Natasha, Viktor... a todos y comprar una isla frente a la costa de California. Vivir nuestros días junto al océano.

Sus ojos brillan mientras habla de su loco e idealista ensueño. *Una vez Bratva, siempre Bratva.* No nos dejarán en paz. Hoy fue una prueba, ni siquiera te dejarán en paz cuando estés muerto.

—La Bratva es mi vida, Paige —le digo, sosteniendo su rostro entre mis manos—. Y ahora también es la tuya.

Ella coloca sus manos sobre las mías y se las quita de la cara.

—Supongo que tengo que lidiar con la realidad. Esto es para lo que me apunté. Aunque realmente nunca lo hice.

—¿Te arrepientes de haberte quedado? —le pregunto.

Entonces Paige toma mi mano.

—Quiero estar contigo, Andrei. Pero ¿terminará esto algún día? ¿Cuándo estaremos lo suficientemente seguros para tener una vida feliz?

Miro hacia otro lado. Le dije a Paige que la protegería, pero soy yo quien constantemente la pone en peligro. Incluso si ella me deja ahora, siempre será un objetivo. Mis enemigos irán tras ella y tras nuestro hijo. Mi agarre se aprieta en sus manos. La quiero tanto como quiero a nuestro hijo.

—Si hay un camino, lo encontraré —le digo—. O haré uno.

Paige traga con dificultad y dice:

—Si, pero ¿cuántas personas tendrán que morir antes de que eso suceda?

PAIGE

DESDE LA VENTANA DE LA TERRAZA OBSERVO CÓMO UNA MÁQUINA CORTADORA DE CÉSPED levanta los setos aserrados en el aire y los arroja en la parte trasera de un camión volquete. La trituradora de madera industrial hace un chirrido horrible mientras todos los restos del laberinto son arrojados a la tierra. En un solo día, el laberinto queda destruido y arrasado, como si todos hubiéramos imaginado esa noche.

Me pregunto cuánto tiempo tardaré en dejar de ver a Eva caminando hacia el laberinto en mis sueños.

Indiferente, entro al vestíbulo principal y el correo de hoy está en la consola junto a la puerta de la oficina. En el pasado, el correo se repartía entre Andrei y Eva. Yo nunca recibí ningún correo personal hasta hace poco. Cojo un grueso sobre color crema que tiene mi nombre y el de Andrei en el frente en caligrafía.

En la parte posterior hay una dirección de remitente en relieve. No reconozco la dirección, pero reconozco el nombre.

Novikov.

Mis dedos rasgan el sello, sacando la gruesa tarjeta del sobre. *Están invitados a la boda de Sonya Karamazov y Gleb Novikov en Whisper Glens...*

Leo la primera línea de nuevo y luego jadeo como si me hubieran clavado un alfiler en la sien. ¿Dónde está Andrei? Apenas llamo a la puerta de su oficina antes de entrar.

—¿Sabías sobre esto? —agito el sobre en mi mano.

Le entrego la invitación y observo de cerca la expresión de su rostro. Me quedo muy quieta y observo su mandíbula tensa y sus ojos entrecerrados mientras él lee con atención. Espero con paciencia a que su explosión de ira recorra la habitación.

Pero Andrei coloca la invitación a un lado y regresa a su laptop.

—¿Enviaste una confirmación de asistencia? —me pregunta.

Mis ojos se abren y lo miro estupefacto a él y a su repentina y frívola actitud.

—¿Qué dices? No podemos ir. Seguro es otra trampa. En la otra boda intentaron matarnos; Tendrán éxito en esta.

—Entonces iré con Dmitri como mi acompañante. Puedes quedarte aquí.

—No te atrevas a dejarme viuda, Andrei —espeto.

Él me mira.

—¿Qué deseas? ¿Quieres irte? ¿Encontrar el dinero y escaparte en medio de la noche? Puedo ver el pensamiento en tu cabeza, Paige.

—No es eso —respondo en voz baja—. Solo quiero que mi bebé esté a salvo.

—Tal vez yo ya no pueda protegerte —me dice.

Un escalofrío recorre mi espalda.

—¿Qué quieres decir?

—Mi hermana no es la persona que yo pensaba que ella era. Y ella tiene buenas razones para odiarme. Claro, algunos días me odio a mí mismo. Pero, ¿puedo dispararle? No. ¿Debería dispararle? Tendré que hacerlo si quiero sobrevivir. Ahora varias de las Bratva se han vuelto contra mí y será necesario una demostración de poder para volver a ponerlas en su lugar. La hazaña sólo puede lograrse si estoy dispuesto a acabar con las Bratva que alguna vez fueron leales a Vasily. Igor sigue liderando desde la tumba.

—No es él —respondo con amargura—. Es *Talia*. Ella seguirá intentándolo hasta tenerte. ¿Qué podemos hacer al respecto?

Su ceja se arquea y se aparta de su portátil.

—Entonces, ¿has decidido quedarte?

Aparto la mirada, avergonzada de que mis pensamientos sean tan fáciles de leer.

—Talia jugó bien al manejar a mi hermana —continúa él—. Ella está demostrando que estoy dividido entre mi lealtad a la Bratva y mi amor por la familia. Ahora, la muerte de Eva no significa nada. Se ve como lo que es... un accidente. Me condenarán por no dispararle a Sonya cuando tuve la oportunidad.

Observo la lucha interna por la que él está pasando y mi determinación de irme se está desmoronando como un antiguo muro de piedra. Soy la rata que busca una manera de salir de un barco que se hunde. Pero, para salvar a mi bebé de este hombre, tengo que irme y, para hacerlo, primero tengo que trabajar con él.

Abrazo mi cuerpo con fuerza.

—Iré contigo a la boda —le señalo.

—No deberías —el tono de Andrei se agudiza.

—Tengo que hacerlo —insisto—. Acordamos llevar esto hasta el final. Cumpliré con mi parte del trato.

Su rostro es ilegible, sin duda no impresionado por mi pobre romántico juramento de permanecer a su lado en las buenas y en las malas.

Luego sonrío.

—Además, alguien tiene que estar allí para curarte.

Andrei se levanta y rodea el escritorio, deteniéndose a unos metros de mí. Siento la fuerza de su cuerpo y anhelo que me abrace y me ayude a tomar una decisión.

—La única forma en que puedo protegerte es concentrándome en la Bratva.

—Entiendo —respondo en voz baja, y miro fijamente al suelo. No quiero mirarlo a los ojos y ver si es sincero. Si es así, eso sólo me convencerá para quedarme.

—Paige... —dice y se mueve hacia mí.

Levanto la mano para evitar que se acerque.

—Ambos tenemos cosas que debemos hacer.

Como si fuera una señal, Dmitri entra a la oficina sin llamar. No se da cuenta de que Andrei y yo estamos en medio de una conversación. Nunca lo hace.

—Andrei Vasilyevich, ¿te has enterado? —anuncia al entrar.

Andrei recoge la invitación y se la lanza a Dmitri. Aterrizo en el borde del escritorio mientras yo aprovecho y salgo de la habitación.

—¿Paige? —me llama Andrei, levantando la voz antes de que yo pueda cerrar la puerta—. Dmitri, espera un momento.

Dmitri sale de la oficina mientras yo vuelvo a entrar. Estoy sorprendida, si no un poco aturdida, de haber superado al negocio de la Bratva. Andrei me abraza. De repente me tranquiliza el reconfortante gesto, pero me estoy preparando para que todo se ponga patas arriba.

—Créeme —me dice—, cuanto menos estés involucrada, será mejor. Las cosas son tan inestables que no podemos arriesgarnos a que alguien revele algo vital. No puedo impedir que busques, pero saldrás perjudicada si se sabe que tienes los números de cuenta —hace una pausa para enfatizar—. Y si descubres algo más, no continúes sin hacérmelo saber.

Inspiro y me aferro a él con fuerza para evitar temblar.

—¿Qué más hay?

—Nada, pero si encuentras algo —me dice—. Dímelo.

Me mira duramente y me pregunto qué estará pasando por su mente. ¿Por qué sigo pensando que todos en el mundo están de alguna manera conectados con mis problemas?

—Necesito irme —digo y salgo corriendo de la oficina, dejando la puerta abierta para Dmitri.

Primero, subo a la habitación de Emma, pero antes de tocar, miro por el pasillo hacia la antigua habitación de Eva. La puerta se mantiene cerrada y ya nadie entra. Siento náuseas al recordar cómo todo cambió tan rápido por esa sola noche.

Su guardia está lejos de la puerta. Emma ya casi no sale de su habitación, entonces, ¿cuál es el

propósito? Llamo a la puerta y espero a que responda.

—Adelante —me dice.

Suspiro cuando la veo sentada junto al alféizar de la ventana en pijama. Ella se ha rendido, pero tengo la distracción perfecta. Algo que ambas necesitamos y que cambiará todo.

—Hola, Emma —me siento a su lado—. ¿Adivina qué?

Ella levanta su mirada para encontrarse con la mía y me lanza una mirada inquisitiva. Emma no se sintió muy feliz cuando se enteró de que iba a una escuela privada. Intento que suene como algo positivo y no un castigo. ¿Qué dijo ella? *‘Sí, podré aprender a combinar mi pistola con mi bolso en el Instituto de la Bratva’*.

—Vi algo que podría animarte —le digo frotando su espalda mientras ella hace pucheros con más fuerza—. Vamos, vístete. Vamos a salir.

—¿Dónde vamos? —pregunta, arrastrando los pies hacia la cama.

—Quiero volver a casa para echar un vistazo —susurro—. Deberíamos conseguir la laptop de papá antes de que alguien más se la lleve.

Su rostro se ilumina con un brillo tortuoso e inmediatamente salta de la cama y corre hacia su armario. Después de ponernos unos cómodos vaqueros, bajamos sigilosamente las escaleras y salimos corriendo al garaje.

A PESAR de nuestros mejores esfuerzos por escaparnos, dos Rover nos escoltan a la casa de nuestro padre esa tarde. Y en lugar de hablar de un nuevo plan de escape, hablamos de mi difícil relación mientras los guardias nos siguen. Una vez más, Emma se convierte en mi confidente porque ella realmente quiere saber cuál es el atractivo.

—Lo admiro muchísimo —le digo—. Realmente creo que podríamos ser felices juntos si las cosas fueran diferentes. Creo que Andrei me ama mucho. Sé que tiene una personalidad intimidante... Pero el amor puede cambiar eso.

O si no, volveré a huir.

Emma suspira, pero no juzga demasiado duramente.

—Pero ese es el error: intentar cambiar a alguien. A ti no te gustaría que él intente cambiarte.

Ella tiene razón.

—Es verdad. Yo era sólo una parte de su plan cuando nos conocimos. Pero desde entonces Andrei me ve como su esposa.

¿O eso también cambiará?

Emma suspira mientras mira por la ventana para evitar mirarme a los ojos.

—Él equipara el dinero con el amor. Es obsesivamente celoso y observa constantemente cada uno de tus movimientos.

—Pero está dispuesto a intentarlo una vez que todo esto termine —agrego.

Es un alivio compartir un poco, pero no puedo evitar sentir que estoy tratando de encontrar razones por las que debería quedarme. Me regañé por quedarme con él una vez. Pero tiene buenas cualidades, como su determinación. Sabe exactamente lo que quiere y dedicará tiempo para conseguirlo.

¿Eso es suficiente?

El pensamiento de esa noche regresa de nuevo, espontáneamente. *Juraste dejarlo y ahora vuelves a poner excusas. ¿Cuánto tiempo seguirás haciendo esto antes de entrar en razón?*

La voz de Emma interrumpe mis pensamientos excesivos.

—¿Cómo puedo ayudarte hoy?

Es hora de contarle a Emma la fea verdad sobre el dinero escondido. Sobre cómo papá robó dinero de todas las Bratva con la intención de dárselo a nosotras, hasta que Kenney se involucró. Le ahorro los detalles sobre mamá, por el bien de ambas.

—Tenemos que buscar en cada rincón, cajón y armario —le digo—. Tenemos que encontrar lo que Kenney quiere antes que él lo haga.

—Ahora somos Bratva —murmura Emma—. ¡Que se joda Kenney!

Sacudo la cabeza mientras miro por el espejo y observo los severos rostros en el Rover detrás de nosotros.

—No, siempre seremos extrañas, Emma.

Ella mira mi vientre.

—Puede que lo seamos ahora, pero eso cambiará después de algunos hijos. ¿De verdad te vas a quedar con Andrei? Parece que aún tienes dudas.

Ya Emma rara vez llama a Andrei por su nombre.

—¿Te diste cuenta de eso? —le pregunto. Ella no dice nada y cuando detengo mi auto frente a la casa, nos quedamos sentadas en silencio, tratando de descubrir qué más hay que decir.

Emma habla primero.

—Tenemos que ser honestas si queremos ayudarnos entre nosotras —dice y me mira con severidad—. Te quieres marchar. ¿No es así?

Asiento con la cabeza.

—Por el bebé —le susurro.

—Espero que puedas convencerte mejor que eso —me dice y abre la puerta del coche.

La ansiedad regresa cuando vemos el desorden en la casa. La casa nunca fue meticulosa, pero

ahora hay papeles por todo el suelo. Obviamente alguien regresó de nuevo para buscar.

—¿Crees que Talia estuvo aquí? —pregunta Emma—. ¿Crees que ella volverá?

—Emma, Talia nunca volverá a acercarse a ti —hablo con voz firme y decidida—. La mataré si lo hace —y luego miro hacia una pila de carpetas tiradas por el suelo en el antiguo dormitorio de papá y digo—: Él no guardaría ninguno de sus archivos confidenciales aquí en la casa.

De todos modos, nos arrodillamos y comenzamos a revolver las carpetas.

—Esto parece ser en su mayoría cartas personales —digo después de unos minutos—. Cosas de familia.

Guardo las cartas en una bolsa junto con algunos álbumes de fotos. Emma se mete debajo de la cama y saca dos portátiles viejos.

—Podrían haber descargado los archivos y dejarlos allí —dice—. En uno solo hay música. El otro está sujeto con cinta adhesiva. Creo que ya ni siquiera se enciende —Emma le da la vuelta en sus manos—. Creo que voy a descargar la música.

Asiento con la cabeza.

—También podrías llevártelo contigo. Emma. Lamento haberte hablado de papá.

—Yo no lo siento —responde ella—. Ahora entiendo por qué está pasando todo. Y finalmente entiendo que estamos en serios problemas. Paige, tenemos que encontrar ese dinero —sus ojos buscan los míos—. No podemos quedarnos con esta gente.

—Pensé que te gustaban —intento bromear sin éxito—. ¿No acabas de decir que somos Bratva?

Emma se burla.

—Todo es diversión y juegos hasta que alguien pierde un ojo.

Gira lentamente en círculos y contempla el destartado interior. Un hogar que alguna vez amamos muchísimo, pero que ahora conocemos mejor. Desafortunadamente, los recuerdos dolorosos siempre eclipsarán los buenos.

—¿Crees que alguna vez volveremos aquí? —pregunta Emma.

Sacudo la cabeza y le digo:

—Espero que no.

PAIGE

¿ESTOY ENOJADA? ME TORTURO CON ESA PREGUNTA CADA SEGUNDO QUE ESTOY CONSCIENTE Y respirando. Sé que debería huir con mi bebé, pero no lo hago. Recuerdo el funeral, toda esa gente casi felicitando a Andrei por lo que había hecho. Era difícil mirar y guardar silencio, pero lo hice, mordiéndome con fuerza el labio inferior. Me elogiaron por ser una buena esposa y me desearon más hijos.

¿Acaso hicieron lo mismo con Eva cuando dio a luz a Andrei?

Cierro los ojos y me hundo en el sofá, escuchando a los pájaros del jardín, más allá de las puertas francesas. El salón de baile se ha convertido en mi refugio. El lugar al que voy para escaparme mientras me quede aquí y no haga nada. Razono conmigo misma que no tengo dinero ni un lugar adónde ir. Estoy embarazada. ¿Y cómo podré apoyar a Emma?

Enumero todas las excusas que puedo encontrar para respaldar mi decisión de simplemente quedarme aquí y no hacer nada en este sofá.

Me meto una fresa madura en la boca y me castigo por inventar problemas. *¿Pero lo hago?*

Quedarse sin fresas no es un problema que ponga en peligro la vida. Pero tener miedo de que me puedan disparar en mi propia cama es una idea terrible con la que vivir todos los días.

Alguien se aclara la garganta, me levanto y miro hacia la puerta. Inessa está parada en la puerta, luciendo preocupada mientras entra a la habitación.

—Creo que será mejor que vayas a la habitación de tu padre —dice.

—¿Hay algo mal? —pregunto mientras salgo corriendo al pasillo y me dirijo a las escaleras.

—Creo que deberías ir y mirar tú misma —me contesta.

Entro en la habitación de papá y tengo la misma sensación que ella. Ya es la hora. Papá dejó de comer hace varios días, cerró la boca con fuerza y rechazó los trozos de hielo para mantenerla hidratada. Me quedo en silencio junto a su cama, escuchando su respiración entrecortada. No parece poder verme mientras sostengo su mano.

La frente de Inessa se arruga con preocupación.

—¿Debería buscar a tu hermana?

—No, yo la buscaré —le digo y salgo rápidamente por la puerta. La actitud de Emma hacia todos ha cambiado. Y eso me preocupa.

Encuentro a Emma en la oficina de Andrei mientras le explica sus razones para no ir a una escuela privada. Andrei escucha pacientemente lo que ella tiene que decir, pero su expresión estoica sólo hace que ella eleve la voz y sus manos gesticulen salvajemente. Es evidente que a Andrei no le conmueven en lo más mínimo sus súplicas.

—No tengo amigos allí —dice ella acaloradamente—. Tengo un promedio de B en mi antigua escuela. Pertenezco a clubes.

La expresión de Andrei le dice que él no cederá.

—No es un castigo —le dice el—. Esto no será malo. Es para tu protección. Nadie se atreverá a tocarte allí.

Emma me ve y sus ojos piden refuerzos. Abro la boca para hablar, pero luego la cierro de nuevo mientras mis manos descansan sobre mi vientre. Si me pongo del lado de Emma, podría haber consecuencias: empezará a creer que tiene otra opción y empezará a correr riesgos nuevamente. No volveré a arriesgar a mi bebé. No lo haré por nadie.

—Lo siento, Emma —hablo en voz baja—. Pero tengo que estar de acuerdo con Andrei. Él no puede rescatarnos diariamente. Es demasiado peligroso —agrego en voz baja.

Ella observa la mirada complacida de Andrei.

—No tendría que rescatarnos si no perteneciera a la mafia —dice y pasa corriendo a mi lado y, unos segundos después, escucho el portazo del piso de arriba.

Andrei frunce el ceño, pero levanto la mano para detener sus duros comentarios.

—Tengo que ir a buscarla. Papá nos necesita ahora.

Esa noche, Emma y yo nos quedamos con papá, tocando sus canciones favoritas y tomándolo de la mano. Está lejos de estar lúcido, pero parece estar en paz. De una manera extraña, él vuelve a ser el mismo de antes: la persona que nos amó y nos crio, el hombre que amamos porque fue bueno con nosotros, y no Sava Khodemchuk.

Durante la noche, Emma y yo nos quedamos con él, sentadas en sillas colocadas junto a su cama, y temprano en la mañana, papá da su último suspiro.

Otro dormitorio se ha quedado en silencio. La mansión nos parece demasiado grande ahora.

PAIGE

POR LA TARDE, EMMA Y YO NOS SENTAMOS EN LA SALA DE ESTAR, EN UN SOFÁ DE CUERO QUE rara vez se toca. Miro por las altas ventanas y observo a trabajadores cargar la cama del hospital en el camión. No habrá funeral ni velorio. Yo decidí no hacerlo y Emma no discutió. Nos sentamos junto a la ventana mientras el personal entra y sale de la habitación, ofreciendo condolencias.

Se acabó para él, pero no para nosotras.

Con un aspecto más elegante que espectacular, Natasha entra a la habitación vestida con un traje azul marino que consta de una chaqueta retro y pantalones largos. Ella me da un abrazo y yo le abrazo fuerte. Sonrío para mis adentros ante lo ridículo de cómo nos hemos hecho amigas.

Se acerca a Emma y le da un rápido abrazo.

—Avísame cuando quieras volver a disparar.

Emma mira hacia otro lado y se encoge de hombros.

—Si acaso.

—Dale tiempo —digo, apretando el brazo de Natasha. Ella asiente y sale de la habitación hacia la oficina de Andrei.

—No pueden tomarse un día libre en los negocios de la mafia —murmura Emma.

—Es una falta de respeto llamarlo negocio de la mafia —señalo.

—Lo siento, ¿debería llamarlo violación y saqueo?

—Emma, por favor —bajo la voz para animarla a hacer lo mismo—. Todo el mundo está pasando por algo hoy.

Emma se quiebra y su voz tiembla de emoción.

—Me alegro de haber regresado a tiempo para despedirme de papá —ella se niega a hablar de los detalles del secuestro y finge que fueron unas malas vacaciones. Pero eso la ha cambiado y nunca sabré qué pasó exactamente—. ¿Cuándo recibiremos el dinero? —agrega.

—Tenemos que hablar con el abogado —suspiro, apoyándome en un mullido cojín—. ¿Te gustó

la nueva escuela? ¿Cómo estuvo el recorrido?

La amargura regresa como un maremoto de resentimiento.

—No finjas que tengo otra opción, Paige. La mafia controla mi vida. ¿Crees que el papá de tu bebé me regalará un Mercedes para ir a la escuela secundaria de la mafia? Quiero encajar. Así que será mejor que sea un Porsche.

Respiro profundamente para no gritar.

—Emma, no puedo hacer esto ahora.

Ella se da vuelta y miro su perfil mientras su labio inferior tiembla.

—Lo siento.

—Yo también quiero el dinero y probablemente por las mismas razones que tú, pero hay que tener paciencia —le digo—. Tenemos que jugar su juego. Si no lo hacemos, sospecharán. Por favor, solo sigue la corriente.

Me enferma que peleemos, hoy precisamente, pero ella me lo agradecerá más tarde cuando esté viva y esto sólo sea un mal recuerdo. Me gustaría ver llegar ese día, pero hará falta paciencia y fe. Ella tiene que creer que yo también quiero lo mejor para ella.

Emma se levanta y me mira con una mezcla de lástima y odio.

—Disculpa, tengo que ir a acostarme a algún lado y llorar.

PASAN los días y me esfuerzo por no hacer un alboroto. Me frustra no poder acceder al dinero que nos quedó en el testamento de papá. Kenney es el albacea del patrimonio y el abogado nos ha asegurado que todo está en orden. Pero tengo buenas razones para creer que me están mintiendo.

Cada vez que le pregunto a Kenney, a través de mi abogado, sobre el dinero, las respuestas son evasivas y saturadas de jerga legal. No me atrevo a decirle a Andrei que hay un problema porque puedo adivinar cuán sangrienta será su solución.

Camino por la mansión como sonámbula dando vueltas, incapaz de controlar mis emociones. En el salón principal veo un pequeño paquete en la consola. Una pequeña caja marrón envuelta con cinta de embalaje y mi nombre en la etiqueta. Eso no llegó por correo. Un camión de reparto no pasaría la puerta con él y yo no hice ningún pedido online. Alguien tuvo que haberlo dejado.

Me debato en si abrirla o no, preguntándome si el cortar la cinta activará un detonador y volará media casa a la luna. Estoy siendo algo estúpida. Utilizo mis uñas para arrancar la cinta y dentro hay un teléfono celular Nokia, de los viejos, con cargador.

No hay remitente, pero estoy seguro de quién lo envió. Me desplazo por los contactos y solo hay un número. No lo reconozco, pero lo llamo y Kenney responde con un genial ‘hola’.

—Eres un idiota —siseo mientras él se ríe de mi saludo.

—Paige, he estado preocupado por ti y por Emma.

—No te atrevas a mentir —le digo—. No digas que estás trabajando encubierto o alguna mierda sin valor como esa. ¿Qué carajo estás pensando? —mi voz resuena por el pasillo y regresa. Me apresuro hacia la terraza para poder hablar afuera—. ¿Dónde está el dinero, Kenney?

—Paige, puede que no lo sepas, pero el testamento tiene que pasar por una validación testamentaria primero...

—Voy a *validar* tu maldito trasero —prácticamente grito—. No te atrevas a hablarme como si fuera niña. ¿Crees que confiaría más en ti que en mi abogado? Será mejor que no me robes.

—O ¿qué? —pregunta con aire de suficiencia—. ¿Me echarás encima ese gran perro guardián? Yo debería tener miedo. Pero viendo lo que le hizo a su propia madre, creo que eres *tú* quien debería tener miedo.

—¿Qué dijiste? —pregunto.

El teléfono está en silencio, pero puedo oír a Kenney respirar al otro lado de la línea. La cagó al hacerme saber que sabe sobre Eva. Nadie informó de su muerte y mucho menos de cómo murió. Entonces, ¿cómo diablos lo sabe él?

—Secuestraste a mi hermana, escoria —le gruño al teléfono—. No te metas conmigo.

—Paige, tenía que demostrar mi valía llevándome a Emma. Estoy dentro, recopilando información. No sabes cómo funciona la Bratva.

Me burlo, pero me contengo antes de delatarme enojada.

—Cruzaste una línea cuando te metiste con mi hermana. No te creo nada, ni por un segundo.

—Paige, estás en problemas —dice. El humor engreído ha desaparecido de su voz, pero su recién descubierta sinceridad no es suficiente para hacerme cambiar de opinión.

—¿Dónde está el dinero, Kenney?

—A su tiempo, Paige —responde.

—A Emma le pasó algo de lo que no quiere hablar, Kenney. Ella no es la misma persona. Conozco a Talia personalmente. ¿Qué le hizo esa perra a mi hermana?

—Paige, estás siendo paranoica —dice y fuerza una risa—. Yo también conozco a Talia. Muy bien, y tenemos un acuerdo. Ella no haría nada sin mi aprobación.

Casi dejo caer el teléfono porque tengo un toque de vértigo. Mi cabeza da vueltas con cada nueva mentira.

—¿Acaso estás loco? —le digo—. No tienes idea de lo que ella es capaz de hacer. Kenney, ella es peligrosa.

La vanidad gotea de su lengua.

—Yo la tengo bajo mi control.

Mi cuerpo se estremece cuando un pensamiento asalta mi mente.

—Espera, no estás sugiriendo que te acuestas con ella ¿o sí?

Kenney no responde y me doy cuenta que esa es la verdad.

—Paige, no te preocupes por mí. Preocúpate por ti misma. Tu marido te está utilizando. Yo te estoy cuidando desde adentro.

—¿Haciendo qué? —me burlo— ¿Robando mi herencia?

—Paige, ambos sabemos cómo lo consiguió Gerald. Estoy tratando de manejar esto de manera justa. Limpiamente.

Me siento mal mientras me siento pesadamente detrás del garaje. Me froto los ojos, sin creer nada de este retorcido cuento de hadas. Kenney suena como si se creyera sus propias tonterías. O alguien lo ha convencido para que se crea las de otros.

Lo intento una vez más.

—Kenney, por favor escúchame. Talia es peligrosa. Nadie la controla.

Kenney se ríe como si yo estuviera haciendo una broma.

—Es curioso, ella dice lo mismo de tu marido. Llámame cuando te des cuenta de que me necesitas.

Cuelgo y vuelvo a la casa, furiosa. ¿Cómo se atreve Kenney a pensar en esa tontería y decírmelo como si hablara en serio? Él sabe que está mintiendo. Será mejor que Kenney tenga cuidado porque ha ido demasiado lejos.

Andrei sale a la terraza antes de que yo pueda entrar a la casa.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Yo solía mirarlo como un cachorro desesperado por cariño. Ahora él me mira como si no pudiera vencer a nadie lo suficientemente rápido para complacerme. Meto el teléfono en el bolsillo de mis jeans.

—Estoy bien, Andrei —miento—. Es un poco extraño recordar que papá se ha ido.

Coloca su brazo alrededor de mi hombro.

—Sé que es difícil, pero lo haré mejor. Por favor, aguanta un poco más, Paige. Haré que valga la pena todo a lo que has renunciado.

Quiero alejarme, pero no me resisto. He perdido mucho y, estúpidamente, no quiero perder más. Andrei me sostiene la barbilla e inclina mi cabeza hacia atrás antes de besarme los labios. Primero suavemente, luego con más fuerza, hasta que mi boca se abre contra la suya. No creo que nos hayamos besado desde ese horrible día y me doy cuenta de cuánto lo extraño. Paso mis brazos alrededor de sus hombros y me acerco más, como si pudiera convertirme en parte de él.

Suspirando, paso mis manos por su cabello y la pasión nos reúne en lo que antes éramos. No sé qué es; tal vez sea la forma en que me mira y me toca. Andrei ha sufrido grandes pérdidas, pero

estoy segura de saber una cosa.

Él nunca tolerará perderme.

Él nunca me dejará ir.

ANDREI

A FINES DE SEPTIEMBRE

A MENUDO ME ENCUENTRO DE PIE JUNTO A LA VENTANA DE LA OFICINA. MIRANDO HACIA LA terraza con las manos entrelazadas a la espalda, esperando a que una bala afinadamente apuntada rompa el cristal y me derribe.

Había imaginado para mí una muerte temprana y violenta. Un resplandor de gloria en medio de una lluvia de balas. Pero a medida que pasa el tiempo, empiezo a sentir que tal vez eso nunca suceda. He ganado batallas, pero ganar la guerra es completamente diferente. Y eso es lo que más me asusta: el futuro que nos espera cuando esto termine.

No por mí, sino para Paige y mi hijo.

Miro a Paige en el patio trasero y ella sonríe ante un perfecto cielo azul mientras el viento juega con su cabello castaño pálido. Con ternura, se pasa las manos por el creciente vientre y alisa las arrugas de su vestido vaquero pálido. Emma camina junto a ella, vestida con su uniforme escolar: una chaqueta esmeralda, una falda plisada azul marino y calcetines morados.

Las dos se han vuelto más cercanas desde la muerte de Gerald. Al fin, la espera ha terminado para ellas. Y me pregunto si estarán contentas con la casa que tengo para ofrecerles.

Natasha entra a la oficina. Su ascenso le ha sentado. Se ve imponente vistiendo su elegante traje negro y su Chanel No. 5.

Ella mira por encima de mi hombro y habla.

—Dicen que Emma está encajando y haciendo amigos. Eso podría ser bueno para ti, Andrei Vasilyevich.

—Emma está en zona prohibida —mi respuesta es tensa—. Es la primera vez que la veo sonreír en semanas.

Natasha niega con la cabeza.

—Esa ya no es decisión nuestra —dice ella con cautela—. Ella es tu cuñada y la gente tiene ciertas expectativas sobre un Barinov.

—No quiero que ella se involucre —mi voz se escucha tajante.

Los labios rojos de Natasha bajan.

—¿Como Sonya? Eventualmente sucederá y sería mejor si ella estuviera preparada.

—¡Natasha! —espeto, en tono de advertencia.

Ella se aleja de la ventana.

—Pido perdón, Andrei Vasilyevich.

Natasha ha sentido profundo cariño por Emma desde el principio. Y entiendo que no está sugiriendo que me aproveche de la chica. Solo quiere empoderar a Emma y asegurarse de que sea capaz de manejar cualquier situación con confianza y con un arma de fuego.

Dmitri entra lentamente a la habitación mientras se quita la corbata y se afloja el cuello. Nos estudia con curiosidad.

—¿Es un mal momento para hablar de negocios?

Mi vida es el negocio, pienso con amargura. Camino hacia mi escritorio y tomo asiento.

—No, adelante.

—Ha sido confirmado —dice él, parado frente a mi escritorio—. Talia dirige la Bratva Nikitin en lugar de su padre. Afanasy sigue siendo la figura decorativa: una marioneta cuyos hilos se mantienen atados con una correa corta. Él no se atreve a desafiarla.

—¿Y por qué no? —le pregunto. No haré suposiciones costosas.

—Lo creas o no... —dice Dmitri sentándose en el sofá, suspirando—. Sus hombres la *prefieren* a ella. Talia está dispuesta a tomar decisiones despiadadas. *Literalmente*. Ellos la respetan por eso.

—Y ¿es así? —pregunto, poco impresionado por la falta de lealtad hacia su verdadero Pakhan.

—Los Novikov y los Nikitin han formado una alianza —me responde—. Están reclutando activamente. Y Kenney Grant es su financista.

—Con *mi* dinero —respondo con amargura.

Kenney no ha encontrado todas las cuentas. Pero yo tampoco.

Mi espía me dice que el dinero mencionado en el testamento apenas es un millón. Eso no es suficiente para financiar a una Bratva con grandes ambiciones de apoderarse de la costa este.

—Entonces ¿Talia encabezará ahora esta nueva alianza? —inquiero.

Dmitri mira a Natasha, quien prefiere mirar al suelo.

—No —responde él con firmeza—. Sonya se unirá a ellos después de la boda. Ella lo dirigirá.

Los miro a ambos, temiendo la respuesta que recibiré a mi siguiente pregunta.

—¿Por qué Talia no subiría al trono por el que ha trabajado tan duro?

—Demasiados enemigos —suspira profundamente Dmitri—, especialmente aquellos que podrían estar dispuestos a hacer alianzas *contigo*. Pero Talia sabe que tú no irás tras de Sonya y,

si lo hicieras, podrías convertir a tu hermana en una mártir.

—Como Talia no pudo superarme a través de Paige —respondo—, ahora lo intentará a través de Sonya.

Mi propia hermana. La pequeña Sonichka ahora se volvió contra mí. Todo por un singular momento en el que actué como el padre en el que juré nunca convertirme.

—Te interesará esto —dice Dmitri, se sienta y apoya los codos en las rodillas—. Gleb quería una boda rápida, pero Sonya se negó sin dar explicación. La fecha de la boda es en noviembre.

—Será mejor que hagamos algo, antes de que llegue noviembre —respondo.

Lo peor es la espera. Esperar ejecutar un plan. Esperar que ocurra el desastre. Esperar a ver quién ganará. Nadie puede predecir qué sucederá ni cuándo, y por mucho que yo lo intente, no puedo detener lo inevitable.

Golpeo el escritorio con el puño.

—Talia y Gleb están planeando y conspirando mientras yo espero. Tenemos que ir tras ellos y volver a convertirnos en una amenaza. Tal vez un buen empujón sea suficiente para hacer que sus mundos se desmoronen.

Me levanto y camino hacia la ventana.

—Natasha, tienes razón —digo—. Emma está involucrada, lo quiera Paige o no. Y la mejor manera de protegerlos es hacer una alianza entre nosotros y la familia adecuada.

—¿Planeas casar a la chica? —pregunta Dmitri.

—Planeo proteger los intereses de todos —respondo—. Le permitiré elegir entre mis opciones. Y no tendrá que casarse hasta después de graduarse.

Dmitri también se levanta.

—Andrei Vasilyevich, nuestros aliados y las familias más antiguas han planteado un problema.

Aprieto los puños en un esfuerzo por parecer tranquilo.

—Y ¿cuál es?

—Están cuestionando tu decisión de no tratar con Sonya —dice y levanta la mano antes de que yo pueda responder—. Simplemente estoy repitiendo lo que he oído.

Los dos se quedan en silencio mientras empiezo a pasearme de nuevo. La sospecha de que soy objeto de lástima es repugnante. Prefiero que me odien a que me tengan lástima. No tengo esperanzas de ser un ángel, ni deseo serlo.

Prefiero ser el diablo.

Natasha se coloca delante de mí y me mira directamente a los ojos.

—Puedo hacerlo rápido y sin dolor. Ella no sufrirá.

—¡No! —sacudo la cabeza—. Ella es *mi* hermana y debo encargarme yo mismo.

Las palabras que digo me golpean el corazón. *Ella es mi hermana y debo encargarme yo mismo.* Sueno como Paige... miro por la ventana a Emma dando vueltas en círculo, practicando una porra escolar mientras Paige aplaude al ritmo. De repente, comprendo mejor sus luchas.

Sonya es mi hermana y no dejaré que nadie se encargue de esto por mí.

Pongo mi mano sobre el hombro de Natasha.

—Ésta es mi carga. No la tuya. Con un poco de suerte, no terminará con uno de nosotros muerto.

—Andrei Vasilyevich... —Natasha inclina la cabeza en respuesta. Pero por primera vez noto algo más en su voz.

Duda.

EL ROSTRO de Paige se ilumina cuando le sugiero cenar en un restaurante de cinco estrellas en la ciudad. En lugar de oponerse a salir, rápidamente sube las escaleras para cambiarse. Sus curvas suben con gracia las escaleras mientras la miro desde abajo.

Sé que una velada romántica no reparará instantáneamente el daño, pero tengo la esperanza de que sea un buen comienzo. Paige ha prometido quedarse hasta que se recupere el dinero de Gerald, pero tengo que darle una buena razón para quedarse después de eso.

Cuando entro a nuestra habitación, escucho el agua correr en nuestro baño y observo varios vestidos sobre nuestra cama. Escojo la seda esmeralda para que la use esta noche. Respiro profundamente y me preparo para la noche que se avecina.

El interior de Henri Chow está impecable, dorado y verde cazador, con sillas de bambú doradas y mesas circulares cubiertas con manteles blancos inmaculados. La barra, bien surtida, está hecha de vidrio artístico soplado y las paredes están decoradas con caligrafía enmarcada. Una gran pecera recorre toda la habitación y los peces tropicales nadan de un lado a otro, sus brillantes colores resplandecen a la luz.

—¿Otro regalo? —Paige frunce levemente el ceño ante la caja que coloco sobre la mesa.

—Es muy valioso y raro —le digo, empujándolo hacia ella.

—Espero que se haya obtenido legalmente —dice, abriendo la caja y observando el brazalete de esmeraldas que combina perfectamente con su vestido de seda.

Luego me mira con los ojos muy abiertos.

—Oh, Andrei —ríe ella—. Gracias.

Su risita envía una ola de culpa que me recorre entero. La enamoro como otros hombres enamoran a sus amantes.

Tomo su mano y le coloco el brazalete, mirándola a los ojos mientras beso suavemente su muñeca.

—Tú eres especial para mí, Paige. Significas para mí más que cualquier otra cosa.

—¿Andrei Vasilyevich? —escucho y me giro para buscar la retumbante voz.

Anatoli Popov está detrás de mí, su enorme y sonriente rostro se parece al de Darya Moroz con el pelo teñido de color castaño rojizo. Un guardia ronda a su lado mientras una mujer joven permanece a una discreta distancia. Ella es muy rubia y elegante con un vestido color crema; Popov tiene un tipo. Él es viudo y mantiene protegida su vida privada. Es más difícil conseguir como rehén a una amante si un enemigo no sabe quién es.

Me levanto y le doy la mano.

—*Dobrei vecher*, Popov. Es bueno verte fuera del trabajo.

Se ríe de mi educada broma y luego mira a la mujer detrás de él. Ella camina obedientemente hacia la mesa reservada, sin él.

—No esperaba verte aquí —continúa él sonriendo—. La próxima vez haremos planes. ¿Puedo unirme a ustedes un momento, Andrei Vasilyevich?

No espera una invitación y le indica al camarero que agregue una silla a nuestra mesa. Se sienta pesadamente, pero rechaza el menú que le entrega el camarero. Saca medio cigarro del bolsillo interior y el camarero enciende el extremo quemado. Lo inhala hasta que los bordes arden de un rojo brillante y luego respira profundamente con satisfacción.

Popov mira a Paige y sus ojos la evalúan lentamente en busca de una reacción.

—¿A su esposa no le importa si hablamos un poco de negocios? —solicita él.

Paige comienza a empujar su asiento hacia atrás, pero yo coloco mi mano sobre la de ella.

—No le guardo secretos a mi esposa. Y preferiría que no fumaras delante de ella.

—Por supuesto —asiente Popov y apaga el cigarro. Entonces evalúa la situación que tiene ante él, mirando la caja de terciopelo vacía y el ancho brazalete de esmeraldas en la muñeca de Paige.

—Yo también solía estar enamorado —dice y me mira.

Paige sonríe y asiente, pero sabiamente permanece en silencio. Ambos sabemos que Popov no se detuvo en nuestra mesa para socializar.

Él se lanza directamente a ello.

—Andrei Vasilyevich, muchas familias te han mostrado su apoyo en tiempos difíciles.

—Y yo agradezco el voto de confianza, Popov —le digo, asintiendo con la cabeza.

Su voz baja mientras apoya su antebrazo sobre la mesa.

—Y también debes trabajar para *mantener* nuestra confianza.

Trago fuerte y me obligo a no apartarme.

—¿Hay algo que me he perdido? —le miro fijamente a los ojos, desafiándolo a ir más lejos. Pero él no se deja intimidar fácilmente, o afectarse.

Se recuesta. Sus dedos se mueven en busca del cigarro, pero no lo tocan.

—Debes hacer algo antes de que te continuemos respaldándote.

Un escalofrío recorre mi espalda, no de miedo sino pavor.

—Y ¿eso qué es?

—No se puede permitir que tu hermana dirija la Bratva Karamazov —dice en tono autoritario—. Tú mataste a Igor. Lo has reclamado por derecho de conquista. Deberías ser tú quien esté a la cabeza, no ella.

Popov tiene cuidado de no expresarlo en términos sombríos. Mato a mi hermanita y tendré el respaldo de todos los aliados que necesito para acabar con mis enemigos. Entonces tendré la paz que busco.

Sólo me falta entregarle mi alma al diablo.

—Entiendo —respondo con un elegante movimiento de cabeza. Si Paige también entiende, no lo deja ver.

—*Khorosho* —me da una palmadita en el hombro mientras se levanta. Extiende su mano hacia la de Paige. Inclinandose ante la de ella, le desea buenas noches y luego se dirige a su mesa.

—¿Él quiere decir lo que yo creo que él quiere decir? —pregunta ella tan pronto como él está fuera del rango de escucha.

Yo asiento con la cabeza. Paige coloca el menú sobre la mesa.

—Me gustaría volver a casa ahora —dice.

—No podemos irnos —contesto en tono frío—. Irse ahora demuestra debilidad. Necesito su respaldo. Y si quieres paz en nuestro futuro, te sugiero que al menos tomemos un aperitivo.

—Vale —Paige vuelve a coger el menú, pero la luz que había en sus ojos ya no está—. Pastel de chocolate entonces y luego nos vamos a casa.

PAIGE

CUANDO ANDREI ME CUENTA SU ÚLTIMO PLAN, ME QUEDO SIN ALIENTO.

—¡No! —sacudo la cabeza—. ¡Ella es una *niña*! Es demasiado joven para casarse.

—Es la mejor manera de mantener a Emma a salvo —me explica, sentado detrás de su escritorio mientras yo estoy parada frente a él, como si fuera cualquiera de sus hombres.

—Entonces ¿si hay otras maneras? —pregunto, mirándolo fijamente a los ojos.

Andrei se endereza y me mira.

—Esta es la mejor manera de hacerlo.

—¿Para ti o para ella? —inquiero, sin dar marcha atrás—. No tienes derecho a utilizar a mi hermana como moneda de cambio.

—No es sólo por mí, Paige —explica—. Es por todos nosotros. Todos estamos en riesgo. Tienes que quedarte en la propiedad. Es demasiado peligroso para cualquiera de ustedes salir sola.

Me mantengo en mi puesto con fuerza.

—Eso es lo que tú dices, Andrei.

Me niego a mirarlo cuando salgo de la habitación. Busco en mi bolso las llaves de mi auto. Quiero regresar y tirárselas a la cabeza. Pero el sentido común me detiene, hasta que me calmo.

Me trago mi orgullo. *Necesitaré mi auto*, y vuelvo a guardar las llaves en mi bolso.

Le dije a Emma que fuera amable, lo que significa que yo también tengo que serlo.

Así que regreso a la oficina y paso mis manos por los tensos hombros de Andrei. Me inclino y huelo la colonia en su piel. Él lo acepta, se acerca y toma mi mano, siento su fuerza. Es más que solo atractivo sexual. Me siento segura con Andrei mientras él me quiera.

No hay tiempo para perder energía en arrepentimientos. Tengo que centrarme en el futuro. Tengo que esperar que haya uno.

—La guerra se acerca —me dice y me coloca suavemente en su regazo—. Y hay muchos que eligen respaldar a Sonya.

—Y si ella estuviera muerta, ¿esto no estaría pasando? —pregunto, sabiendo muy bien la respuesta.

—Así es —dice, y su mano deja de moverse sobre mi cadera.

—Andrei...

Sus ojos son duros y de repente me siento atrapada en sus brazos.

—No me gusta esto más que a ti —me dice—. Pero su vínculo con Talia es una traición. Simple y llanamente.

—Ella es tu hermana, Andrei —le ruego—. La sangre de Eva también corre por sus venas. Le debes a tu madre al menos salvarle la vida a Sonya.

—Lo sé... —y mira hacia otro lado.

—¿Qué hay de tal vez una tregua? —sugiero—. Entre tú y Sonya.

—Imposible. Ya escuchaste a Popov —dice él riendo.

—¡No es posible que te diviertas haciendo lo que ese hombre quiere!

Duda demasiado antes de responder, y eso ya es suficiente para asustarme.

NO PUEDO DORMIR DESPUÉS, pensando en lo que ese hombre horrible dijo. Esperaba que Andrei se enojara, insultara y dijera que nunca haría algo así adrede. Pero él no hizo tal cosa.

Tan pronto como cierro los ojos, un sinfín de escenarios me atormentan y giran lentamente en mi mente. No puedo permitir que esto suceda, pero ¿cómo voy a detenerlo?

¿Cómo puedo?

¿Cómo puede él siquiera considerar hacerle algo así a su propia hermana? Yo nunca podría imaginarme dispararle a Emma. El plan B empieza a tener buena pinta otra vez: dejar a Andrei y huir con Emma. *Dejar todo esto atrás.*

Por la mañana, llevo a Viktor conmigo a hacer recados, pero insisto en conducir mi propio coche con él en el asiento del pasajero. Sus largas piernas están dobladas en ángulos extraños mientras tira del cuello blanco de su camisa. Su cabello está creciendo rápidamente y tiene tatuajes más visibles en sus manos. Decido no preguntar cómo se los ganó.

—No tardaré mucho —le aseguro mientras entro al estacionamiento.

—Debo ir contigo —dice y apenas me mira—. Tus acciones no me conciernen a menos que me lo pidan, Paige Geraldovna.

Miro a Viktor por el rabillo del ojo.

—Entonces, ¿puedo confiar en ti a menos que esto represente un problema?

—Mi lealtad es para mí Pakhan —se encoge de hombros y mira por la ventana.

Por supuesto. ¿Por qué pensé que sería una respuesta diferente a esa?

Me muevo para abrir la puerta del auto. Viktor salta y camina detrás de mí hasta que lo hago caminar a mi lado.

Dentro de la tienda, se relaja hasta que mi teléfono empieza a sonar. Me niego a contestar. El gerente de la tienda se me acerca, me tiende un teléfono inalámbrico e insiste en que conteste a mi marido.

Parece que Andrei llamó a la maldita tienda después de que Dmitri localizara mi coche mediante GPS. Me sonrojo de un rojo más brillante que las camisetas polo del personal, pago rápidamente mis compras en el auto pago y salgo corriendo hacia mi auto con Viktor siguiéndome.

Me ayuda a poner mi bolso que contiene una pequeña caja fuerte en el maletero.

—Es inteligente conseguir uno de esas —dice, abrochándose el cinturón de seguridad—. Pero sería más inteligente tener una caja de seguridad a nombre de Emma.

Asiento, pero mantengo la boca cerrada. Sé cómo captar una indirecta. Estoy a punto de poner un podcast para el camino a casa cuando empieza a hablar de nuevo.

—Sé lo que estás planeando, Paige Geraldovna —dice Viktor—. No puedo ayudarte.

—¿Ni siquiera si te pagara? —le pregunto. No hacemos contacto visual mientras me concentro en salir del estacionamiento y él mira por la ventana.

Él niega con la cabeza.

—Necesitarás todo tu dinero para huir.

—Mi padre tenía dinero —respondo—. Está en su testamento.

Viktor pasa su mano por su corte al rape, y el cabello corto inmediatamente vuelve a su lugar.

—No es suficiente. Entiendo tus dolores, Paige Geraldovna. De verdad que sí. Tú y tu hermana no pertenecen aquí.

—Tú tampoco naciste en la Bratva —respondo mientras entro en la autopista.

—Sí, pero la diferencia es que yo si quería esto —responde—. El *ejército* ni siquiera recluta en mi barrio de mierda. Los guardias mayores me contaron que te trajeron contra tu voluntad y que Andrei Vasilyevich se casó contigo para retenerte. Nadie entendía exactamente por qué entonces, pero ahora sí lo sabemos.

—Andrei lo hizo para protegerme —le señalo y me enderezo en mi asiento, repitiendo la misma mentira que he dicho tantas veces.

—Por eso no ayudaré —contesta Viktor y se chupa los dientes—. Aún te estás escondiendo de la verdad. Podrías tener aliados si quisieras. Eva no merecía su muerte. Igor, sí, pero ella no.

He notado que nadie habla de Eva. Pensé que era por respetar a Andrei, pero ahora lo dudo.

—Si tú fueras yo —le pregunto—. ¿Qué harías?

Finalmente, Viktor me mira.

—Estoy seguro de que conociste a algunas buenas personas en el funeral.

—No puedo ir a espaldas de Andrei —respondo con firmeza—. Es una sentencia de muerte.

Viktor se endereza y se encoge de hombros.

—Entonces búscale una amante.

—¿Qué dices? —grito, casi perdiendo el control del auto. Mis manos se aprietan alrededor del volante y grito de nuevo—. ¿Por qué eso?

—Si él pierde interés en ti, tú podrías tener tu libertad —me responde—. Pero él no lo hará.

—¿Por qué no?

—Porque te ama —responde pensativo—. Eres una mujer atractiva que no es egoísta. Inteligente y valiente. Alguien que está dispuesto a arriesgar su vida por alguien a quien ama. Andrei Vasilyevich moverá cielo y tierra para mantenerte a su lado. La única manera de liberarte de él es con la muerte.

—Yo... —el pensamiento es demasiado horrible, pero Viktor continúa de todos modos.

—No tienes que decir nada —dice—. Solo ten paciencia y espera. Pero mientras esperas, necesitas hacer algunos amigos. Las esposas se ayudan entre sí y Talia no es la esposa de nadie, así que ahí ya tienes una ventaja.

La idea me enferma. Nunca traicionaría a Andrei. Pero ¿qué sería capaz de hacer por Emma y por mi bebé?

Es un pensamiento terrible.

Si Andrei no vuelve algún día a casa, me volveré loca. Y esos pensamientos me hacen no querer irme. Debe haber otras formas de conseguir lo que necesito.

Viktor se queda en silencio otra vez, pero cuando lo miro, algo está llamando su atención. Miro por el espejo retrovisor y veo un gran SUV negro detrás de nosotros a aproximadamente un auto de distancia. Cambio de carril y hace lo mismo. Me cambio al carril lento y éste reduce la velocidad sin pasarnos.

—¿Tú también lo ves? —pregunta Viktor.

—Se espera que Andrei se haga cargo de la Bratva Karamazov —susurro, como si pudieran escucharnos—. Después de que él haga lo impensable.

No volvemos a hablar mientras me concentro en la carretera, y Viktor se mantiene derecho en su asiento, mientras sostiene su arma. No digo lo que estoy pensando en voz alta. Pero por su atención puedo decir que tenemos el mismo pensamiento.

Si se espera que Andrei elimine a Sonya, entonces también se debe esperar que Sonya elimine a Andrei y su familia. Eso nos incluye a Emma y a mí.

Pero no pasa nada. El SUV continúa por la autopista cuando doy la vuelta en la vía de servicio. Pero a mi corazón no le importa que no haya pasado nada. Golpea tan fuerte que creo que se me saldrá volando del pecho. Subo corriendo las escaleras con mi bolsa de compras hacia la suite.

Reviso cada habitación de nuestra suite para asegurarme de que estoy sola. Sin Andrei. El dormitorio de invitados es el mejor lugar para esconderlo. Abro mi bolso de mano y dentro está la pequeña caja fuerte portátil, una cosa fea y gruesa con un teclado en la tapa. Me apresuro a llegar a nuestra habitación y empiezo a abrir los cajones de mi cómoda. Me quedo mirando el primer collar de diamantes que me compró Andrei. El colgante de zafiro y dos juegos de aretes de diamantes. Coloco todo en una bolsa que irá a la caja fuerte.

Emma y yo no tenemos dinero propio. Contaba con la voluntad de cambiar las cosas, al menos para Emma. Lloro lágrimas de ira cuando pienso en cómo me engañaron. De nuevo. Papá quería que tuviéramos ese dinero y no podemos irnos de aquí sin él. Unos cuantos miles en el banco no nos llevarán lo suficientemente lejos. No cubrirá el alquiler de un mes en ningún lado. No podemos escondernos de la Bratva por unos centavos.

Me doy cuenta de que si Andrei falla, es posible que no pueda protegernos a Emma ni a mí. Y él también lo sabe.

ANDREI

—TE ENVIARÉ UNA LISTA —ME DICE DMITRI, QUIEN ESTÁ TUMBADO EN EL SOFÁ, ESCRIBIENDO EN su laptop. El portátil mío suena—. Ahí la tienes.

Paige levanta la vista de su teléfono, pero no dice nada. Quiere que la incluyan más en el negocio y sospecho que es para estar atenta de Emma y asegurarse de que yo no haga algo que ella no apruebe.

Miro la lista de Dmitri. Es breve, sin nadie destacable.

—¿Es solo esto? —pregunto.

—Necesitamos tiempo para cortejar a los mejores —explica—. Las alianzas ya se han establecido desde que nacieron.

Paige se mueve en su asiento, sentándose al final del sofá, lejos de Dmitri.

—¿Qué debemos hacer para incluir mejores familias en esta lista? —pregunto.

Dmitri mira fijamente la pantalla.

—¿Podemos ofrecer un regalo?

Paige me mira fijamente.

—¿Estás hablando de subastar a mi hermana?

Dmitri mira a Paige y luego se concentra en mí.

—Quizás haya mejores formas que utilizar el matrimonio. Hasta ahora has tenido compleja suerte con el matrimonio.

Le frunzo el ceño a Dmitri.

—¿Nombres? ¿Qué pasa con Semenov o Tarasov?

—Él primero está casado con Dmitrieva y los Tarasov no eran fanáticos de Vasily. Un matrimonio apresurado no va a arreglar una enemistad de sangre. Especialmente un matrimonio con una cuñada —responde rápidamente.

Tengo que contenerme para no gritarle.

—Necesito un mejor nombre, Dima.

Él me mira fríamente y dice:

—Quizás la niña tenga planes para su propia vida.

Al instante recuerdo el día en que Eva dijo algo similar sobre Paige. *¿Qué pasaría si esa mujer que trajiste aquí también tuviera promesas que le estás haciendo romper?*

Mi voz baja.

—Primero me ocupo de los intereses de Emma y luego de los nuestros.

Dmitri le sonríe a Paige, quien le devuelve la mirada.

—Paige Geraldovna, estoy segura de que Emma planeaba ir a la universidad. Ella es una chica inteligente.

Observo a Paige mientras su cuerpo se tensa y sus labios se adelgazan. Traga saliva antes de hablar.

—Estoy de acuerdo con Andrei. Sería mejor que Emma se casara bien. Por su propia protección. No quiero que vuelva a estar en peligro nunca más.

Dmitri asiente y se dirige hacia la puerta.

—Entonces seguiré buscando —dice él, mientras se marcha.

Miro a Paige; su mano está presionada contra su vientre y sus ojos están bien cerrados. Si hubiera habido otra opción aparte de mí, ¿la habría tomado? Me levanto y me acerco a ella.

Antes de que Paige pueda reaccionar, la agarro por la cintura y la acerco a mi pecho, sosteniéndola fuerte contra mí. Mi boca cae sobre la de ella y ella lucha como si mi beso fuera un ataque cruel.

Ella levanta sus manos hacia mi pecho, tratando de alejarme. Pero es imposible.

Lentamente, sus puños se abren y su respiración se acelera. Sus ojos se abren ligeramente y se cierran de nuevo mientras se aferra a mí. Su boca es dura contra la mía mientras su ira se convierte en deseo.

—Mentirías si dices que no me quieres —le susurro.

Mi voz hace que abra los ojos y me mira fijamente. Paige no tiene nada que decir. Al principio creo que está bien, o tal vez me esté complaciendo hasta que pueda escapar.

Sus ojos arden mientras se aleja de mí.

—Mantenerse con vida no es una broma cuando tú estás cerca.

—Todo estará bien, Paige —le digo—. Hacemos esto juntos y tu hermana estará bien. ¿Has tenido noticias de Kenney? ¿Ha intentado localizarte?

Ella se tensa y yo sería un tonto si no me diera cuenta. Pero dejamos de hablar cuando un sonido de voces se escucha en la puerta.

Entra Emma y detrás de ella está el nieto de Zhanna Nikolaeva, a quien conocí en el funeral. Dudo, inseguro de lo que él quiere. ¿Planea advertirme? Pero luego noto la mirada que le da a Emma cuando ella lo mira. Y sé lo que él quiere.

—Hola —saluda Paige, extendiendo su mano hacia él—. Mi nombre es Paige y este es mi esposo, Andrei.

—Mi hermana es muy formal —le dice Emma al chico—. Paige, Stefan me trajo a casa desde la escuela —ríe Emma—. Hoy, cuando salíamos de la escuela, era como si estuviéramos guiando un desfile con nuestros Rover y Mercedes detrás de nosotros.

Stefan sonríe y estrecha la mano de Andrei.

—*Dobrei Dyen*, Andrei Vasilyevich, ojalá esto hubiera podido ocurrir en mejores circunstancias —el joven es perfecto para los dos. Bien conectado y rico para mí. Y atractivo, con una sonrisa amistosa y brillantes ojos azules para ella.

PAIGE

CUANDO EMMA VOLVIÓ DEL COLEGIO CON STEFAN NIKOLAEVA, ELLA LO ACOMPAÑÓ HASTA LA puerta.

Andrei me estrechaba en sus brazos mientras los veíamos bromear entre ellos antes de él subirse a su auto.

Pero mi mirada estaba en Viktor. Su expresión no revelaba nada excepto sus fríos ojos.

Andrei me había dicho que no esperaba encontrar problemas en casa.

Pero él no ve lo que yo veo. Y tal vez el problema todavía esté aquí.

Emma después corrió hacia mí y su sonrisa desapareció rápidamente de sus labios.

—Necesitamos hablar —me susurró—. Pero no aquí.

Andrei ya estaba demasiado ocupado hablando con Stefan como para darse cuenta. Yo me acerqué a Emma, como para besarla en la mejilla y le susurré al oído:

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Esta noche. En el bosque, donde nadie nos escuche —me dijo.

EN SILENCIO, Emma y yo salimos a la noche a través de las puertas francesas del salón de baile. Dejé una abierta durante el día, eliminando el riesgo de que pudiera activarse una alarma.

El viento otoñal ha amainado después de barrer las nubes y la luna brilla lo suficiente como para iluminar nuestro camino.

Yo llevo una linterna lo suficientemente grande como para usarla como arma en caso de que sea necesario, y Emma lleva una más pequeña en caso de que una no sea suficiente.

Nuestros pasos son amortiguados por la alfombra de espesa hierba cubierta de hojas mientras saltamos la valla de madera que conduce al camino.

Camino detrás de Emma mientras ella sigue el constante haz de luz que se extiende delante de

nosotros. Pronto la mansión queda a lo lejos y somos libres de hablar en voz alta.

Emma es la primera en romper el silencio.

—Pensé que yo ni siquiera era lo suficientemente buena para Viktor.

—Viktor no es lo suficientemente bueno para ti —le recuerdo—. ¿Todavía te importa él?

Emma suspira mientras sube más la colina.

—Lo veo, y soy educada, eso es todo. Y él es educado conmigo. Ahora es sólo un chico más.

—Bien, me alegra oírlo —aunque dudo que sea del todo cierto lo que dice. Ahora jadeo un poco. El peso extra en mi cuerpo me hace sudar—. Entonces, ¿qué pasa con Stefan?

Emma suelta una breve carcajada.

—Somos solo *amigos*. Una chica intentó intimidarme y yo la hice llorar. Él me llama *Ceni*.

—¿*Ceni*? —pregunto, confundida—. ¿Eso es bueno?

—Es una abreviatura por Cenicienta. Todos piensan que soy exótica porque era pobre —suspira ella—. No todo es malo allí.

Mis zapatos empiezan a apretar mis pies.

—¿Hasta dónde tenemos que llegar? —le pregunto.

Emma toma la linterna y la barre por el bosque. Mi cuerpo se pone rígido, esperando que no estemos cerca del claro, donde siempre hay amplias zonas de barro en la fina hierba.

Un árbol caído aparece bajo el haz de luz.

—Aquí está bastante bien —dice Emma, sentándose sobre él—. No más secretos.

Me siento a su lado.

—No más secretos —asiento.

Emma me agradeció por decirle la verdad sobre papá. Bueno, una versión limpia que no incluía el sacrificio de mamá. Fue difícil para mí lidiar con eso y no quería que ocupara un lugar en el cerebro de Emma para siempre.

—Encontré esto —me entrega una tira desgastada de cinta adhesiva con tres unidades flash adheridas por el lado pegajoso—. Estaba pegado a la parte trasera de la laptop de papá, donde debería haber estado la batería.

—¿Ya los has visto? —le pregunto.

—No —continúa Emma rápidamente antes de que yo pueda interrumpirla más—. También encontré un archivo en el otro portátil de papá. Estaba escondido dentro de su carpeta de música. Un archivo de texto con una lista de nombres y números. Todos bancos extranjeros.

—¿Cómo cuántos nombres había? —inquiero.

—No muchos. Como seis —responde—. No quise intentar nada, por si acaso Natasha o alguien más está husmeando en Internet —Emma abraza su cuerpo como si sintiera frío. Y yo la entiendo—. ¿Crees que esta sea la forma en que papá se disculpa? —pregunta—. ¿Por todo?

—Tal vez —respondo—. Él no era él mismo, Emma. Pero él nos amaba. Estar rodeado de esta gente cambia a una persona.

—Y, sin embargo, aquí seguimos —responde ella rotundamente.

—Necesitamos ese dinero, Emma —mi duro tono no está dirigido a ella—. Hablé con Kenney y se está comportando como un idiota.

—No *se está comportando* —bromea ella—. *Él lo es*.

—Emma, sé que no quieres hablar de lo que pasó. Pero tal vez deberías hacerlo.

—No hay nada que contar —susurra, mirando el rayo de luz a sus pies—. Si lo hubiera, te lo diría. Recuerda, no más secretos.

—No más secretos —le hago eco.

—Pero si alguna vez tengo la oportunidad de vengarme —dice ella—, la aprovecharé.

No digo nada para disuadirla.

No la tranquilizo ni digo cosas sin sentido para mejorarlo. No le recuerdo que ella es una mejor persona que eso. No la avergüenzo por estar enojada por haber sido maltratada.

Una parte de mí espera que ella tenga la oportunidad de vengarse.

Con la ayuda de Emma, me bajo los vaqueros y presiono el trozo de cinta adhesiva contra mi muslo desnudo hasta que se pega. Espero que no se me salga por el dobladillo en el peor momento posible. Luego caminamos en silencio por el camino.

Ahora que tenemos algo, no sé a quién preguntarle y mucho menos en quien confiar.

Andrei debería ser mi primera opción. Pero, ¿me daría siquiera acceso a mi propio dinero, por mal adquirido que esté? Después de todo, él sigue recordándome cuánto necesita este dinero para su guerra. Y una vez dejó perfectamente claro que quería que se lo devolviera todo.

—Emma —susurro cuando la casa aparece a la vista—. ¿Cuál es la probabilidad de que pueda concertar una cita con la abuela de Stefan, la viuda Nikolaeva?

—¿Por qué? —entrecierra ella los ojos en la oscuridad.

—No podemos huir sin ayuda —respondo—. Mucho menos desaparecer. Necesitamos a alguien que tenga mejores conexiones que Andrei. Necesitamos de la realeza Bratva.

El viento susurra entre los árboles y ambas miramos alarmadas a nuestro alrededor.

Cuando nada emerge de las sombras, Emma asiente.

—Puedo conseguirte una invitación a su casa.

PAIGE

ME HABÍA OLVIDADO POR COMPLETO DEL TELÉFONO NOKIA HASTA QUE LO ESCUCHÉ SONAR moleestamente un sábado por la tarde. Lo agarro y contesto sin otro motivo que apagar ese ruido irritante.

—¿Paige? —pregunta Kenney cuando no respondo—. ¡Paige!

—¿Qué quieres? —susurro, tapándome la boca mientras miro por encima del hombro. Espero que Andrei esté abajo, en su oficina, y no en algún lugar cercano a la suite.

—Necesitamos vernos —me responde.

—¿Estás de coña? —entro rápido al baño y cierro la puerta—. No me encontraré contigo en ningún lado. No después de todo lo que has hecho.

—¡Paige! —se queja él—. No tenemos tiempo para discutir. Sólo ven. ¡Es importante!

Me burlo del tono de su voz, como si yo le debiera algo.

—Tienes algo de valor al hacer demandas.

—¿Y he hecho algo peor que lo que ha hecho tu marido? —inquire.

Inspiro profundamente, incapaz de encontrar una respuesta rápida. Él tiene razón. Pero no quiero admitirlo.

—No iré a verte, Kenney —le digo—. Talia me quiere muerta y tú sólo me llevarás hasta ella.

Puedo escuchar la impaciencia en su voz y puedo imaginarlo colocando su mano en su cadera con exasperación.

—Vas a necesitar mi ayuda, prima.

—¡Claro que no! —respondo bruscamente—. Emma y yo podríamos estar al otro lado del mundo ahora si no nos hubieras robado *nuestra* herencia.

—¿*Tu* herencia? ¿Necesito recordarte lo sucio que es ese dinero? Paige, ¡has estado en la cama con un criminal durante tanto tiempo que estás olvidando lo que importa! Necesito tu ayuda para llevar a Andrei Barinov ante la justicia. ¿No puedes ver eso?

Me siento en la tapa del inodoro para evitar que mi cuerpo tiemble.

—Entonces, no niegas haber robado mi herencia. Serías más convincente si actuaras de manera diferente. Pero naciste punk y siempre lo serás. No volverás a engañarme.

—Paige, ¿dónde quieres que nos veamos? —solicita él—. Trae a tus guardias si quieres y ellos podrán vigilarme, pero *tenemos* que hablar.

Suspiro, preguntándome si debería dejar que él se salga con la suya.

—No hay ningún lugar para hablar.

—Veámonos en la oficina del abogado —decide Kenney—. En dos días, Paige. Esto no es un maldito juego.

—¡Vete al infierno, Kenney!

Necesito todas mis fuerzas para no arrojar el teléfono contra la pared de azulejos. Lo apago y lo escondo en un armario debajo de una pila de toallas dobladas. Hago varias respiraciones profundas. Me lavo la cara con agua fría y salgo del baño.

—¿Con quién hablabas? —pregunta Andrei, sentado en la esquina de nuestra cama, mirándome.

Mierda.

Su rostro es ilegible mientras espera mi respuesta. ¿Cuándo entró al dormitorio? ¿Podría oírme a través de esa gruesa puerta? ¿Dije el nombre de Kenney al final? Trago fuerte y le digo:

—Estaba hablando por teléfono con el abogado. Quiero mi dinero, Andrei.

Él asiente, mirándome pensativamente.

—No es necesario que llames al abogado. Yo puedo ayudar con eso. ¿Cuánto dinero quieres?

—Quiero *mi* dinero —respondo en voz alta—. No el tuyo. No es justo que no lo tenga.

—No es tan sencillo, Paige —responde él tranquilamente—. Tú lo sabes.

—Por supuesto —sonríó agradablemente—. ¿Pero no tienes mucho que hacer ya?

—¿Dónde está tu teléfono? —él se levanta y siento como si mis piernas estuvieran a punto de doblarse.

No me atrevo a responder porque no quiero decir otra mentira.

—Paige —dice y se acerca—. Sería útil si no guardáramos secretos entre nosotros.

Yo retrocedo rápidamente.

—¿Vas a lastimar a Sonya? —le digo. No puedo decir *matar*. No quiero oírle decir que sí.

Me mira a los ojos y dice:

—No quiero hacerlo.

—¿Pero es posible que tengas que hacerlo? —respondo con voz temblorosa.

Andrei no responde. En cambio, me alcanza y me estrecha entre sus brazos.

Es reconfortante que me abrace y siento que me relajo gradualmente. Me acerca más hasta que su mejilla descansa sobre mi cabello y nos quedamos abrazados por un momento en la silenciosa habitación. Andrei me abraza con una ternura que me sorprende, aunque no sé por qué. Me abraza fuerte por un momento antes de soltarme.

Su ternura siempre me hace querer confesar. Ésa es la razón por la que tengo miedo. Quiero contarle sobre la llamada telefónica. Mis planes para vender mis joyas. Cómo Emma encontró las unidades flash. Pero no lo hago. Empiezo a respirar con dificultad, como si el mundo se estuviera cerrando a mi alrededor y no tuviera adónde correr.

—Mejor acuéstate —me dice, guiándome hacia la cama—, y descansa un poco, Paige.

Sonrío débilmente mientras apoyo la cabeza en la almohada. Andrei no quiere que suene como una amenaza, pero no puedo dejar de mirarlo mientras él entra al baño y cierra la puerta.

Mi cabeza da vueltas, estoy presa del pánico y me pregunto si debería huir ahora mismo, pero ¿adónde? No hay ningún lugar al que pueda huir donde él no pueda encontrarme.

Cierro los ojos y al rato siento la mano de Andrei en mi cabeza, retirándome un mechón de pelo de la mejilla. Mantengo los ojos cerrados hasta que oigo cerrar la puerta y espero, dándole tiempo suficiente para que baje las escaleras.

Me tapo la cabeza con la manta y me escondo, como un niño ocultándose de un monstruo en la oscuridad.

Pero yo ya estoy en la cama del monstruo.

Y tarde o temprano él regresará.

ANDREI

ALGO ESTÁ PASANDO, NO SÓLO CON LAS BRATVA SINO TAMBIÉN CON PAIGE.

Nunca antes la había visto tan aterrorizada. No la culpo por no confiar en mí, no después de todo lo que he hecho, pero me estoy quedando sin ideas sobre cómo asegurarle que ella está a salvo. Paige no entiende que, si ella y Emma intentan huir, no volverán con vida.

Las Bratva no están jugando esta vez. Esto es una guerra.

Se me ocurre que tal vez no tenga que matar a Sonya para conservar mi estatus. Envío a Natasha a dar un golpe con la intención de no tener éxito. Ella dispara dos tiros de advertencia sobre la cabeza de Gleb Novikov mientras él está de fiesta en su yate en Long Island. Un disparo está incrustado en el barco y el otro en un huésped desafortunado.

Pero el mensaje está enviado.

Unos días después, Gleb contraataca. En lugar de atacarme físicamente, ataca mis finanzas robando material de construcción y dinero en efectivo de uno de mis almacenes. Dmitri y yo partimos para investigar el robo a unos diez kilómetros de distancia, en Brooklyn.

Esto podría ser una emboscada peligrosa, pero me niego a quedarme quieto esperando a que la empresa de seguridad compruebe la alarma.

Mientras conducimos, mi corazón late con fuerza a medida que nos alejamos de casa. No por el riesgo para mí sino porque Paige se queda sola.

Dmitri luce peor por el desgaste. Aún no se ha acostado y puedo oler la cerveza y el whisky en su aliento. Yo conduzco mientras él bebe una botella de agua. Se retuerce en su asiento con algo en mente.

—¿Puedo hablar abiertamente, Andrei Vasilyevich? —me dice. Dmitri se siente seguro hablando con valentía mientras mis ojos están en la carretera y no en él.

—Hasta que lleguemos allí —le respondo.

—Has estado actuando como un idiota —comienza él—. Pensando que puedes priorizar una cosa sobre la otra. Los negocios siempre son lo primero. Te estás comiendo el postre incluso antes de que sirvan el plato principal.

—Entonces, una vez más, ¿me estás diciendo que abandone el negocio con Paige en favor de la

Bratva?

—¿Dónde está el dinero? —pregunta con severidad—. Su padre tenía riquezas por las que merecía la pena matar, pero no hemos visto ni un centavo. Te estoy diciendo que la has cagado.

—¿Enamorándonos? —le respondo.

Él suspira.

—Trátala como a una esposa y sigue adelante. No queda dinero por el que valga la pena luchar.

—El dinero existe y lo encontraré —respondo con firmeza—. Nada está perdido y ganaremos a cualquier precio.

—¿Pero a qué precio, Andrei Vasilyevich? —inquire él—. Podemos salvar las apariencias y marcharnos antes de que alguien sospeche la profundidad de nuestra cagada. No, la profundidad de *tu cagada*.

No lo sé, Dima, pienso. Pero me quedo en silencio y él no insiste más.

El camino que conduce al almacén está vacío y los alrededores parecen tranquilos cuando salimos del auto. La puerta está abierta, guiñando por una bisagra, una clara señal de que alguien ha entrado por la fuerza. Entramos con cautela, sin estar seguros de lo que nos espera en el vasto y oscuro interior.

Apago la alarma y echamos un vistazo a nuestro alrededor. Montones de cajas vacías están esparcidas por el espacio abierto, y grafitis sin sentido están pintados en las grises paredes. A medida que avanzamos, puedo oler el humo rancio. En un rincón se encuentran los carbonizados restos de cajas de cartón.

Es un intento amateur de hacer que parezca un robo.

Nos adentramos más en el almacén hasta la oficina y encontramos papeles esparcidos por el suelo y un monitor de ordenador iluminado. Tras una inspección más cercana, parece que quien irrumpió intentó acceder a los archivos del ordenador, pero no pudo descifrar la contraseña.

Miro a Dmitri.

—Es una bendición a medias que yo tampoco tenga los números de cuenta.

Dmitri guarda su arma y comenzamos a buscar entre los documentos en el suelo. Se trata solo de facturas de envío para el negocio legítimo, nada que pueda generar una señal de alerta. Tengo la sensación de que quienquiera que haya hecho esto ha hecho un desastre a propósito.

Lo hicieron para avisarme que me podían golpear.

—Vamos —le digo a Dmitri—. Podemos discutir qué hacer en el camino a casa.

El asiente.

—Andrei Vasilyevich, sólo dije lo que dije porque tenemos problemas mayores.

—Lo sé —asiento con la cabeza—. Ella está celosa del tiempo que paso en la Bratva, y la Bratva está celosa del tiempo que paso con ella. Me siento como un hombre con una esposa y una

amante que exigen ser complacidas al mismo tiempo.

Dmitri se ríe.

—Pero ¿quién es la esposa y quién es la amante?

Pero antes de que podamos irnos, las luces del techo se encienden de repente. Dmitri me agarra del brazo y me lleva de regreso a la oficina.

—¡*Chyort!* ¡Es una trampa! —dice Dmitri y me mira.

Luces intermitentes rojas y azules iluminan el interior. Y escuchamos una voz por un altavoz. Las palabras son ininteligibles, pero el significado es claro. Dmitri y yo arrojamos nuestras armas, levantamos las manos y salimos de la oficina.

—Sal con las manos en alto —resuena la voz a través de la habitación de concreto.

ANDREI

LE GRITO QUE SALDREMOS PACÍFICAMENTE Y SALGO HACIA UNA LUZ BRILLANTE CON LAS MANOS en alto. La policía nos apunta con sus armas. Nos quedamos allí por lo que parece una eternidad hasta que uno de ellos se nos acerca con cautela.

—Tiraos al suelo —ordena el policía, y no nos queda más remedio que hacer lo que él dice.

Entonces sale Natasha con su bonito rostro cubierto de lágrimas.

—Por favor, no disparen. Trabajo aquí —su marcado acento ruso se esconde detrás de uno aún más marcado de Long Island—. Recibí una llamada diciendo que se había activado la alarma, así que volví pensando que me había olvidado de apagarla.

La mirada del policía uniformado recorre su cuerpo, vestido con un ajustado vestido rosa, y luego vuelve a subir. Luego baja el arma y le sonríe.

—Está bien, señorita. ¿Conoce a estos hombres?

—Son mi primo y mi jefe —ríe ella convincentemente—. Les pedí que vinieran aquí y me encontraran. Llegaron antes que yo.

Esperamos en el suelo mientras Natasha coquetea con el policía. Su compañero se acerca a nosotros y nos pide una identificación. Le entrego mi licencia de conducir y mi tarjeta de presentación. Sacude la cabeza y me la devuelve.

—¡Larry! —le grita el otro hombre—. Comprobado. Este tipo es el dueño del lugar —luego se vuelve hacia mí—. Perdón por la confusión, señor.

—Gracias, oficial —respondo, sacudiéndome los pantalones.

Luego mira a su compañero, que está charlando con Natasha, antes de dirigirse a su coche.

—Que tenga buenas noches, señor. Manténgase a salvo, ¿me entiende?

Con grandes sonrisas, nos despedimos y esperamos a que se cierre la puerta de acero.

—Buen trabajo, Natasha —sonríe Dmitri—. Parece que podría tener algo de competencia.

—Prefiero disparar una pistola que escuchar eso de ti —responde con frialdad—. Me detuve al mismo tiempo que ellos —susurra—. Me dijeron que recibieron una llamada.

—¿No respondían a la alarma? —pregunto.

Natasha niega con la cabeza.

—Alguien llamó a la empresa de seguridad y canceló la alarma. Alguien más llamó a la policía y denunció un robo. La empresa de seguridad me llamó.

Mi cuerpo se tensa cuando escucho esto.

—¿La casa está segura? ¿Paige está a salvo?

—Sí —responde ella—. No se ha tocado nada más. Pequeñas escaramuzas en los barrios exteriores y pequeñas cosas que no atraerán la atención de la policía. Pero, ¿para qué sirven?

—Es un mensaje —respondo—. Están tratando de descubrir nuestros recursos poniéndonos a prueba —miro alrededor del almacén, nuevamente todo en silencio—. No nos quedemos aquí esperando que nos disparen.

Nos dirigimos rápidamente a nuestros autos y hago algo que nunca antes había hecho.

Miro por encima del hombro.

PAIGE

STEFAN NOS RECIBE EN LA PUERTA. SONRÍE AMPLIAMENTE, ALTO Y DELGADO, CON REFLEJOS decolorados en su cabello oscuro. Le sonrío a Emma, contento de verla, y luego muy cortésmente hacia mí.

—Por favor, pasen —dice, extendiendo la mano por el umbral—. Veré si mi abuela ya está lista.

La casa no es lo que esperaba. Es muy moderna, con amplias ventanas de vidrio que muestran los bosques circundantes y paredes de roble natural que nunca han sido tocadas con pintura. Admiro un jarrón de celadón sobre un pedestal y mantengo con cuidado las manos a los costados hasta que me muestran un lugar para sentarme.

Zhanna Nikolaeva entra por dos puertas que permiten que la luz del sol entre en la tenue sala de estar. Va vestida con un traje pantalón de seda cruda en gris perla. Dos galgos entrenados la siguen de cerca. Sus pelajes brillan como si fueron pulidos y sus pasos son silenciosos sobre el suelo de mármol.

El cabello gris de ella está peinado con raya a un lado sobre su pálida frente. Y sus ojos violetas están ensombrecidos por párpados ahumados y pestañas cuidadosamente aplicadas.

Ella no es tan mayor como pensé al principio. Debió haber sido muy hermosa alguna vez.

Un rostro que podría desencadenar mil guerras.

Ella avanza hacia mí a un ritmo medido y majestuoso, y Stefan avanza rápidamente hacia ella, susurrando algo en voz baja. Zhanna levanta la mano y él inmediatamente deja de hablar.

—Está bien, Styopa, querido. Me siento mucho mejor hoy —dice ella y vuelve a dejar caer la mano. Observo que sus pálidos dedos tienen las puntas pintadas con esmalte plateado—. Ve y entretiene a tu adorable amiga.

Emma inmediatamente se levanta y sigue a Stefan fuera de la habitación. Escucho una risa suave corriendo por el pasillo. Los perros se mueven al unísono hacia mí y huelen con curiosidad mis zapatos antes de alejarse trotando desdeñosamente y regresando al lado de su dueña.

Zhanna me mira como desde lejos, como lo hizo en el funeral. Sigo siendo una curiosidad para ella. Una acicalada cenicienta que consiguió un príncipe Bratva. Agita la mano en un gesto que me indica que debo darme prisa y hablar antes de que también me despidan.

Sus ojos se dirigen a mi brazo, donde las cicatrices de las uñas de Talia de esa noche de hace tantos meses finalmente han comenzado a sanar.

—¿Cómo obtuviste esas marcas? —pregunta, su voz más dura que antes.

—Talia Nikitin —confieso—. Ella trató de lastimarme en una cena.

—¿Y Andrei nunca te ha tocado así?

—No —contesto y sacudo la cabeza.

—Parece que se parece menos a Vasily de lo que todos pensábamos —murmura ella, pero no sé si pretende que esas palabras sean para mí o para ella misma.

—No sé mucho acerca de ser la esposa de un marido en la Bratva —espeto con torpeza.

Su mirada se posa en el pequeño colgante de diamantes alrededor de mi cuello y ella frunce ligeramente el ceño.

—¿Es un regalo de tu marido?

Llevo mi mano al colgante y asiento.

—¿Es real? —pregunta ella.

Yo asiento de nuevo y digo:

—Estoy bastante segura de que todas las joyas que me ha regalado son reales.

—Niña tonta —sonríe ella levemente—. Todas tus joyas deben ser tasadas y luego duplicadas. *Nunca* uses los originales. Te daré el nombre de una tienda. Son muy discretos. Te pagarán bien por ellas y tu marido nunca lo sabrá. Nunca dejes que tu marido escoja tus joyas.

Mis ojos se abren como si ella estuviera hablando sin cordura.

—Entonces, ¿cómo las obtengo?

Ella chasquea como si fuera un niño.

—Admiras una pieza o encuentras una foto de lo que te gusta en el catálogo de una subasta. Colocas la página en su escritorio, y él te lo comprará. No dejes que él te dé nada que no puedas vender.

Un escalofrío recorre mi espalda ante sus palabras. Ella no me está diciendo cómo ser esposa.

Ella me está diciendo cómo sobrevivir.

Mi voz baja mientras junto mis rodillas con fuerza.

—Necesito hablar con alguien, tal vez con un contador.

—Un administrador de fondos —me corrige, sonriendo—. No confíes en nadie que tu marido utilice para *tus* finanzas. Te daré un nombre, Paige Geraldovna. Me alegra que hayas venido a mí. Una mujer que se casa por dinero...

—Yo no me casé con Andrei por su dinero —digo y luego me contengo. Me preocupa haber ofendido a la persona más capaz de ayudarme.

—Te pediré que no me vuelvas a interrumpir, querida —me dice y su sonrisa disminuye ligeramente pero nunca muere—. Los hombres ricos tienen un atractivo del que carecen otros hombres. Si el dinero no te atrajo al principio, entonces es la forma en que se comportaba en comparación con los otros hombres. Hay una confianza palpable en la forma en que saben lo que quieren y cómo pueden conseguirlo. Una determinación que no se puede negar. Un hombre rico tiene ciertas cualidades que atraen a cierto tipo de mujer —ella hace una pausa, como si esperaba que yo la interrumpiera. Cuando no lo hago, ella se recuesta satisfecha y continúa—. Una mujer *inteligente*. No hay que avergonzarse de querer que nos cuiden. Sólo es vergonzoso si no sabes cuidar de ti misma.

Es como si supiera lo que ha estado en mi cabeza desde antes de conocer a Andrei.

—¿Y qué pasa si tengo que dejarlo? No es que yo lo haga —agrego rápidamente.

—¿Eres dueña de una casa a tu nombre? —me pregunta, y no me atrevo a mencionar la casa de papá—. ¿No? Entonces encuentras una casa de vacaciones y le dices que quieres que te la compre. Luego pasas cada vez más tiempo allí que en casa. Con el tiempo él lo entenderá.

Miro a mi alrededor, preguntándome si eso es lo que ella hizo, y cuando mi mirada vuelve a la de ella, está sonriendo con complicidad.

—Ahora, querida —dice y se inclina hacia delante, poniendo una mano encima de la otra—. Dime la verdad de por qué estás aquí. No retengas nada. Tus secretos están a salvo conmigo.

LA HORA PASA rápido y agradezco a Zhanna sus consejos. Prometo visitarla nuevamente, pero espero no tener que hacerlo. Cuando Stefan pregunta si puede llevar a Emma a casa, Emma se ríe y le dice que si puede.

El viaje a casa es rápido, mientras reflexiono sobre las cosas que ha dicho Zhanna.

No puedo ser tan insensible. No puedo pedir joyas y una casa. Pero lo entiendo. En su mundo, hay maneras de hacer las cosas. Sacudo la cabeza ante mi moral de clase media. Pero no puedo hacerlo tan... sin corazón.

Pero llamaré al administrador de fondos cuando llegue a casa. Tomo un camino largo a casa para poder estar sola y pensar. Miro el Rover por el espejo retrovisor y me hierve la sangre.

Bueno, casi sola...

Andrei está tan concentrado en la Bratva y en su lealtad al negocio, para mi consternación. No puedo entender por qué no ve mi perspectiva después de lo que pasó. Siempre me he sentido resentida y herida por su decidida concentración en algo que trae muerte y dolor. Y de manera loca, tengo celos del vínculo hostil que une a Andrei y Talia.

Parece que hoy en día, su nombre está en sus labios más que en los míos.

Sé que él no puede darme la vida normal que quiero. El dinero no puede comprarnos la seguridad o la libertad en el anonimato que anhelo. Puedo ver el dolor y la confusión en los ojos de Andrei cada vez que me alejo de él.

Pero también sé que, sin importar lo que yo diga, él no puede amarme como yo quiero.

Soy un activo, no una esposa.

Por ello, para cuando llego a casa, me siento justificada para hacer lo que debo hacer.

PAIGE

EL TELÉFONO NO ESTÁ EN SU ESCONDITE. ME SIENTO ENFERMA Y ME AGARRO DEL LAVABO DEL baño. Busco en el armario de nuevo. No está bajo las toallas, lo que significa que Andrei debe haberlo encontrado.

Eso también significa que sabe que he estado hablando con Kenney.

No me siento culpable. Y eso no cambia nada. Hoy tengo una cita para reunirme con Kenney en la oficina del abogado. Territorio neutral, por lo que espero sea una conversación de adultos sobre *mi* dinero.

Conduciré mi Mercedes con Viktor en el auto como guardia. Conducir es el último poquito de libertad que me queda, pero pronto eso también cambiará.

Yo haré que cambie. Nunca elegí esta vida criminal y no tengo la intención de hacer sufrir a mi hermana ni a mi bebé. Pero por si acaso, decido salir temprano y estacionar frente al edificio para poder ver quién entra y sale.

—¿Estás listo para salir? —le pregunto a Viktor, quien está de pie en el salón principal.

—Estoy a tu entera disposición, Paige Geraldovna —asiente él.

No me gusta el tono de su voz. Viktor no ha hablado con Andrei, aunque dudo que tenga algo que ver conmigo. Apenas puedo mirar a Viktor a los ojos, pero necesito a alguien que mantenga la boca cerrada.

Él sólo lo dirá si se lo preguntan, así que tengo que asegurarme de que Andrei no le haga demasiadas preguntas.

—¿Cómo han estado las cosas? —le pregunto mientras empezamos a recorrer el largo camino.

—Por favor —me responde—, no tenemos que charlar.

—Vale —respondo con firmeza, sintiéndome aliviada.

El GPS me dirige hacia Poughkeepsie, Nueva York, pasamos la estación de tren mientras el auto sube la colina. Lamentablemente, parece que hemos llegado al pueblo, pero no encuentro la calle del despacho del abogado. Mi frustración comienza a mostrarse mientras doy vueltas, buscando, y ahora estoy muy alejada, en la cima de una carretera estrecha y sinuosa.

Una señal de alarma suena en mi cabeza y mis instintos me advierten del peligro. Miro por el espejo retrovisor y veo un SUV negro que se acerca detrás de mí. Es demasiado ancho para pasarnos y me veo obligado a conducir con el SUV detrás de mí.

Con repugnante certeza, me doy cuenta de que la intención del conductor es sacarme de la carretera.

—Mierda —dice Viktor, quien lo mira por el espejo lateral—. ¿Quieres que les dispare?

—No, solo comprueba la dirección —le digo.

Una oleada de ira fría sacude mi sistema mientras presiono el acelerador. El coche da un bandazo y sus neumáticos chirrían sobre el pavimento lleno de baches, el cual está aún más resbaladizo porque el viento ha arrastrado una capa de hojas sobre el cemento. Empiezo una desesperada carrera cuesta abajo con el sol de la mañana en mis ojos. Apenas puedo ver el camino.

—¿Estás segura de que esa era la dirección correcta? —me pregunta Viktor, quien lucha por mantener el pánico fuera de su voz.

—¡Menos tiempo hablando y más tiempo buscando en Google! —le grito.

—Esa no es la dirección —me dice—. Tenías la dirección equivocada.

Esa fue la dirección que me dieron. Y ahora estoy luchando por mi vida otra vez.

Viktor lucha por mantener su arma mientras pasamos cada bache en la colina, y cada bache sacude el auto. Tomo curvas cerradas sin reducir la velocidad, pero no importa cuánto lo intente, no puedo superar al enorme SUV detrás de nosotros.

Mi corazón se hunde al pensar en la distancia que todavía tenemos que recorrer antes de llegar a un lugar seguro. Las lágrimas amenazan con brotar de mis ojos mientras siento que el sudor frío gotea por mi frente.

—¿Guardarás esa arma antes de que accidentalmente se dispare sobre uno de nosotros? —le digo a Viktor.

—¡Llamaré por refuerzos! —grita él en respuesta.

—No, no te atrevas. Andrei no puede saber adónde voy.

—¿Preferirías morir? —me mira fijamente, pero no respondo.

Agarro el volante con tanta fuerza que me duelen las manos. A alta velocidad, tomo cada curva cerrada, rechinando los dientes al compás del chirrido de las ruedas. Cuando llego a un tramo recto de la carretera, siento oleadas de alivio que me invaden, pero solo hasta la siguiente curva. El todoterreno todavía nos sigue y sus faros me ciegan por el espejo retrovisor.

—¡Déjame intentar dispararles! —grita Viktor.

—¡No, no necesito que me devuelvan el disparo!

Él baja su arma y apoya sus manos contra el tablero mientras golpeamos otro bache.

A riesgo de chocar contra un coche que viene en sentido contrario, me quedo en el medio de la

carretera. Es un riesgo que tengo que correr porque sé que el SUV nos enviará al espacio si lo dejo pasar. Finalmente, veo una gran intersección y hay otros autos alrededor. El semáforo cambia a rojo, pero yo acelero antes de que el tráfico se mueva, dejando atrás el SUV.

—Lo logramos —ríe Viktor y luego deja escapar un grito—. ¡Mierda, lo logramos! ¡Eso fue jodidamente increíble!

—No nos contentemos mucho todavía —le advierto—. Pon la dirección correcta en el GPS.

Me enfado cuando estaciono el auto frente a la oficina del abogado. Es en dirección opuesta a donde íbamos. Kenney me tendió una trampa de nuevo y esta vez casi lo consigue. Me planteo volver a llamar como sugirió Viktor, pero no lo hago.

Estoy tan enojada que siento como si pudiera derribar a un ejército de mil personas con solo mis puños desnudos.

Viktor mira un Rover estacionado y asiente en su dirección.

—Esto es extraño —dice—. Es uno de los nuestros.

Tropiezo un poco al acercarme a la puerta; mi zapato se traba en la acera. Viktor se da cuenta y rápidamente toma mi brazo. Lo sostiene con suavidad, pero con firmeza y sonrío amablemente de manera tranquilizadora.

—Puedes hacer esto —me dice—. Sé que puedes hacerlo.

Al principio, yo desconfiaba de Viktor, dudaba de si podía confiar en el niño salvaje que vi arrastrar a Emma hasta la mansión. Pero mientras recuperamos el aliento, él parece ser completamente diferente. De repente, Viktor luce alarmado por la gente de la mansión, lo que me hace sentir pena por él y por Emma. Aunque intento no demostrarlo, alguna parte de mí todavía no puede evitar dudar de sus intenciones. La Bratva significa más que cualquier otra cosa para él.

—Gracias —le respondo mientras me guardo mis otros pensamientos.

Abrimos la puerta de la oficina y descubrimos que ha sido saqueada.

Montones de pesados libros de derecho están tirados en el suelo, así como sillas de oficina volcadas y papeles que cubren el suelo como hojas de otoño. Los latidos de mi corazón se aceleran al dar un paso vacilante. Algo no está bien. Puedo sentirlo. El sonido de algo moviéndose proviene de una habitación en la parte de atrás.

El sentido común me grita que me vaya y nunca regrese. Pero la curiosidad me impulsa a avanzar.

Al doblar la esquina, se me corta el aliento cuando mis ojos ven a Andrei. *¿Acaso vino a detenerme? ¿Quién le dijo?*

Pero Andrei no me nota. Está encorvado y mirando algo en el suelo. Lo más silenciosamente posible, me muevo para ver qué está mirando. Andrei sigue sin volver la mirada hacia mí.

Lentamente, aparecen a la vista un par de piernas, extendidas en extraños ángulos. No se mueven y sé con aterradora certeza que su dueño está muerto. Continúo avanzando hasta que veo una mano sosteniendo algo: mi teléfono Nokia.

Un paso más y distingo un rostro: ojos en blanco que me miran fijamente sin ver, boca ligeramente entreabierta y un fino rastro de sangre que emana de la comisura de sus labios ya grisáceos.

Lo veo. Lo reconozco. Al instante cubro mi cara con mis manos para amortiguar mis gritos.

Es Kenney.

PAIGE

—LO MATASTE —EXPRESO HACIA ANDREI CON INCRECULICIA.

Andrei finalmente se pone de pie. Me mira fijamente por un momento antes de acercarse, levantando la mano en un vano intento de tranquilizarme. Pero retrocedo rápidamente, golpeándome contra la pared. Él vuelve a alcanzarme y le aparto las manos de un golpe.

—Paige —susurra con voz ronca—. No es lo que parece.

—Lo mataste.

Viktor coloca sus manos sobre mis hombros.

—¿Debo llamar para que hagan la limpieza, Andrei Vasilyevich? —pregunta solemnemente a Andrei.

Me alejo de ambos hacia la puerta.

—Mataste a mi primo.

Andrei permanece inmóvil.

—Paige, te lo juro. Yo no hice esto.

—No es lo que parece —respondo con frialdad—. ¿Le hiciste suplicar primero?

—Paige, tenemos que irnos —responde con frialdad—. Podemos hablar en casa.

No puedo creer lo indiferente que está mientras mi primo yace muerto en el suelo. No me explica nada y espera que yo suba obedientemente al coche mientras otra persona yace muerta a sus pies. Paso corriendo junto a Andrei y me arrodillo junto a Kenney, esperando que tal vez todavía quede una pequeña chispa de vida en él. Pero es entonces cuando veo la herida de bala en su pecho.

Lloro hasta que se convierte en gemido. Y Andrei se acerca por detrás y me tapa la boca con la mano. Me muevo en su agarre, tratando de escapar mientras mi miedo se convierte en histeria. Me abraza fuerte mientras Viktor agarra mis piernas. No puedo moverme mientras salen corriendo por detrás, dejando los coches aparcados en la calle de enfrente.

Aparece otro Rover y me arrojan sobre el asiento trasero. Apenas puedo ver a través de las

ventanas polarizadas mientras golpeo el irrompible vidrio con el puño. Mis manos se tornan rojo brillante mientras siseo de dolor. Me giro para mirar al conductor, pero hay una separación entre nosotros.

Estoy aprisionada en una caja de cristal oscuro y no hay nada que yo pueda hacer mientras mi cordura se derrumba sobre mí.

No me agradaba Kenney, pero era mi familia. Y él no merecía morir así, ni Eva ni mi madre. Pienso en toda la gente que ahora está muerta y me deslizo hasta el suelo del Rover.

No quiero que Emma sea la próxima.

Prefiero morir antes que pararme junto a otra tumba.

El Rover se detiene ante la casa, pero me siento demasiado débil para caminar hasta la puerta. Vanya baja las escaleras para buscarme. No pregunta qué pasa mientras me levanta en sus brazos. Se dirige hacia las escaleras, pero lo detengo cuando llegamos al segundo piso.

—No, llévame a la habitación de Eva.

—Paige Geraldovna... —dice, pero se detiene cuando agarro el cuello de su camisa.

—Por favor, me volveré loca si tengo que hablar con mi marido esta noche —digo.

Vanya respeta mis deseos y la puerta de la habitación de Eva está abierta.

Nada ha cambiado, no es que haya pasado tanto tiempo. Vanya me coloca suavemente sobre el sofá de terciopelo en la salita de estar. Miro la foto de una madre bañando a su hijo y presiono mi vientre con la mano. Las pinceladas azules en el lienzo me reconfortan como si estuviera mirando el océano a kilómetros de distancia.

—¿Estás cómoda? —me pregunta Vanya—. ¿Puedo hacer algo más, Paige Geraldovna?

—Sí —digo y le asiento con la cabeza—. Quiero un guardia en mi puerta.

PAIGE

LA LUZ DEL DÍA DESAPARECE EN LA NOCHE MIENTRAS ESTOY SOLA EN LA HABITACIÓN DE EVA. LA tentación me molesta y quiero escabullirme al pasillo y escuchar la voz de Andrei. En lugar de eso, retiro la pesada cortina de seda y levanto una esquina de la persiana para mirar hacia la puerta principal. No he escuchado que la abran desde que regresé a casa.

Andrei lleva mucho tiempo fuera y todas las explicaciones posibles nublan mi razón. Alrededor de la medianoche, escucho su voz afuera en el pasillo, y luego unos pasos se alejan de la puerta. Presiono mi cara contra un cojín, dejando que la áspera costura roce mis mejillas.

No quiero verlo, pero una parte de mí se habría sentido desconsolada si Andrei no hubiera demostrado que le importaba. La puerta se abre ligeramente y entierro mi cara más profundamente en las almohadas, fingiendo estar dormida. Espero a ver qué hará él porque no estoy segura de *lo que haré yo*.

La puerta se cierra de nuevo y sé que estoy sola en la oscuridad. Inspiro mientras mi cabeza se levanta. Me ocuparé de mis sentimientos esta noche, antes de tomar una decisión mañana.

Dando vueltas y vueltas, veo la cara de Kenney cada vez que cierro los ojos. Y veo los ojos oscuros de Andrei mirándome mientras se inclina sobre él. Dormir es imposible.

Necesito a Andrei. No por su dinero o su protección. Lo necesito para sentirme completa. Suena tonto, como un enamoramiento adolescente. Pero cuando transformo mi pensamiento en palabras, eso es lo que me dice. Nunca antes había sentido esta atracción hacia ningún hombre: este deseo de hacer que él me quiera, de mostrarle ternura y calmarlo cuando está sufriendo.

Y sé que Andrei sufre. No se habría resistido al amor durante tanto tiempo si no lo hiciera.

Pero al segundo día, Andrei pierde la paciencia y entra a la habitación de Eva a buscarme.

Va vestido con un traje gris oscuro, está de pie en medio de la habitación con las manos en las caderas, listo para empezar.

—No puedes quedarte aquí —su mirada desafía mi comportamiento y apenas puedo mirar sus penetrantes ojos.

Recuerdo lo que dijo cuando trajeron a Emma aquí por primera vez. *La esposa de un Pakhan duerme con él a menos que él decida lo contrario*.

—No planeé hacerlo... me quedé dormida —digo y me levanto. Camino mi cuerpo cuidadosamente alrededor del suyo—. Voy a subir a hacer las maletas.

No me atrevo a mirarlo mientras salgo apresurada por la puerta, pasando al guardia.

En cuanto mi pie toca el pasillo, salgo inmediatamente corriendo el resto del camino hasta nuestra habitación. Sé que él no me dejará irme y debo estar loca si me atrevo a pensar lo contrario, pero lo intentaré de todos modos. No tengo mi propio equipaje, así que busco en su armario. Eso no es todo lo que encuentro. Detrás de un pesado abrigo de lana, hay un armero. Miro las armas en filas: negras brillantes y terriblemente frías.

Las vuelvo a tapar con el abrigo.

Saco la primera maleta vacía y la tiro sobre la cama cuando Andrei entra en la habitación. Camina lentamente hacia la cama y me observa mientras tiro un montón de vestidos encima.

¿Dónde voy a usar estas cosas? Los vestidos de noche de seda y satén son demasiado elegantes para pasar desapercibida. Miro con furia un vestido cruzado de punto que tengo en mis manos y siento que no quiero volver a usarlos nunca más.

Pero arrojo todo en la maleta como para demostrar un punto. Cada acción se siente menos genuina que la anterior. Me siento como una mocosa montando un espectáculo. Estoy amenazando con huir de casa cuando sé que no podré llegar más allá de la puerta de entrada.

—Paige —rompe él el silencio. El tono suave de su voz es inesperado—. No tienes que irte.

Me detengo en seco, lista para burlarme.

—No necesito tu permiso. No puedo quedarme aquí, Andrei. No después de lo que has hecho. No si quiero que mi familia y mi bebé sobrevivan.

—*Nuestro* bebé —me corrige—. Y *nuestra* familia.

Dudo por un breve momento y él se da cuenta. *Nuestra* familia. Él ya había reclamado con entusiasmo la propiedad del bebé antes, pero nunca a Emma. Realmente nunca me molesté en considerar lo que Andrei debía sentir por Emma o si Andrei podría molestarse si ella se fuera. Supuse que estaba desesperado por recuperarla para mí, no por él.

Lanzo otro puñado de vestidos en la maleta y la ridícula pila parece un pastel escalonado a punto de caerse.

—No me siento segura aquí —digo finalmente—. No me siento segura contigo.

—¿Después de todo lo que he hecho por ti? —me dice Andrei acercándose a mí y yo tropiezo hacia atrás para alejarme de él.

Levanto mis manos rápidamente frente a mi cara, como si ese gesto pudiera mantenerlo alejado. Andrei se detiene frente a mí, respirando con dificultad mientras se resiste a su naturaleza violenta. Bajo las manos y su expresión preocupada parece sincera, pero la fe que tenía en él está menguando.

—*¿Por mí?* —Mi cabeza se sacude de un lado a otro mientras lucho por reprimir el escalofrío que amenaza con abrumarme—. Tú quieres decir *para* mí.

—Paige —anuncia Andrei y sus manos encuentran el camino hasta mi hombro. Yo dejo escapar un grito ahogado ante su toque—. Yo no le disparé a Kenney.

—Es posible que no hayas apretado el gatillo —le respondo—. Pero tú eres la razón por la que está muerto.

—Sabes tan bien como yo que Kenney es responsable de su propia muerte —dice Andrei y me suelta. Yo me quedo ahí, sin saber si debo moverme—. Se involucró con personas que pensó que podía controlar. Nadie controla la Bratva sin conocer nuestras reglas.

Él tiene razón. Recuerdo mi conversación telefónica con Kenney mientras él se jactaba de Talia. *La tengo bajo mi control.*

Andrei siempre ha tenido razón. Pero eso no hace que duela menos.

Tambaleándome sobre mis tacones bajos, no sé qué hacer. Andrei me observa atentamente, esperando mi decisión. Quizás pueda creerle y quizás él no apretó el gatillo. Pero me niego a aceptar que sea perfecto.

Yo vi el SUV pisándome detrás. Fue una trampa y fácilmente podría haber terminado de manera diferente para mí y para mi bebé.

No importa lo que él diga, me ha puesto un objetivo en la espalda.

Vuelvo al armario y tomo otro puñado de ropa. Pero esta vez, Andrei me los quita de las manos y los tira al suelo. Respira pesadamente como un lobo gris, listo para atacar, y su mirada se posa en el montón a nuestros pies. Andrei se balancea mientras lo mira fijamente y luego, lentamente, levanta los ojos hasta mirarme.

La oscuridad en su mirada es abrumadora y veo sus demonios asomando. Me atrae tan rápido que no puedo retroceder. Me apresuro a dar un paso atrás, sorprendida por lo que veo.

No puedo controlar esto. No puedo controlarlo a él.

Pero nunca antes había visto a Andrei lucir desesperado.

—Paige, no te detendré, pero por favor escúchame —su voz tensa por la emoción—. Si te vas, no puedo protegerte. Ese pensamiento me volverá loco. Cuando digo que lo significas todo para mí, no son palabras vacías. No estoy tratando de enamorarte, complacerte o comprarte. Este matrimonio es real. Olvídate de que soy un Pakhan. Te lo ruego como tu marido. Por favor, quédate conmigo.

Mis lágrimas se sienten saladas en mis labios mientras me hundo lentamente en la cama. Me siento como una tonta sentada entre montones de ropa, pero no me siento tonta cuando Andrei se sienta a mi lado. Mi mirada se encuentra con la suya y la aterradora desesperación desaparece. En su lugar hay algo nuevo: la esperanza.

Y de repente me avergüenzo al darme cuenta de que yo *puedo* herirlo con mis acciones.

Él tiene razón. Él es mi esposo. No sólo un Pakhan.

—Estamos en esto hasta el final, ¿no? —susurro—. No hay otra opción.

—Hasta que los mares se sequen y el cielo se caiga —habla él en voz baja—. Por favor, tenme paciencia y te prometo que sobreviviremos a esto juntos.

Me rodeo con mis propios brazos.

—No puedes hacer esa promesa. No puedes decirme que sabes que vivirás.

—Viviré porque sé que tú quieres que lo haga —me dice y sus labios tocan suavemente mi mejilla—. Lo haré para complacerte.

Con sus poderosos brazos, Andrei me agarra por la cintura y me acerca a su pecho, abrazándome fuertemente contra él. Su boca aprieta la mía y su beso me tranquiliza mientras me atrae hacia él de nuevo. Con todas mis fuerzas, mi mente trata de resistir. Pero es imposible que mi corazón lo rechace. Ese beso dice que me necesita.

Poco a poco, me doy cuenta de la suave presión de su mano contra mi vientre y de los diminutos latidos que palpitan debajo de mi piel. Sus besos son feroces, lastimando mis labios hasta hincharlos.

Por un electrizante momento, recuerdo al Andrei del primer día que nos conocimos: su mirada confiada en un rostro hermoso, su figura alta con un esmoquin perfectamente ajustado y su seductora oferta para que me escapara con él.

Mis manos se abren y empiezo a respirar más rápido. La aprensión pierde el control de mis pensamientos y en su lugar están todas sus fuerzas y su pasión. Vuelven las ganas de aquel primer día. Y me aferro a él por mi vida.

—Así que te quedarás —me susurra.

Una vez más, no es una pregunta.

—Sí, quiero quedarme.

Lo agarro por la chaqueta de su traje hasta que me sigue hasta la cama y yo abro mis muslos mientras él se sube sobre mí. Andrei se arrodilla sobre mí, se quita la chaqueta y la camisa y su mano acaricia mi vientre. El bulto se nota lo suficiente como para indicar que estoy embarazada. Se inclina hacia mis labios y me besa mientras sus manos abren los botones de mi sencilla camisera.

Cuando entra en mí, le creo de nuevo. Siento su fuerza en mí y creo en cada palabra que ha dicho. Él nos protegerá a mí y al bebé. No necesito correr y esconderme, no cuando mi marido me protegerá de sus enemigos.

Él se profundiza en mí y la razón se me escapa, dando paso a la increíble sensación de tenerlo dentro de mí. Siento su amor, y sus palabras hacen que esto se sienta aún más electrizante mientras me aprieto a su alrededor, sosteniéndome de su espalda mientras se mueve. Él gime, su boca presionando contra mi pecho mientras sus manos deslizan mi sostén sobre mis senos.

Jadeo cuando sus labios provocan mis sensibles pezones, empujo mis caderas contra las suyas. Suspiro de placer contra su oreja, aferrándome fuertemente a sus caderas con mis muslos. Sus dientes rozan mis pezones suavemente y su mirada atraviesa la mía mientras floto en una neblina orgásmica.

Mi cuerpo vibra a medida que aumenta el placer. Gimo mientras las lágrimas corren por mis mejillas y mis pies cuelgan sin rumbo en el aire. *Es tan bueno. Se siente demasiado bien ser amada.* No puedo dejar a Andrei. Él presiona su boca contra mi cuello mientras se corre, cierra los ojos con fuerza y luego abre los párpados como si saliera de un aturdimiento. Andrei me mira con expresión seria y luego juguetona mientras una sonrisa se apodera de su rostro.

—Debería haberlo hecho antes —bromea—. Para mantenerte a raya.

—Eres terrible —me río.

—No—dice—, solo estoy enamorado. Te amo, Paige.

Una calidez me recorre. Es la primera vez que Andrei dice eso después del sexo. Y presiono mi cara contra su amplio pecho para ocultar mis lágrimas.

PAIGE

POR LA MAÑANA, LA REALIDAD VUELVE A CHOCAR, BIEN TEMPRANO, CON EL SOL.

En bata, salgo del dormitorio mientras Andrei está en la ducha y bajo corriendo a la habitación de Emma. Ella para de vestirse cuando me ve de pie junto a la puerta de su dormitorio y ambas nos apresuramos al baño, donde pensamos que podemos hablar en privado.

—¿Qué pasó? —susurra ella.

—Kenney está muerto. Un disparo en el pecho.

—Lo escuché en la escuela —me dice, y se sienta pesadamente en el borde de la bañera—. ¿Fue Talia?

—¿En la escuela? —la miro sorprendida—. ¿Y por qué crees que fue Talia?

—Porque la policía dejó ir a Andrei —me responde. Me siento a su lado, incrédula por todo lo que me acaba de decir. Emma respira hondo y sigue explicándome:

—En la elegante academia de Twin Oaks chismean como locos sobre los futuros delincuentes. Pero Natasha fue quien me dijo que Andrei se quedó con Kenney hasta que llegó la policía y esta se lo llevó para interrogarlo. Andrei está cooperando. Aparentemente es un gran ‘NO’ dispararle a un policía en el mundo de la Bratva —hace una pausa, abrazándose con fuerza—. Te habría buscado anoche y te lo habría dicho, pero no quería entrar en la habitación de Eva.

Asiento, entendiendo que lidiamos con el dolor de manera diferente.

—Y ¿por qué preguntaste si Talia lo había hecho?

—Ese es el rumor en la escuela —responde ella—. O es ella o es Gleb. Se supone que no debo saberlo, pero hice amigos que me cuentan todo.

—¿Y qué dicen de Andrei? —le pregunto con urgencia.

Emma se levanta y agarra su cepillo de dientes, poniendo lentamente una gran cantidad de pasta de dientes en las cerdas antes de encenderlo.

—Probablemente sea mejor que no lo sepas, Paige.

El debate en mi cabeza no dura mucho.

—Sin secretos, Emma.

En el espejo, me mira y luego deja el cepillo de dientes sobre el mostrador.

—No es halagador. Le llaman *d'yavol* (el diablo). Me fastidian preguntándome si tú vendiste tu alma para ser su esposa.

—Tienes razón. No es halagador —respondo con frialdad—. Me dirás si dicen algo que podamos usar.

Ella asiente mientras su cepillo de dientes eléctrico sigue girando.

—Supongo que deberíamos hacer algo por Kenney —digo en voz alta.

—Natasha dice que Andrei se ha hecho cargo de todos los gastos, pero no creo que seamos bienvenidos en el funeral de un policía —dice Emma y escupe y se enjuaga la boca—. Incluso si él era nuestro imbécil primo.

Asiento, imaginando las miradas hostiles.

—Emma, ¿perdonaste a Kenney por lo que te hizo?

—Tal vez algún día —me dice y su boca se aprieta en una línea mientras mira su reflejo—. Pero no ahora.

Dejo el tema caer rápidamente.

—¿Dónde escondiste la caja fuerte? —le pregunto.

Emma señala con la cabeza hasta el armario y yo la sigo. Su brazo se extiende adentrándose profundamente en una pila de jeans. Agarra la pequeña y gruesa caja fuerte. Me mira expectante y no puedo decirle que no.

Abrazo mi cuerpo con fuerza, sintiendo un escalofrío helado que no existe.

—Bien, la necesitaré más tarde.

Emma se levanta de un salto y me abraza.

—No estaba segura de si seguirías adelante.

—Tengo que hacerlo —le digo, mirando más allá de ella y tragando saliva al recordar el sentimiento de amor de Andrei de anoche—. Eventualmente —agrego.

ANDREI

MIENTRAS LA DUCHA EMPAPA MI CABELLO, FROTO MI CARA PENSANDO EN LOS ÚLTIMOS DOS DÍAS. Sabía que Paige estaba mintiendo el otro día. Su expresión de sorpresa la delató y no escondió muy bien el teléfono Nokia. Lo encontré y marqué a la última persona que llamó. Kenney no esperaba escuchar mi voz y yo escuché sus patéticas amenazas.

Cuando lo encontré muerto a tiros no pude abandonar el lugar. Huir habría empeorado las cosas, así que esperé a que llegara la policía. Fue un tonto al pensar que podía confiar en Talia. Pero mi corazón se hundió en mis entrañas cuando encontré la mirada sin vida de Kenney. Sabía que Paige me culparía por ello, y así fue en el momento exacto en que ella entró en la habitación.

Me esposaron y me llevaron a la comisaría. El detective que me interrogó sabía quién era yo por mi reputación, pero también sabía que no tenía antecedentes. Sabía que me mantengo alejado de la ley. No soy un tonto. Yo no mato policías. A cambio, la policía hace la vista gorda, esperando que las Bratva se anulen unas a otras. Es un signo de respeto. Saben cómo participar del juego.

En la dura silla de metal de la habitación sin ventanas, pregunté:

—¿Kenney Grant estaba trabajando encubierto?

—Soy yo quien hace las preguntas, Barinov —me contestó el detective con una mueca, negándose a responder—. No estoy aquí para responder las tuyas.

Dudo que Kenney le estuviera diciendo a Paige la verdad. No estaba encubierto. Lo que significa que *alguien* lo mató.

Todavía me duele el cuerpo por estar sentado en esa habitación durante horas, pero valió la pena al regresar a casa. No hui y Paige tuvo que creerme. Ya fuera de la ducha, me siento en la cama y paso la mano por las desordenadas sábanas de su lado, como si ella aún estuviera allí acostada. Las sábanas no son tan suaves como su cuerpo y ya la extraño. *Ella no me dejará por ahora.*

Después de vestirme, bajo a la oficina y Dmitri está esperando solo.

—¿Dónde está Natasha? —pregunto, mientras me siento a su lado en el sofá.

—Ella está buscando pistas —me responde él—. Hay una enredada bola de verdades y mentiras. Pero ella obtendrá las respuestas correctas.

Yo asiento con la cabeza.

—Kenney estaba muerto cuando llegué allí. La oficina del abogado estaba cerrada porque él estaba en el tribunal. Obviamente fue una trampa, pero ¿para quién?

—Viktor dijo que a Paige le dieron la dirección equivocada y luego los siguieron —dice él y hace una pausa—. Quien la incriminó a ella también te incriminó *a ti*. Probablemente sabían que tú encontrarías el teléfono.

—Paige se ha vuelto cercana a Zhanna Nikolaeva —le digo, ya que todo lo que dice ya lo sé.

Dmitri se sienta y me mira expectante.

—Esas son buenas noticias. ¿No es así?

Sacudo la cabeza y me hundo en el cojín.

—No cuando la vieja perra le está enseñando a mi esposa cómo dejarme.

—¿Cuál sería su razón? —pregunta Dmitri—. No es que planees casarte con ella.

Me levanto y camino hacia la barra. Escondida en la parte trasera de un gabinete con llave encuentro vodka *Russo-Baltique*. Vasily sólo lo bebía en ocasiones especiales. Las ocasiones especiales deben haber sido raras porque hay varias botellas llenas de ese producto. Sirvo dos vasos y le ofrezco uno a Dmitri.

—Zhanna tuvo una aventura con Vasily cuando ella acababa de enviudar —le explico—. Pero entonces Eva me tuvo, después de un hijo, él no iba a irse —sosteniendo mi vaso, miro a Dmitri—. Has tenido razón todo el tiempo, Dima. He descuidado la Bratva por amor. Negué estar enamorado. Pensé que lo superaría con el tiempo. Pero es todo lo contrario. Ahora sé que nunca olvidaré a Paige. Siempre la querré. Pero ella no siempre me querrá a mí. No cuando ella se dé cuenta de su poder y del hecho de que no me necesita.

—¿Ya ha recuperado el dinero de su padre? —me pregunta Dmitri.

—La cuenta ha sido congelada, pero la mayor parte del dinero sigue ahí. No está segura de querer conservar la casa de su padre y arreglarla. El barrio está al borde de lo deseable. Los desarrolladores ya le están echando el ojo.

Dmitri bebe un sorbo de su vaso, pero no lo saborea. Está paralizado. Puedo decir por su mirada que está buscando algo que decir.

—Tal vez esta amistad con Zhanna no sea mala —responde Dmitri—. Es una ventaja que tu esposa aprenda a ser una adecuada esposa Bratva. Lo que significa que puedes empezar a tratarla como tal. Le has permitido demasiada libertad.

Me río entre dientes mientras sirvo otro.

—La mantuve encerrada en un dormitorio.

—Un dormitorio para una reina con infinitos lujos y riquezas —responde Dmitri—. La has malcriado. Y ella sabe que puede usar el sexo para manipularte. Hay una parte de ti que se aferra a ella con demasiada fuerza. Si agarras el ala de una mariposa, se romperá cuando este intente volar. Sólo cuando la dejes ir querrá regresar —continúa Dmitri con una sonrisa en los labios—. Hazle creer a Paige que está loca por querer dejarte. Debes ser como Vasily...

—Nunca —espeto.

—Tienes pocas opciones, Andrei Vasilyevich —agrega Dmitri, mirando su vaso antes de tomar otro sorbo—. Necesitas convertir a Paige en una esposa Bratva. Eva odiaba a tu padre, pero no le faltaba nada.

—Excepto el amor —le respondo rotundamente.

—Tú amabas a tu madre, Andrei. A tus hijos les encantará Paige y ella los amará. Tú puedes dárselos y eso será suficiente.

Termino el vodka, deseando que fuera la mierda barata que arde al caer. El dolor me hace pensar con claridad. Necesito algo contra lo que luchar. El amor me está dejando confundido.

—Quiero a mi Bratva, a mi hijo y a mi esposa. Sin embargo, constantemente me dicen que sacrifique uno por los demás. Y ¿qué te hace pensar que Paige no se irá con mi hijo?

—Porque ya le has manchado las manos con suficiente sangre, Andrei Vasilyevich —contesta Dmitri y su suave sonrisa se convierte en una diabólica.

Sus palabras me silencian mientras mi mente recrea la valoración. No me gusta la implicación, pero sé que Dmitri tiene razón. Ella pidió los golpes contra los violadores de su madre y estoy seguro de que también eliminamos al asesino de su madre en el proceso.

La Pequeña Señora Suertuda no es la Pequeña Señora Inocente.

Dmitri me observa mientras frunzo el ceño ante la botella vacía. No recuerdo haberlo terminado tan rápido. Él me quita el vaso vacío de la mano y lo coloca, tintineando, con el resto debajo del mostrador.

—Deberías cerrar el gabinete con llave hasta la próxima —dice con una sonrisa forzada—. Cuando tengamos una celebración.

ANDREI

CUANDO SUBO LAS ESCALERAS, PAIGE NO ESTÁ EN NUESTRA HABITACIÓN. MIRO MI RELOJ Y Emma ya está de camino a la escuela. El salón de baile está vacío y el chef me dice que aún no ha desayunado.

Me dirijo al garaje y su auto no está, pero Viktor está parado junto a la pequeña puerta del bosque, mirando su teléfono.

Adrede, le doy una patada a una piedra y él inmediatamente levanta la vista.

—¿Dónde está mi esposa?

Viktor frunce el ceño y guarda su teléfono. Se pone de pie, pero se queda dónde está.

—Ella le pidió a Vanya que la llevara a alguna parte.

—¿A dónde? —pregunto.

Él se obliga a quedarse mirándome. Apartar la mirada lo delataría.

—No pregunté —me dice.

—*Idi suda* —le hago un gesto y le agrego—: Vamos a dar una vuelta.

Él siente lo mismo que yo. La buena voluntad entre nosotros se ha desvanecido desde que Emma comenzó la escuela y, una vez más, él me ve como una amenaza desquiciada. Pero está dispuesto a afrontar esta amenaza por ser parte de la Bratva.

Ahora Viktor baja la cabeza mientras me sigue hasta el garaje y se dirige hacia un Rover.

—No —le digo— Tomaremos el Lamborghini. Tú conduces.

Viktor no puede ocultar la amplia sonrisa que revela su entusiasmo. Toco el teclado y él se desliza en el asiento del conductor, sosteniendo el volante del Lamborghini mientras la maquinaria zumba, tan suavemente que apenas se puede oír.

—Los coches llevan nombres de toros —le digo—. Los llaman así por la velocidad y la potencia del coche.

—¿A dónde vamos? —sus manos aprietan y aflojan el volante mientras examina las pantallas digitales en el tablero.

Me pongo el cinturón de seguridad y me giro hacia él, con expresión tremendamente seria.

—Al último lugar al que llevaste a mi esposa.

Si hay miedo en Viktor, no lo demuestra. Le dejaré disfrutar de estar detrás del volante y esperaré hasta que lleguemos para interrogarlo. Después de veinte minutos, levanto la vista de mi teléfono, sorprendido por el paisaje.

Esperaba ver la campiña que rodea la apartada finca de Zhanna, pero en lugar de eso, estamos conduciendo a lo largo del río hacia un sencillo restaurante lleno de gente.

—Paige Geraldovna se reunió aquí con un agente inmobiliario para hablar sobre la casa de su difunto padre —me explica Viktor.

—¿La comida es buena? —le sonrío—. Hoy me perdí el desayuno.

Viktor se encoge de hombros.

—Las hamburguesas y ensaladas valen la pena, pero yo evitaría cualquier cosa con salsa.

Se pone un poco más erguido cuando entramos al lugar, y siento que nos miran cuando caminamos hacia nuestra mesa. Mi traje vintage de Saint Laurent me hace lucir como un extraño, pero sólo por un momento. Una vez que pasa el shock inicial, ya no soy objeto de curiosidad y me mezclo con la multitud.

Nos sentamos en una mesa con una ventana cerca del auto y noto que una pareja reduce la velocidad para admirarlo como si estuviera en exhibición en el zoológico. La camarera nos entrega los menús, pero yo le devuelvo el mío y hago un pedido de hamburguesa y ensalada. Viktor pide lo mismo con una Coca-Cola Light. Esperamos hasta tener nuestra comida para hablar y luego guardamos nuestros teléfonos.

—Me alegro de que te mantengas alejado de Emma —le digo.

Él mira hacia otro lado con mal humor.

—No soy para ella —me responde.

—Tampoco ella es para ti —respondo con firmeza—. No te equivoques, Viktor. Puede que ya no estemos en el viejo mundo, pero todavía estamos atados por las cadenas de la tradición. El amor llega después, no primero.

—Sin embargo, tú te enamoraste de Paige Geraldovna —me mira fijamente. Viktor sabe la verdad. Yo quería a Paige desde el principio—. Y yo me veo obligado a ver como entregas a Emma como si fuera ganadopreciado en una subasta.

Mi mandíbula se aprieta.

—¿Conoces la diferencia entre Gleb Novikov y tú? —le pregunto.

Burlándose, Viktor deja su tenedor.

—Él nació en la familia adecuada. Y yo no soy más que el muchacho campesino que sigue la falda de una zarina.

—Toda la Bratva procede de ascendencia campesina —le señalo—. La verdadera diferencia entre tú y él es que tú eres mejor hombre —me detengo, evaluando su reacción—. Gleb Novikov es un punk. Cualquier hombre que mate a su novia el día de su boda por poder es un punk.

Viktor asiente y observa sus manos cruzadas sobre la mesa.

—Te gustaría llegar a ser Pakhan algún día, ¿no es así, Viktor? —le pregunto.

—No puedo —dice, ignorando la pregunta.

—¿Por qué no? —le respondo suavemente—. Gleb es el último de los Novikov. *Alguien* tendrá que hacerse cargo una vez que él muera.

Su confianza regresa cuando su espalda se endereza y su barbilla se levanta.

—¿Es eso lo que quieres, mi Pakhan?

Asiento con la cabeza. Estoy dispuesto a ofrecerle esto a Viktor para asegurar su lealtad. Y que espíe a mi esposa.

—Tu Pakhan exige una respuesta.

La chispa regresa y reaviva el fuego en sus ojos cuando Viktor responde:

—*No me importa nada o nadie más que la Bratva, y no amaré a nada o nadie más que a la Bratva.*

—*Molodetes* —levanto mi copa a modo de asentimiento.

ANDREI

MI TELÉFONO VIBRA EN MI BOLSILLO CUANDO VOY LLEGANDO AL SITIO EN CONSTRUCCIÓN Y estaciono junto al remolque de la oficina.

—Sí, Talia —respondo sin rodeos.

Hay una pausa.

—Deberíamos hablar.

—Ya es como muy tarde —me burlo.

—Lo digo en serio, Andrei —ella inhala y el tono de su voz desaparece.

—No tengo tiempo para esto... —le digo.

Antes de que yo pueda colgar, ella habla rápidamente.

—Por favor, vas a querer hablar conmigo. No sólo por tu bien, sino por el de tu hermana.

Un viento otoñal racheado azota las altas vigas y trabes, y las examino rápidamente en busca de cualquier sorpresa no deseada.

—Te estás quedando sin ideas para atraparme —le lanzo.

—Quiero pedir una tregua —responde ella con firmeza—. Por favor.

Esta vez hago una pausa más larga antes de preguntar.

—¿Qué hiciste, Talia? —inquiero y espero una breve risa, seguida de una negación, pero todo lo que escucho es silencio. Lo suficiente como para preguntarme si se cortó la llamada—. ¿Talia?

—No hay trucos, Andrei —responde ella—. Quiero que nos encontremos. Tenemos que hablar. Acerca de todo.

Y termina la llamada.

CUANDO REGRESO A CASA y entro a mi oficina, encuentro una revista en mi escritorio abierta en

una página. El pesado y brillante catálogo de *Christie's* es para la próxima subasta de la colección privada de joyería más grande que poseen. El catálogo está abierto mostrando un collar de zafiros y perlas valorado en varios millones. Una nota está inserta, a modo de marcador, y escrita en un trozo de papel de carta *del escritorio de Paige Barinov*. La nota dice...

Esto sería genial.

Ella está aprendiendo rápido y Zhanna le está enseñando bien.

¿Me siento culpable por vigilar a Paige? La confianza es un lujo que no puedo permitirme regalar, ni siquiera a ella. Pero vale la pena el precio por verla feliz.

Así que, sonriendo, tomo mi teléfono y llamo a *Christie's*.

PAIGE

A PETICIÓN MÍA, NATASHA PASA SEMANAS INTERROGÁNDOME CON TARJETAS DIDÁCTICAS, PARA que yo pueda practicar la pronunciación de nombres y aprender rangos. Ella sonríe con orgullo mientras pongo énfasis en las sílabas correctas y digo algunas frases casuales.

—Hasta un turista sabe decir *kak delo* —bromea Natasha—. Que no lo sepas no es sólo una vergüenza, Paige Geraldovna. Es un pecado.

Zhanna está más que encantada de asesorarme sobre servicios de catering, floristerías y distribución de asientos. Me advierte que mantenga a ciertas familias a distancia.

Las estancias del primer piso se vacían y los muebles se guardan en el piso de arriba mientras se alquilan mesas, sillas y vajillas para la fiesta.

Parece que estamos a abriendo un restaurante de alta gama.

Emma da vueltas por la casa mientras se prueba vestido tras vestido. Cada uno es más hermoso que el anterior, y ella está feliz de invitar a sus amigas de la escuela, retribuyéndoles todas sus invitaciones.

Al mismo tiempo, apenas puedo soportar ver su felicidad, sabiendo lo que Andrei ha planeado.

Espero que ella no se dé cuenta de antemano.

A pesar de mi aprensión, la mansión parece estar viva de nuevo, y espero que nuestra buena suerte no termine demasiado pronto.

EL DÍA DE LA FIESTA, Dmitri sale a la terraza y se queda a mi lado mientras los trabajadores levantan la carpa blanca sobre la plaza donde una vez estuvo el laberinto. No hablamos mientras una ligera brisa nos golpea en la cara. Se ve bien con su esmoquin azul hecho a la medida y su cabello peinado hacia abajo, cubriendo su cicatriz. A pesar de lo que él piensa de mí, a regañadientes siento una cercanía hacia él después de todo lo que hemos pasado.

—He oído que te has hecho muy amiga de Zhanna Nikolaeva —dice retóricamente—. Eso es inteligente.

—Ella en realidad me gusta —le digo.

El asiente.

—Me alegro. Quizás ahí es donde nos equivocamos. Deberíamos haber encontrado un mentor para ti cuando viniste aquí por primera vez.

—¿Por qué? —inquiero—. Todos creían que era un matrimonio falso.

Dmitri sonríe mientras la tienda se eleva en el aire.

—Yo tenía mis dudas —me dice—. Él te quería demasiado.

Sin dar más explicaciones, él se aleja hacia la tienda que se está derrumbando a un lado. Empieza a gritarles a los trabajadores en ruso y yo capto algunas palabras: *idiotas y equivocados*.

Sonriendo, regreso a la mansión, sintiéndome un poco arrogante. ¿Finalmente me he ganado a Dmitri? No sé por qué debería importar tanto, pero lo hace.

Andrei sale al césped vestido con un esmoquin y luce más hermoso que nunca. Incluso más que el día que nos conocimos. Lo admiré por llamar a la policía y quedarse con el cuerpo de Kenney hasta que llegaron. Él tiene razón. ¿*Acaso un hombre culpable haría eso?* Y a juzgar por las numerosas confirmaciones de asistencia, otros también están de acuerdo conmigo.

—¿Estás feliz? —me pregunta Andrei, abrazándome por la cintura y rozando sus labios contra mi mejilla.

Asiento con la cabeza.

—En realidad si lo estoy —le digo, un poco sorprendida—. Tengo la sensación de que todo irá bien —entonces dudo—. ¿Cuándo se lo diremos?

—No tenemos que decírselo todavía —me dice, quitando sus manos de mí y mirando hacia la distancia—. Déjala disfrutar de la noche y por la mañana hablaremos del negocio.

Negocio. La palabra es más afilada de lo que debería y siento una punzada de culpa. Esta noche se trata de encontrar un marido bien conectado para Emma y no la mentira que le dijimos, una fiesta para conocer a sus amigas de la escuela y conectarse con sus familias influyentes.

Andrei me rodea; sus manos colocan algo frío y duro alrededor de mi cuello. Mi mano toca un collar de zafiros y perlas y jadeo ante el peso. Es el collar de *Christie's*.

Envuelvo mis brazos alrededor de Andrei, abrumada tanto por el amor como por la culpa.

—Gracias —susurro.

Da un paso atrás y sus dedos acarician mi mejilla suavemente.

—Cualquier cosa que te haga sonreír.

Mis emociones están por todos lados, arremolinándose dentro de mí como las hojas en el suelo a nuestros pies.

Estoy parada aquí junto a una mansión extravagante, vestida con un vestido de diseñador y un

collar caro alrededor de mi cuello, y junto a mi apuesto esposo.

Por supuesto, debería estar más que feliz; debería delirar de alegría.

Y lo estaría... si no temiera por la vida de mi bebé y por la mía.

PAIGE

LOS PRIMEROS INVITADOS LLEGAN ANTES DE LAS 16:00 HORAS. AUNQUE SE ESPERA QUE LA FIESTA dure hasta bien pasada la medianoche. Cuando salgo a los escalones de la entrada para saludar a nuestros invitados me doy cuenta que nunca antes había visto las puertas altas abiertas de par en par. Les doy la mano y les doy la bienvenida por su nombre, y Andrei está a mi lado, luciendo orgulloso.

Finalmente soy la esposa que siempre quiso.

Zhanna llega con Stefan en un Rolls-Royce Ghost con chófer y me dirijo al lado del pasajero para saludarlos. Ella sonríe graciosamente mientras sale del auto con la ayuda de Stefan.

Noto que no está vestida con la ropa moderna a la que me he acostumbrado a verla.

Está vestida como si tuviera el doble de su edad, con una blusa blanca con cuello alto con volantes y una falda larga negra. Me doy cuenta de que la viuda es un papel que desempeña en público para mantener el respeto.

La longevidad en la Bratva es un logro que pocos alcanzan.

—Bienvenida —me inclino sobre su mano extendida como si apenas nos conociéramos.

Ella me da unas palmaditas en la mano.

—Gracias, Paige Geraldovna, por la invitación. ¿Has conocido a mi nieto, Stefan?

Le sonrío dulcemente a Stefan, pero él apenas me devuelve la mirada. El joven no es tan educado como en el pasado. No puede permitirse el lujo de serlo.

Se apresura a subir las escaleras de la casa, sin duda en busca de Emma. Su mirada viaja rápidamente por todo el salón principal, y lo justifico como si estuviera comprobando quién está aquí, o quién podría ser una amenaza para él y para Zhanna.

—Por favor, adelante —me hago a un lado para dejar paso a Zhanna—. ¿Quieres algo de beber o comer?

Zhanna mira por el pasillo hacia la habitación que da a la terraza.

—Stefan me ayudará a encontrar un lugar para sentarme —dice y hace una pausa mientras su nieto se reúne de nuevo con nosotras—. Su marido logró una buena participación. Aquí hay

muchos jóvenes prometedores.

Mis mejillas se calientan ligeramente y tengo problemas para mirarlas a los ojos.

—Queríamos presentarlos a Emma.

Stefan frunce el ceño y una sensación molesta desciende como un escalofrío por mis costillas, haciéndome saber que algo podría estar mal.

—Disculpen —los dejo y busco a Andrei.

No me gusta la expresión del rostro de Stefan, y si está tramando algo, quiero que se detenga ahora. Todo lo que quiero es una noche alegre sin drama ni violencia, y no quiero ver que las hormonas adolescentes la arruinen.

—Paige Geraldovna, es bueno verte —escucho y siento que una mano grande agarra mi brazo y Popov me saluda con un cordial abrazo—. ¿Podemos hablar? —agrega.

Distraída por su saludo, asiento mientras él me lleva al salón de baile y casi hasta afuera de las puertas francesas.

—Esta es una demostración impresionante. Lo has hecho muy bien en tu primer evento completo como esposa de Andrei. ¿Hay noticias?

Mis labios forman una delgada línea.

—No sé nada sobre Sonya Igorovna. Hasta donde yo sé, ella ha pasado a la clandestinidad.

—Por supuesto —dice y se acaricia la espesa barba con uñas demasiado grandes—. Pero hubo algo más. Un ¿desafortunado tiroteo?

—Yo le creo a mi marido. No estaría aquí hablando contigo si no fuera así —retiro mi brazo de su mano y le digo—: Ahora, si me disculpas, tengo otros invitados a quienes saludar.

Él inclina la cabeza.

—Por supuesto, Paige Geraldovna. Gracias por tu hospitalidad.

Me apresuro a regresar a la mansión y sigo por el pasillo más allá del salón de baile. Rara vez me aventuro en esta parte de la casa; es más oscuro y silencioso que el resto. Francamente, me da escalofríos, como si una araña subiera lentamente por mi columna. Espero darme la vuelta y ver algo que no quiero ver.

Las puertas están abiertas a la derecha y me acerco a ellas con cautela, echando un vistazo a un enorme comedor. La mesa del centro es tan grande y ancha que parece que la habitación se construyó alrededor de ella. *¿Cómo pudo haber traspasado las puertas?* En lugar de ventanas altas, las paredes están cubiertas de retratos de ancianos.

No reconozco ninguno de los rostros con el ceño fruncido, excepto uno: el difunto padre de Andrei.

—¿Has hablado con alguien más? —retumba una voz.

Andrei enciende un cigarro para un hombre que no reconozco.

—Invité a mis amigos más cercanos a una noche de celebración, no a hablar de negocios, Semenov —le dice Andrei.

—Sería un honor unir a nuestras dos familias —dice el hombre, al expulsar una nube de humo—. Yo tenía la esperanza de que tu padre tuviera una hija. Pero una cuñada es igual de buena.

Andrei se ríe.

—Hablaemos, pero no haré promesas esta noche. Me gustaría que la chica tuviera algo que decir. Después de todo, estamos en un nuevo país y en un nuevo siglo.

Retrocedo poco a poco, sin ser vista, y me apresuro de nuevo por el pasillo, sin preocuparme por mis abrumadores miedos. Ahora sólo tengo un miedo: Emma. Pensé que tendría otra opción y ahora entiendo por qué Stefan parecía tan de mal humor.

Entro a la cocina para recuperar el aliento y veo a Natasha parada junto a una ventana.

Lleva el vestido esmeralda, el mismo que estaba en el perchero el día que me obligaron a elegir mi vestido de novia. El escalofrío que recorre mi piel sacude mi cuerpo y siento un mal sabor de boca.

—Paige, *so mnoi* —me dice y coloca su copa de champán en el alféizar de la ventana—. Ven a ver a Emma.

Emma está hermosa con un vestido color amapola que complementa los colores de las hojas de otoño. Está en la terraza, bailando con un hombre alto de más o menos su edad. Él es guapo y se mueve con gracia, guiándola por la pista de baile. Emma se ríe y me rompe el corazón verla tan feliz.

¿Por qué acepté esto?

—Ese es Avgustin, el nieto de Makar Bogdanov —dice ella—. Se rumorea que su familia es más rica que el enano del Kremlin. Y más poderosa también. Nadie tocará a Emma si se casa con él.

Coloco mi mano sobre mi estómago.

—Debería habérselo dicho —entono.

—Se lo dirás mañana —responde ella con confianza—. Pregúntale quién le gusta de manera fraternal. Ella no tiene que decidir ahora. Yo tenía dudas sobre el plan de Andrei, pero esto es mejor de lo que cualquiera de nosotros podría haber esperado.

Miro fijamente su perfil; sus ojos brillan de placer, pero Natasha no me atiende. La música termina y otro joven, más guapo que el primero, se acerca a Emma. Natasha sonríe encantada como si ella fuera un hada madrina y Emma fuera su protegida.

Andrei entra entonces a la habitación, radiante de éxito mientras una amplia sonrisa muestra sus perfectos dientes. Me toma de la mano y me hace girar hacia su firme cuerpo.

—Baila conmigo —me dice con voz ronca, y olor a brandy. Escondo mis dudas detrás de una estirada sonrisa y espero poder hablar con él en la pista de baile.

MÁS TARDE, no puedo encontrar a Emma.

Entrando en pánico, corro de una habitación a otra llena de invitados, pero no puedo verla. ¿Qué pasaría si alguien no quisiera esperar una respuesta? ¿Y si alguien se la ha llevado? Me apoyo contra la pared cerca del armario que conduce a las escaleras secretas y escucho voces apagadas discutiendo. Me acerco más hasta que puedo entender las acaloradas palabras.

—¡Yo no lo sabía! —silba la voz de Emma.

—No tienes que mentir —resopla Stefan.

—No puedo creer que estés actuando así —le responde ella, con la desesperación filtrándose en su tono—. ¿Por qué debería creerte? No somos así.

—¿Así cómo, Emma? —Pregunta Stefan con frialdad—. Dilo.

Emma responde con un toque de ira en su voz.

—No concertamos matrimonios —responde a la defensiva—. Mi hermana nunca me haría eso. ¡Ella nunca les permitiría que me hicieran esto!

—Chica ingenua —se burla Stefan—. Tu hermana es ante todo la esposa de un Pakhan. ¿Cómo es que todavía no te has dado cuenta de eso?

Escucho el susurro de su vestido de satén cuando Emma grita:

—¡Déjame ir!

Alcanzo el pomo de la puerta y casi me golpean cuando la puerta se abre. Emma sale corriendo por el pasillo en dirección a la oficina de Andrei. Luego sale Stefan y me mira con disgusto.

Sé lo que está pensando, mientras me apoyo exhausta contra la pared, respirando con dificultad.

—Debería habérselo dicho —susurro.

Sus labios se curvan.

—No perteneces aquí. Ninguna de ustedes —dice y se aleja rápidamente como si verme le doliera los ojos.

Corro detrás de Emma, pero la oficina está vacía. Miro por la ventana de la oficina y veo a Emma cruzar el césped y dirigirse hacia Andrei como un misil. Él está colocando una copa de champán vacía en la bandeja de un camarero y tomando otra.

Me quito los zapatos y salgo corriendo, ignorando las miradas perplejas de nuestros invitados. Observo cómo un sonriente Andrei se gira lentamente hacia una Emma que va hacia él con los puños cerrados. Quiero gritarle a ella que se detenga, pero no puedo. Todo lo que puedo hacer es obligar a mi cuerpo a moverse más rápido.

Emma se detiene frente a Andrei, quien la mira con curiosidad.

—¡No soy una puta barata a la que puedas chulear como quieras! —sisea ella.

La expresión de Andrei se endurece y su mirada se estrecha hacia ella como si fuera una amenaza. Él nunca la perdonará si arruina esto, y esperará que yo lo apoye si ella lo hace.

Siempre tendremos que hacer sacrificios.

—¡No soy una princesa de la mafia! —grita ella y sus gritos atraen la atención de los invitados cuando la banda deja de tocar.

Emma levanta su brazo para golpear a Andrei, pero yo me interpongo entre ellos y le doy una fuerte bofetada en la cara. No creo que le duela (lo dudo) pero es suficiente para sorprenderla. Emma retrocede, se sujeta la mejilla y me mira fijamente. Nunca la había golpeado antes y eso importa. Siempre la dejé decir y hacer lo que quisiera, pero hoy no.

Emma no puede salirse con la suya hoy.

Miro a Vanya, que ha aparecido de la nada.

—Llévala arriba —digo con voz ronca—. Y enciérrala en su habitación.

Vanya se lleva a la atónita Emma, mientras ella sigue sosteniendo su cara. Puedo verla parpadeando para contener las lágrimas. Algunas de las chicas me miran fijamente y luego una fila de ellas sigue a Emma hasta su dormitorio. Para cotillear, sin duda.

Manteniendo la cabeza en alto como una reina, me acerco descalza a la banda, como si fuera la dueña de la mansión, *porque lo soy*.

—¿Por qué no escucho música? —chasqueo los dedos—. No les pago para que estén en silencio.

Inmediatamente tocan una canción rápida: ‘*Celebration*’ la canción imprescindible en toda boda. Y finjo una risa mientras camino de regreso hacia Andrei. Luego empezamos a bailar como la atracción principal y la fiesta continúa hasta medianoche.

Pero en lugar de vergüenza, siento *poder* corriendo por mis venas. ¿Qué está pasando conmigo? ¿A dónde fue Paige Reyes?

Paige Reyes se ha ido, susurra una voz desagradable en mi cabeza. *Ahora eres Paige Barinov.*

Más tarde, veo a Zhanna levantarse para irse y me acerco a ella y a Stefan.

—Me alegro de haber sido invitada —dice—. Lo hiciste bien esta noche.

La cortesía de Stefan regresa cuando me inclina la cabeza y ellos se van. Él me mira con un respeto que no había visto antes. Pero también puedo sentir la frialdad en su mirada.

Es la misma frialdad que he visto tantas veces en los ojos de mi marido.

Siento una punzada de culpa, pero no tuve elección.

Al igual que a Andrei, esta gente me elogiará por mi brutalidad hacia mi familia.

¿Podrá Andrei escapar alguna vez de lo que está destinado a ser?

¿Podré yo?

PAIGE

NO ESPERO A QUE LLEGUE LA MAÑANA, NI A QUE EMMA ME DIGA QUE PASE. ABRO LA PUERTA DE su habitación y entro.

El vestido de alta costura está tirado en el suelo, hecho una bola, mientras Emma yace en su cama con la ropa vieja que trajo de la casa de papá. Tiene puestos los auriculares y me ignora mientras camino junto a su cama. Sus ojos permanecen fijos en la pantalla del portátil como si realmente hubiera algo absorbente en lo que está viendo. Me siento en la cama cerca de ella y le cierro la pantalla.

—¿Qué quieres? —pregunta enfadada.

Me siento erguida.

—Quiero decirte que lamento haberte abofeteado.

—¿En serio? —me pregunta, sentándose y cruzándose de piernas.

Observo mi tono.

—Sí, lamento haberte abofeteado, pero no podíamos arriesgarnos esta noche.

Ella pone los ojos en blanco y responde:

—Por supuesto, *Paige Geraldovna*.

Miro hacia otro lado y no se me ocurre qué decir.

—No les importa, ¿verdad? —sacude ella la cabeza en señal de derrota—. Estoy en subasta, ¿no?

—Emma, no es así —la miro con seriedad—. Tú podrás elegir.

—¿Y si yo no elijo a ninguno de ellos? —pregunta, con los ojos llenándose de lágrimas—. ¿Cómo sabré que aún no se ha tomado una decisión por mí?

—Emma, nunca seremos lo que éramos antes —respondo suavemente—. Siempre estaremos asociados con estas personas. El dinero y las armas no serán lo que nos proteja. Son *nombres*. Si te casaras con alguien como Stefan, podrías tener una buena vida y estar protegida.

—Andrei podría haber esperado —suspira ella, secándose las lágrimas—. ¿Pero ahora? Stefan pensó que yo *sabía* sobre esto. Eso es lo que realmente duele. Tomaste otra decisión sobre mi

vida sin preguntarme primero. Justo como lo hiciste con Viktor. *¿Cuándo tendré una vida propia?*

No nos miramos una a la otra, mientras pensamos en todo lo que cada una ha hecho para causar dolor. Pero Emma nunca me ha lastimado realmente y yo he hecho lo que pude para protegerla, pero tal vez ya no pueda protegerla más. Paso mi mano por su cabello oscuro y espeso y recuerdo cuando una bandita era todo lo que necesitaba para que el dolor desapareciera.

Emma aparta suavemente mi mano.

—Paige, tienes que decidir lo que eres. ¿Eres mi hermana o la esposa de Andrei?

La ira brota dentro de mí cuando me veo obligada a elegir de nuevo, pero no es culpa de Emma que haya encontrado mi punto débil. Quiero recibir lo que he dado en mis propios términos, pero nunca ha sido así. El amor siempre se ha sentido condicional. Andrei no sólo tiene sus condiciones, sino que yo también tengo las mías.

—Soy culpable de querer más, Emma, pero tú también —le respondo sin responder directamente a su pregunta—. Mira todo lo que hay en esta habitación. Tú lo aceptas con gusto, pero no pareces comprender que todo tiene un precio.

Ella frunce el ceño y me siento culpable por hacerla sentir como una hipócrita.

—Hasta aquí, no más secretos —dice en voz baja.

—Tenemos que encontrar una manera de vivir con la Bratva —le digo suavizando mi tono, antes de asestar el duro golpe—. No tendremos una vida sin ellos.

Ella no responde y se gira. *Nuestra conversación ha terminado.*

Mientras me alejo de ella, puedo escuchar a Paige Reyes gritando en mi cabeza que me dé la vuelta y me disculpe por mi crueldad.

Pero siento los dedos de Paige Barinov rodear su cuello y apretar hasta que los gritos cesan.

ANDREI

—¿DEJA VU? —PREGUNTA PAIGE CUANDO EL RESTAURANTE *TWIN MILLS INN* APARECE A LA vista.

El rústico molino siempre luce igual al lado del pintoresco río. Las paredes son de desgastada madera, con el tejado pizarra y una enorme noria que salpica agua. El río zigzaguea como una serpiente alrededor de los cimientos de piedra, brillando a la luz del sol.

Traje a Paige aquí el día del baby shower, uno de los días más felices de nuestra vida juntos.

El canto de los pájaros resuena entre los árboles y, de vez en cuando, se puede oír el crujido de la vieja madera del molino al viento. Un lugar tranquilo donde podemos estar solos a pesar de que dos Rover nos siguen.

La guerra entre las Bratva continúa mientras cada bando gana apoyo y cuenta las pérdidas. Pero esta noche me alegro de que las consecuencias de la reacción de Sonya no hayan sido demasiado graves, al menos desde que envié a Gleb Novikov a la clandestinidad.

Él ya no viaja osadamente a Manhattan los fines de semana desde que dos de sus SUV personalizados explotaron frente a un popular local nocturno. Le hice ver que una vez que él esté muerto, yo me ocuparé de mi hermana.

Espero que esto le permita a Sonya reconsiderar. Para volver a la mesa de negociaciones.

Pero esta noche no hablaré de negocios. Paige sonríe, la bombardean las interminables ventajas de ser una esposa Bratva. Probablemente Zhanna hizo una lista de cosas que pedir.

Sonrí con tristeza, pensando en lo felices que habrían sido Paige y Sonya una al lado de la otra, comprando, riéndose y chismorreando. Pero la verdad es que las esposas de las Bratva no están de vacaciones perpetuas. Las mujeres suelen ensuciarse las manos más que los hombres.

—Andrei —me llama Paige—, ¿dónde estás? —ríe ampliamente y se inclina para besarme—. Puedo ver los pensamientos girando en tu cabeza.

—Solo estoy pensando en ti y en lo hermosa que te ves —digo, tomando su mano y ayudándola a salir del auto.

Paige se burla.

—Nos estamos poniendo un poco mentiroso, ¿no, Andrei?

La inmovilizo contra el auto, mi cuerpo presionando el de ella mientras con una mano acaricio su vientre.

—Tal vez estoy muy entusiasmado con el postre.

Paige se sonroja y luego se ríe mientras retira mi otra mano de su pecho.

—Entremos. Necesitaré mucha comida para tener suficiente energía y seguir tu ritmo esta noche.

Ofrezco mi brazo y Paige se sostiene con ambas manos, mirándome dulcemente. De nuevo veo a la mujer inocente que literalmente eliminé.

El empleado nos acompaña al mismo rincón privado con vista al agua. Y yo ayudo a Paige con su silla mientras pido agua con gas para los dos.

Paige me mira expectante y yo sonrío.

—¿Crees que vas a recibir hoy un regalo? —le pregunto.

—Voy a cerrar los ojos y desear que algo aparezca —dice ella y lo hace, mientras yo deslizo mi mano en el bolsillo de mi chaqueta, colocando una simple caja marrón atada con una cuerda azul sobre la mesa.

Paige abre los ojos y lo mira con curiosidad.

—Ábrelo —le digo.

Paige retira la cuerda y la abre. Su expresión de sorpresa es difícil de interpretar cuando saca una llave de la caja y la sostiene en la mano.

—Compré esta posada —le explico—, para ti. Como un lugar de escape —su mirada de confusión me pone alerta. No es la felicidad que yo esperaba—. He notado que has estado dedicando tiempo a buscar bienes raíces.

—Emma siempre ha querido ir a la universidad —me explica—. Y yo espero que ella considere una universidad en uno de los cinco condados. Ya sabes, NYU, SUNY, Columbia —se detiene y se lleva el agua a los labios—. Pero ya no sé qué pensar.

Dejo mi vaso de agua sobre la mesa, hago un gesto al camarero y pido un whisky doble.

—Estoy seguro de que ella lo manejará bien.

—Andrei, sé que quieres que ella se case —dice Paige—. Y tal vez ella lo haga, pero debe ser enteramente su decisión. Emma no pidió nada de esto.

Asiento, negándome a reconocer que Paige tampoco tuvo otra opción.

—Podemos esperar. La fiesta impresionó a varias familias. Excelente comida, una muestra de riqueza y, sobre todo, la esposa de un Pakhan que tenía todo bajo control.

—¿Se han calmado las cosas? —me pregunta ella, cambiando de tema—. En los negocios.

Sonrío, intentando aligerar el ambiente.

—Sonya está aprendiendo por las malas lo que implica ser un Pakhan. Nunca le enseñaron los

sucios detalles del liderazgo y Gleb no se dio suficiente tiempo para aprenderlos. Ambos están en desventaja.

—Talía debe saber —dice Paige, luego de tragar con fuerza.

El camarero deja el whisky sobre la mesa y yo tomo un largo sorbo.

—Talía cometió un grave error de cálculo.

—¿Matando a Kenney? —susurra ella.

Asiento, pero no doy más detalles. Me inclino hacia la mesa y tomo la mano de Paige. Está fría al tacto y la froto con ambas manos para calentarla.

—Estamos ganando, Paige —le digo.

—Tú estás ganando —señala ella, bajando el menú y buscando al camarero.

—Tú eres mi esposa y compartimos nuestro éxito —le corrijo.

Paige sonríe tímidamente y luego se concentra en su ensalada, pinchando un trozo de aguacate con el tenedor. Su mirada se posa en la llave de la caja y sé que se muere por hacer preguntas.

—Técnicamente, todavía no la poseemos —le digo—. Estamos negociando el precio y luego vendrá el cierre. La pareja propietaria está entusiasmada por jubilarse anticipadamente. Ninguno de sus hijos está interesado en administrar el lugar. Es una buena ubicación.

—Y ¿la seguridad? —pregunta, mirando a los pocos comensales sentados en mesas aleatorias.

—El río protege un lado y la seguridad puede alojarse en la posada. No es necesario abrirlo al público. Estarás siempre a salvo aquí, mientras no olvides quién eres.

Paige deja el tenedor y mira el encantador interior con vigas a la vista y suelos de tablones de madera. Una gran chimenea de piedra crepita y llena la habitación de calidez. Las paredes son una mezcla de paneles de madera y detalles en piedra.

En la esquina hay un bar repleto de cervezas artesanales locales. De las paredes cuelgan antiguos grabados enmarcados y mapas de la zona, lo que le da a la posada una sensación de historia local.

Paige sonríe cuando se da cuenta de que es una buena idea. Sin duda una que Zhanna aprobaría.

—Gracias, Andrei —me dice.

Yo asiento con la cabeza.

—De nada —me termino mi bebida y pido otra.

LE HE HECHO el amor todas las noches desde aquella noche que la policía me interrogó.

Nunca volvimos a hablar de lo que pasó ese día. Ella obtuvo la mayor parte de su información

preguntando a otras personas sobre lo que yo hice después.

La habitación es definitivamente pintoresca, llena de muebles rústicos y una sobreabundancia de cuadros kitsch. Una mecedora se encuentra en la esquina y un sofá contra una pared.

En el centro hay una majestuosa cama con dosel cubierta con una colcha de retazos. El ligero olor a lavanda flota en el aire. El piso de madera es liso y fresco bajo los pies, mientras que la cama se siente suave y acogedora bajo gruesas capas de sábanas y mantas.

Dejo la botella de whisky sobre la mesa de café frente al sofá.

Tal vez sea un poco más rudo esta noche. O tal vez esté un poco borracho. Pero a Paige no parece importarle mientras se recuesta en la cama con las piernas abiertas.

Miro sus ojos mientras mi boca cubre su coño. Sus manos agarran las sábanas y retuercen la tela. Sus ojos se cierran y luego se abren mientras jadea. Observo cómo sus muslos tiemblan y mi lengua rodea su dulce clítoris.

He sido un tonto. El dinero nunca podrá controlar a Paige, pero el amor sí.

Sin aliento, ella me mira mientras me arrodillo sobre su cuerpo. Sus caderas se elevan ligeramente, provocándome, tentándome a introducirme en ella. Me inclino hasta que mi boca toca sus senos, más pesados y llenos. Chupo un pezón y luego el siguiente mientras ella gime y comienza a mover las caderas.

—Andrei, por favor —me ruega, mientras yo me tomo mi tiempo.

—Tócate primero —le susurro.

Su mano serpentea por su cuerpo hasta que sus dedos separan su raja y ella gime profundamente. Observo su rostro sonrojado mientras echa la cabeza hacia atrás en la almohada, jadeando por aire mientras su mano se mueve más rápido. Ella murmura palabras ininteligibles mientras su cabeza se mueve de un lado a otro, y cuando se corre, beso sus labios, larga y fuertemente.

Paige me acerca a ella y sus manos se entierran en mi cabello.

Aparto su mano, la que todavía está húmeda, y lamo la dulzura de sus dedos mientras ella me mira. Me encanta su sabor.

—Andrei —ronronea mientras mueve de nuevo sus caderas hacia mí—. Ahora quiero que tú te corras —dice, poniéndose de costado, mostrando su sexy trasero.

Me yergo, colocándome detrás de ella.

—¿Estás dispuesta y mojada?

Ella asiente, sosteniendo sus senos en cada una de sus manos. Sus dedos se mueven lentamente sobre sus apretados pezones cuando siente que me acerco. Luego gime, mientras yo deslizo mi punta dentro de ella y aprieto mis dientes, decidido a mantener el control.

Quiero que recuerde este polvo.

Quiero que recuerde cada uno.

Me agarro a su muslo, y me empujo un poco más dentro de ella.

—Estás mojada —le digo.

Paige se ríe y se aprieta a mi alrededor. Casi me detengo y pierdo el control allí mismo. Si ella sabe el efecto que tiene en mí, nunca lo demuestra.

Lentamente, empujo y me retiro, sus gemidos son la banda sonora más sexy que jamás yo haya escuchado. Ella gime intensamente mientras acaricio su redondo trasero, mi mano se mueve hacia su frente y mis dedos juegan con su hinchado clítoris. Ella vuelve a correrse, gritando mientras la cama tiembla.

Me agarro a sus caderas, cansado de ser gentil. Cansado de esperar.

Paige jadea mientras su cuerpo tiembla y mis dedos se clavan en sus caderas. Mi polla se endurece más allá de sus límites y el dolor se siente tan increíble cuando grito mi liberación.

Las estrellas cubren mi visión en el dormitorio en penumbra, y luego descanso mi frente sobre su suave espalda mientras recobro el aliento.

Me alejo y me acuesto boca arriba, sintiendo que nunca me recuperaré. Abro los ojos y Paige está acostada de lado, mirándome con una pequeña sonrisa, luciendo satisfecha consigo misma.

Paso mi mano por mi acalorado rostro y ella se acurruca más cerca de mi cuerpo.

—¿Te gustó? —me pregunta, pasando su dedo por mi sudoroso pecho.

Sonrío, preguntándome si esto es realmente lo que ella había planeado.

EN LA MESITA DE NOCHE, mi teléfono ilumina la habitación mientras vibra sobre la superficie pulida. Lo agarro junto con mi ropa mientras salgo apurado al pasillo.

Sostengo el teléfono entre mi barbilla y mi hombro mientras me pongo mis arrugados pantalones.

—¿Sí? —contesto.

—Esta noche —dice Talia—. Si no estás todavía en la cama.

No dejo que su venturosa suposición me vuelva paranoico.

—¿Dónde? —le pregunto.

Escucho el alivio en su voz.

—*Flour & Sauce* en cuarenta minutos.

ANDREI

TAN PRONTO COMO CUELGO, LLAMO A NATASHA PARA QUE SE REÚNA ALLÁ CONMIGO. DUDO QUE Talia aparezca sola. Mi corazón late con fuerza al considerar que esto podría ser un truco. Le prometí a Paige que seguiría con vida y ahora voy a encontrarme con la mujer que me quiere muerto.

En silencio, vuelvo a entrar en la habitación y las luces siguen apagadas, pero sé que Paige está despierta y me escucha moverme en la oscuridad.

Agarro el resto de mi ropa del suelo y me voy sin hablar. Después de una ducha rápida en la habitación del guardia, en quince minutos estoy en camino.

—¿Debería entrar contigo? —me pregunta Viktor mientras entramos al estacionamiento.

Sacudo la cabeza.

—Si pasa algo, llama a Dmitri y protege a Paige y a Emma. ¿Quieres seguir demostrándome tu valía? Entonces protégelas siempre.

Salto del auto mientras Natasha estaciona a nuestro lado en su Porsche negro y entramos juntos al restaurante.

—Puedes escuchar cosas, Natasha —le susurro— Pero, no se van a repetir. Ni siquiera a Dmitri.

Ella asiente.

—Y ¿puedo tirar a matar?

Me arreglo la corbata.

—Lo que sea necesario para mantenernos con vida.

Talia ya está sentada en una mesa en una habitación privada y vestida de manera más discreta de lo que la he visto nunca antes. Menos piel y más clase, como dicta su estatus ascendente.

Natasha mira fríamente a Valeri Kozlov mientras sostengo su silla y luego yo tomo asiento. Sonriendo, Valeri asiente hacia Natasha, y ella le asiente una vez. Sin duda ya se han apuntado el uno al otro antes.

—Creo que no te importará si nos saltamos el cotilleo —dice Talia.

—Lo prefiero —respondo secamente—. ¿Quién le disparó al policía, Talia? ¿Fuiste tú o Gleb Novikov?

—¿Cómo sabes que no fue tu hermana? —contesta y una sonrisa se asoma en sus labios.

Sacudo la cabeza.

—Sonya no lo haría —pero tan pronto como las palabras salen de mis labios, me doy cuenta de lo poco que conozco realmente a mi propia hermana.

—Ojo por ojo —dice Talia y su astuta sonrisa se amplía en sus labios—. Una familia por otra. Sabes tan bien como yo que Sonya nunca creció según las reglas de la Bratva como tú y yo.

La sala privada se llena de un silencio incómodo y los pasos del camarero resuenan cuando entra. Nos mira nervioso y se da cuenta de que nadie ha cogido siquiera un menú. Vacilante pregunta si estamos listos para hacer nuestros pedidos. Como nadie quiere comer, pido una botella de vodka.

—Nadie querrá asociarse con alguien buscado por la ley —rompo el silencio—. No para esto. Y si incitaste a Sonya a hacerlo...

—No lo hice —me ataja ella, antes de que pueda terminar mi acusación—. Por eso quiero hablar de una tregua.

El camarero entra, coloca la botella sobre la mesa y sirve los tragos con calma, pero se marcha rápidamente cuando termina. No hay nada porque brindar, pero no beberé solo, así que le acerco un vaso a Talia y le hago un gesto para que tome un sorbo. Ella lo deja sobre la mesa.

La miro con recelo. Algo le molesta, algo que todavía tiene que decir.

—Quiero hablar con Talia a solas —hablo con firmeza.

Natasha me mira asombrada.

—¿La reviso primero? —me dice.

—No —le contesto y miro a Valeri, ya de pie y listo para defender a Talia.

—¿Puedo confiar en ti a solas con Natasha? —le pregunto a él.

El ceño de Valeri se convierte en una sonrisa, sus dientes blancos brillan como los de un lobo mientras rodea con su mano el brazo de Natasha y la guía hacia la puerta.

—Ven, Natasha. Podemos comparar armas en el bar.

—Créeme, la mía es más grande que la tuya —le dice Natasha con burla mientras salen.

Talia juega con su vaso y sus cuidadas uñas lo hacen girar en círculos sobre el mantel mientras yo tomo otro trago. Es entonces cuando ella se detiene y me mira.

Su mirada busca mi rostro en busca de comprensión.

—Yo habría cambiado por ti —indica.

Suspiro y dejo el vaso en paz.

—Nunca íbamos a estar juntos —señalo.

Algo dentro de ella se endurece instantáneamente y su corazón se rompe de repente. Ambos sabemos que lo que dije es la verdad, por mucho que ella lo deseara. Pero ella permanece sentada en la mesa.

—No he sabido nada de tu hermana, Andrei —ofrece finalmente—. Sé que Sonya es la razón por la que aceptaste esto. Y me disculpo por engañarte. Pero estoy dispuesta a negociar una tregua hasta después de la boda de Sonya.

—Qué amable de tu parte.

—Sonya no sabe nada sobre las cuentas —responde Talia—. Pero yo sí. Actualmente, la guerra está a tu favor porque ella es una niña asustada que juega al Pakhan con un niño que viste el traje de su padre. Acepta una tregua conmigo ahora y tal vez puedas salvar a tu hermana de una boda que ella no quiere.

—Eso no es una tregua, Talia —gruño—. Esa es una maldita exigencia.

—Una tregua no significa que yo me rinda, Andrei —se inclina hacia adelante y cruza los dedos cuidadosamente sobre la mesa—. ¿Acaso saben Anatoli Popov, Radomil Sorokin y el resto quién es *realmente* tu esposa? ¿Saben quién era su padre?

—Deja a mi esposa fuera de esto —le advierto.

—Sabes muy bien que no puedo —responde fríamente—. No después de que tú la pusieras a ella en el tablero. Acepta la tregua o convertiré esta guerra en un baño de sangre en un santiamén. Ésas son mis condiciones para la tregua. ¿Estás de acuerdo?

—Siempre y cuando dejes a Paige fuera de esto —le respondo—, estaré de acuerdo con ello. Una tregua hasta después de la boda de Sonya.

Ella asiente.

—Hasta después de la boda de Sonya será. Pero no podrás impedir que hable después, Andrei —dice y se levanta, tomando rápidamente su bolso de la mesa y comenzando a alejarse.

—Recuerda algo, Talia Afanasyevna —digo y una sonrisa cruel cruza mis labios al recostarme en mi silla—. A veces los mensajeros *terminan* muertos.

Ella se detiene en seco y se gira hacia mí, cuestionándome con una mirada estrecha.

—¿De verdad crees que eres lo suficientemente cruel como para matarme? ¿Después de todo este tiempo?

—¿Por proteger a mi esposa? —respondo sin dudarlo—. ¡Siempre!

Su boca se abre y espero una respuesta amarga. Pero en cambio, escucho y veo algo que nunca había presenciado en ella: un suave jadeo de dolor y una lágrima rodando por su mejilla.

Observo a través del cristal cómo Talia sale del restaurante antes de que Valeri tenga tiempo de levantarse y seguirla.

PAIGE

ANDREI ME DICE QUE ME AMA, PERO TENGO MUCHAS DUDAS. NO SE TRATA DE SU AMOR, SINO DE si podremos sobrevivir una vida juntos.

A través de mis pestañas, observo a Andrei mientras toma sus pantalones del suelo y sale de la habitación para atender su llamada en privado. Escuché la voz de una mujer cuando respondió. Si hubiera sido Natasha, no habría salido de la habitación. Si fuera Sonya, se habría sentado en el borde de la cama.

Sólo una llamada de Talia lo sacaría de aquí.

Abrazo la almohada y me quedo esperando a que regrese. Esto es ridículo. Después de una hora, salto de la cama, enciendo la luz y me visto para esperarlo. Me pongo el vestido tan salvajemente que oigo crujir las costuras.

—Paige, ¿qué pasa? —me dice Andrei, mirando alrededor de la habitación cuando entra dos horas después—. ¿Por qué no estás en la cama?

—Quiero irme a casa.

Me mira confundido y luego una leve sonrisa aparece en su rostro.

—¿Qué? —digo bruscamente, poniéndome los zapatos—. ¿Qué pasa?

Andrei se encoge de hombros.

—No hace mucho, habrías exigido abandonar este lugar.

—¡Vete a la mierda! —espeto y frunzo el ceño, deseando que pudieran dispararse láseres desde mis ojos.

Quiero abalanzarme sobre él y lastimarlo para que sepa lo que se siente. Agarro la almohada de la cama y se la tiro a la cabeza. Andrei la atrapa con facilidad y la expresión de su rostro me sorprende. Sus ojos se estrechan hacia mí mientras sus labios se curvan en una sonrisa tortuosa.

Intento esquivarlo y correr, pero Andrei me atrapa fácilmente en sus brazos. Lo golpeo con mis puños inútilmente. La forma en que Andrei se ríe de mí me hace sentir estúpida.

—¡Suéltame! —le grito.

No podrá usar el sexo ni las joyas para salir de esto. Pero me agarra la barbilla y sus labios toman los míos. Su boca sabe a vodka, cálido y fuerte, y yo lucho en sus brazos. *Ha estado bebiendo con otra mujer, apenas una hora después de follarme.*

—¿Que pasa contigo? —me mira, frustrado porque no estoy cediendo tan fácilmente.

Me suelta de repente y recupero el equilibrio apoyándome en el borde de la cama. Andrei se sienta en la cama y me siento incómoda estando allí a su lado. No esperaba que realmente me dejara ir.

—Podemos seguir discutiendo —me dice—, pero prefiero saltarme el drama y hacer las paces antes de que tengamos una pelea sin sentido.

Andrei me mira fijamente y la expresión oscura de sus ojos no coincide con sus sabias palabras. Hay ternura mezclada con su franqueza. Pero cuando permanezco en silencio durante demasiado tiempo, incapaz de reaccionar debido a mis persistentes emociones encontradas, la calidez de sus ojos oscuros se enfría lentamente hasta convertirse en hielo.

Me doy la vuelta sin decir nada y la reacción es la misma que si hubiera enumerado una docena de buenas razones por las que debería dejarlo esta noche.

—¿Era Talia con quien hablabas por teléfono? —pregunto, exigiendo que me tome en serio—. ¿Te escapaste para ir a verla?

—Si —me responde—, ella aceptó una tregua.

—¿Y qué necesitó ella para conseguirla? —inquiero y le miro con incredulidad ante la noticia—. Porque la Talia que conozco sólo quiere una cosa de ti.

Con un movimiento rápido, Andrei me agarra de la cintura y me hace mirarlo con el rostro contorsionado por la emoción.

—¿De verdad piensas que soy tan poca cosa?

—Ya no sé qué pensar de ti —le respondo—. En un instante dices que me amas y en el otro vas a beber con la mujer que admitió que habría prendido fuego al mundo por ti. Quizás esto es lo que fuiste todo el tiempo, Andrei Barinov. Quizás tú me has estado engañando todo este tiempo. Quizás yo me he estado engañando todo este tiempo.

Andrei me mira fijamente por un momento y luego se burla.

—¿Sueñas con volver a la vida que alguna vez viviste? —me pregunta cruelmente—. Se honesta. ¿Eres lo suficientemente fuerte para eso?

Mi cara está a centímetros de la suya y siento todo el efecto de su ira. Todo lo relacionado con nuestra situación, incluido su enojo y dolor, ha llegado a su punto máximo. Un movimiento en falso y las cosas podrían volverse peligrosas para nosotros.

Pero las crueles palabras de Andrei rozan brutalmente mis nervios tensos y, finalmente, mi propia ira anula mi miedo. Mis ojos arden cuando libero mi cuerpo de su alcance y pongo la cama entre nosotros.

—¿Suficientemente fuerte? —digo entre dientes—. Te atreves a acusarme de débil, pero deberías

mirarte en un espejo. Ni siquiera estás intentando enfrentar el mundo y las consecuencias de tus propias acciones.

Andrei comprende la verdad por la que se burló de mí, pero eso sólo lo inflama aún más.

Coge la botella de whisky medio vacía de la mesa y le quita la tapa con los dientes. Se lleva la botella a los labios e ingiere varios largos tragos. Sin detenerme a pensar, me lanzo hacia adelante e intento arrebatarle la botella, derramando la mayor parte sobre su camisa.

—Basta, Paige —dice y me mira fijamente, con el rostro lleno de amenaza y dolor.

—No, no puedes tener esta excusa. No puedes decirme que soy yo la irrazonable. No cuando lo haces así a mis espaldas —le digo exactamente lo que pienso y, por un segundo, se sorprende.

Firmemente, me aferro a la botella con ambas manos e intento quitársela nuevamente. Sé que habrá consecuencias, pero no me importa. Algo feroz dentro de mí se impone y me aferro a la botella, con una fuerza que no sabía que tenía, con la intención de salvarlo.

Maldiciendo, Andrei tira de la botella y con un movimiento apresurado, demasiado rápido para detenerla, la botella se nos escapa de las manos y cae al suelo, rociándonos los pies con alcohol. Nos quedamos mirando estupefactos el desorden hasta que empiezo a reír incontrolablemente.

La volátil tensión en la habitación se disuelve justo a tiempo. De repente, toda esta loca discusión se ha vuelto ridícula y hemos superado el punto de saber por qué seguimos batallando. No podemos enfrentarnos el uno al otro puesto que no tenemos a nadie más a quien acudir.

Miro a Andrei y él me abraza. Lentamente, la locura de nuestra lucha se disipa y yo lo abrazo también. Su frente descansa contra mi hombro.

—Talia quería una tregua y yo quería saber si Sonya estaba bien. No he oído nada ni he aprendido nada —respira estremeciéndose—. Tenía la esperanza de poder disculparme con ella adecuadamente. Por lo que he hecho...

—Lo sé —le digo, tomo su mano entre la mía y la beso suavemente.

—Eva murió pensando que yo la odiaba —me susurra.

—No, Andrei —le acaricio su cabello suavemente—. Eva te amaba. Y ella sabía que tú la amabas. Me dijo que lamentaba no haberte dicho la verdad antes. Ella quería protegerte de la única manera que sabía: su silencio.

Andrei levanta la cabeza.

—Ella estaba feliz de que me casara contigo. Ella esperaba que permaneciéramos juntos.

Su voz es baja y rebosa todo tipo de emociones. Por un momento, sus ojos oscuros miran intensamente los míos y mis ojos se cierran, esperando un beso. Las fuertes manos de Andrei me acercan y su boca toca la mía.

Durante unos momentos maravillosos, me siento arrastrada por un sentimiento que deja atrás mi mente. Su boca se mueve sobre la mía con una pasión que siento hasta los dedos de mis pies, y cuando siento la presión de sus manos moverse lentamente por mi espalda y caderas, deja un rastro de calor que se esparce como un fuego por cada centímetro de mi cuerpo.

Me abro y dejo que mis defensas bajen por completo. Le devuelvo el beso sin vergüenza y mi cuerpo se amolda a la longitud de sus firmes músculos. Un latido salvaje en algún lugar muy dentro de mí envía ondas de choque a través de mí. Olvidé por completo dónde estoy y quién es realmente este hombre. Este hombre con un poder brutal dentro de él, el cual mantiene bajo control para estar conmigo.

Un deseo inesperado toca todos mis sentidos y quiero que Andrei se abra más, pero recuerdo vagamente el peligro y la duda. Él me necesita, pero ¿sobreviviré a que él me quiera? Me separo, moviéndome rápidamente fuera de su alcance, y trato de actuar casualmente mientras lucho por pensar en algo que decir. Pero antes de que se me ocurra algo, Andrei me da la espalda y agarra su teléfono.

—Si quieres volver a casa —me dice—. Nos iremos a casa.

Él me abre la puerta, pero no me mira cuando yo salgo al pasillo y me dirijo al auto.

PAIGE

EL VIAJE A CASA NO SÓLO TRANSCURRE EN SILENCIO, SINO ADEMÁS ES FRÍO A PESAR DE LOS asientos con calefacción. Andrei enciende la radio para evitar la conversación y yo me hundo en mi asiento, sin perder de vista el oscuro camino que tengo por delante.

Las altas puertas de la mansión se abren y se cumple mi deseo. Regresé y me pregunto cuánto durará este último altercado. Frente a la mansión, Andrei abre la puerta de mi auto y me ofrece la mano. Le sigo el juego, al no fingir que no quiero su ayuda.

Tomo su mano y me sostengo mientras él me ayuda a levantarme. Y cuando me levanto firme, Andrei me besa en la mejilla. Con su impecable traje, su duro pecho me roza, esparciendo chispas por toda mi fría piel, y me derrito de nuevo.

—Me rompería el corazón si te pasara algo, Andrei —le digo, mirándole a los ojos.

Su boca se contrae mientras el calor regresa a sus ojos. Andrei lleva mi mano a sus labios y la sostiene mientras caminamos hacia la mansión uno al lado del otro. Entramos abrazados a la suite, riendo hacia nuestro dormitorio. Luchamos con nuestra ropa, dejando un rastro en el suelo de la sala. Andrei abre la puerta del dormitorio de una patada con fuerza, me levanta en sus brazos y me lleva desnuda a nuestra cama.

Me río mientras me acuesto en las sábanas y me reclino sobre la cama, mostrando audazmente mi cuerpo: más redondo, regordete y sexy. Me siento a gusto en mi piel. Él se para al lado de la cama, mirando mis exuberantes curvas mientras su polla continúa levantándose. Su cuerpo se ha vuelto más delgado, más duro y más definido. Listo para protegernos a mí y a nuestro hijo. Mi cuerpo hormiguea mientras miro su pecho desnudo, y mi mano juega con mi clítoris mientras separo mis piernas.

Estoy ansiosa por tenerlo dentro de mí una y otra vez. Entonces Andrei se sube encima de mí y sus caderas se posan a horcajadas sobre las mías mientras su mano acaricia mi vientre. Su dureza está entre mis piernas, moviéndose lenta y profundamente, y lo siento presionándome. Me cubre y me desea con cada contundente golpe. Su cabello oscuro cae sobre sus ojos mientras me mira con un deseo que empapa mi coño.

—Sé lo que te gusta —me dice con un susurro ronco.

—¿Qué me gusta? —me río y me muerdo el dedo.

—Te gusta cuando hago esto —me dice y baja la cabeza. Andrei coloca sus labios contra mi oído y susurra—: Te amo, Paige.

Cierro los ojos mientras sus palabras me envuelven con un sentimiento que quiero que dure para siempre.

PAIGE

LA GRAN CAMA SE SIENTE ACOGEDORA MIENTRAS DORMIMOS ABRAZADOS. NO QUIERO despertarme, pero luego lo escucho de nuevo. No es uno de los ruidos típicos a los que me he acostumbrado en la mansión. Contengo la respiración para poder oírlo de nuevo.

Se oye un crujido desde otra habitación, porque nuestra suite está alfombrada. El extraño sonido me despierta sobresaltada y siento que la mano de Andrei inmediatamente agarra la mía con fuerza, así que no me muevo.

—¿Escuchaste eso? —susurro y él presiona un dedo contra mis labios, silenciándome. Aguanto la respiración y escucho atentamente. Ahí está de nuevo. Suena como pasos.

Andrei ordena a las luces que se enciendan y una gran figura vestida de negro con una gorra de esquí que oculta su rostro se encuentra en nuestro dormitorio. Las luces aturden al intruso el tiempo suficiente para que Andrei se active. Súbitamente, Andrei se pone de pie y me saca de la cama, tirándome al suelo mientras yo agarro la sábana.

—¡Andrei! —grito su nombre cuando veo el arma apuntándolo directamente. Mi corazón late rápidamente mientras tiemblo detrás de la cama. Contamos con seguridad en cada piso. Los guardias están despiertos las veinticuatro horas, patrullando los terrenos con rifles. ¿Cómo puede estar pasando esta pesadilla en nuestro hogar?

Sólo vistiendo su bóxer, Andrei se encorva con los brazos abiertos, listo para pelear. El hombre apenas tiene tiempo de reaccionar antes de que Andrei se abalanza hacia adelante, pero la culata del arma golpea la frente de Andrei.

Grito de nuevo cuando Andrei se tambalea hacia el suelo y el hombre rápidamente dirige su atención hacia mí, con una mirada de odio ardiente en sus ojos. Grito de nuevo mientras ellos luchan ahora por el arma. Veo un hilo de sangre en la frente de Andrei y me quedo helada.

—¡Corre, Paige! —grita Andrei, agarrando al hombre por los brazos y cayendo ambos al suelo.

Me alejo, a gatas envuelta en una sábana, sollozando hacia la puerta. No estoy dispuesta a dejar atrás a Andrei, pero en ese momento, un instinto primario surge dentro de mí. Tengo que proteger a nuestro bebé.

—¡Vete! —vuelve Andrei a gritar. Mi corazón se acelera mientras me alejo de la habitación y puedo sentir mis piernas temblar mientras me arrastro hacia la puerta del pasillo.

A pesar de mi miedo, no me atrevo a ir demasiado lejos. Las lágrimas corren por mi rostro mientras grito incontrolablemente. Pero nadie podrá oírme con la puerta del pasillo cerrada.

Sigo arrastrándome y, en la oscuridad, mi mano toca algo en la chaqueta de Andrei... su arma.

Y me basta con tomar una decisión en una fracción de segundo. Una que espero que en última instancia salve nuestras vidas. Agarro el arma y aprieto el gatillo. Un estallido ensordecedor alerta a toda la familia. De repente, se encienden todas las luces de la casa y escucho pasos corriendo escaleras arriba. Grito de nuevo y Vanya aparece en la puerta, completamente vestido, aunque su cabello castaño está ligeramente alborotado.

—Paige, ¿dónde está Andrei? —me pregunta, con los ojos muy abiertos.

Pero antes de que yo pueda responder, otro disparo resuena en el dormitorio, haciéndome gritar de terror. Vanya corre hacia la puerta del dormitorio, sacando su arma del cinturón. Su rostro se contrae de furia mientras desaparece en la habitación. Me giro para seguirlo, pero unos fuertes brazos me levantan por detrás, no los brazos de Andrei.

Pateo y grito mientras me llevan escaleras abajo.

—¡No puedo dejarlo! —grito y le doy un puñetazo a la persona que intenta desesperadamente salvarme. Grito de nuevo, y veo a Emma en sudadera en la puerta de su habitación.

—Paige, ¿qué está pasando? —me pregunta con miedo en su voz.

Señalo hacia las escaleras, apenas capaz de hablar.

—Hay un asesino.

Emma me agarra de los brazos y me lleva hacia su dormitorio. Las lágrimas corren por mi rostro mientras caigo al suelo. No tengo idea de adónde voy, pero lo único que sé es que tenemos que escapar.

Viktor aparece junto a Emma y, sin decir una palabra más, me llevan rápidamente por el pasillo hasta las escaleras escondidas en el armario. Por un segundo, Emma mira a su alrededor con asombro los viejos ladrillos que caen en espiral, pero pronto volvemos a movernos rápidamente. Llegamos al último escalón cuando otro disparo ensordecedor resuena en el aire.

Yo grito.

—¡Tengo que volver!

Viktor me agarra del brazo y Emma me insta a apresurarme mientras nos dirigimos hacia el pequeño garaje detrás de la casa. Nos escondemos adentro, rodeados de instrumentos de tortura, y quiero agarrar algo y volver allí y luchar por mi marido.

Pero no puedo. Me siento pesadamente en una silla de metal y me doblo. El bebé patea dentro de mí. Viktor está parado junto a las puertas, mirando con cautela a través de una estrecha rendija entre ellas.

Finalmente, Vanya entra al garaje. Su expresión es solemne y su rostro está cubierto de sudor.

—Vale —le dice a Viktor—. Puedes regresar a la casa. Llévalas a otro dormitorio. Tenemos que

limpiar.

Viktor asiente, pero mis pies se niegan a moverse. Respiro profundamente, agradecida de que Andrei esté vivo.

—Necesito un minuto —le digo—. Tengo que recuperarme primero.

Él es paciente y mira fijamente mi vientre. Hace un mes, parecía como si tuviera barriga debido a una gran comida de carbohidratos, pero por la forma en que me muevo ahora, es obvio que estoy embarazada. Viktor me mira fijamente como si estuviera fuera de su alcance.

—¿Él está bien? —le pido confirmación a Viktor—. ¿No ha sido herido?

Viktor asiente.

—No más de lo habitual —me responde.

—Eso es poco consuelo —digo y mi miedo se transforma en irritación—. Por cierto, ¿qué pasó con la seguridad? ¿Cómo supo el intruso cómo entrar?

Viktor se encoge de hombros.

—Andrei y tú habéis tenido una gran fiesta hace poco y a la gente le gusta espiar.

—¿Quieres decir que podría haber sido uno de nuestros *aliados*? —le pregunto con incredulidad.

—Podría haber sido cualquiera que necesitara dinero y estuviera dispuesto a correr un riesgo.

Mientras tanto, Emma camina de un lado a otro en un intento de distraerse de esta, nuestra última terrible situación. Por fin, se detiene y se vuelve hacia mí con odio en sus ojos.

—Tienes que dejarlo —me dice con firmeza.

—Emma, no puedo hacer esto ahora. Lo único que quiero es irme a la cama. Me duele la espalda y casi asesinan a mi marido.

—Lo siento, Paige, ya no puedo hacer esto. Ya no viviré aquí. Y tú tampoco deberías hacerlo.

—No puedes irte de aquí —mi voz se endurece—. No por tu cuenta. Ya hemos hablado de esto.

Emma mira a Viktor. Sus ojos lo interrogan en silencio mientras mantiene la boca cerrada con fuerza. Él me mira y luego noto la determinación en sus ojos. Él le hace un gesto a Emma y ella me cuenta lo que han estado planeando.

—Te dije que quiero recuperar mi vida. Me voy con Viktor, Paige —su voz se quiebra un poco mientras habla—. Puedes venir con nosotros, pero yo ya no puedo con esto. Estoy cansada de vivir con miedo. Estoy cansada de ser un peón en el juego de otra persona. Incluso si ese alguien eres tú.

—No lo dices en serio —le digo.

—¡Pueden llegar hasta nosotros, Paige! No importa dónde estemos —Emma se acerca a la silla donde estoy sentada y se sienta a mi lado en el suelo. Tiene cuidado de no mirarme directamente—. Me lastimaron cuando me llevaron antes.

—Emma... —intento, pero ella levanta una mano para silenciarme. Emma sabe que tiene que decirlo rápido o no decirlo.

—Una noche, un guardia entró en mi habitación. Se metió en la cama conmigo, y si otro guardia no lo hubiera detenido... —respira profundamente antes de continuar—. Esa era una amenaza constante cuando Talia no estaba presente. Yo *pedí* que me encerraran en esa horrible habitación. No me vieron como una persona. Me vieron como un *juguete* con el que jugar. Porque yo era una extraña. Porque yo no era Bratva, aunque mi hermana fuera la esposa del Pakhan.

Pongo mi mano sobre el hombro de Emma y trato de consolarla, pero ¿qué puedo decir o hacer? Yo causé esto. Yo soy la razón por la que ella está sufriendo.

—No estoy tratando de ser difícil, Paige, ni de causarte problemas —ahora ella encuentra mi mirada y yo puedo ver cuánto realmente le duele todo esto—. Pero ya no puedo estar aquí. No puedo esperar a que Andrei y tú me vendáis a Stefan o a cualquiera de los otros príncipes de Bratva. Quiero a Viktor. Siempre he querido a Viktor.

Viktor da un paso adelante.

—¿Estás segura de que no vendrás con nosotros, Paige Geraldovna? —me pregunta en voz baja.

—Él irá tras ustedes dos —les advierto—. Pero es posible que tengan una oportunidad si yo me quedo. ¿Cuándo se van?

—Por la mañana —responde Emma—. Viktor me llevará a la escuela y no regresaremos.

Agarro con fuerza la mano de Emma para evitar que se vaya demasiado pronto. Yo la crie y estuve allí cuando las cosas estuvieron mal. Cuando papá y mamá se separaron y cuando papá estuvo enfermo. Pero nunca pensé que yo le causaría más dolor. Yo no quería esto. Y tengo que hacer todo lo que pueda para dejar ir a Emma.

—Emma —le susurro—. Llévate la caja fuerte. Y solo ve a la dirección escrita adentro cuando necesites dinero.

Emma sonrío con tristeza.

—En este momento, mi vida significa más para mí que el dinero de papá.

—No es el dinero de papá —sonrío con tristeza—. Son mis joyas y las vas a necesitar. Por favor, llévatelas o me preocuparé más por ti.

Emma me besa la frente, pero se da vuelta rápidamente antes de que pueda verla llorar. Pasan la puerta del garaje, recortadas por la luz de la luna. Apenas puedo escuchar su voz mientras le habla a Viktor por encima de los gritos afuera. Hay un último disparo, pero no sale de la casa. Viene de lo más profundo del bosque.

PAIGE

INCLUSO UN MES DESPUÉS, TODAVÍA PUEDO SENTIR EL TERROR QUE SENTÍ ESA NOCHE. EL recuerdo del intruso está grabado para siempre en mi mente y, a menudo, me despierto sudando frío. Mis manos alcanzan a Andrei para asegurarme de que está allí. Aunque la pesadilla ya pasó, el miedo persiste.

No le dije a Andrei cuando Emma se fue. Pero ahora lo hablo en su oficina, sentada sola en el sofá.

—¿Irás tras ellos? —le pregunto.

—No —me dice, frunciendo el ceño ante su laptop—. Tendrán suficientes desafíos.

—Me preocupo por ella. Por ellos —digo, pero él levanta la mano para detenerme.

—Basta. Ambos les explicamos los riesgos. Tienen que afrontarlo solos. Tenemos nuestro propio desastre que limpiar como resultado de esto.

Me levanto lentamente, con la intención de salir de su oficina para dar un paseo afuera. Andrei suena tan frío y odioso. *¿Tendría esta misma actitud si yo me hubiera ido?* No. Me habría traído de vuelta pataleando y gritando hasta que la mansión se derrumbara.

—Están en la casa de tu padre —me dice antes de que yo pueda abrir la puerta—. Ella podría haber tenido un príncipe.

—¿Y vivir la vida *que yo tengo*? —suelto antes de poder controlarlo, y los ojos de Andrei se estrechan hacia mí mientras yo busco palabras para recuperarlo rápidamente. Pero, él vuelve a levantar la mano para atajarme.

—Te trato bien, Paige. Otra mujer en tu posición no tendría ninguna queja.

—¿Como Talia? —intento bromear. Pero él se burla mientras sacude la cabeza.

—Ya estás desgastando esa vieja excusa.

—¿Lo hago? —le digo, con las manos en mis caderas—. No me has contado ningún detalle de la última reunión que tuviste con ella.

Andrei me mira ahora fijamente, con una mirada sombría que normalmente reserva para sus guardias menos favoritos.

—Quizás porque no tiene nada que ver contigo.

—No me mientas, Andrei —sacudo la cabeza—. Todo en tu vida tiene algo que ver conmigo. Lo dejé pasar esa noche, y no presioné para pedir más, pero aún me debes la verdad.

La mirada oscura da paso a la sorpresa. Es difícil burlar a Andrei Barinov, pero parece que lo he logrado. De nuevo. Un destello de admiración brilla en sus ojos mientras se levanta, pero yo mantengo la mano en el pomo de la puerta.

—No, no volverás a jugar conmigo —retrocedo—. Y no quiero otra maldita pieza de joyería.

Andrei abre el cajón del escritorio y saca mi pulsera de esmeraldas. Las gemas verdes destellan bajo las tenues luces y mi cuerpo se tensa mientras las observo. Él se quita su Rolex y lo golpea contra las gemas, convirtiéndolas en fragmentos de vidrio verde. Trago con dificultad cuando él sonríe, como un zorro mirando a un conejo en una trampa.

—Chica inteligente —me dice—. Una fiel esposa Bratva.

Entonces abro la puerta, pero él corre hacia mí, la cierra de golpe y agarra mis muñecas con sus manos. Me besa con fuerza y me dejo caer contra él, desplomándome lentamente en sus brazos.

—¡No! —grito, con lágrimas en mis pestañas—. Esta vez no podrás salir del maldito problema.

—Sé por qué estás llorando —me susurra, siento su aliento en mi mejilla.

—¿Por qué? —inquiero quedo.

—Porque *quieres* odiarme —me dice, y de la nada, me suelta—. Porque todavía me ocultas secretos. Pero, ya no más. Me los dirás y lo harás ahora.

Me ha atrapado, pienso incrédula mientras la lucha desaparece de mí. *Él ha ganado*.

Lloro más fuerte, ahogándome con mis patéticos sollozos mientras salgo de la oficina y subo lentamente las escaleras, sintiendo mi peso en cada escalón mientras lo hago.

Regreso luego y, Andrei está sentado otra vez detrás de su escritorio. Me observa con curiosidad mientras me acerco. Extiendo mi mano, y le doy mi último secreto. Andrei toma de mi mano las tres memorias USB y las examina, están todavía unidas al roto y pegajoso trozo de cinta adhesiva.

—Emma las encontró en la laptop de papá —mi voz suena cansada—. Esto es lo que quisiste desde el principio.

Andrei se detiene el tiempo suficiente para tomar mis manos entre las suyas y besarlas. Y luego sale por la puerta sin dedicarme una segunda mirada.

PAIGE

ME SIENTO ATRAPADA EN ESTA MANSIÓN Y EL ÚNICO LUGAR DONDE PUEDO ENCONTRAR CONSUELO es en el bosque. Sé que no debo escabullirme sola de casa, pero lo hago de todos modos. Paso rápido por el garaje donde se guardan los coches y corro lo más rápido que puedo hacia el carril sinuoso que conduce al bosque.

Es demasiado incómodo trepar la valla (y mi barriga me estorba), así que me alivia encontrar un pestillo que se puede abrir. No me pregunto por qué está abierto, pero me escapo, subiendo por el camino. Una vez más, la vida ha cambiado muy rápido. Siento que he vivido años en tan sólo unos meses de conocer a Andrei. ¿Cuál es el viejo dicho? *Ten cuidado con lo que deseas*.

Las hojas desaparecen de los árboles a medida que pasa rápidamente el final de octubre. Con cada paso, pienso en Emma y en la última conversación que tuvimos. Me envía mensajes de texto para decirme que está bien y todavía hablamos por teléfono, pero no es lo mismo que estar con ella. Al menos por ahora está a salvo con Viktor.

¿Pero por cuánto tiempo?

Andrei me dice que Talia respetará la tregua y siento un poco de celos cuando intenta tranquilizarme. *¿Cómo sabe lo que Talia hará y lo que no hará?* Continúo por el camino, sin escuchar nada más que la naturaleza y dejando que los sonidos aclaren mi cabeza y sus pensamientos inquietantes.

Ojalá Emma estuviera aquí y lamento que nos vayamos a perder su cumpleaños en diciembre. Quizás yo vaya a la casa. Pero si voy allí, sólo atraeré problemas a su puerta y revelaré su secreto. En este momento, nadie está interesado en ella ni en Viktor.

Las otras Bratva están enojadas, pero todavía están del lado de Andrei, a regañadientes.

Pero todo eso cambiará si yo aparezco en la puerta de Emma.

Una rama se rompe detrás de mí y me quedo inmóvil, escuchando de nuevo. Dios, fui estúpida al venir aquí sola. *¿Y si es otro asesino? ¿Qué pasa si me disparan y nadie me encuentra a tiempo?*

Ni siquiera tengo mi teléfono. Me miro los pies y me doy cuenta de que el camino que era visible en verano es invisible bajo las hojas caídas. Inspiro bruscamente cuando escucho otro crujido y luego suspiro, desinflándome de alivio cuando huelo un distintivo humo de vapeo.

—¿Natasha? —inquiero en voz baja, aunque estoy segura de que es ella.

Una ramita se rompe de nuevo y me giro para observarla saliendo de la maleza. Nunca la había visto con una sudadera con capucha Nike y sus jeans holgados tienen barro en las rodillas. Trago con fuerza mientras la veo quitarse los guantes sucios y guardarlos en los bolsillos de su sudadera.

—No deberías estar aquí sola —me dice, vaciando con cuidado su vaporizador.

—Lo sé. Y ¿qué estás haciendo tú aquí afuera? —digo, y no necesito mirarme en un espejo para saber que mis ojos están tan abiertos como círculos.

Natasha se ríe.

—No es lo que fantaseas —dice—. Tienes una imaginación activa, pero a veces debes dejarla descansar —ella se coloca a mi lado suavemente, jadea con algo de esfuerzo—. Tengo que hacer ejercicio para mantener mis fuerzas y hay que revisar las cámaras de vigilancia.

—¿También hay aquí en el bosque? —chillo.

Natasha se ríe de mi reacción de culpabilidad.

—A lo largo del perímetro. Nadie puede vernos ahora, por eso no deberías estar aquí sola —dice y mira mi vientre—. Probablemente deberías sentarte un rato. Te haré compañía.

No lo había planeado, pero no me importa que Natasha se quede conmigo. Caminamos unos pasos y la sigo porque obviamente ella sabe dónde está el camino. Me lleva hasta el tronco de un árbol caído y me pregunto si es el mismo en el que me senté con Emma. Miro a mi alrededor hacia la amplia extensión del bosque. Dudo que sea el mismo árbol, pero me gusta la idea de que podría serlo.

—¿Viniste aquí a pensar? —me pregunta.

Hubo un tiempo en que Natasha me habría acusado de intentar huir, pero no lo digo, sólo lo pienso. Natasha no piensa ahora que yo huiría, aunque yo pienso en ello todos los días. La culpa de quedarme me devora cuando me doy cuenta que mi bebé corre peligro si me quedo.

—Sí, vine aquí para pensar —acepto. Dudo en continuar, pero encuentro mi coraje—. ¿Crees que algún día podría volver a tener una vida normal?

Ella me mira fijamente como si yo apareciera a su lado de la nada.

—Esta es tu vida normal, Paige Geraldovna —me dice.

Sacudo la cabeza.

—Sé que esta es tu vida normal, pero me refiero a la mía, la que dejé.

Natasha mira hacia otro lado, tratando de ocultar la expresión de decepción en su rostro. Obviamente pensó que yo había cambiado. Yo también, pero ambas éramos unas tontas al pensar que yo podía aceptar el mundo de Andrei sin intentar convertirlo en el mío. Al menos para mi bebé.

—¿Por qué querrías volver a esa vida? —me pregunta ella—. Andrei Vasilyevich te da mucho.

Trago fuerte cuando me doy cuenta de que ella piensa que soy una desagradecida.

—Es la violencia, Natasha. Mi madre fue asesinada, mi padre era un ladrón, mi primo fue asesinado a tiros y mi hermana es una fugitiva.

—¿Cuánto robó tu padre? —inquire ella y me mira con sus fríos ojos verdes. Noto demasiado tarde que quizás haya cometido un peligroso error.

—Andrei debe habértelo dicho —balbuceo—. Ya tú sabes lo que hizo mi padre.

Ella me mira fijamente y la sensación de picazón que me recorre me dice que estoy en peligro.

—Solo algunos detalles. Pero ¿hubo otros? —inquire de nuevo.

—Sólo recuerdo el nombre de Vasily. Mi padre era contador. Él tomó dinero de la cima.

Natasha mira hacia otro lado y la tensión desaparece instantáneamente.

—Oh, seguro todos los contadores hacen eso —me mira ella de nuevo—. Debe haber robado mucho dinero.

Mi mente da vueltas en círculos. He dicho demasiado. No recuerdo lo que ya se ha dicho. ¿Debería decir una mentira?

—Sólo sé sobre el dinero que él robó para él mismo y para Eva.

Nos quedamos sentadas en silencio con nuestros propios pensamientos. Me obligo a dejar de retorcerme las manos. Mis nervios siempre se muestran ante estas personas, dándoles pistas de lo débil que soy. Miro a Natasha, quien está mirando a lo lejos. Su cuerpo está relajado mientras cruza los tobillos y disfruta de los sonidos de los pájaros mientras cantan en lo alto.

—¿No estás pensando en huir? —pregunta de repente.

Me muerdo el labio hasta que creo que podría sacarme sangre.

—Estoy preocupada por mi bebé. Esa noche cuando nos despertamos y encontramos a ese hombre en nuestra habitación —sacudo la cabeza—. Mi peor temor se convirtió en realidad. Podría volver a suceder.

—Sucederá si continúas insistiendo en venir aquí sola —me dice.

—Podría ir a algún lugar donde la gente no nos conozca, ni a Andrei ni a mí —intento—. Él podría dejar de hacer esto. No tiene por qué dirigir una Bratva.

Natasha me mira como si estuviera completamente loca.

—¿Y hacer qué, Paige? Él siempre estará asociado con la Bratva. Nadie creerá que no lo está. Lo sabrán en el momento en que vean sus tatuajes. Es como sacar un pez del océano y esperar que vuele como un pájaro porque tú se lo dices.

—Sólo quiero una vida en la que no tenga que tener miedo —digo.

—Eso no es posible para nadie, en ningún lugar —dice Natasha en voz baja, frunciendo el ceño como si estuviera esforzándose por imaginarlo—. Tú eres Bratva ahora y lo serás siempre.

Siento su mano en mi hombro mientras me limpio las lágrimas de los ojos. *Ahora y siempre.*

—Nunca tuve otra oportunidad, ¿verdad?

Natasha hace algo que nunca pensé que ella haría. Me acerca y me mantiene abrazada. Su mano acaricia mi cabello mientras yo lloro más fuerte en su hombro. Nunca esperé ternura de ella. Mucho menos comprensión.

—Paige —me dice—. No eres el tipo de persona que vive una vida tranquila y aburrida. Le remendaste el brazo a un Pakhan mientras las balas pasaban por encima de tu cabeza. Esa no es una persona común y corriente. Estabas destinada a tener una gran vida, una vida audaz. No te preocupes por cosas que tal vez nunca sucedan. Te impide atesorar las cosas buenas que tienes aquí.

—Yo lo amo, Natasha —respondo en voz baja—. Esa es la cosa. No es el dinero, las joyas o los coches. Es él quien me mantiene aquí.

Natasha me abraza con más fuerza.

—Lo sé, chica suertuda. Todos lo sabemos. Y a pesar de lo que él hace o dice, Andrei Vasilyevich siente lo mismo por ti.

EN NUESTRA HABITACIÓN, aliso mi vestido de punto y lo visto junto con mis aretes de circonita cúbica. El joyero se negó a reemplazarlos debido al dispositivo de seguimiento incrustado en su interior. Le pregunté si alguna otra pieza tenía dispositivos de rastreo y dijo que no mientras me entregaba las falsificaciones.

Abajo, Andrei y Dmitri están en la oficina, y la puerta está entreabierta cuando me acerco lentamente. Mis zapatos apenas hacen ruido sobre el suelo de mármol mientras me acerco.

—Tenemos más aliados, Andrei. ¿Brindamos por eso?

—Tú puedes, pero yo quiero mantener la cabeza despejada.

—Bien. Debemos permanecer enfocados en nuestro propósito.

—¿Funcionó el plan anoche?

—No rompimos la tregua, pero obtuvimos información valiosa... —la voz de Dmitri se corta al cerrarse la puerta de la oficina.

Puedo entrar allí si quiero y preguntar qué está pasando, pero *¿realmente quiero saberlo?* No. Hoy no. Tengo mi propio plan y tengo que mantenerme fuerte si quiero lograrlo.

Toco la puerta antes de abrirla. Andrei levanta la vista de su laptop y me sonríe mientras Dmitri apenas levanta las comisuras de los labios. Lo ignoro y me paro frente al escritorio de Andrei.

—¿Tardarás, querido?

En ese momento, Dmitri sale de la oficina, cargando su propia laptop antes de que le pidan que se vaya, y noto un único vaso de vodka sobre la barra. Me siento en el sofá y Andrei se une a mí y me toma la mano. Coloco ambas sobre mi estómago y sus cejas se levantan cuando siente la

patada del bebé.

Andrei se inclina y me besa suavemente en la frente.

—Nuestro pequeño se encuentra bien hoy —me dice.

Miro hacia abajo y tomo su mano con fuerza.

—Sí, ella lo está —le digo.

—¿Crees que es una niña? —me sonrío y yo asiento.

—Eso espero, por el bien de ella. Así que podremos planificar su futuro —murmuro mientras una arruga de preocupación aparece en la frente de él.

Andrei asiente solemnemente, su rostro de repente serio y pensativo. También siente el peso de la responsabilidad hacia nuestro hijo no nacido.

—Sí, tal vez sea así —dice en voz baja. Sus ojos se desvían de mí hacia la ventana; hay tristeza en ellos cuando agrega—: Sé que tendré que ocultarles los asuntos de la Bratva.

—¿Qué pasa con nuestro futuro, juntos? —pregunto, temiendo la respuesta.

Los ojos de Andrei se suavizan cuando me mira.

—Me gustaría poder darte más —dice, con profundo pesar en su voz.

Siento que el corazón se encoge en mi pecho y me muerdo el labio para mantener las emociones bajo control. Esto no es lo que esperaba cuando entré aquí.

—¿Qué quieres de mí? —me pregunta, con frustración en su tono.

—Quiero que pienses en una vida normal para nosotros —mi voz apenas era más que un susurro—. Quiero que podamos tener un futuro juntos, un futuro en el que podamos ser felices y estar seguros con nuestro hijo.

Andrei asiente y su rostro se suaviza. *¿Acaso se está imaginando el futuro con nuestro bebé?*

—Lo intentaré —dice, y siento que el alivio me invade hasta que agrega—, después que gane.

Me acerca y me da un tierno beso en los labios. Lo abrazo con fuerza, sintiéndome segura en sus brazos. *Pero ¿qué pasa si no gana?*

—Prometo que estaremos a salvo —me asegura de nuevo—. ¿Estás lista para la boda de mañana?

Sonrío, mis ojos se llenan de lágrimas y asiento para ocultar mi decepción. *¿Cuánto tiempo puedo seguir esperando que él cambie?*

Andrei sonrío y me besa de nuevo.

—Te amo —dice.

Su mano permanece en mi barbilla mientras lo miro a los ojos. Quiero gritar y hacerle reconocer el peligro que corremos. Un peligro que es demasiado real después de esa horrible noche. No

terminará cuando termine esta guerra; habrá alguien más para ocupar sus lugares.

—Yo también te amo —le digo, con una voz que apenas es audible.

ANDREI

HAY MÁS GUARDIAS ARMADOS QUE INVITADOS EN WHISPER GLENS. OJALÁ FUERA LA TÍPICA BODA Bratva.

Suspiro suavemente mientras conduzco el Mercedes de Paige hacia el estacionamiento del lugar del evento. Hace diez años, Whisper Glens era una monstruosidad recién construida con estuco gris, madera oscura y vidrio en un entorno campestre de árboles recién plantados. Hoy en día, parece un moderno edificio de oficinas para una nueva empresa tecnológica. Sin historia ni alma, y no es un lugar en el que me hubiera imaginado a Sonya reservando su gran boda.

Será la primera vez que la veo desde la muerte de nuestra madre.

Cuando ella era pequeña, Sonya hablaba con el máximo detalle de su gran día. Quería un vestido blanco y brillante con un velo largo y una chaqueta de armiño blanca sobre los hombros. Su anillo de diamantes sería más grande que su cabeza y bailarían el vals como en una película de Disney, con una banda en vivo, no con un DJ.

Me hizo hacer de novio genérico mientras ella se lucía ante mamá. En lugar de besar a la novia, le hacía cosquillas hasta que dejarla sin aliento. Dudo que hoy luzca como algo de esos sueños.

Cada entrada tiene un detector de metales en cada puerta, y la seguridad uniformada revisa minuciosamente a cada huésped en busca de armas. Me pregunto si decorarán ridículamente los arcos de metal gris con rosas blancas para que los novios pasen, agarrados de la mano.

Me cachean y agitan una varita sobre las partes de mi cuerpo donde es más probable que se esconda un arma. Lo soporto todo con una tensa sonrisa. Cuando el guardia de seguridad está satisfecho de que no tengo un arma escondida, me hace pasar. Pero cuando se vuelve hacia Paige con la varita en la mano, yo le gruño. Ningún hombre toca a mi esposa embarazada si quiere conservar sus dedos. Le doy una mirada que dice: *Usaré mis propias manos para eliminarte*. Desviando la mirada, él le hace un gesto de inmediato para que pase.

Ofrezco mi brazo y Paige lo agarra con ambas manos y sonrío mientras seguimos las señales hacia la ‘Sala de la Fuente’. Paige luce increíble con su vestido azul pálido que hace que sus ojos parezcan más azules, y su cabello está recogido para mostrar los aretes de diamantes que le compré recientemente en una subasta. Sonriendo, pienso en el día en que nos conocimos. Estaba vestida con unos ridículos pantalones y su cabello estaba recogido en un desordenado moño.

Ella era, y es, la mujer más bella del lugar.

Es una transformación que sabía que Paige podría lograr, y aunque sé que ella quiere que las cosas sean diferentes, le agradezco que haya cumplido su palabra y que me haya hecho lucir fuerte y elegante en público mientras todo está en crisis.

—¿Crees que tendrán un sacerdote oficiando la ceremonia? —me pregunta ella.

Miro alrededor del vestíbulo de espejos y cristal repleto de altas palmeras en macetas. Los camareros, vestidos con chaquetas negras ajustadas, sirven cócteles a los invitados mientras el volumen de las voces aumenta lentamente.

—Podría ser cualquiera, a juzgar por esta multitud.

Es un público joven y no me refiero a la edad biológica. Las personas que nos rodean son de ‘nueva riqueza’ la cual se adquiere asumiendo riesgos que ponen en peligro sus vidas. El dinero se obtiene mediante drogas, armas y estafas. Nada es legítimo, porque aún no se han afianzado. Flash confundido con riqueza. Logotipos confundidos con clase. Voces fuertes confundidas con valentía.

Los hombres de Novikov están dando vueltas y son muy fáciles de detectar. Por supuesto, eso es intencional. Gleb quiere que se reconozca su presencia para evitar problemas. Ese es el único movimiento inteligente que veo aquí.

Pero entonces, se me erizan los pelos de la nuca y el aire que nos rodea a mí y a Paige se espesa con una palpable tensión. Casualmente, observo la habitación y, al otro lado de la estancia, veo a Talia bebiendo un cóctel.

Mirando a Paige, ella hace comentarios a su séquito de malvadas mujeres. Como Talia no puede destrozar a mi esposa físicamente, entonces *intenta destrozarla con palabras. La perra y el buscador de oro* flotan en nuestra dirección, pero los ignoro. Paige deja de caminar y respira profundamente.

Me vuelvo hacia ella.

—Paige, ella no puede hacerte daño. Y ella lo sabe y eso la enoja —le digo.

Paige sonríe y levanta sus manos hacia mis hombros.

—Lo sé, Andrei. Ella no puede lastimarme mientras yo te tenga.

Ella se empina, inclinando ligeramente la cabeza, y me da un beso que me sube la temperatura. Desearía poder quedarme así para siempre, sus labios sobre los míos y su cuerpo presionándose contra mí. Cuando Paige se aleja, le sonrío como un niño estúpido que acaba de recibir su primer beso. El amor hace toda la diferencia.

—Déjala pensar en eso mientras pasa la boda —dice una Paige muy sonriente.

No miramos en dirección a Talia. ¿Por qué molestarse? Además, ese beso no fue para ella. Fue para nosotros. Una señal de la unidad que finalmente hemos logrado después de pasar por tanto juntos. Y espero que también signifique nuestra nueva confianza.

Un acomodador corre delante de nosotros con su camisa blanca brillante y su chaleco negro. Nos hace un gesto para que lo sigamos hasta una puerta en el extremo izquierdo. Sus ojos furtivos lo

hacen parecer desesperado por llevarnos a nuestros asientos mientras rápidamente nos hace señas hacia la puerta abierta.

Paige se detiene en seco.

—Me gustaría hablar primero con la novia. ¿Dónde está ella? —inquire.

Los ojos del hombre se abren hasta que luce doloroso.

—No estoy seguro de eso —él mira a su alrededor nerviosamente—. La ceremonia está a punto de comenzar.

—Ella es la cuñada de la novia —digo y le miro fijamente, con facilidad.

El acomodador vacila y luego lleva a Paige a un guardarropa ubicado al final de un pasillo no muy lejos de donde estamos. Me paro donde puedo vigilar tanto a Talia como a Paige.

Paige permanece en la puerta, como a punto de entrar, pero no lo hace. Ofrece una brillante sonrisa, y saluda con la mano, a alguien que está dentro, antes de dirigirse directamente de nuevo hacia mí con el acomodador pisándole los talones.

—Ahora les mostraré sus asientos, señor y señora Barinov —nos dice el acomodador.

—Sonya estaba rodeada por sus damas de honor y varios hombres armados —me susurra Paige mientras caminamos—. Pero, ella no parecía feliz.

Me quedo en silencio en lugar de responder con un comentario. Sería irónico hacerlo.

Dentro de la ‘Sala de la Fuente’ las sillas plegables están dispuestas en secciones creando tres pasillos. El pasillo central está bloqueado con grandes arreglos florales con blancas flores atadas con pesados cordones plateados, y no se puede entrar ni salir por las sillas. Los pasillos izquierdo y derecho están llenos de actividad, y noto que aquellos que son amigos de Novikov Bratva están sentados en el lado derecho, mientras que los que no lo son, están sentados en el lado izquierdo. La sección derecha es el triple del tamaño de la izquierda.

Paige y yo tenemos nuestros asientos atrás, pero no me ofende no estar al frente para la boda de mi hermana. Miro a mi alrededor y veo a Popov y Sorokin sentados en el medio. Sólo vinieron con sus mejores y más fuertes hombres para vigilarlos.

Popov se acerca y me estrecha la mano.

—¿Estás listo para que comience este desastre de mierda, Andrei? —dice y dirige su atención hacia Paige—. Disculpe, Paige Geraldovna.

Paige asiente.

—Esperemos que llueva a cántaros por la derecha y no por la izquierda —dice ella.

Popov se ríe de buena gana.

—Tu esposa es un tesoro, Andrei —dice él, dirigiendo su atención de nuevo hacia mí—. No tendrán problemas esta noche, pero están perdiendo apoyo.

—¿Por qué lo dices? —pregunto.

Popov mira de nuevo a Paige, pero continúa.

—El oficial que recibió el disparo está relacionado con la Bratva Nikitin. Todo rumores y habladurías, por supuesto. Pero en nuestro mundo, eso es todo lo que se necesita.

Respondo con un gesto de comprensión, pero no digo nada. No quiero que Paige se moleste al escuchar esto otra vez.

—No veo a Natasha ni a Dmitri —dice Popov—. Espero que tengas tus hombres aquí.

—Mis hombres están afuera —respondo en voz baja—. Natasha y Dmitri vigilan las cosas mientras yo no estoy.

Popov mira a Talia, que está sentada más adelante.

—Mientras el gato esté bajo vigilancia, los ratones pueden jugar —agrega él.

Sonriendo, regresa a su asiento y la multitud se tranquiliza mientras la música comienza a sonar. En un rincón, un cuarteto de cuerda interpreta ‘Las estaciones de Vivaldi’ rodeado de enormes vasijas blancas llenas de blancos lirios. Se concentran en sus instrumentos mientras un ministro sube a la plataforma en el frente, la cual representa el altar. El ministro viste un sencillo traje oscuro, con una Biblia en las manos. No usa alzacuello y no está claro cuál es su denominación.

Un fuerte aplauso comienza antes de que termine la canción. Con un chaqué gris, Gleb Novikov se pavonea por el pasillo central seguido de sus padrinos de boda. Él va chillando y gritando, agitando sus puños. Su cabello oscuro cubre su sudorosa frente y sus ojos están dilatados por las drogas. Va haciendo una escena, bailando por el pasillo mientras el lado derecho lo anima, aplaudiendo y gritando hasta que se para en la plataforma.

Mi mandíbula se aprieta ante la falta de respeto que Gleb le muestra a mi hermana pequeña. Quiero agarrarlo por el cuello y decirle que actúe como un hombre, no como un fiestero sin sentido. El ministro coloca su mano sobre el hombro de Gleb intentando calmarlo, pero Gleb lo ignora con una arrogante mueca. Luego agarra su corbata y la endereza, apretando el nudo.

—¡Hagámoslo! —grita Gleb.

Con la muerte de sus padres, el niño ha perdido todo sentido de autocontrol.

El cuarteto empieza a tocar de nuevo. Las lentas y sombrías cuerdas tocan la marcha nupcial, suena más como un canto fúnebre. Los invitados miran expectantes hacia el pasillo central. Pero nadie parece llenar el vacío cuando la canción termina y comienza de nuevo. Apagadas voces en el pasillo se elevan de ira, y finalmente aparece Sonya. Aunque está vestida de novia, no parece feliz. Su rostro manchado de lágrimas luce demacrado y su boca se curva hacia abajo mientras comienza su vacilante caminar por el pasillo. El ramo tiembla en sus manos mientras se aferra a la falda de su voluminoso vestido. Sonya camina como si la llevaran a la horca, no al altar.

Mi corazón se hunde al ver lo que le han hecho a mi hermana pequeña.

Sus damas de honor, vestidas con llamativos vestidos plateados, la siguen, pero no reconozco ni una sola cara. Sin sonreír, ellas marchan detrás de ella como para asegurarse de que no vaya a ningún otro lugar que no sea el altar. Miro a Paige y ella está mirando con furia la horrible procesión.

Recuerdo el día de nuestra propia boda y lo aterrorizada que ella parecía cuando sus damas de honor la acompañaron por el pasillo hacia mí de igual manera. Tampoco era una boda y, de igual modo, yo esperaba que Paige hiciera ciegamente lo que dije después de que la traté como lo hice.

Ahora veo esta farsa de ceremonia y me siento avergonzado de cómo traté a Paige ese día.

Pero ella sabía que yo la necesitaba.

Y Sonya sabe que Gleb la necesita.

Tomo la mano de Paige entre la mía y la aprieto suavemente. Paige coloca su otra mano sobre la mía, mostrándome su fuerza y comprensión. Ella no tuvo una boda adecuada y ahora Sonya tampoco la tendrá.

—Ella no parece contenta con su opción —susurra Paige.

—Ella todavía tiene una opción —respondo.

—Pero ella es como tú —susurra Paige—. Demasiado orgullosa para tomarla.

Gleb mira a Sonya por encima del hombro y se niega a ofrecerle una mano. Él sonríe cuando ella casi tropieza con la plataforma. Sus damas de honor intentan estabilizarla, pero Sonya se zafa de sus brazos y las golpea con su ramo, las flores caen al suelo. Su respiración agitada se capta por el micrófono mientras ella se recompone y mira al ministro como si fuera su peor enemigo.

—Queridos hermanos, estamos hoy aquí reunidos ... —empieza la voz del hombre, la cual se desvanece en un zumbido mientras mis pensamientos se apoderan de mi mente. *¿Qué debo hacer?* Sé que ella no quiere estar ahí. Lo puedo decir por la expresión de su cara. Todo el mundo sabe que no están enamorados, pero los matrimonios Bratva no se tratan de amor. Construyen alianzas y crean la próxima generación.

No es su boda de cuento de hadas. No puedo hacer nada para ayudarla.

El ministro levanta la vista del pequeño libro de cuero que tiene en las manos y dice:

—Si alguien se opone a este matrimonio, que hable ahora o calle para siempre.

—No necesitamos que diga eso —se ríe Gleb—. Ya quiero besar a mi novia.

Dudando, el ministro se aclara la garganta y continúa:

—¿Tú, Sonya, aceptas a Gleb como tu legítimo esposo, para tenerlo y conservarlo desde hoy en adelante, para bien o para mal, en la riqueza o en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, mientras ambos estéis vivos?

Sonya se aferra con fuerza al ramo de miserables flores, que ya empiezan a marchitarse, y mira por encima del hombro a los asistentes. Su pecho sube y baja mientras sus ojos buscan a alguien. Se da vuelta completamente y sus ojos escanean cada fila. Un grito ahogado se escapa de su boca y me mira desesperadamente a los ojos. El profundo sollozo de Sonya me parte el corazón.

Gleb la agarra por el hombro y la hace girar hacia el ministro.

—Responde la pregunta —le exige, pero Sonya solloza más fuerte que antes, incapaz de detener las lágrimas.

Gleb hala de Sonya hacia sus brazos.

—Ella dice que sí —señala él.

El ministro le sonríe nerviosamente a Gleb y sus manos se notan blancas mientras agarra firmemente el libro de oraciones.

—Tiene que salir de sus labios —le dice a Gleb.

—¿Por qué más cree que estamos aquí? —le Grita Gleb, mirando al ministro, quien está conmocionado, y sus gritos se convierten en una risa maníaca. Un sonido extraño, retorcido, poco convincente y carente de espíritu, mientras continua apretando a Sonya a su lado—. Continúe —le exige Gleb—. Nos vamos a casar.

—Tú, Sonya... —empieza el ministro.

Gleb suelta a Sonya y le quita el librito de las manos al ministro. Intenta partirlo en dos, pero no puede, así que lo arroja al suelo.

—¡No lo vuelva a leer! —grita él, luego se vuelve hacia Sonya—. Contéstale.

Su pecho se agita en su ajustado corpiño mientras líneas oscuras de rímel corren por su rostro.

—No —susurra ella—. No puedo hacer esto.

—Ella no quiere decir eso —se ríe Gleb. Agarra a Sonya y la sacude hasta que a ella se le cae el ramo—. ¡No lo dices en serio! —le grita él—. Ese no es el plan, cariño. Tenemos un acuerdo firmado con sangre.

—¡No, no lo haré! —grita Sonya, quitándose el velo de la cabeza.

—Tú dijiste que sí. No puedes ganar algo a cambio de nada y hasta ahora no has dado nada, *perra*.

Paige agarra mi muslo con fuerza antes de que yo pueda levantarme.

—Andrei, por favor —me susurra.

Me resigno a no hacer nada y me odio por ello, pero ya no estoy solo en el mundo. Y protegeré a mi esposa y a mi hijo primero.

Sonya corre por el pasillo, esquivando a las damas de honor, que rápidamente la persiguen. La pesada tela de su vestido de novia ondea y se balancea a su alrededor, pero ella no deja que eso la detenga. Ella esquiva a los guardias de seguridad afuera de la puerta y se dirige en dirección al guardarropa. Oigo un portazo a lo lejos.

Saco mi teléfono del bolsillo y Natasha responde.

—Cáncélalo —digo.

—¿Cancelar qué? —susurra Paige—. Andrei, ¿qué ibas a hacer?

—Tengo que ir a buscarla primero —respondo fríamente—. Quédate aquí con Popov y sus hombres.

PAIGE

CANCELALO, DIJO ÉL. ¿CANCELAR QUÉ? QUIERO SABER, PERO ANDREI SE APRESURA A IR TRAS Sonya antes de que Gleb pueda arrastrarla de regreso al altar. Sonya sale corriendo de la habitación más rápido de lo que cualquiera en sus asientos puede reaccionar. Al verla irse, me pregunto por qué no hice yo lo mismo hace muchos meses.

Afortunadamente, nuestros asientos están cerca de la salida. Puedo salir rápidamente, antes de que comience la conmoción. Salgo de la estancia y entro al vestíbulo antes de que los demás invitados puedan hacerlo. Observo a Andrei correr por el pasillo a toda velocidad hasta la puerta del guardarropa.

Su rostro está rojo de desesperación mientras golpea la puerta cerrada, gritando el nombre de Sonya repetidamente. Golpea con una urgencia que hace que mi corazón se acelere. Juntando mis manos, espero que su propósito sea salvarla.

La puerta de madera contrachapada se estremece y rechina sobre sus desvencijadas bisagras, pero permanece aún cerrada. Sonya se niega a abrir la puerta.

—¡Sonya! ¡Soy yo! —grita él, su voz resuena en el pasillo vacío mientras continua empujando la puerta con todas sus fuerzas.

Ahora Andrei apoya su pie contra la debilitada madera y la puerta cede bajo la fuerza de su patada. Esta se abre sobre sus bisagras y él entra tropezando en la habitación. Presiono mi mano sobre mi boca, sintiendo el alivio que enfría mi cuerpo, pero luego la puerta se cierra de nuevo. Mirando fijamente, observo la puerta, preguntándome por qué no salen.

Talia aparece de repente detrás de mí, pero le bloqueo el camino hacia el guardarropa.

Puede que yo esté embarazada, pero sus poco prácticos tacones de diez centímetros nivelarán la batalla. Ella alcanza mi brazo, pero yo la empujo contra la pared. No tiene guardias con ella, y yo tampoco.

—Aún no *me* has pagado —dice Talia y se mantiene erguida, tratando de intimidarme.

—¿Qué quieres decir? —inquiero.

Su sonrisa se desvanece mientras habla de nuevo.

—Un Reyes por un Reyes —me dice ella fríamente.

—Nunca más te acerques a Emma —y le muestro el dedo medio—. Ella me contó lo que pasó. Tienes suerte de que no encuentre algo afilado con lo que cortarte.

Talia sonrío.

—Yo no estoy hablando de Emma —su mirada baja hasta mi vientre y mis manos lo cubren protectoramente.

Mi voz es baja y amenazadora mientras la miro directamente a los ojos.

—Te advertí que no amenazaras a mi bebé, perra —le espeto.

—¿Qué voy a hacer yo con tu mocoso? No lo quiero. Me sorprende que Andrei lo haga. No se casó contigo para tener una familia. Se casó contigo por dinero.

—Aléjate de nosotros —siseo, mientras miro más allá de ella.

Un hombre alto con tatuajes en el cuello que sobresalen por encima de la camisa avanza lentamente hacia nosotras. No me está saludando cuando inclina la barbilla y se desabrocha la chaqueta del traje en un gesto amenazador.

De repente, mi coraje se desinfla al darme cuenta de que estoy sola. Talia puede hacer lo que quiera conmigo y antes de que alguien pueda ayudarme, sería demasiado tarde. Inhalando profundamente, disimulo mi miedo y me mantengo firme, bloqueando su camino.

Talia mira hacia atrás sin girar la cabeza.

—Vete y asegúrate de que nadie nos moleste, incluido el novio —le dice al hombre.

Este me lanza una sucia mirada y quiero escupir de rabia. *¿Fue él quien intentó lastimar a Emma?* Quiero joderlo, quiero joderlos a todos, pero me quedo inmóvil.

—Ahora, volvamos a lo nuestro —dice Talia con calma—. Esto es simple. Si quieres seguir con vida, divórciate de Andrei y nunca vuelvas a la Bratva. Tú y tu hermana podéis volver a vuestro anonimato sin un centavo y a nadie le importará. Nadie te lastimará ni te acosará. La Bratva desaparecerá de tu vida como un mal sueño. Lo prometo.

Mi pecho se aprieta como si Talia me hubiera golpeado en el corazón.

—No lo dejaré. Él no me dejará ir.

—Tómate tu tiempo y reconsideralo —sugiere ella suavemente—. Yo puedo ayudarte...

—Dije que no lo haré —espeto, sacudiendo la cabeza vigorosamente.

Sueno patética y noto que mi voz falla. Podría estar regalando la oportunidad de salvar a mi bebé y a mi hermana de un hombre que se niega a cambiar. *No le estoy pidiendo nada absurdo.* Estoy pidiendo vivir una vida que no termine en la punta de una pistola humeante.

Pero claro, no se puede confiar en Talia.

Un brillo aparece en sus ojos y sé que he revelado demasiado.

Ella sabe ahora cómo me siento realmente. No estoy tratando de ponerla celosa. Estoy

profundamente enamorada. Ella sabe ahora que perder a Andrei es lo que más me importa. La mirada de Talia pasa sobre mí y su expresión muestra su disgusto por mis suaves emociones.

—Entonces supongo que tendré que deshacerme de ti a la antigua usanza. Le prometí a Andrei que la tregua duraría hasta después de la boda. Así que te veré después, Paige —dice ella y gira sobre sus talones para alejarse.

ANDREI

EL INTERIOR DEL GUARDARROPA ESTÁ POCO ILUMINADO Y EL AIRE ES TRANQUILO, CASI sofocante. El espacio desordenado me resulta claustrofóbico cuando miro a mi alrededor. Sonya prefiere esconderse en lugar de enfrentarme.

—Sonya, no estoy aquí para hacerte daño —grito, mientras la busco.

Veo un viejo escritorio en la esquina con maquillaje y cepillos para el cabello esparcidos por la superficie laminada. En el suelo hay una bolsa de lona color verde oscuro de la que sobresale un chaleco antibalas. Ahora entiendo por qué su vestido lucía demasiado grande para su pequeña figura. La sujetaron fuertemente.

Oigo un crujido a la izquierda, donde cuelgan percheros con gruesos abrigos de lana. En lugar de un adecuado vestidor, la mantuvieron aquí encerrada, cerca del altar.

—Sonya, por favor.

Me quedo quieto y escucho en el silencio. Pronto puedo oír su respiración, baja y profunda, mientras ella intenta calmarla, pero no puede. Sigo el sonido hasta que observo las puntas de dos zapatillas que sobresalen por debajo de un voluminoso abrigo colgado en uno de los percheros. Lentamente, aparto el abrigo, rogando que ella no tenga un arma.

Sonya se queda mirándome fijamente mientras aparto el abrigo. Está temblando y sus ojos permanecen muy abiertos mientras me mira fijamente. Una solitaria lágrima corre por su mejilla y, de repente, volvemos a ser niños. Respirando profundamente, se queda sentada en el suelo polvoriento, abrazada a sus rodillas. Es el escondite perfecto para nosotros y me siento en el suelo junto a ella.

—No —dice e intenta alejarse dentro de los pequeños límites del guardarropa casi vacío—, no me hagas daño.

No intento tocarla mientras ella se aleja gateando, poniendo unos metros entre nosotros.

—No tengo arma —le digo.

—No necesitas una —contesta ella.

—Sonichka, me despierto todos los días esperando que no sea verdad —le digo, mirándola a los ojos—. Deseando que fuese un error. Pero cuando me levanto de la cama, sé que nunca volveré a

ver a mamá. Me retractaría, incluso si eso significara dejar vivir a Igor. No era lo que yo quería que sucediera. Duele aún más por tu causa. Por lo que te he hecho.

Sonya baja la cabeza sobre su regazo, se cubre la cara con las manos y sus hombros comienzan a temblar. No la toco, pero me acerco lo suficiente hasta que quedamos uno al lado del otro. Espero mientras ella deja ir su sentir en fuertes sollozos. Escucho pacientemente a mi hermana llorar como si fuera mi propio castigo.

Al cabo de unos minutos su cabeza se levanta lentamente y ella recupera el aliento.

—Ellos me dijeron que querías matarme —dice.

Trago fuerte y expreso mi verdad.

—Sabes que nunca podría hacerlo.

Su delicada mano se extiende, con los dedos cubiertos de arruinado maquillaje, y toma la mía.

—En el fondo sí lo sabía. Si me hubieras querido muerta, no me habrías dejado escapar ese día. Me convencieron de odiarte y estaba dispuesto a hacerlo. Te odié ese día.

No pido perdón.

—No tienes que casarte con él, Sonichka. Yo te protegeré.

Mucho más tranquila que antes, hace una pausa antes de hablar.

—Me matarán si intento huir. Hice un trato para apoderarme de las Bratva. Ser su títere. Y no les gustará que incumpla mi palabra —se burla ella—. Ya tú sabes cómo funciona la Bratva. Si ellos piensan que atraeré hombres Karamazov hacia ti, me matarán.

—No se atreverán —digo.

Ella niega con la cabeza.

—Ellos te odian. Hablan de formas de cómo matarte. De matar a Paige.

Un dedo helado toca mi espalda y miro hacia la puerta cerrada. Popov cuidará de Paige, si Paige lo permite. Me torno ansioso y preocupado, preguntándome dónde estará Paige. Saco mi teléfono para enviarle un mensaje de texto a mi guardia para que la localice y me responda de inmediato.

Me vuelvo hacia Sonya.

—Es hora de irse, Sonichka. Vuelve a casa con nosotros.

Ella me frunce el ceño mientras las lágrimas comienzan a fluir de nuevo.

—Tienes que matar a Gleb Novikov, o ellos me matarán a mí como represalia —me dice y me mira fijamente a los ojos mientras endereza su espalda. Su mirada se vuelve más fría y dura, es como si me estuviera mirando a mí mismo—. Me debes una, Andrushka.

La puerta se abre de repente y me levanto alerta, listo para luchar. Pero es Paige quien entra, seguida por Popov y Sorokin.

Entonces extendiendo mi mano, Sonya la agarra y la levanto del suelo. Popov examina la habitación

rápidamente y agarra el chaleco antibalas. Ayuda gentilmente a Paige a colocárselo.

—La gente empieza a agitarse, Andrei Vasilyevich —me dice—. Y a menos que quieras una repetición de la última boda de Gleb Novikov, sugiero que ya es hora de que nos vayamos.

Paige sonríe suavemente mientras se sostiene a los brazos de Popov, dándome mudo permiso para ayudar a Sonya. Sin ser detectados, nos dirigimos hacia la parte trasera del edificio y salimos rápidamente por la puerta contra incendios.

PAIGE

SONYA DECIDE DORMIR EN LA ANTIGUA HABITACIÓN DE EMMA EN LUGAR DE EN LA DE EVA, LO cual es comprensible. Yo hubiera hecho lo mismo. Demasiados recuerdos con los que tratar, mientras ella y Andrei forman una duradera tregua. Las cajas de jeans y libros que Emma dejó son llevadas en cajas de cartón al ático por el personal de la casa.

Pareciera que dejó casi todo atrás.

Más tarde, Sonya ordena al personal que coloquen algunos de los mejores muebles de la habitación de Eva en la suya. Algunas mesas pequeñas y sillas ornamentadas, todas las cortinas de terciopelo azul y la antigua cama de latón.

Supongo que algunos recuerdos todavía ofrecen consuelo.

Y después de una acalorada discusión con Andrei en su oficina, la puerta de su dormitorio queda abierta y solo Sonya tiene la llave. Los veo gritarse desde una distancia segura en el sofá. Una parte de mí está nerviosa, mientras que otra parte está aliviada. Su pequeña discusión nos imita a Emma y a mí cuando realmente lo hacemos.

—Vanya será mi guardia por ahora —dice Sonya.

Andrei se burla.

—Para ¿quedarse afuera de la puerta o dentro de tu habitación?

Sonya frunce los labios.

—Él es la única persona en esta casa en la que todavía puedo confiar.

Andrei suspira.

—Sonya, estás protegida aquí.

Ella mira a Andrei y cruza los brazos sobre el pecho. Todos sabemos lo que está pensando: *¿es su hermana o una rehén en la guerra?*

Temprano a la mañana siguiente, se oye un estremecedor estruendo fuera de las puertas. Parece como si un equipo de construcción fuera por la carretera, decidido a atravesar el otro lado. Me apresuro hacia la ventana de la sala y me quedo junto a Dmitri para mirar afuera, pero solo podemos escuchar una fuerte cacofonía, como si el mundo se estuviera derrumbando.

Sonya baja corriendo las escaleras hacia la puerta principal mientras Andrei sale corriendo de su oficina. Sus ojos se abren ampliamente cuando la mano de ella alcanza el pomo de la puerta principal y yo contengo el aliento mientras observo cómo se desarrolla la escena. *Es el final para todos nosotros y ella lo planeó perfectamente.*

—¡Sonya, aléjate de la puerta! —le grita Andrei, duplicando su velocidad hacia ella. Pero Sonya no le hace caso. No sólo ignora su orden de detenerse, sino que baja apresuradamente los escalones de la entrada. Ella se da vuelta el tiempo suficiente para sonreírle.

Cuando las puertas principales comienzan a abrirse, Andrei y Dmitri se apresuran tras ella, con las manos en busca de sus omnipresentes armas. Sonya se detiene frente a la puerta abierta mientras el Lamborghini azul que fuera de Andrei pasa, seguido por una fila de SUV Volvo tintados.

—¿Sonya? —dice Andrei, agarrando a su hermana, y apretándola protectoramente contra su pecho, mientras mira fijamente la atronadora procesión.

Sonya se ríe de Andrei, se libera de su agarre y luego gira en círculo extendiendo las manos.

—Vine trayendo regalos, Andrei —espeta ella.

Pasa su brazo por el de Andrei, quien luce atónito cuando nos reunimos con ellos afuera. Las voluminosas masas de metal oscuro ocultan a sus ocupantes de la vista y del daño mientras reverberan sobre el camino de grava. Los diez todoterrenos aparkan en línea recta delante de la mansión. Los monstruosos vehículos provocan un escalofrío enfermizo que se posa en mi piel.

El viento se levanta como en una señal y mechones de cabello de Sonya vuelan en el aire, enmarcando su encantador rostro. Ella sonríe a los hombres de tal forma que ellos salen lentamente de sus vehículos. Su orgullo es inconfundible mientras contempla la Bratva que ahora controla.

Yo creo que es una irreflexiva tonta por haberlos traído hasta aquí. Pero Sonya sonríe ante la expresión cautelosa de Andrei.

—No pensaste que los iba a dejar atrás, ¿no? Quizás por eso Gleb me deseaba tanto.

Ella camina hacia un enorme hombre, quien la eclipsa. Parece tener alrededor de veintitantos años y su rizado cabello es castaño casi rubio. Sus hombros son anchos, su traje bien planchado y no lleva corbata.

En alguna ocasión, él podría haber sido accesible, pero su boca ahora está permanentemente fruncida y severa. El hombre mira fijamente a Andrei, negándose a dar el primer paso. Sus manos se mantienen a sus costados.

Pero Sonya sonríe como si se hubieran encontrado todos en su cafetería favorita. Ella toma la mano del hombre y lo lleva hacia nosotros.

—Andrei, este es Lazar Smirnova. Es uno de mis brigadistas —expresa ella.

En ese momento, juro que el viento deja de soplar y los ruidos ambientales que nos rodean en el bosque cesan a nuestro alrededor. El odio instintivo en los ojos de Andrei definitivamente no es mi imaginación. *¿Cuánto tiempo podré contener yo la respiración, preguntándome qué hará él?*

Siento que estoy temblando por dentro. Estos son los mismos hombres que alguna vez intentaron matar a Andrei, que probablemente mataron a mi madre y tal vez incluso a Kenney. Son los hombres que arruinaron a mi familia.

¿Cómo puedo acoger a *alguno* de ellos en mi casa?

Siento a Dmitri parado a mi lado y luego siento su mano apretar mi puño. Sus dedos aprietan fuertemente mi muy cerrado puño hasta que lo libero. Lo miro y veo sus labios apretarse con fuerza mientras su mirada recorre a cada hombre frente a él. Hace todo lo posible por ocultar su disgusto, pero puedo verlo ahí porque yo también lo siento. Me alejo y luego junto mis manos.

Dmitri me mira, asiente levemente y nos entendemos.

Vanya sale y se detiene abruptamente. Tropieza, pero se recupera antes de caer por las escaleras. El impacto de lo que está viendo lo hace trastabillar: *Hombres Karamazov parados junto a sus vehículos y nadie peleando*.

¿Sacará su arma y empezará a disparar, lo ordene Andrei o no?

Un hombre, tan bajo como ancho, vacía uno de los SUV y apila diez piezas del equipaje LV de Sonya frente a las escaleras. Luego se aleja, dejándolo allí.

—Vanya, llévalo arriba —ordena Andrei. Espero que no vea la expresión del rostro de Vanya cuando éste alcanza la primera maleta.

—¿Dónde se quedarán? —le susurro a Dmitri.

—Lejos de nosotros, espero —murmura él—. Si por mí fuera, los llevaría al bosque ahora mismo.

Vuelvo a mirar a los hombres, sin siquiera molestarme en ocultar mi desprecio. Andrei parece olvidar cuántos hombres ellos han matado. Rara vez pasa un día sin que yo recuerde a Oleg. Fue mi primer guardia y el más amable conmigo.

Y uno de estos hombres lo mató.

—¿Hablarás con él? —le pregunto a Dmitri—. No quiero estar aterrorizada en mi propia cama.

—Hay poco que pueda decirle —me contesta, frunciendo el ceño cuando Andrei finalmente le da la mano a Lazar—. Esta es una gran victoria para Andrei. Un día él tendrá el control de esta Bratva también.

—¿Qué hay de Sonya? —pregunto. La amplia sonrisa de ella podría eclipsar el sol mientras continua presentándole Andrei a cada hombre, va caminando por la fila y mostrándolos. *Sus soldados, asesinos de por vida*.

—Liderar una Bratva es como montar un tigre —dice Dmitri en voz baja—. Lo más inteligente que ella hizo fue huir. Pero ella no fue lo suficientemente lejos.

Andrei nos mira y la desaprobación brilla en sus ojos. Me pregunto si puede oírnos.

Espero que pueda. Yo no me alejo ni me encojo avergonzada. Yo no he hecho nada malo. No quiero esto. No quiero nada de esto.

La guerra debería haber terminado. Y ahora llega a mi puerta.

—No los quiero aquí —le digo a Dmitri. No bajaré la voz y espero que mis palabras calen.

Sonya me mira y la mirada penetrante que me lanza me deja saber cuánto ella ha cambiado. La brillante y divertida chica que conocí la primavera pasada ya no está. *¿Pensará ella lo mismo cuando me mira?*

La Bratva nos ha cambiado a las dos. Yo soy la esposa del Pakhan y ahora ella es un Pakhan por derecho propio y lidera una de las Bratva más peligrosas de la costa este. A diferencia del mío, su padre estaría orgulloso de saber en qué se ha ella convertido.

Me giro sobre mis talones y entro a la casa para encontrar a Vanya y varios de los guardias observando por las ventanas que dan al frente. Cuando Dmitri entra, lo rodean instantáneamente, haciéndole preguntas y exigencias.

—¿Qué es esto, Dima? —pregunta Vanya—. Estos hombres son nuestros enemigos y ¿están siendo bienvenidos en nuestro territorio? ¡En nuestra propia casa!

Dmitri levanta las manos.

—Solo estamos hablando con Sonya Igorovna y ahora ellos son sus hombres. Por si sirve de algo, los hombres Karamazov son mejores que los de Gleb, y también son más que los de Talia. No hace ningún daño hablar.

Vanya se burla.

—Es difícil hablar cuando te están cortando la garganta. No compartiré el pan con los hombres que han matado a mis hermanos.

La puerta se abre y entra Andrei, deteniéndose cuando ve la pequeña multitud de hombres de pie en el pasillo. Estoy con ellos para mostrar mi solidaridad. Estoy de acuerdo con cada palabra que dice Vanya. No me importa si tenemos ventaja. No es una ventaja si no se puede confiar en estos hombres.

—¿*Chto*? —dice Andrei y mira fijamente a cada uno y los desafía a responder—. ¿Qué está pasando, Dmitri?

—Todos estamos preocupados —dice Dmitri, mira hacia mí y luego de nuevo hacia Andrei—. No esperas que nos convirtamos instantáneamente en hermanos de los hombres de tu hermana.

—Hoy no, pero sucederá —dice Andrei, asintiendo con la cabeza—. Debe suceder. Los Novikov y los Nikitin ya han sido desalojados. Los aires de la fortuna están cambiando una vez más.

Pero esta vez la garantía de Andrei no es suficiente. Sus hombres no se detienen y expresan su oposición con gritos y preguntas. El miedo y el odio son palpables, como si estuvieran a punto de tomar forma y esperar a que ocurra el desastre.

Y así será, lo siento con seguridad, mientras coloco mis manos sobre mi vientre a la defensiva.

Andrei levanta las manos y el ruido cesa al instante.

—Por ahora les daremos la bienvenida hasta que yo diga lo contrario. Ahora hablaré con Dmitri

y Paige en mi oficina.

Mi espalda se endereza y mi sorpresa no se disimula mientras mis ojos se abren como platos. No esperaba que me incluyeran inmediatamente en su discusión. Claro, podría entrar sin ser invitada mientras Andrei y Dmitri conversan. Pero está claro que seré parte del debate desde el principio.

¿Acaso soy el pacificador? ¿Andrei espera que lo apoye también esta vez?

Dmitri asiente con aprobación. ¿Quizás él espera que yo pueda convencer a Andrei? ¿Darle placer a mi Pakhan para que esté más dispuesto a entrar en razón y hacer lo que Dmitri le sugiere? Trago fuerte y sigo a Andrei hasta su oficina.

Inhalando profundamente, entro a la habitación, pero Dmitri permanece en la puerta.

—Quizás sería mejor que hablaras a solas con Paige Geraldovna, Andrei —responde a nuestras miradas inquisitivas—. Tengo que lidiar con nuestros hombres. Probablemente la noticia se esté extendiendo al resto mientras hablamos, y no todos son tan dóciles como Vanya.

—Anda —asiente Andrei.

—Paige Geraldovna sabe exactamente lo que pienso —agrega Dmitri con cautela—. Sabemos cuál será el resultado si esta situación no se maneja con tacto. Ella puede ayudarte, mejor que yo, con Sonya.

La expresión sincera en el rostro preocupado de Dmitri me da el valor para hablar con Andrei. Pero casi lo detengo de irse, antes que cierre la puerta. La única vez que quiero que se quede, Dmitri se va. Él tenía que quedarse. Debo tener la confianza para hablar con mi marido. No, con mi Pakhan.

A solas. Lentamente, me acerco al sofá mientras Andrei elige pararse detrás de su escritorio. El silencio está minando mi confianza y me veo obligada a decir algo, cualquier cosa, primero.

—Supongo que no habíamos planeado esto —digo—. Rendición, quiero decir.

—No —me dice, y suena duro. Y ¿acaso lo imaginé? ¿Suena él también *resentido*?

—No los quiero aquí. Es demasiado peligroso. Sonya debería regresar a la propiedad de su padre esta noche y desde allí vigilar a sus hombres.

Andrei me mira fijamente, como si yo no tuviera cerebro y sólo boca. Su rostro se arruga y frunce el ceño.

—¿Sin supervisión? Eso es una locura, Paige. Sonya necesita mi protección, especialmente de sus propios hombres —dice y mira por la ventana el día gris—. Si se los deja solos, encontrarán un nuevo líder entre ellos y todos se volverán contra ella.

—Entonces, ¿quién los vigilará? —le pregunto.

Andrei mira hacia otro lado.

—Quizás yo tenga que irme.

No me gusta y ahora necesito respaldo verbal. La puerta permanece sólidamente cerrada y rezo para que Dmitri nos sorprenda y regrese pronto. Pero, no lo hará; sus manos están rebosantes con

un motín en ciernes, si no tiene cuidado. Miro a Andrei y lo intento de nuevo.

—¿Quizás Natasha con algunos guardias? Ella los disciplinará hasta formarlos —digo y me estremezco ante mi propia sugerencia. *No es un espectáculo para animar al equipo local, Paige.*

Él niega con la cabeza.

—Sonya nunca aceptará eso. Especialmente Natasha. Son opuestas en todos los sentidos y terminarán peleando. *El desacuerdo entre los líderes es peor que el desacuerdo entre los mismos hombres.* No, esa es una mala sugerencia.

Su comentario me pincha con fuerza y mis manos se agarran sobre mi regazo. El peso de mi bebé presiona contra mi brazo y sé que no puedo rendirme todavía. Demasiadas personas dependen de mí. Todos dependen de mí. Es la primera vez que siento la carga de ser parte de la Bratva. Andrei ha sentido esto durante años y mi corazón se llena de empatía ahora que yo también puedo sentirlo.

—Entonces divídelos —sugiero con fuerza renovada—. Así no podrán conspirar ni planificar. ¡Pero no pueden quedarse aquí!

—Paige, ellos pueden tener que... —responde con severidad.

—¡Son asesinos! —grito, interrumpiéndole, y el silencio se siente palpable. Bajo la cabeza para recuperar el aliento y miro hacia arriba, levantando la barbilla—. Lo sabes, Andrei. Son un grupo de asesinos sin corazón. Si tuviera un cuchillo, los alinearía y pasaría la navaja por cada una de sus gargantas mientras camino frente a ellos. ¡No los quiero aquí!

El espíritu me abandona repentinamente mientras me ahogo en un sollozo. Dije la verdad en términos fríos y duros. Dije lo que nadie más se atrevió, y ahora clavaré el cuchillo.

—Si no quieres escucharme, al menos piensa en tu bebé.

Fui demasiado lejos. Siento como si las nubes se hubieran abierto y hubieran arrojado una tormenta cegadora sobre mi cabeza. La oscuridad en su mirada regresa y me arrastra como un río embravecido. Pierdo el equilibrio y me hundo más profundamente. Siento su odio nuevamente donde una vez sentí amor.

Intento desesperadamente aligerar el ambiente y probar otro enfoque. Un enfoque más dulce para conseguir lo que realmente quiero.

—Hay algo más —mi voz tiembla.

—¿Qué? —trueno su voz apagada.

—Cuando esto termine —fuerzo el optimismo en mi voz—. Quizás podrías dedicarte a la construcción, y ¿darle la Bratva a Sonya?

La mirada que me lanza me hace sentir como un comediante que bombardea tanto que los que siempre interrumpen se quedan callados. Intento limpiarlo rápido.

—Pasas mucho tiempo visitando esos sitios. Eres muy bueno con los bienes raíces y la gente ha acumulado una gran riqueza a través de ellos. Riqueza legítima.

Andrei se sienta pesadamente, con una mueca amarga en la boca.

—¿Debería decirles a los guardias que vayan y hagan listados de propiedades? Paige, eso no es realista. La Bratva siempre existirá. Cómo lo hacemos se determinará en los próximos meses. Pensé que ya habíamos discutido esto. Pensé que lo habías entendido.

La exasperación en su voz me hace sentir cohibida, como si me estuviera llamando tonta sin decirlo.

—¿No podemos planificar el futuro? ¿No puedes concentrarte en otra cosa además del asesinato? ¿Y qué pasa con Sonya?

—¿Qué pasa con mi hermana? —su voz es severa, pero sus palabras son deliberadas.

Mi hermana.

—Yo no esperaba que apareciera con un ejército en nuestra propia puerta. ¿Cómo puede ser ella tan insensible como para traerlos aquí? ¿Estás seguro de que ella no es una amenaza?

—Paige, te amo —lo dice, pero suena duro—. Por favor, créeme que puedo hacer esto. Pero necesito que estés a mi lado.

—Y si...

Me interrumpe con un rugido.

—No habrá más ‘Y sí’. Yo ganaré esto. ¿Por qué dudas de mí?

Por supuesto, es por eso que él está enojado. Tengo buenas razones para dudar de Andrei, pero no me atrevo a decirlo. Él quiere poseerlo todo y al diablo con el costo que implica. Yo, mi bebé y el dinero que él cree que le pertenece.

Mi miedo se transforma en ira cuando me doy cuenta de que todavía no he recibido ni un centavo. Mi cuenta bancaria tiene dinero, pero no es *mi dinero*. No es el dinero que casi hizo que me mataran: el dinero que transformó a mi padre en un criminal, el dinero que mató a mi madre y a mi primo, y el dinero que envió a mi hermana lejos.

Ese dinero destruyó a mi familia. Entonces *¿por qué no está en mis manos?*

Respiro temblorosamente y decido hacer la pregunta prohibida, sabiendo que nunca me gustará la respuesta.

—Andrei —digo—, ¿dónde está el dinero?

ANDREI

LA MIRO FIJAMENTE, SIN DECIR NADA. ¿*DE ESO SE TRATA?* OTRO ARGUMENTO QUE CUESTIONA MIS decisiones como si yo aún no hubiera probado todo lo que se me ocurrió. Como si sólo estuviéramos vivos por la buena suerte o el destino y no porque yo sepa lo que estoy haciendo.

Y luego todo se reduce al dinero. No me lo esperaba, pero supongo que todavía quiere irse.

—Estamos trabajando en ello, Paige —le respondo con calma—. El dinero simplemente no puede aparecer sin un rastro documental.

Ella hace una mueca ante mi tono.

¿Bienes raíces? ¿Acaso está enojada? ¿Dónde ha estado ella los últimos seis meses?

Paige quiere privarme de todo lo que tengo. Mi Bratva, mi dinero y mi poder. No soy un hombre promedio, o ella no se hubiera sentido atraída por mí. Quiere mi protección, pero me critica por cómo la logro.

—Solo quiero sentirme segura —me dice.

—¿Y acaso no te he protegido? —le pregunto—. ¿Crees que tú puedes hacerlo mejor?

Ella entrecierra su mirada hacia mí.

—Emma se ha ido —dice.

—Emma todavía está bajo mi protección —le respondo—. Viktor está con ella y él todavía responde ante mí. Mi sello está tatuado en su piel. Se lo habría quitado si me hubiera desafiado.

—Entonces, ¿les diste permiso para irse? —dice y brilla una chispa de esperanza en sus ojos.

—No —respondo honestamente—. Tu hermana fue demasiado obstinada para quedarse. Pero Viktor está decidido a ascender en el ranking. Después de todo, Emma puede que si termine en la Bratva.

Mi voz es tan fría como la de ella mientras empujo el cuchillo un poco más. Ella soltó su golpe y ahora es mi turno de devolvérselo.

Sin embargo, Paige se burla.

—Emma no es tan fácil de moldear y doblegar. Yo soy la maleable.

Me estremezco ante sus palabras y luego estrecho mi mirada dura hacia ella.

—Puede que tú no lo hayas notado, pero te has convertido en uno de nosotros. Eres mi esposa y tu deber es...

—¡Ya basta! —grita ella—. ¡Detente, Andrei! Te odiaré si me lo vuelves a decir. Te amo como una tonta. Hice lo que hice por amor, Andrei. Y ahora estoy haciendo esto por amor. Me voy con el bebé. Iré a la posada, donde estaré a salvo. Incluso llevaré algunos hombres conmigo por seguridad, pero no te quiero a ti allí. Te amo, pero nuestro bebé me necesita más —se detiene y se levanta para mirarme—. Tú tienes una responsabilidad con tu Bratva y yo tengo una responsabilidad con mi hijo.

—¿Te comunicarás conmigo cuando nazca el niño? —le pregunto.

La sorpresa de Paige se refleja claramente en su rostro. Ella espera que yo discuta, pelee y suplique. Pero quizás sea mejor que ella se vaya. La ironía de su precisión no se me escapa. En poco tiempo habré ganado la guerra. No importa, ella podrá regresar conmigo entonces, cuando todo termine. Paige verá que yo tengo razón cuando regrese.

Entonces ella asiente en respuesta.

—Le diré a los hombres que te mantengan informado —agrega y ya no me mira cuando sale de la habitación.

YO ME SIENTO de nuevo y espero a Dmitri, quien entra tan pronto como Paige se va. Miro fijamente su expresión enmascarada, tratando de descubrir qué está pasando por su cabeza. Nunca ha estado del lado de Paige, pero él debe odiar lo que estoy haciendo. Y yo odio mucho que él esté dispuesto a respaldarla. Le doy instrucciones, como si fuera mi plan.

—Irán con Paige a la posada. Deberán escucharla y mantenerla a ella y al bebé a salvo.

—Lo que ella está haciendo es muy valiente —responde amablemente Dmitri. Se para frente a mi escritorio para demostrar que todavía me respeta—. Y soluciona una delicada situación.

Dmitri me permite estirar la verdad hasta convertirla en algo que no se parezca al fracaso. No es raro que una esposa viva en otra casa. Pienso en Talia y en el día en que rompí nuestro compromiso. Eso es lo que ella esperaba. Ella no quería vivir conmigo. Nadie pensará que es inusual que Paige se vaya. Nadie pensará que mi matrimonio es un fracaso.

Y aun así... Se ha vuelto real para mí.

Yo bajé la guardia. Permití que Paige entrara en mi corazón cuando debería haberla mantenido bajo mi control.

Dinero. Quizás en algún lugar de su cabeza, este matrimonio siempre será falso. Quizás ella siempre planeó dejarme en el momento en que encontrara la oportunidad. Quizás sea este.

Quizás sea posible cambiar para ella. Sacudo la cabeza ante el pensamiento.

Paige no puede cambiarme y conseguir lo que quiere. Porque si cambio, todos moriremos.

Salgo de la oficina y mi tensa expresión se suaviza cuando veo a Paige.

Ella está en lo alto de las escaleras con un abrigo largo de lana negro con piel sintética en la capucha y los puños. Sus calzas negras encajan perfectamente en sus altas botas de montar. Su largo cabello está trenzado y recogido hacia un lado. Ella es hermosa. Segura. Su rostro está cubierto por una ilegible máscara, como la zarina que es.

—Ella estará bien, Andrei Vasilyevich —susurra Dmitri a mi lado—. Los hombres le son leales.

—Lo sé, Dima —le asiento con la cabeza. *Si no lo fueran, nunca le permitiría salir de esta casa.*

Paige se detiene a medio camino cuando ve el gran grupo de hombres esperando en el pasillo. Con sus bolsos y pertenencias, están listos para seguirla a cualquier parte. Su rostro no muestra ninguna reacción, pero su mano se agarra con fuerza la barandilla.

Ella se acerca y me da un suave beso en la mejilla. Por un momento, creo que está dispuesta a ceder ante mí. *Pero no será esta vez.*

La mejor le enseñó cómo ser una esposa Bratva. Sin decir palabra, se dirige hacia la puerta.

Una parte de mí se siente orgullosa de verla estar entre mis hombres, lista para dirigirlos. Pero otra parte me grita que la siga, que corra tras ella y la tome en mis brazos. *¡Detenla, tonto! Ella se está yendo. ¡Ella pertenece aquí! ¡Contigo!*

Pero no lo hago. Algo me mantiene clavado en mi lugar, observando impotente cómo mi esposa se aleja de mí.

Siete Rover se dirigen hacia la puerta, siguiendo al pequeño Mercedes de Paige. Me quedo mirando, ella no gira la cabeza para mirar hacia atrás mientras sale aceleradamente por la puerta.

Me miento a mí mismo diciendo que este era el plan desde el principio. El matrimonio siempre fue falso. Y por eso yo le compré la posada, para saber siempre dónde ella estaba con mi hijo.

Me miento a mí mismo diciendo que Paige volverá conmigo y que yo la esperaré.

Intento convencerme de que ella no puede vivir sin mí.

Porque yo no puedo vivir sin ella.

ANDREI

LA MÚSICA DEL CLUB ESTÁ LO SUFICIENTEMENTE ALTA COMO PARA HACER VIBRAR MIS OÍDOS, aunque estemos afuera y lejos. Las parpadeantes luces de neón son visibles a través de las pocas ventanas. Un foco intensamente brillante barre los alrededores, pero su propósito no es decorativo, aunque muestra los automóviles de lujo estacionados enfrente.

—¿Cuántos hombres de Gleb están vigilando el perímetro? —pregunto a Dmitri mientras esperamos en la oscuridad.

—Contamos ocho, todos armados con fusiles automáticos —responde—. No es exactamente un ejército.

—Patético —me burlo—. El resto de sus hombres probablemente estén sentados bebiendo adentro, lo que nos lo pone más fácil.

En medio de la nada, el club privado de Gleb es un sólido cuadrado de bloques de concreto, rodeado por todos lados por acres de estacionamiento. Cualquiera que se acercara sería atrapado antes de acercarse mucho. Si no está invitado, corre el riesgo de que le disparen.

Dejemos que lo intenten.

Dmitri gatea boca abajo y se detiene a mi lado. Estamos demasiado lejos para que nos vean y tampoco creo que nadie esté mirando. Gleb y sus hombres están demasiado ocupados festejando como para preocuparse de que todo está a punto de arder.

—Todos estos años cazando a los hombres Karamazov y burlándonos de sus planes —susurra Dmitri mientras mira a través de los binoculares—. Y ahora estamos a punto de seguir a uno.

—Es curioso cómo funciona esto, ¿no?

—No es un plan terrible —dice Dmitri, esbozando una sonrisa.

Para mantener la ventaja, tengo que actuar rápido. Sonya y sus hombres permanecen en la propiedad mientras yo traigo a mis otros hombres para atacar a los Novikov en su club local. La Bratva Nikitin se esconde en el agujero donde los dejé.

—¿Cuánto tiempo más vamos a esperar? —suspira Dmitri.

—Esperamos hasta estar seguro de que será una sorpresa.

—No pueden saber que estamos aquí a menos que nos vean —responde él—. Y por la actividad que estoy detectando, no lo han hecho. Parece que tampoco les importa.

Le quito los binoculares a Dmitri y observo a un grupo de mujeres ligeras de ropa entrar al club. Sus vestidos apenas les cubren el trasero y los tirantes se les resbalan por los hombros. Se tambalean sobre sus talones hacia un guardia mientras otro abandona su puesto.

Entonces el muy tonto las sigue al interior.

No podría haber preparado un señuelo mejor. Riendo, le devuelvo los binoculares.

—Siete —sonríó—. Número afortunado.

Y no digas nada, Pequeña Señorita Suertuda. Las palabras me llegan inesperadamente y parpadeo para mantener la concentración.

—Relájate, Andrei —responde Dmitri—. No será tan difícil como anoche.

Anoche atacamos a los hombres de Talia como niebla que se esparce sobre el río. Entramos en su complejo, superando fácilmente a los mercenarios que habían sido contratados. Ella debe estar desesperada. O tal vez sea su padre. Los mercenarios estaban motivados para triunfar. Pero yo no tenía planes de perder, ni ante ellos ni ante nadie. Dejamos la casa en pie, pero no a los hombres que la custodiaban.

—Además, entrar es fácil —dice Dmitri, volviendo a mirar por los binoculares—. Salir será una putada —dice y suspira, agarrándose el brazo para aliviar un dolor fantasma.

—No tienes que entrar —respondo.

—¿Me estás probando? —se burla—. Alguien tiene que mantenerte a raya.

Anoche, dos de mis hombres tuvieron que sacarme de encima de un guardia. Estaba muerto, pero seguía golpeándolo como un loco, como si él fuera el único culpable de mi jodida vida.

—¿Ahora? —pregunta Dmitri.

Sacudo la cabeza, aunque probablemente no pueda verme con claridad. Todo esto se podría hacer a distancia. Lanzando algunas bombas desde un dron y eliminando a las personas que salgan con rifles de visión nocturna. ¿Pero dónde está el deporte si lo hago de la manera más fácil? No puedo inyectar miedo en sus temblorosos corazones si estoy sentado en casa siendo literalmente un guerrero del teclado.

No, quiero hacer esto a la antigua usanza. De manera personal. Necesito oler su miedo y ver la vida escaparse de sus ojos.

Otro guardia desaparece dentro del club.

—Seis —susurra Dmitri.

En este momento, soy yo. Aquí es cuando no puedo hacer nada malo. Fui criado para ser lo que soy y nada lo cambiará. Paige no me ha cambiado. Incluso si quisiera cambiar por ella, no puedo.

Es una parte de mí que no se puede cortar porque está en mi alma y está firmemente entrelazada en mi ADN.

Vasilyevich, pienso con amargura. *Sigo siendo el hijo de mi padre.*

Siempre seré el hijo de mi padre, me guste o no.

La violencia es lo que me mantiene en una pieza. Yo lo sé. Lo entiendo. Yo lo instauré. Sé qué esperar cuando se dirija hacia mí. Y la recibo con una sonrisa salvaje.

Los muertos no quieren que cambie. *Vasily, Eva, Igor*. Es demasiado tarde para ellos. Es demasiado tarde para mí también.

—Entraremos cuando yo dé la orden —digo.

Dmitri asiente.

—Todos los lados están cubiertos. Tenemos granadas de humo para cegar a quien esté afuera y luego entramos.

No puedo ver a mis hombres, pero sé que están tan inquietos como yo. Los que quedan están deseosos de demostrarme que nada puede asustarlos ni hacerlos huir. Los que se fueron no son cobardes, pero están dejando que su orgullo se interponga en su camino.

Rápidamente, desconecto mis pensamientos. Me pongo las gafas nocturnas y Dmitri hace lo mismo.

—Hora de irnos —susurro, dejando que mis labios se tuerzan en una sonrisa.

—*¡Davai!* —susurra Dmitri por su radio—. Sin prisioneros. Dejen a Gleb Novikov para el Pakhan.

ANDREI

CUANDO LAS BOMBAS DE HUMO ESTALLAN AFUERA DEL CLUB, LA MULTITUD PARECE INSEGURA DE qué hacer con ello. Grandes columnas de humo los envuelven y se elevan en el aire, salpicadas de destellos de luz. De repente, se escuchan hurras y pitidos. Alguien parece pensar que esto es parte del espectáculo.

Los dos guardias de la puerta se dan cuenta muy tarde de lo que está pasando. Antes de que puedan pedir refuerzos, mis hombres los eliminan desde cuarenta metros de distancia.

Treinta de mis mejores hombres, vestidos de negro, se apresuran en silencio hacia el edificio y atraviesan las puertas principales. Mantenemos la ventaja de la sorpresa y los números, sin dejar nada al azar.

El excesivo bajo cubre el sonido de nuestros disparos, pero los aturdidos fiesteros comienzan a darse cuenta de lo que está sucediendo solo cuando los cuerpos comienzan a caer sobre la pista de baile.

Entonces comienza el pánico.

Una estremecedora explosión proviene de la parte trasera del edificio. Y al instante, la parte trasera del local se desmorona, impidiendo una salida. Los gritos pronto eclipsan el ruido de la lucha mientras mis hombres apuntan con cuidado a los guardias de Novikov.

Nuestros rostros están ocultos con polainas oscuras, pero ellos saben quiénes somos. Los guardias luchan por sacar sus armas, pero es un gesto inútil. Sus cuerpos caen al suelo y avanzamos tranquilamente junto a ellos en fila.

—Allí arriba —escucho a través de mis auriculares Bluetooth. Mi mirada se eleva hacia el área VIP superior.

Los guardias de Novikov creen que pueden recuperar el control a partir de ahí, pero se equivocan. Mis hombres disparan hacia las luces, sumergiéndonos en una completa oscuridad y aumentando el caos en el lugar. Con las gafas de visión nocturna puestas, mis hombres siguen disparando sin pausa.

Subo apresuradamente las escaleras metálicas hasta el segundo nivel en busca de Gleb. La gente pasa corriendo a mi lado, tratando de huir de esta pesadilla. Pero no hay manera de salir de mi infierno... no para ellos. No para mí. No para nadie.

Uno de mis hombres pasa tranquilamente a mi lado, apuntando a sus objetivos, y lo detengo.

—Revisa las habitaciones. ¡Encuétralo! —le ordeno.

Examino el piso de abajo mientras mis hombres se despliegan y hacen su trabajo de manera eficiente. La precisión del entrenamiento siempre vale la pena.

Mis labios se curvan en una sonrisa de satisfacción. Este es mi talento y mi derecho de nacimiento.

Si Paige lo entendiera, estaría orgullosa de mí esta noche.

No, tonto. Ella estaría horrorizada de en lo que te has convertido.

Probamos cada puerta de las habitaciones privadas. Algunas se abren y otras no. Disparamos a las cerradas para ver quién está dentro.

Algunos se esconden y otros ni se dan cuenta de lo que sucede fuera de la habitación. Antes de que puedan alcanzar su ropa, todos caen muertos.

—Esta también está cerrada, Andrei Vasilyevich —me dice Yuri. Yo asiento con la cabeza y él saca la cerradura de un balazo.

No me preocupo por apagar la luz cuando entro. Tal vez debería. Las paredes están cubiertas con un papel tapiz de color rojo chillón, que contrasta con una colcha dorada y almohadas con estampado de animales sobre una cama tamaño King.

De las paredes cuelgan carteles de mujeres desnudas, junto con fotografías enmarcadas de autos deportivos clásicos. La televisión reproduce vídeos musicales a todo volumen.

Gleb está sentado en un enorme trono dorado con las piernas abiertas y el revelador polvo blanco de cocaína en la cara. Se ha quitado los pantalones y dos chicas están trabajando sobre él. Sus bocas están pegadas a él como si estuvieran adheridas con pegamento.

Es la escena más vulgar que he visto en mi vida.

Una de las chicas cae del regazo de Gleb, con un agujero de bala en la frente, la otra grita y corre hacia la puerta. Drogado con coca, Gleb busca su arma, pero la pierde y la deja caer al suelo. Yo lo miro con un odio candente.

—El ego hará que te maten —le digo.

El asiente, y no porque esté de acuerdo conmigo sino porque está muy drogado para mantener la cabeza erguida.

—Revisa las habitaciones otra vez —le digo a Yuri—. Puede que alguien más esté escondido.

Me quedo a solas con Gleb y él me mira fijamente, moviendo la cabeza de arriba a abajo. No puede mantenerse estable con toda esa mierda que tiene en la nariz y en las venas. ¿Me subestimó? ¿O siempre fue así?

—Dispárame, y aun así seguiré persiguiéndote, Barinov —me amenaza descuidadamente, su boca trabaja más rápido que su cerebro.

Lo agarro por el cuello de su blanca camiseta tipo polo y luce muy ridículo desnudo de la cintura para abajo. Su polla se frunce contra su cuerpo. Es un estúpido niño jugando en un juego de hombres. Gleb no puede manejar lo que él mismo empezó y yo debería terminarlo ahora. Pero ese no es el plan y yo me apegaré a mi plan.

Coloco la punta del arma en su sien.

—Boom —sonríó mientras él grita, estremeciéndose—. Mi hermana te envía saludos, Gleb. La próxima vez yo enviaré los míos.

Dejo caer a Gleb al suelo y él se pasma cuando nota dónde aterriza su mano: la prostituta muerta. Inmediatamente salta lejos de su cuerpo y sacude su mano como para deshacerse del toque.

—Te mataré, Barinov. Morirás por esto —espeta.

Recojo hábilmente su arma del suelo y la deslizo en mi cinturón.

—¡Deberías haber muerto junto con tu puto padre en esa boda! —grita como un niño.

—Entonces deberías haberlo hecho tú mismo —le respondo.

—Dile a tu hermana que la perdono —dice levantando la barbilla—, por dejarme plantado en mi propia boda.

—Menciónala de nuevo —le susurro bajo—, y te mataré ahí mismo donde estás.

Él se desploma en el suelo y se sienta allí con las piernas abiertas, presumiendo, pero sé que tiene miedo. Su mano se desliza entonces detrás de su muslo y su mirada se mueve rápidamente hacia mis ojos.

—Lamento lo tu madre —dice, y levanta a la sazón un arma oculta, pero yo lo quiero vivo.

Él apunta y me dispara un tiro que me empuja hacia atrás, y yo tengo suerte de que la bala no se haya desviado. Él me mira con estúpida expresión, como si yo fuera Superman.

¿Qué? ¿Acaso no ha oído hablar de los chalecos antibalas?

Me acerco antes de que pueda disparar otra bala y le arranco el arma de la mano. Pierdo el control y mi mano lo golpea en la cara, como si hubiera tomado la decisión por sí sola.

—¡Vete a la mierda, Barinov! —grita y se limpia la sangre del labio roto—. Que se jodan tú y esa estúpida puta a la que llamas esposa.

Mis ojos brillan cuando levanto la mano de nuevo, pero me calmo rápidamente.

Quiero descuartizarlo, empezando por su engreída cara. Agarro a Gleb por el brazo y lo saco de la habitación. Caminando, lo arrastro, todavía medio desnudo, a través del club hasta la puerta. Él tropieza con los cuerpos esparcidos mientras lucha por mantenerse en pie.

—¿No vas a matarlo? —pregunta Dmitri con una gran expresión de asombro, lo cual paga con creces el lidiar con Gleb.

Yo me río ampliamente.

—Vamos a dejarlo en el centro. Podrá encontrar el camino a casa desde allí. Y el mundo podrá reírse de él.

ANDREI

—TALIA ESTÁ TRATANDO DE COMUNICARSE CONTIGO —DICE NATASHA.

En mi oficina, ella actúa con desinterés mientras me pasa otro mensaje de Talia, quien se puso furiosa cuando se enteró del destino de sus hombres y de el de Gleb. Para empeorar las cosas, ahora interviene la policía, lo que llama la atención sobre todas las Bratva. Mis ‘locas’ acciones nos exponen a un duro escrutinio, afirma ella.

—Dile que la llamaré más tarde —respondo.

Natasha sonríe.

—Tenemos otro problema que resolver primero, Andrei Vasilyevich.

—Y ¿qué es? —pregunto con cansancio.

—Está en el garaje.

Miro mi traje hecho a la medida, confeccionado por *Savile Row*. Ha pasado un tiempo desde que lo usé. Quizás debería ir y sorprenderla. Quizás debería pasar por la posada y llevarle sus chocolates favoritos más tarde. No, no con todo esto que pesa sobre nosotros. No estaría bien. Además, no he tenido noticias de Paige. Ella quiere que la deje en paz.

Aprieto mis manos en puños. El sonido de mis nudillos crujiendo pone fin al breve silencio mientras miro por la ventana más allá de la terraza y hacia el recortado garaje.

—¿Andrei Vasilyevich? —la suave voz de Natasha me hace regresar.

La miro y puedo ver la aprensión en sus ojos. ¿Está preocupada por mí? No, no Natasha. Pero lo que he estado haciendo podría causar preocupación.

Natasha sigue mis pasos mientras cruzamos el césped hacia Pasha, un nuevo recluta que está parado afuera de la puerta. Han pasado meses desde que entré al garaje. En aquel entonces fue Viktor, y vivió para agradecerle a Paige. Quien esté esperando esta vez no tendrá tanta suerte.

Pasha abre la puerta sin mirarnos y se hace a un lado, permitiéndonos entrar a Natasha y a mí.

Examino la habitación y veo al hombre atado en el suelo.

—Ése es el problema, Andrei Vasilyevich —dice Natasha, señalándolo con la barbilla.

—¿Dónde está Dmitri? —es mi contesta.

—Está en otros negocios. Pasha puede sustituirlo.

Pasha entra cuando Natasha abre la puerta. Él mira fijamente al hombre en el suelo, pero desvía la mirada rápidamente.

—Explícame qué pasó —le ordeno a ella.

—Anoche una de las obras fue atacada —responde Natasha—. Los daños fueron cuantiosos y dos guardias civiles fueron torturados y asesinados.

Mi piel se tensa sobre mis huesos. Las bajas civiles están mal vistas, pero que un civil sea torturado va en contra de las reglas de la Bratva.

—¿Nuestros hombres fueron asesinados? —inquiero.

—La bomba estalló en mitad de la noche, pero la policía está investigando. Esta vez no pudimos mantenerlos alejados —dice ella mientras niega con la cabeza.

Mi voz es baja y fría mientras me quito la chaqueta.

—Empecemos. Colguémoslo —digo.

Natasha da un paso adelante, pero extendiendo mi mano para detenerla. Quiero ver si Pasha puede manejarlo. No tiene tatuajes. No significa que no haya matado, pero mi preocupación es ¿hará lo que yo le diga que haga?

Pasha agarra el gancho sujeto a la viga de arriba y lo tira hacia abajo con facilidad, deslizando las cuerdas alrededor de las manos atadas del hombre. Luego camina hacia la gruesa cuerda que cuelga de la polea y fácilmente levanta al hombre en el aire, hasta que los dedos de sus pies apenas tocan el piso de concreto.

La cabeza del hombre cae, pero lo reconozco. Es uno de los hombres de Sonya. Su descuidado cabello está despeinado y resbaloso por el sudor. Lleva una camiseta hecha jirones y unos vaqueros rotos que cuelgan torpemente de su esquelético cuerpo. Tiene los pies descalzos y cubiertos de tierra, y parece exhausto y golpeado.

—Sonya Igorovna debería estar aquí, Andrei —me susurra Natasha—. Este hombre es propiedad de ella, no tuya.

Le callo con una mirada asesina y me concentro en mi presa. No siento compasión alguna al abrazar el odio que me ha hecho despiadado. Utilizo la punta de mi dedo para levantar su sucia barbilla y sus ojos borrosos apenas se enfocan en mí.

—He oído que todavía hablas con tus viejos amigos. O debería decir, con mis enemigos.

—¡Nyet! —sus palabras salen entre jadeos—. No he dicho nada.

—¿Sabes qué odio más que a un traidor? —me inclino cerca de él, susurrando—. A un maldito mentiroso.

Él no me responde, así que le agarro por el sucio pelo y le levanto la cabeza por las raíces.

—¿Qué eres tú? —me burlo—. ¿No hay respuesta? Bueno, yo sé una cosa, eres un estúpido si me mientes.

Dejo caer su cabeza sobre su pecho y miro el maletín de acero sobre la mesa. Todas las viejas herramientas todavía están ahí y las usaré. Pasha abre la parte superior del estuche y los ojos del hombre se abren cuando ve los instrumentos afilados alineados en el interior.

—Tenemos un apodo para estos casos —sonríó—. Lo llamamos ‘el dentista’. Le diste información a Gleb Novikov. Él sabe ahora el nombre de mi immaculado socio comercial. Información que nadie debería saber, y mucho menos mi enemigo.

—No —gime el hombre. Respira con más fuerza y el sudor gotea de su frente hasta el suelo—. No fui yo.

—Entonces ¿quién? —pregunto con tolerancia.

El hombre vuelve a guardar silencio y baja la barbilla.

Saco un fino estilete del estuche y coloco el extremo en la punta de mi dedo. La sangre sale rápidamente mientras veo cómo me pincha la piel. Lo coloco debajo de su barbilla, empujando hasta que levanta la cabeza. Sus ojos lucen salvajes mientras una fina línea de su propia sangre mancha el puño de mi blanca camisa.

—Dame un nombre —siséo.

—No —su rostro palidece bajo la suciedad que lo cubre—. Vete a la mierda, Barinov. Hazlo rápido.

Su valentía sólo me enoja. Agarro su barbilla, forzando su mandíbula a abrirse. Con habilidad, coloco la hoja en su boca entre su lengua y paladar y lentamente la introduzco.

El hombre empieza a luchar, pero si da un paso en falso...

—No —intenta hablar—. Yo era el conductor de Gleb, no su guardia. Estuve allí cuando...

Bajo la cuchilla.

—¿Cuándo qué? —inquiero.

—En la primera boda, cuando le dispararon a tu padre.

—Historia antigua. ¿Qué más has visto? —pregunto.

—¡El policía! —grita él— ¡Él le disparó al policía! ¡Por favor, estoy diciendo la verdad!

Apaciguado, miro fijamente sus ojos aterrorizados.

—Entonces, no fue Talia. ¿Fue una trampa? ¿Talia tuvo algo que ver con eso?

Él me mira fijamente; sus ojos parpadean mientras el sudor cae en ellos. Cuando no responde lo suficientemente rápido, hago una larga línea a través de su camisa, y ésta cuelga de su pecho.

—Talia sólo quería asustarte —jadea él—. Si ella no lo hubiera hecho, tú habrías muerto junto con tu padre.

—Talia controlando mi vida otra vez —murmuro, y el tipo es lo suficientemente estúpido como para responder.

—Ella quiere que tu esposa te deje —dice—. Y ella ya te dejó, bastardo.

—¡Deja a mi esposa fuera de esto! —le digo y en un instante la sangre salpica mi camisa, pero no me importa mientras lo veo despilfarrar su vida.

Me lavo las manos con una manguera en la esquina, pero no puedo evitar mirar mi anillo de bodas: una simple alianza de oro con un diamante incrustado, del anillo de Paige.

Ella ya te dejó, bastardo. De alguna manera, el muerto encontró una manera de lastimarme con esas pequeñas palabras.

—¿En el bosque? —pregunta Natasha.

Levanto la cabeza lentamente y la miro como si hubiera aparecido de la nada.

—Tú no —respondo—. Que sus mismos compañeros lo entierren. Quiero que vean lo que es capaz de hacer un Pakhan decidido.

—¿Y se lo dirás a Sonya? —pregunta ella.

—¿Crees que debería? —aprieto mi boca, preguntándome si Natasha realmente me responderá.

—Ella debería saber que no puede controlar a sus hombres —responde Natasha—. Por su propia seguridad.

Caminamos por el césped de regreso a la casa como si nada hubiera pasado, excepto que ya no tengo camisa debajo de la chaqueta.

—Las armas que le quité a Gleb deben haber sido las que mataron a Kenney —le digo—. Pero no hay pruebas de que él haya apretado el gatillo. Necesito más pruebas.

Natasha asiente.

—Los hombres de Sonya pueden redimirse ayudándome a encontrarlas.

Entro solo a mi oficina. He pasado más tiempo aquí desde que Paige se fue. El dormitorio me hace sentir más su ausencia. Saco mi teléfono del bolsillo de mi traje y me desplazo hasta su nombre. Cada nervio me grita que presione el botón de llamada. Pero mi pulgar se niega a moverse.

Cobarde.

Me burlo de mí mismo mientras me siento en mi escritorio. ¿Qué le diré cuando me pregunte qué hice hoy? No tiene sentido mentirle. Podría engañar a Paige para recuperarla, pero tendría que obligarla a quedarse. Tendría que hacer cosas que harían que ella me odiara aún más. Cosas que me harían odiarme a mí mismo.

Maldito amor.

Mi teléfono vibra en mi mano. Miro el número y la esperanza se convierte en decepción cuando reconozco el nombre. *Talia*. ¿Por qué no la bloqueo? ¿Curiosidad? No lo descubro, mientras

deslizo el dedo hacia la derecha y respondo su llamada.

ANDREI

POR CORTESÍA, ESTA MAÑANA LE DIJE A MI HERMANA DÓNDE SUS HOMBRES PODÍAN ENCONTRAR EL cuerpo. Ella todavía estaba en la cama mientras Vanya salía de ella.

Mi hermana tiene un tipo, más fuerza que cerebro. Bien. Que la mantengan ocupada y fuera de mi camino.

—¿Qué pasó? —irrumpe Sonya en mi oficina más tarde, interrumpiendo a Dmitri y gritando a todo pulmón—. ¿Por qué mataste a mi guardia? No tenías pruebas, Andrei.

Las imágenes ya se han extendido por todas partes entre las Bratva. No existe la privacidad en nuestro mundo. Suena mi teléfono y miro un mensaje de Popov.

Bienvenido de nuevo, Pakhan.

La respuesta instantánea es favorable, mis hombres me sonríen cuando pasan junto a mí por los pasillos. Sus ojos brillan con aprobación. Pero el orgullo no es suficiente para quitarme el ceño fruncido y miro fríamente a mi hermana.

—Él todavía estaba en contacto con Gleb, dándole información —lucho por mantener mi tono tranquilo—. ¿Debería haber esperado y dejar que le dijera a Gleb dónde encontrarte? ¿O tal vez hubieras preferido que él mismo te llevara hasta Gleb?

—Deberías habérmelo dicho primero —murmura, manteniendo su cuerpo erguido—. Ahora parezco una tonta.

Su enojo se renueva cuando no discuto su apreciación.

—No permitiré que me menosprecies —me dice—. La próxima vez, me lo dirás.

—Bien. La próxima vez te daré el cuchillo. ¿Sabes cómo degollar rápidamente, sin dolor y sin dejar un desastre sangriento?

Sonya aprieta los labios con fuerza.

—Soy un Pakhan —espeta.

—Es posible que tengas la sangre de Igor —me levanto de la silla y mis puños golpean el escritorio—. Pero sigues siendo la hija de Eva.

Sonya apenas puede ocultar las lágrimas que se forman en sus ojos. Ella nació en esta vida, pero no fue criada para ella. Su frustración no es conmigo. Es consigo misma porque sabe que eso es verdad. Gira sobre sus talones y tira de la puerta de la oficina sobre sus bisagras.

Miro el espectáculo.

—Sal de aquí con mis guardias, Sonya —digo.

Dmitri levanta la vista de su computadora portátil después de ignorar cuidadosamente toda la escena. Hoy está vestido de manera informal para pasar desapercibido en lugar de destacar.

—No me arrepiento de ser hijo único —señala.

—Tienes un hermano en la costa oeste —le rebato.

Dmitri sonríe.

—Él no cuenta —dice y vuelve a su expresión seria—. ¿Aún planeas encontrarte con Talia? ¿Aunque ella no lo hizo?

—Ella sigue siendo una amenaza, una que pretendo mitigar —digo, asintiendo con la cabeza.

MÁS TARDE, Dmitri conduce mi Lamborghini y yo un Rover. El Lamborghini azul desapareció, pero también cuatro Rover. Bien. El orgullo de Sonya ha recibido un duro golpe y su necesidad la ha puesto en riesgo. Pero Gleb no es mi objetivo hoy.

No le daré a Talia otra oportunidad de lastimar a Paige. Ella nunca le hará daño a mi bebé. Y la única forma de hacerlo es eliminar a Talia.

Estoy en la cima de mi juego. La guerra se ha reducido a esto. Corta la cabeza de la serpiente y observa cómo la cola se desliza para luego morir. No volverá. He perdido demasiado tiempo intentando complacer a Paige. Debí haber hecho esto desde el principio, manteniéndola encerrada en la habitación mientras yo vencía a mis enemigos, y cuando todo acabara...

Paige no se atreverá a divorciarse de mí. Ella me quiere tanto como yo la quiero a ella. Quiero a nuestro hijo y nosotros estemos juntos mientras lo vemos crecer. Una chica tan guapa como ella e igual de atrevida. O un niño del que pueda enorgullecerme a medida que crezca. Nuestro hijo será más alto que un miembro de la realeza.

Paige tiene que regresar primero. Y debo hacer lo que sea necesario para convencerla de que ella está a salvo.

Hablar es una tontería cuando una bala es más rápida.

Dmitri entra por el largo camino que conduce al almacén. Está en territorio neutral, en una escuela abandonada en Staten Island. Una caja de ladrillos rojos en medio de un campo de hierba. El lugar está vacío, sin lugar donde esconderse. El coche de Talia está aparcado junto a la puerta, yo rodeo el edificio en el Rover en busca de otros vehículos. No hay ninguno.

La puerta está abierta de par en par cuando entro y el cambio de la luz brillante a la tenue me

ciega momentáneamente. Mantengo mi arma lista mientras camino hacia el centro del combado suelo, donde Talia está sola, sentada en una silla.

—¿Dónde están tus hombres? —le pregunto—. ¿Dónde está Valeri?

Talia se cruza de piernas. Hoy lleva un traje, no muy diferente al que usaría Natasha. Elegante y con estilo en lana azul marino oscuro, algo fácil para moverse y correr.

—Quiero hablar contigo a solas. ¿Dónde está Dmitri? —pregunta con calma.

—Afuera, vigilando.

Por un segundo, la mirada de Talia baja a mi arma y luego me mira a los ojos nuevamente.

—¿Vas a guardar el arma? —pregunta eventualmente.

Yo sacudo la cabeza.

—Esto puede terminar ahora. Tengo un tiro claro a tu cabeza. No sé por qué confiarías en mí para perdonarte.

—No por amor; ya sé eso. Ni siquiera por los viejos tiempos —se burla ella—. ¿Cómo si nos hemos amado alguna vez? Tú nunca me amaste y yo sólo quería poseerte.

—Ahora no me interesa una confesión —respondo con palabras duras—. Date la vuelta, Talia. Lo haré rápido y limpiamente.

Talia niega con la cabeza.

—Matarme no la recuperará, Andrei. Eso sólo la alejará más. Le justificaré cada pensamiento que haya tenido sobre ti. Sobre nosotros.

—¿Es esto lo que realmente quieres que sean tus últimas palabras? —siseo.

Talia se encoge de hombros ligeramente.

—Lo admito. No quiero morir. ¿Quién lo querría? Pero no te voy a suplicar por mi vida. Ya la has tomado. Estaba obsesionada con casarme contigo y me diseñé para ser lo que pensé que tú querías. Una esposa que fuera tan fría como tú. Una persona que disfruta matando. Tuve que *aprender* a ser esa persona. Me obligué a hacerlo porque quería que me quisieras. Quería ser tu igual. Una persona fría, cruel y despiadada como tú.

—Yo no te pedí que fueras como eres —digo y me doy cuenta de que he bajado el arma—. Esa fue tu decisión.

—Imagínalo —Talia me mira con un odio más audaz que el mío—. Me volví como tú y luego me rechazaste. Sería suficiente para volver loco a cualquiera.

—Basta —siseo, levantando el arma de nuevo—. No me culpes a mí por tus decisiones.

Talia levanta una ceja y, aunque ella está desarmada, yo estoy en desventaja. De alguna manera, ella me hace querer escucharla.

—Hay dos tipos de mujeres en la Bratva —afirma ella—. La sumisa y la dominante. No soy peor

que cualquier otra mujer a cargo, excepto que hago alarde de mi poder. Pensé que mostrarlo te impresionaría. Pero yo fui estúpida. ¿Cuánto ha cambiado Paige estando cerca de la Bratva Barinov... cerca de ti, mi *Pakhan*?

Talia me lanza una mirada tímida mientras dice la última palabra, y un escalofrío recorre mi espalda, más poderoso que si me hubiera apuntado con el arma a mí mismo.

Talia tiene razón. *Paige ha cambiado*. Su inocencia se está derritiendo lentamente. Ella lucha por conservarlo, pero cada día, una pequeña parte de la antigua Paige desaparece en favor de la nueva Paige. Cada día, Paige Barinov acaba con otra parte de Paige Reyes.

Porque eso es lo que ella cree que necesita hacer: que sólo hay una opción si quiere seguir siendo mi esposa.

—Corrompes todo lo bueno hasta convertirlo en una versión retorcida de ti mismo —dice Talia en voz suave—. Lo que no corrompes, lo destruyes. Igual que tu padre, Andrushka.

Me giro rápidamente y apunto el arma entre sus ojos. Respiro profundamente mientras mi mano comienza a temblar.

—Sabes tan poco sobre ella como sobre mí —los ojos de Talia se entrecierran a medida que su amargura aumenta—. Matarme pondrá fin a nuestra relación, pero mi fantasma os perseguirá a ti y a ella hasta el final de vuestras vidas. Ella siempre se preguntará si dispararme fue la única manera de acabar con nosotros. Terminar esto.

Bajo el arma por última vez.

—Vete de aquí —le digo con voz ronca.

Talia se levanta, pero no se mueve. Ella ha mantenido la cabeza alta todo el tiempo, pero sólo ahora aparece un atisbo de miedo en su expresión. Algo la preocupa y me pregunto si cometí un error fatal.

—Necesito un favor —dice ella y vuelve a sentarse en la silla plegable. Su cuerpo prácticamente se desploma en ella—. No tienes que hacerlo, pero facilitaría las cosas entre nosotros.

Inhalo fuerte, preparándome para escuchar lo que ella tiene que decir.

—¿Qué es? —inquiero.

—Estoy embarazada.

La revelación me hace retroceder mientras me equilibrio. Pienso en lo que casi hice.

—¿Hace cuánto tiempo lo sabes? —pregunto.

—Desde que te vi en el restaurante —Talia levanta la mirada y sonrío impotente—. ¿No vas a preguntar quién es el papá?

—¿Debería? —inquiero.

—Obviamente no eres tú —dice, mirando hacia otro lado—. Ojalá lo fueras, pero no por la razón que puedes pensar —suspira ella y, por un momento, parece como si hubiera olvidado que estoy allí—. Si fuera tu hijo, no tendría que preocuparme por perderlo.

—¿De qué estás hablando? —digo y no hago nada para ocultar mi preocupación.

Ella sonríe.

—Estabas listo para dispararme cuando entraste aquí. Quiero que mi hijo viva, pero no puedo hacerlo si todos me quieren muerta.

Vuelvo a poner mi arma en la funda y me abrocho la chaqueta. No soy tan tonto como para acercarme, pero Talia se da cuenta de que está a salvo conmigo por ahora.

¿Es esto por lo que ha estado pasando Paige?

Ahora lo entiendo, como un relámpago que ilumina los rincones oscuros de mi cerebro. Las discusiones, las sugerencias estúpidas y el dolor en sus ojos.

Estaba protegiendo a la única persona que le importa más que cualquiera de nosotros: su bebé.

No, me corrijo. Nuestro bebé.

Suspirando, me levanto como si estuviera haciendo un voto.

—Renunciaré a mi venganza contra ti si tú no vienes tras mi hijo —anuncia.

Miro fijamente sus ojos oscuros, iguales a los míos, pero veo algo más en ellos, algo que compite con el odio. Es esperanza y me conmueve lo suficiente como para hacerme jadear en voz alta. Respiro profundamente y miro hacia otro lado.

Había una vez que odiaba a Talia porque se parecía demasiado a mí. Pero ahora, ella no se parece en nada a mí. Si quiero quedarme con Paige y mi bebé, entonces tengo una cosa más que hacer.

—No iré a por ti, Talia. Siempre y cuando cumplas tu palabra. Y te haré una promesa más.

Ella me mira con los ojos muy abiertos, ansiosa por que yo diga lo que ella espera escuchar.

—¿Y qué es eso, Andrei Vasilyevich?

—Mataré a Gleb Novikov, por el bien de todos.

PAIGE

EXTRAÑO MUCHÍSIMO A ANDREI, PERO NO LO LLAMARÉ. NO PUEDO, NO DESPUÉS DE HABERME marchado. No es que sea malo, pero si escucho su suave voz... tendremos que empezar de nuevo.

Tengo que recordarme a mí misma todos los días que él nunca cambiará. Cuando me peino, miro fijamente mi reflejo y me digo: *no seas tonta y no te arrastres hacia él*.

Mi bebé necesita al menos un padre cuerdo y yo soy la única que no está en la Bratva. Por eso... sacudo la cabeza y me inclino hacia el espejo. *¿No estás en la Bratva? Los trajiste contigo*.

He permitido que el restaurante permanezca abierto, pero la posada está cerrada para todos los huéspedes, especialmente para los curiosos que sólo quieren echar un vistazo. Mis hombres me han enseñado que hay asesinos de todas formas y tamaños. Una viejecita con gafas gruesas puede envenenar rápidamente un vaso. No necesitas visión de veinte por ciento ni músculos ágiles para matar.

Es difícil resistirse al pintoresco entorno, así que pido ropa en línea para actividades al aire libre en Tractor Supply y me visto para recorrer los senderos. Insisto en que me permitan caminar y, para mi sorpresa, los guardias acceden de buena gana. La única salvedad es que variamos la ruta todos los días y siempre van dos personas conmigo.

—Entiendo —respondo, apretando mis cordones—. Talia podría estar acechando en el bosque.

—O tu marido —dice Slava, mi guardia personal, apretando los labios.

Hago una pausa para mirarlo, él tiene razón. A veces olvido cómo nos conocimos Andrei y yo. Se me hace un nudo en la garganta mientras me ato el otro zapato. ¿Qué haría si Andrei intentara llevarme otra vez? ¿Los guardias Barinov me defenderían a mí o lo ayudarían a él?

—¿Estás bien? —Slava me mira fijamente. Es joven, aproximadamente de la edad de Viktor, con cabello castaño rebelde y una expresión seria. Su trabajo de tatuaje tiene una gran demanda, incluso entre sus Bratva rivales. Slava es un artista que se da cuenta de todo, incluso de cómo mis pensamientos no expresados afectan mi cuerpo.

—Sí —asiento con la cabeza—, simplemente estoy ansiosa por salir.

Abajo, los hombres están agrupados, riendo y hablando mientras revisan sus teléfonos. Por lo general, dejarían lo que estuvieran haciendo cuando entro, pero están demasiado ocupados

mirando boquiabiertos una imagen en la pantalla. No paran hasta que me oyen carraspear.

—Paige Geraldovna, no sabíamos que estabas esperando —dice Lev y guarda rápidamente el teléfono.

—¿Qué era eso? —casi grito—. ¡Dime!

—No quieres ver esto —niega Lev con la cabeza.

Extiendo mi mano.

—No estoy pidiendo una opinión. Dame tu teléfono, Lev.

Lev mira a los demás y me entrega su teléfono de mala gana. Al instante, me siento mal cuando veo el cuerpo sin vida y destrozado de un guardia Karamazov con una leyenda que dice: *El último asesinato del Pakhan*.

Le devuelvo el teléfono rápidamente y me estabilizo, sin atreverme a agarrarme de nada sólido. Y pensar que me hubiera encantado ver eso hace sólo un mes. *¿En qué me he convertido?*

—¡Snaruzhi! —grito. Mi acento está mejorando—. Estamos entrenando hoy.

Los hombres se apresuran a pasar junto a mí y salen al patio trasero, no visible desde el restaurante. Tienen poco que hacer cuando Natasha no llega con una misión, así que les busco cosas que hacer. Y aunque estoy embarazada, hago lo que puedo físicamente, como estiramientos y defensa personal básica. Hacer cualquier cosa física o mundana aleja mi mente de él. Mi marido que nunca cambiará.

—No estás obligada a hacer todas estas cosas —me dice Slava, sonriéndome como si yo fuera tonta.

—Es necesario que aprenda —lo corrijo con dureza—. ¿Respetarías a alguien que no sabe tu nombre o lo que eres capaz de hacer?

Él asiente, reprendiéndose, y se va para comenzar la lección.

Doy un paso hacia afuera, pero decido no seguir adelante. El frío es demasiado intenso hoy y me siento culpable de hacer que los hombres hagan ejercicio, pero a ellos no parece molestarles. No les importa cuando vuelvo a la casa. De hecho, ni parecen darse cuenta.

Antes de que pueda cerrar la puerta, escucho la conmoción de un vehículo que avanza por la carretera pasando el restaurante en dirección a la posada.

¿Andrei?

Entro corriendo para peinarme el cabello con los dedos y fruncir el ceño ante el tonto mono rosa que llevo puesto. Mis jeans apenas pueden abotonarse sobre mi vientre, y estos pantalones lucen tan ridículos como los que usaba el día que me conocí.

Estoy demasiado agitada para sentarme, pero obligo a mi trasero a permanecer en la silla. Retorciéndome las manos, actúo con calma mientras espero que él entre a la sala común.

Pero no es Andrei. Y, tan pronto como la veo, me pongo de pie, preguntándome cómo llegó aquí.

—¿Emma? —digo, y entonces veo a Viktor entrar detrás de ella.

—Es lindo aquí —me dice, asimilando todo.

Una chimenea de piedra de gran tamaño está situada en el centro de la habitación, cuyas llamas crepitan con cada leño que se agrega al fuego. Las paredes están pintadas de verde salvia y adornadas con varios estilos de obras de arte paisajísticas.

Hay mesas y sillas repartidas por toda el área para que los huéspedes se sienten y disfruten de las comidas si se les permitiera entrar.

Mis mejillas se calientan como si me avergonzara de estar cómoda.

—Si, es bueno —corro hacia Emma y le abrazo fuerte—. Estoy tan feliz de verte.

Viktor parece sorprendido cuando lo abrazo también, pero sus brazos gradualmente se estrechan alrededor de mí y me devuelven el abrazo. Nos sentamos y Emma no pierde el tiempo en explicar el motivo de su visita.

—¿Has revisado tu cuenta bancaria recientemente? —me pregunta ella.

Sacudo la cabeza y me aferro a los apoyabrazos de la silla Windsor.

—¿Debería?

—Recibí un estado de cuenta del planificador financiero —me responde—. Abrieron una cuenta a nuestro nombre. Paige. Yo no sabía que era tanto dinero.

Me quedo boquiabierta ante los números del estado de cuenta. También pensé que eran uno o dos millones, pero la cantidad se acerca más a mil millones de dólares. La declaración bancaria enumera al menos una docena de inversiones distintas a nuestro nombre.

—No puedo entender por qué está dividido en cuentas separadas —dice Emma—. ¿Papá le robó a tanta gente? —se sienta al lado de Viktor en un sofá de dos plazas muy mullido, pero gira su cuerpo lejos de él mientras habla—. Paige, yo no quiero nada de la Bratva. O al menos, nada que no pueda devolver algún día.

—Entiendo —le respondo en voz baja.

Emma posee algo más valioso que el dinero de esta cuenta. Ella todavía puede alejarse. Su libertad está intacta, a diferencia de la mía. Incluso si puedo devolver todo, Andrei y yo tendremos un hijo juntos.

Un niño que me encadenará para siempre a él.

—Yo me encargo —le digo, doblando el papel y metiéndolo en mi bolsillo.

—¿Cómo?

—No hagas preguntas a menos que quieras involucrarte —respondo con firmeza—. ¿Qué estás haciendo con la escuela?

Emma se inclina hacia atrás, permitiendo que su hombro toque el de Viktor.

—He decidido obtener mi GED, y Viktor también. Nos ayudaremos mutuamente a estudiar.

La miro, pero ella deja que su cabello oscuro caiga sobre sus ojos.

—¿Entonces él se quedará en la casa contigo? —inquiero.

—En su propia habitación —responde Emma rápidamente—. Le prometió a Andrei que nos cuidaría. Bueno a mí. Tú tienes cien guardias.

—¿Es por eso que Andrei no fue tras de ti? —pregunto, mirando fijamente a Viktor—. ¿Por qué no los traje a ninguno de los dos de regreso a la mansión?

Emma responde por él.

—Viktor me dijo el mismo día que llegamos a casa que Andrei estaba de acuerdo con eso.

—¿Lo has visto? —le pregunto en voz baja.

Emma se muerde el labio inferior y mira hacia la puerta principal, sospecho que desearía que se abriera.

—Mejor habla con Viktor sobre eso.

Andrei se ha convertido en un tema prohibido entre nosotras. No la culpo. Nuestras peores peleas fueron por mi relación con Andrei.

—¿Quieres algo de comer? —me levanto lentamente—. El restaurante sirve una crema de mariscos estilo *Nueva Inglaterra* que te valdrá la pena el viaje.

Emma se ríe mientras me ayuda a subir el resto del camino.

—Vine a ver si estabas bien, Paige. Y si me habías perdonado.

—Tú no has hecho nada malo, Emma —le respondo, con el corazón dolorido al recordar todas las formas en que yo la lastimé, desde la bofetada hasta mis airadas reprimendas—. Yo me habría perdido sin ti. Me recordaste que esta no es la vida que yo quiero. O la que me había imaginado. Estaba viviendo la vida de otra persona.

—Y ¿qué hay del bebé? —pregunta ella.

—Amo al bebé —respondo, al borde de las lágrimas—. Me aseguraré de que terminemos donde se supone que debemos estar.

Emma parece dudar de que ese lugar exista, o de que yo sepa siquiera dónde está. No lo sé, pero debo estar progresando para admitirlo. He encontrado la fuerza para no volver corriendo hacia Andrei, y ese es un gran comienzo.

Emma besa mi mejilla.

—Envíame un mensaje de texto si necesitas algo, Paige. Me gustaría ver a mi sobrinito o sobrinita antes de que cumplan cinco años.

Emma mira a Viktor antes de salir sola. Miro por la ventana mientras ella se sube al Rover.

—Entonces, ¿te dejó quedarte con el auto? —le digo a Viktor, dándome cuenta que Emma me

dejó a solas con él. Estoy segura de que ella necesita ese dinero, pero también conoce los riesgos. Viktor asiente solemnemente y no pierde el tiempo en charlas educadas.

—Él está perdido sin ti —me dice.

Me agarro al respaldo de una silla.

—¿Él te dijo que vinieras aquí y dijeras eso?

Viktor se burla en lugar de molestarse en negarlo.

—No necesito estar cerca de Andrei Vasilyevich para notar lo qué le está pasando. Escucho cómo está actuando y eso me dice que está mal. No actúa como un Pakhan sino como un hombre. Un hombre desesperado y brutal, que se deja guiar por su crueldad. Andrei te necesita o cometerá un grave error.

Me tomo un largo minuto para pensar. Él debió haber hecho algo horrible para sacudir a Viktor.

—No puedo volver atrás, Viktor —digo finalmente—. Y tú sabes por qué no puedo.

Viktor echa la cabeza hacia atrás y se pasa la mano por la cara. Sus largos dedos se mueven lentamente sobre sus altos pómulos y el gesto termina con un profundo suspiro.

—¿No ves una manera de estar juntos?

—¿Y qué pasará cuando su crueldad nos mate al bebé y a mí? —le pregunto desafiante—. No habrá forma de regresar si estoy muerta. Si mi bebé está muerto. No puedo hacer esto por él. Él tiene que querer cambiar. No estoy pidiendo lo imposible. Le pido que deje de infringir la ley.

—Tú sabes lo que él es —dice Viktor y me mira entrecerrando los ojos.

—Tú también —respondo con frialdad—. Cuida a Emma y gracias por traerla aquí para verme.

Con los labios apretados, Viktor me mira como si yo fuera la única razón por la que nuestro mundo se desequilibra. Quiero gritarle. *Esto no es mi culpa. ¡Yo no soy la mala!*

Pero no puedo. Su expresión de enojo se parece a la mía, la forma en que yo me veía cuando mis padres peleaban y no me escuchaban. Todo parecía tan lógico. No sabía por qué no se llevaban bien, pero yo sabía que podían solucionarlo si querían.

Fui tan tonta, pero también estaba en la oscuridad.

Cuando Viktor no se mueve lo suficientemente rápido, camino hacia la puerta y la abro.

—Viktor, hay cosas que tú no sabes —afirmo con seguridad.

—¿Son más importantes que él? —me pregunta, con la voz llena de actitud.

Entonces, él camina hacia la camioneta y salta dentro. Emma se despide desde la ventanilla del pasajero antes de que se alejen. No es tan fácil para mí y para Andrei. No podemos decidir estar juntos y que todos los demás se vayan a la mierda. Tengo una buena razón para luchar: mi bebé.

Miro el estado de cuenta nuevamente y frunzo el ceño. No sólo sería un error quedarse con el dinero, sino que además me atraparía. La Bratva no me dejará desaparecer si les robo. Mi difunto

padre es prueba suficiente para convencerme de que hay que devolverlo. Si realmente quiero ser libre, tendré que dejarlo ir.

Saco mi teléfono del bolsillo y miro el número de Andrei.

No, suspiro, metiéndolo de nuevo en mi bolsillo. *¿Quizás Zhanna?* No, ella me llamará tonta y luego me aconsejará dónde comprar una isla privada.

No, necesito confiar en alguien más.

Alguien a quien los demás nunca le encontrarán defectos.

ANDREI

AHORA ES FÁCIL LOCALIZAR A GLEB. ES IMPRUDENTE Y AUDAZ Y SALE EN PÚBLICO COMO EL JEFE al que nadie se atrevería a tocar. Pero se ha ganado demasiados enemigos en muy poco tiempo, y esa es una mala proporción.

A los enemigos hay que elegirlos sabiamente, más sabiamente que elegir a un amigo.

Con un poco de ayuda, Natasha obtuvo la camisa que vistió Gleb el día del asesinato de Kenney, con sangre que él intentó lavar. Otro gran error que cometió: *siempre debes quemar la ropa*.

Ella la dejó en el maletero del coche de él para que la policía la encontrara luego de recibir una denuncia anónima por un conductor ebrio. El ADN de Kenney Grant estaba por toda la camisa, pero de alguna manera Gleb logró salir de la cárcel bajo fianza.

Ahora sólo le queda una opción. El refugio en los suburbios, el mismo donde Viktor mató por primera vez. Pero yo no merodeo en mitad de la noche. Valientemente, camino hacia la puerta principal.

¿Acaso estoy tomando demasiados riesgos porque Paige me dejó? ¿Quizás espero que ella regrese y me salve si se entera que me he vuelto loco? No sé. Tal vez un psiquiatra con un título pueda resolverlo. Pero, mientras tanto, tengo trabajo que hacer.

El guardia permanece en la puerta, mirándome como si yo estuviera loco. Tiene una constitución ancha y rechoncha, con una cabeza que luce demasiado pequeña para su cuerpo. Su boca se abre mientras intenta entenderlo. Es un poco más corpulento que yo, pero totalmente novato. Tiene que aprender su trabajo.

Sonríó ampliamente y, con incertidumbre, él me devuelve la sonrisa. Le doy un fuerte golpe en la nariz, poniendo todo mi peso en ese golpe. El crujido de su cartílago es fuerte y le doy la cortesía de hacer una mueca de dolor. Cae al suelo y se cubre la cara con las manos mientras grita.

Sorprendido de que no le haya disparado, intenta alejarse arrastrándose. Lo vuelvo a golpear con mis puños hasta que se hace un ovillo.

—¿Dónde está? —le pregunto calmado—. Dame a Gleb, después podrás trabajar para mí.

El hombre se congela y su mirada se posa en mis puños ensangrentados, húmedos con su sangre. Algo hace clic en su cabeza cuando se da cuenta de que mi oferta es seria.

—Por aquí —me dice, se levanta con dificultad y se adentra en la casa. Miro hacia la cocina, la cual tiene una vista clara de la piscina en el patio. Hay unos cuantos hombres sentados alrededor de una mesa, jugando a las cartas. Uno de ellos levanta la mirada y me mira con los ojos muy abiertos, su mano desaparece debajo de la mesa, pero el hombre que está conmigo le hace un gesto de negación con la cabeza. El otro hombre se recuesta en su silla mientras continuamos nuestro camino.

—Está en el dormitorio —dice él—. Probablemente esté drogado. Siempre está drogado.

Nos detenemos frente a la puerta de un dormitorio, pero el hombre no la abre. Él me mira.

—No confío en ti —me dice.

—¿Por qué no? —le sonrío.

—Acabo de llevarte ante mi Pakhan, para que puedas matarlo —responde—. ¿Por qué dejarías vivir a alguien como yo?

—Porque yo no soy Gleb Novikov —le digo y sacudo mi cabeza mientras abro mi chaqueta—. Te sugiero que tú y cualquiera aquí que quiera vivir empiecen a correr. Y mantén la boca cerrada. Me llegan los chismes y tú serás el próximo hombre al que le dispare. Y después que todo esto termine, podrás acudir a mí personalmente por trabajo.

El hombre mira fijamente la Glock que tengo en la mano y luego baja corriendo las escaleras alfombradas, sus zapatos hacen un ruido sordo hasta llegar abajo. Me pongo atento a cualquier ruido debajo y oigo la puerta del patio abrirse y cerrarse. El motor de un SUV cobra vida.

Estoy solo.

Abro la puerta del dormitorio rápidamente, listo para disparar, pero Gleb ni se percata. *Ni siquiera se molestaron en advertirle con un mensaje de texto.* Sacudo la cabeza y esbozo una torcida y orgullosa sonrisa en mi rostro. El gamberro está a medio vestir, sentado ante una mesa con un billete enrollado en una mano.

—Pero ¿qué carajo? —grita él de repente—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a matarte —le digo, y así lo hago.

La bala deja un agujero limpio en su pecho y su cuerpo se sacude en el aire. La sangre cae al suelo en rubíes gotas. Le disparo una y otra vez, hasta que el arma queda vacía. El cuerpo de Gleb se sacude en un baile extraño con cada disparo.

Camino y miro fijamente su cuerpo inmóvil. Su rostro está contorsionado en una sonrisa obscena, como si morir fuera una broma. El muy cabrón. Lo empujo con la punta de mi lustrado zapato, sólo para asegurarme. Su cabeza cae hacia un lado. Me siento entumecido, como si las emociones no pudieran atravesar mi cuerpo. O tal vez yo no las dejo salir.

Gleb causó todo esto.

Todo lo que sucedió en el último año: mi padre, mi madre, Igor, Paige, Sonya... todo ha sido por culpa de este tonto arrogante. Quiero dispararle de nuevo. Pero en lugar de eso, dejo escapar un grito que sacude mis pulmones.

Me siento pesadamente en la cama, mis piernas se sienten débiles por aguantarlo todo.

Pero ¿dónde estaría yo ahora si todo esto no hubiera sucedido? Bajo el control de mi padre y casado con una mujer que odiaría.

En cambio, estoy ahora tratando de recuperar a la mujer que amo, haciendo lo único que ella no puede aceptar.

¿Acaso será esta la última vez que mate? ¿Puede ser alguna vez la última vez? Aplasto mis pensamientos mientras miro por el pasillo hacia las escaleras vacías. No tengo tiempo para esto ahora. Alguien podría venir a dispararme mientras pienso.

Corriendo en automático, vuelvo al modo asesino y envuelvo el cuerpo de Gleb en el edredón. Nadie necesita saber cómo murió, sólo que está muerto. Tropiezo bajo el peso de su cuerpo, maldiciéndome por no haber traído al menos a un hombre para ayudarme. Arrastro el cuerpo hacia atrás, consciente de las casas que se asoman por encima de las vallas, y envuelvo su cuerpo en una lona que encuentro junto a la piscina.

Cualquiera con una pizca de sentido común no estará mirando por la ventana en este momento mientras subo el cadáver a la parte trasera del Rover. Cierro el maletero y miro a mi alrededor, alisándome la chaqueta del traje antes de saltar al asiento del conductor.

DESDE EL ASESINATO de Kenney Grant, la policía ha estado vigilando a las Bratva en los alrededores de Twin Rivers, y hombres bien vestidos, en vehículos todo terreno, son detenidos por la más pequeña infracción. Nadie dice nada, pero esto exige ser excesivamente cauteloso si infringes alguna ley.

Por ello, voy conduciendo al límite de velocidad por la autopista hacia Manhattan. La ciudad es el lugar más seguro; la gente ocupada está demasiado absorta en sus abrumadores dramas como para darse cuenta del mío. Puede que me miren, pero yo conozco un lugar seguro al cual ir.

Alrededor de las 3:00 a.m. abro la valla que conduce a la obra. Esa última y extraña conversación que tuve con Paige se reproduce en mi cabeza, como si fuera una grabación. *Puedes dedicarte a la construcción.*

Irónicamente, el único lugar seguro para cometer mis actos sucios es aquí.

El lugar donde ella quiere que esté.

Me detengo junto al remolque y me pregunto quién estará de seguridad esta noche, si es que hay alguien. El rascacielos está casi terminado, excepto una sección. Una ordenanza de la ciudad requiere una gran plataforma de estacionamiento, por lo que es necesario agregar una segunda.

Miro por encima del borde del pozo y me pregunto qué hay en el fondo. Es difícil saberlo en la oscuridad. ¿Notará alguien la lona antes de verter el hormigón?

—¿Quién anda ahí? —escucho. Una linterna me ciega momentáneamente y luego desaparece.

—Oh, eres tú —se ríe Tony—. Debe tener cuidado, señor Barinov. Es decir... Andrei. No

quisiera que tropezaras y cayeras por el precipicio.

—Claro que no —digo y bajo el brazo de mi cara. Sonriendo añadido—: No quisiéramos eso.

—Es tarde para estar aquí —me dice y su mirada va más allá de mí, hacia la lona que está a mis pies. Nunca hemos hablado de mi otra línea de negocio. Lo que realmente hago para ganar dinero. Unos cuantos edificios construidos cada año alrededor del área de los tres estados no pueden justificar la riqueza que poseo.

—Vale —hablo de nuevo—, pero ahora mismo necesito que estés en otro lugar.

Mi tono carece de amenaza, pero es una advertencia sólida. No quiero que Tony Nelson se involucre en nada de esto. Debe mantenerse limpio. Él asiente, pero no se aleja.

—Si yo estuviera tratando de deshacerme de algo, hipotéticamente, por supuesto...

—¿Sí? —lo escucho con interés.

—Yo no lo lanzaría. Es demasiado arriesgado. Es posible que no quede bien cubierto o que ruede hacia algún lugar visible. No, yo usaría la grúa para bajarlo y luego arrojaría algunos escombros sobre él —Tony vuelve a mirar la lona—. Mañana por la mañana echaremos el hormigón.

—Lo sé —respondo—. Vi el cronograma.

Él suspira.

—Pero estarás aquí hasta el amanecer si intentas hacer esto solo —dice y alumbra el pozo con la linterna—. Puedo colar a dos tipos antes de las 6:00 a. m.

Entiendo hacia dónde se dirige con esto, y un buen consejo siempre conlleva una tarifa alta.

—¿Qué quieres a cambio, Tony?

—Trabajo de verdad, jefe —señala, mientras sus botas de trabajo raspan el suelo y él adopta una mejor postura—. No puedo apoyar a los míos con la cantidad de trabajo que me llega —agrega y hace una pausa—. No voy a mentir. Te descubrí hace años. Pagas a tiempo y no te quejas cuando el proyecto supera el presupuesto.

Miro hacia otro lado.

—¿Y si te dijera que estoy pensando en cambiar de profesión?

No se ríe de mi pregunta. De hecho, Tony se lo toma en serio.

—Yo diría que es posible que vivas más —suspira él—. Prepararé la grúa. Será mejor que escondamos esa cosa antes de que empiece a apestar.

PAIGE

EN LA AUTOPISTA, MI MERCEDES MARCA EL CAMINO, EN DIRECCIÓN NORTE, HACIA LA PROPIEDAD privada de Radomil Sorokin. La reunión secreta en casa de Sorokin fue organizada por Anatoli Popov, y me juró que Andrei no estará allí.

Si llego a ver el Lamborghini de Andrei, me daré la vuelta. En unos minutos más veré si Popov es un hombre de palabra.

Casi choco mi auto cuando veo la magnífica residencia de Sorokin. Es un maldito castillo sobre un acantilado con vistas al Atlántico. El lugar parece el escenario de una película de suspenso o de un romance ambientado en el pasado con torretas y todo.

Contengo el aliento mientras agarro el volante con más fuerza, esperando no terminar encerrada en un dormitorio otra vez.

Coraje, Paige. No te atrevas a mostrar miedo.

Ensayé esta reunión diariamente con mis hombres durante una semana; los mismos hombres en tres Rover que siguen ahora mi coche. No puedo actuar como extraña frente a Sorokin o a Popov. Tengo que entrar en su casa como la abeja reina de la Bratva.

Sin reírme ni disculparme por mi existencia. No puedo ponerlo todo en peligro realizando una declaración tonta o cometiendo un error de modales. Todo tiene que ser perfecto. Incluso llegué a practicar nuestra llegada usando la posada como sustituto.

No usaré ayuda para salir de mi auto. Slava extenderá su mano y yo apenas la tocaré. Nunca lo miraré al salir de mi auto. Caminaré al frente con un guardia a cada lado. No debo tocar nada, ni siquiera el timbre.

Finalmente, tengo una verdadera misión para mis guardias. Nada se deja al azar.

Ninguno de nosotros puede arriesgarse.

Ya he tratado con Popov antes, un tipo encantador que controla todo con firmeza. Le gusta el juego social para obtener su información. Conoce su valor por todas las fuentes, incluidas las criadas y los Pakhan.

Pero Sorokin no es el tipo de hombre que sea sociable porque sea lo que se espera de él. Él observa, pero no habla. Si él no te necesita, eres prescindible. O peor aún, solo no existes.

La gigantesca puerta de roble se abre y yo mantengo la espalda erguida, mirando al anciano que está parado frente a mí. Su cabello es plateado y su rostro está marcado por la edad. Se presenta con un aplomo que transmite respetabilidad y lealtad.

—Sígame, Paige Geraldovna —me dice.

Yo ni me muevo.

—¿Y mis guardias?

Él mira más allá de mí.

—Solo dos —dice, levantando los dedos, señalándolo—. El resto deberá esperar en sus vehículos.

Slava y Lev, con sus trajes nuevos, caminan un paso detrás de mí mientras entramos al castillo, y yo mantengo la mandíbula firmemente apretada y los ojos apuntando al frente.

La vieja Paige se habría quedado boquiabierta ante todo lo que pasa y habría hecho comentarios tontos, declarando que no podía permitirse nada de esto.

Pero yo no volveré a hacer eso nunca más. Llevo mi cabeza en alto, como si solo esperara estar rodeada de lo mejor.

—Paige Geraldovna —me saluda Popov con una sonrisa, saliendo al pasillo. Mira a mis hombres y luego me hace señas—. Bienvenida. Déjame presentarte a Sorokin adecuadamente.

A mis hombres se les permite entrar a la habitación e inmediatamente comprendo por qué. Una vez más, hay más guardias presentes que participantes. Sonrío hacia el anciano delgado que está parado junto a una gran mesa tallada que lo incomoda.

Los ojos azul acero de Sorokin son severos y penetrantes, lo que indica fuerza y poder debajo de la frágil superficie. Este debe ser el comedor donde celebra sus reuniones. Evoco aquel día que encontré a Andrei en el comedor, hablando de Emma como si fuera un bien mueble.

Retiro el pensamiento de inmediato. No puedo arriesgarme a distraerme. Me costará caro.

—*Zdravstvuyte*, Paige Geraldovna —dice Sorokin, tomando mi mano e inclinándose ante ella.

—*Zdravstvuyte* —le digo, sonrío y retiro mi mano—. Sin patronímicos aquí. Puedes solo llamarme Paige.

Él sonrío.

—Por supuesto, los estadounidenses prefieren mantener las cosas simples.

—Nos lleva directo al grano —le sonrío y noto el filo detrás de su comentario—. Justo como un buen negocio —agrego.

Él sonrío de nuevo, un poco menos amigable esta vez, y entonces tomamos asiento.

—Entonces, Paige. Popov me intrigó cuando me dijo que tú deseabas hablar conmigo en privado. Él no estaba en libertad para decirme la naturaleza de tu negocio, pero me prometió que estaría interesado.

—Creo que lo estarás —le respondo con confianza.

—¿Y a tu marido no le importa que estés aquí sola? —inquiére él.

—Se trata de mi difunto padre, no de mi marido. Sabes quién era mi padre, ¿no? —le pregunto.

—Sí, era un contador —asiente Sorokin.

—Un contador que te robó —señalo. La sonrisa cae de su engreído rostro como si se la hubiera quitado de una bofetada, y yo me muerdo el labio para no reírme.

—Debe haber sido una exigua cantidad —se burla Sorokin—, si ni siquiera puedo recordar su nombre.

Miro a sus guardias, luego me inclino ligeramente hacia él y le digo en voz baja.

—No obstante, me gustaría devolverte los cincuenta millones.

La habitación queda en silencio. Popov ordena a los hombres que se vayan, pero yo no le devuelvo el gesto. Mis hombres se quedan. Explico toda la situación de la manera más concisa que puedo. Hablo de ello como si le hubiera pasado a otra mujer, no a mí. La vieja Paige lo aguantaría, yo no. He cambiado.

—Tengo mis propios términos —afirmo con seguridad cuando termino mi historia—. Como estoy seguro de que lo esperas.

—¿Cuáles son esos términos? —pregunta Sorokin con cautela.

—Después de devolver el dinero a cada Bratva, la deuda de mi familia terminará. Toda ella.

Él asiente pensativamente con la cabeza.

—¿Quieres estar presente durante las transacciones?

Sacudo la cabeza.

—Lo único que quiero es una declaración escrita. Unas pocas líneas en una tarjeta agradeciendo mi generosa contribución debería ser suficiente. Deseándome lo mejor en el futuro. Y todos juramentados sobre su honor.

—Tenías razón, Popov —dice Sorokin, bajando la cabeza—. Después de todo, Andrei Vasilyevich eligió a la mujer adecuada para casarse —me mira de nuevo sin pestañear—. Espero que él vuelva a ganarse su confianza.

No puedo hablar porque emociones no deseadas me ahogan la garganta. Me levanto demasiado rápido y vuelvo a extender la mano.

—Gracias, ahora debo regresar. En mi condición...

—Entiendo —me dice, aunque probablemente no lo haga, y solo mencionarlo le ha hecho estar ansioso por verme partir.

Sorokin me da la mano y Popov nos sigue hasta la puerta principal mientras vamos charlando distraídamente.

—¿Has elegido un nombre? —me pregunta Sorokin.

Yo sonrío.

—Veronika será el nombre perfecto.

—¿Y si es un niño? —inquiére él.

—Andrei, por supuesto —respondo sin dudarlo.

Sorokin arquea una ceja con picardía.

—¿Has hablado con tu marido recientemente?

—No —le respondo cortésmente.

Su sonrisa serpenteante se profundiza.

—Entonces, ¿probablemente no lo sabes?

—¿Saber qué? —le pregunto, ya de pie junto a la puerta abierta.

—Talia Nikitin está embarazada.

Antes de que la puerta se cierre detrás de mí, la risa de Sorokin resuena por el pasillo. Me puse en mi lugar con un único comentario que tala profundamente. Slava aprieta con más fuerza mi brazo mientras el mundo gira a mi alrededor, y voy dando tropiezos por el camino de piedra hacia mi auto.

Me llevan aturdida y, cuando me colocan en el asiento del pasajero, me pregunto por qué Andrei no me lo dijo. *Ustedes ni siquiera se hablan, Paige*. Mi pecho se aprieta mientras trato de recuperar el aliento. No es que tenga ningún derecho a estar molesta, pero aun así...

Avanzamos a toda velocidad hacia la casa. Intento ocultar mis sollozos, pero no puedo.

No es culpa de él que ya no me quiera.

Slava se detiene y observa antes de salir a la carretera.

—No es suyo, lo sabes ¿verdad?

—Yo no sé nada —asiento, limpiándome la nariz con la mano mientras la fachada de fuerza se desmorona ante el espantoso pensamiento—. Creo que realmente nunca he sabido quién es Andrei Barinov.

ANDREI

MIS ENEMIGOS ESTÁN APLASTADOS, Y YA NO SE LEVANTARÁN.

Aprieto los dientes con fuerza mientras miro por la ventana a la terraza. Nada obstruye mi vista de los árboles. En mi mente, veo a Paige luciendo hermosa mientras baila en mis brazos y levanta sus mejillas para recibir mis besos. Han pasado días desde la muerte de Gleb y es obvio que Paige no tiene planes de regresar.

Quiero gritar y golpear, pero ¿a quién? Quiero sacar mi arma de la funda y desatar mi ira, pero ¿contra cuál enemigo? Todos mis enemigos se han ido. Soy el último que queda.

Natasha rápidamente aparta la mirada cuando nuestras miradas se cruzan y mira hacia la laptop que descansa sobre su regazo mientras está sentada en el sofá. Luego me observa atentamente cuando aparto la mirada.

Agarro la chaqueta del traje del respaldo de la silla y me dirijo hacia la puerta.

—¿Vas a alguna parte? —me pregunta ella, como si fuera mi guardiana personal.

Hago una pausa y escucho mi respiración salir entrecortadamente.

—¿Te molesta que yo haya matado?

Sus cejas se levantan mientras se encoge de hombros.

—Yo no hago marcas en un árbol para llevar mi puntuación. Sólo cuento mis pérdidas.

—¿Debería contar mis pérdidas, Natasha? —le pregunto, entrecerrando la mirada en un desafío.

¿Acaso se atreverá a decirme lo mucho que la he cagado?

—Mi abuela era del viejo continente —me dice, colocando la laptop a su lado—. Me contó muchas historias y mi favorita era la de un lobo —Natasha se aclara la garganta y recita a Esopo de memoria.

Un lobo ve un corderito que se desvió de su rebaño y lo acusa de haberlo insultado el año anterior. El cordero grita que es ‘imposible’ porque él nació esa primavera. El lobo gruñe y le reclama que comió en sus pastos y bebió de su manantial, pero el manso cordero lo sigue negando. Nunca ha comido hierba ni probado el agua del manantial del lobo. Las lágrimas brotan de los ojos del cordero y clama por su mamá. Pero no hay piedad ni lógica cuando el

lobo solo quiere cenar.

—¿Y soy yo el lobo? —le pregunto amenazadoramente.

Ella se levanta de pronto y se alisa el vestido jersey de cachemira.

—Yo no soy ningún cordero, Andrei Vasilyevich. Y tu esposa tampoco. Hay varias moralejas en la historia. Yo sólo te sugiero que no sigas el ejemplo del lobo.

Y así Natasha sale de la oficina sin decir una palabra más.

Y yo me quedo allí, mirando fijamente la puerta cerrada.

A la mierda su insolencia.

Muevo mi puño en el aire. ¿Cómo se atreve a tener razón? Voy rápidamente hacia el pasillo y salgo por la puerta principal. En segundos, voy conduciendo mi Lamborghini y pronto estoy rodeado por un área más apartada que mi casa. De repente, una puerta de metal cerrada detiene mi avance cuando dos hombres se materializan de la nada, sosteniendo armas automáticas.

Bajo mi ventana.

—Quiero ver a Zhanna —digo.

—¿Lo está esperando, señor?

—Mi nombre es Andrei Barinov. Ella es... amiga de mi esposa —anuncio. El sarcasmo se cuele nervioso en mi voz, pero da en el blanco.

El hombre sonríe mientras habla por el auricular. Las puertas se abren lentamente y los hombres retroceden.

—Mis disculpas, Andrei Vasilyevich —me dice con una sonrisa—. No le esperaban hoy. Por favor, manténganse en el camino.

Quisiera golpear al simio arrogante, pero en lugar de eso, presiono el pedal a fondo. Mi coche se desliza sin esfuerzo a través del bosque cada vez más espeso y por caminos pedregosos. Pronto, vislumbro la moderna casa de Zhanna, construida en planos de vidrio y madera teñida de rojo.

Estaciono frente a la puerta principal y noto que estoy decepcionado.

En el fondo de mi mente, esperaba ver el Mercedes de Paige.

Antes de que pueda poner los pies en el suelo, aparecen dos guardias más.

Estos tipos parecen una pared en movimiento cuando se acercan a mí. El más audaz pide mi arma y yo la entrego. Él asiente con la cabeza hacia la clásica Glock y muestra un poco de respeto. Sonríe, casi tentado de ofrecerle la oportunidad de probarla. Pero no lo hago. Quizás necesite todas mis balas más tarde.

Sigo al segundo hombre por el pasillo hasta una sala que parece una galería de arte sin cuadros. Las enormes ventanas son el único arte que muestra los extensos bosques que rodean la casa de Zhanna. Se acerca diciembre y los árboles de hoja perenne muestran sus agujas plateadas con una ligera brisa.

—Andrei, es un honor para mí darte la bienvenida a mi casa —escucho a Zhanna.

Me doy vuelta rápidamente y la miro, ella ya está en la habitación. Va vestida con un voluminoso traje plateado que cubre su cuerpo, ocultándolo bajo ángulos y amplias curvas.

No puedo decir dónde termina el vestido y dónde comienza ella. Su cabello gris está recogido formando un arco que casi imita su brillante chaqueta. Enmarca su rostro y, aunque es muy mayor, de alguna manera parece atemporal.

—Por favor siéntate —dice y flota hacia una silla estilo Barcelona. Yo me siento frente a ella—. ¿Puedo ofrecerte alguna bebida?

—No gracias —le digo, y frunzo el ceño ante un galgo que huele mi zapato. Casi confieso que he dejado de beber todos los días.

—Pasha, deja en paz a Andrei —reprende ella al perro y luego se dirige a mí—. Yo conocí bien a tu padre.

La miro fijamente, sin saber si ella está consciente de que conozco toda la historia con todos sus sórdidos detalles. De cómo Vasily la abandonó y se quedó con Eva, entonces embarazada de mí. En ese momento, Zhanna podría haberle dado un hijo a Vasily. Él mismo nos dijo eso en la mesa, mientras todos comíamos apresuradamente.

Ella tuvo un hijo con su primer marido. Creo que se llama Mitia, pero nunca nos conocimos. Él fue un misterio. O una decepción. Pero no puedo imaginarme a Zhanna sintiéndose avergonzada por las acciones de otra persona.

Después de la breve reflexión, no creo que a ella le importe lo que yo sé. Para Zhanna, es más importante lo que ella sabe. Y lo que ella está dispuesta a decirme.

—¿Cómo está tu nieto, Stefan? —pregunto casualmente.

—Él está bien —me responde con una sonrisa—. Decidí enviarlo a Florida para las vacaciones de Navidad —hace una pausa—. Es muy amable de tu parte preguntar, pero la cortesía común y corriente no te va bien, Andrei Vasilyevich —ríe ella—. No pareces nada cómodo con las rutinas de la vida diaria.

Respiro profundamente.

—¿Es por eso que mi esposa no ha regresado?

—¿No has hablado con ella? —me pregunta detrás de una máscara de encanto perfeccionada a lo largo de décadas.

Respondo con los dientes apretados.

—Ella no quiere hablar conmigo.

—Quizás no sea tan sencillo como crees —responde—. Quizás debas encontrar otra manera de ganar esta guerra.

—Me gustaría pensar que no estoy peleando con mi esposa.

Zhanna me mira pensativamente.

—Apruebo lo que has hecho hasta ahora.

—Solo busco la aprobación de ella, Zhanna.

Zhanna me mira por encima de su nariz griega.

—Entonces, ¿por qué vienes a verme a mí?

—Porque ella te escucha —le respondo, disimulando rápidamente mi tono áspero—. Tú eres quien le enseñó a ser de la Bratva. Por supuesto, también le enseñaste lecciones que yo hubiera preferido que ella no hubiera aprendido.

—Los hombres piensan que aprender a ser una buena esposa gira en torno a ellos —me dice—. Pero se trata de sobrevivir. Estar en la Bratva es duro para una mujer. Pensé que tú, más que nadie, lo reconocerías, basado en tu padre y sus tendencias.

Sacudo mi cabeza.

—Yo nunca engañaré a Paige.

—¿En serio? —aprieta sus labios y me mira con gélida desaprobación—. Sé sobre Talia y los rumores que han surgido.

—Ella está embarazada —digo y mi ira empieza a hervir a fuego lento—. Yo también conozco los chismes. Pero ese niño no es mío.

Zhanna se queda quieta mientras lo asimila, y tal vez yo debí mantener mi boca cerrada, pero haré cualquier cosa para recuperar a Paige.

Así que continúo, diciéndole a esta mujer todo lo que sé.

—Talia no tuvo nada que ver con la muerte del policía y ella prometió irse.

Zhanna está menos serena que cuando empezamos, y retirando un mechón suelto de la cara me dice:

—Talia era diferente antes de quererte.

Sacudo la cabeza. *No estoy aquí para hablar de Talia.*

—Yo no recuerdo un momento en el que ella fuera diferente —le respondo.

—Yo sí —susurra Zhanna, mirando a la nada como si mirara hacia el pasado—. Ella era una niña dulce, cariñosa y curiosa. Pero en su vida faltaba algo: atención. Sus padres estaban tan ocupados equilibrando su lealtad que sólo le prestaban atención cuando se mencionaba a un Barinov.

—Ella cambió para llamar la atención —continúa Zhanna—. Nunca te diste cuenta. ¿Y por qué lo harías? Eras el hijo de Vasily y estabas destinado a llevar una corona sobre tu cabeza desde el momento en que surgiste en el útero de Eva. No te permitiste saber los chismes de las chicas. Los niños rara vez lo hacen a esa edad. Nunca viste cómo Talia se eliminó para parecerse más a ti, con la esperanza de llamar tu atención y que ella también pudiera recibir su propia corona.

Me siento allí, queriendo responder algo. Pero sé que con Zhanna no se puede discutir. Ella no cuenta sus opiniones, sino los hechos.

Hechos que yo estaba demasiado ciego para ver.

—Y al igual que Talia —continúa ella—. Tú también querías aprobación, pero de otra persona.

Mi padre.

—Nunca quise ser como él —susurro mientras lo recuerdo también.

—Y, sin embargo, Andrei Vasilyevich —dice Zhanna, entrecerrando su mirada—. Luchaste por su aprobación. Y cada vez que lo hacías, rompías un poco más el corazón de tu madre. Ahora, tus obras han eclipsado a las de tu padre. ¿Por la aprobación de quién estás luchando ahora?

—Eso no es... —me detengo en seco y la miro al darme cuenta. *Paige.*

Zhanna niega con la cabeza y lee mi mente.

—Paige no aprobará esto.

Me levanto abruptamente y argumento.

—Le dije a Paige que la protegería.

Los perros a sus pies gruñen y comienzan a pasear por la habitación. Mirándolos, me vuelvo a sentar.

—Creo que tomaré algo después de todo.

—¿Royal Dragon?

Bajo la mirada.

—Eso es cosa barata. Estoy seguro que tus hombres esconden algo más en el garaje.

Zhanna sonríe.

—Tú no eres tu padre, Andrei. Tu padre nunca habría hecho esto por tu madre. ¿Pero cómo podrías tú saber qué hacer con sólo su ejemplo a seguir?

—¿Fue por despecho? —levanto la cabeza—. ¿Le dijiste a Paige que me dejara?

Zhanna guarda silencio mientras su hombre entra en la habitación y ella lo envía a buscar nuestras bebidas. Posando como una estatua moderna de Henry Moore, ella espera hasta que la puerta se cierre de nuevo para hablar.

—Lo hice —comienza—. Pero no por la razón que crees, Andrei Vasilyevich. No le dije que huyera, pero le enseñé cómo hacerlo.

—¿Por qué?

Zhanna aparta la mirada por un momento y cuando mira de nuevo, veo lágrimas brotando de las comisuras de sus ojos.

—Por expiación —responde ella—. Hace mucho tiempo, tu madre vino a pedirme ayuda.

Me siento hacia delante en mi silla.

—¿Ayuda con qué? —pregunto, aunque sé cuál es la respuesta. Pero quiero oír a Zhanna decirlo.

—Para dejar a Vasily —responde ella—. Ella vino hacia mí, embarazada y asustada, rogándome una salida —Zhanna cierra los ojos—. Y yo le dije que no. *¡Bozhe moi!* Le dije que no, cuando podía ver los moretones que escondía bajo sus largas mangas.

—Le dije que no, porque yo también tenía miedo —continúa ella—. Ella estaba proponiéndome que intercambiáramos lugares. Todo el mundo sabía que Vasily me había tomado como amante. Pero yo no quería dejar mi vida para estar encadenada a tu padre. Entonces le dije a Eva que se quedara con él. Fui egoísta. Le mentí diciéndole que no había salida y que todo estaría bien. Le mentí diciéndole que Vasily podía cambiar, aunque sabía que ese monstruo nunca lo haría. Y Eva, pobre mujer, me escuchó. No pasa un día sin que piense en cómo mi egoísmo condenó a alguien tan inocente como ella.

—Él la golpeó, Zhanna —espeto y el odio surge en mí y vuelve fría mi mirada—. ¡Intentó matarla a golpes con sus propias manos cuando ella se embarazó de Sonya! Pasó décadas buscando nuevas formas de lastimarla. Todo por ti.

—¿Y crees que ella era la única? —los ojos de Zhanna se endurecen ante mi acusación—. ¿Te imaginas que la vida de alguna de las mujeres de la Bratva es diferente? Yo fui lo bastante tonta como para pensar que era la princesa de mi padre. Y qué, como princesa, yo podía elegir con quién quería casarme —dice y se arremanga su voluminosa chaqueta, dejando al descubierto un tatuaje de una rosa con espinas—. Las espinas están donde él me quemó hasta que yo acepté a quien el eligió —dice en un suspiro—. Le pregunté a Paige si ella tenía alguna marca...

—Yo no golpeo a mi esposa —me levanto otra vez. Maldita sean los guardias y los perros—. Yo no golpeo a las mujeres.

—Pero les disparas y te consideras mejor que los hombres como nuestros padres —se burla Zhanna, levantando una ceja.

—Eso fue un accidente —digo en voz baja—. Yo no quise dispararle a mi madre.

—Pero, aun así, lo hiciste —una lágrima finalmente brota del borde de los ojos de Zhanna—. Yo condené a Eva con mis palabras, pero *tú* apretaste el gatillo, Andrei Vasilyevich. Estos son los pecados que ambos llevaremos por siempre en nuestros corazones.

Su criado vuelve a entrar en la habitación con Skol Vodka en una bandeja de plata. Él le lanza a Zhanna una mirada inquisitiva y ella le hace un gesto con la mano aceptando. Él llena dos vasos y se marcha tan silenciosamente como entró.

—Prometí no volver a cometer ese error nunca más —dice Zhanna, tomando su vaso, pero sin beberlo—. Entonces, cuando tu esposa vino a verme, embarazada y asustada como estaba tu madre, yo la ayudé. Egoístamente yo quería que ella sobreviviera por el bien de mi propia conciencia —dice, alzando la voz—. El abuso que tu padre le propinó a tu madre era visible, pero ¿qué hay del abuso que le has infligido a aquellos a quienes dices que amas?

Yo abro la boca, pero Zhanna levanta la mano para impedirme hablar.

—Tú corrompes todo lo bueno, Andrei Vasilyevich —dice Zhanna, negando con la cabeza—. En una versión retorcida de ti mismo. Así es como sobrevives como Pakhan. No te culpo por eso. Pero no todo el mundo puede ser así.

Las palabras de Zhanna hacen eco a las de Talia, y la amargura comienza a filtrarse.

—Si quieres el amor —continúa ella—, y creo que lo quieres, no puedes seguir arrastrándola.

—La he dejado sola —protesto.

Zhanna niega con la cabeza y la tristeza se refleja en lo profundo de sus fríos ojos. Su máscara se desliza lo suficiente como para revelar sus emociones mientras bebe ahora de su vaso.

—Eres como cualquier otro hombre —dice, dejando su vaso—. Oyes, pero no escuchas. Físicamente, no estás tocando a Paige. Pero tus acciones aún la alcanzan. Ella observa desde la distancia lo que realmente eres...

—Sin ella... —empiezo, pero me detengo cuando Zhanna niega con la cabeza. Ya ha oído suficiente de mí.

Nos quedamos sentados en silencio mientras sostengo con fuerza el vaso antes de dejarlo.

—Si vuelves a hablar con tu esposa... —me dice Zhanna y la sombra sobre su expresión se suaviza hasta convertirse en gentileza— dale mis gracias por devolver lo que fue robado.

—¿Qué dices? —le pregunto.

—Parece que su padre me estafó una considerable cantidad de dinero y ella me lo devolvió. Yo misma se lo agradecería, pero me lo devolvió con la condición de que la dejara en paz.

—¿Lo devolvió ella misma? —pregunto, esperanzado.

—No, Anatoli Popov vino hace unos días con la información.

Mi corazón cae. *Paige ha encontrado una manera de dejar la Bratva. Dejarme a mí.*

Agarro de nuevo el vaso y lo vacío antes de levantarme para irme. No es suficiente para calmar el huracán de emociones que azota mi corazón.

—Tú y tu intromisión me costaron a mi esposa —le digo con amargura—. Paige no se habría ido hasta que tú le echaste ese veneno en la cabeza.

—No, Andrei Vasilyevich —dice Zhanna cerrando sus ojos, burlándose—. No puedes culparla a ella ni a nadie más por las consecuencias de tu odio. Tu odio es más poderoso que el amor de ella. Tú no confías en el amor y es por eso que nunca tendrás a Paige como esposa, incluso si ella está a tu lado en la misma cama. Sólo la *poseerás*, porque el amor te es ajeno. *Por eso*, eres como tu padre.

SALGO TAMBALEANTE de la casa y me dirijo a mi coche como si Zhanna me hubiera destripado las entrañas. La bruja lo ha hecho, pero con palabras crueles y desalmadas. La única forma en

que una bruja sabe pelear.

Cuando ella habló, ¿pretendía que yo era Vasily?

¿Acaso está equivocada? La voz en mi cabeza pregunta intencionadamente.

No... lo admito. *No lo está.*

Paige me ha estado observando desde la distancia y nada de lo que yo he hecho puede convencerla de que ella está a salvo.

Porque la verdad es que Paige no está a salvo.

Ella no está a salvo de mí.

ANDREI

ESTA NOCHE NO HA HABIDO MUCHA ACTIVIDAD MIENTRAS DMITRI Y YO VIGILAMOS LA CASA DE Talia. Termino una bolsa de almendras tostadas y él arroja otra botella de agua vacía en la parte de atrás.

Las Bratva enemigas están destrozadas de espíritu y perdidas sin sus dinámicos líderes. Y en cierto modo siento lo que están pasando. El desafío desapareció, ya que lo que pensábamos que nunca cambiaría nunca volverá a ser lo mismo.

Dmitri se sienta y agarra el volante del todoterreno.

—Están en movimiento —dice.

Talia sale de su casa por el garaje y Valeri carga las maletas en la parte trasera de un Hyundai Elantra 2020. Talia asume un perfil bajo, lista para escabullirse en la noche.

—¿Deberíamos bloquearle el camino de entrada? —pregunta Dmitri.

La miro entrar en el lado del pasajero.

—No, los seguiremos.

—Se darán cuenta —afirma Dmitri.

—Quiero que se den cuenta —afirmo.

El Hyundai sale marcha atrás del largo camino de entrada y se dirige hacia la autopista. Pero en lugar de girar hacia la ciudad, el coche se dirige al norte.

Los seguimos a una distancia segura, para no asustarlos, y pronto somos los únicos dos autos en la carretera a esta hora de la noche. Seguimos conduciendo por pueblos apartados sin saber adónde vamos.

Mi teléfono se ilumina con un mensaje de Talia. *¿Me están siguiendo tus hombres?*

Le respondo: *Soy yo. Te estoy siguiendo para mantenerte a salvo.*

Hay una larga pausa antes del siguiente mensaje. *Me estoy yendo.*

Lo sé, contesto en otro mensaje de texto.

El coche se sale de la carretera y continuamos siguiéndolos hasta llegar a un aeródromo privado con dos grandes hangares y una pista de aterrizaje. Pequeños aviones biplaza están estacionados en fila bajo cobertizos abiertos.

El hangar más grande es el más alejado de la carretera. Su coche se detiene en la puerta de entrada y un guardia de seguridad sale. Valeri hace un gesto hacia nuestra camioneta y luego pasa. Por un segundo, el guardia nos observa con la mano en la cadera y luego nos hace un gesto para que los sigamos.

—¿Estás seguro de que esto no es una trampa? —dice Dmitri, agarrando con fuerza el volante—. Yo no confiaría en ella. Y ella no debería confiar en ti.

Me río y siento que ha pasado una eternidad desde que escuché ese sonido.

—Talia tiene sus razones para no romper nuestra tregua.

Dmitri frunce el ceño.

—Mantendré mi arma en mi bolsillo por si acaso.

El Hyundai se detiene en el hangar y las amplias puertas se abren metódicamente con un leve zumbido. Dos hombres vestidos con un mono y con la insignia de la pista de aterrizaje en la espalda intercambian palabras con alguien que está fuera de la vista.

Las luces se encienden y el edificio de metal brilla más que antes. Una a una, las luces iluminan la pista de aterrizaje como una antorcha que se adentra en la oscuridad de la pista. Salgo de la camioneta lentamente, con cautela y admirado, observo la vista que tengo ante mí.

Mi pasado está a punto de terminar.

—Andrei Vasilyevich —dice Valeri, extendiendo una mano hacia mí. El hombre parece cansado, su cuidada apariencia ha sido reemplazada por círculos oscuros bajo los ojos y una barba gris que cubre su barbilla. Luce como si le hubiera afectado mucho.

—Felicitaciones —respondo, tomando su mano. Las sacudimos rápidamente como un gesto más que por calidez. Estamos de acuerdo en hacer lo que Talia quiere, por última vez.

—Disculpame —me murmura—, se están preparando para despegar.

El jet privado no es llamativo. Parece tener una década, pero no haces compras llamativas cuando quieres estar de incógnito y desaparecer. Talia sale del coche, envuelta en un largo abrigo de lana y gafas oscuras que ocultan su rostro. Se parece más a una celebridad evitando a los paparazzi que a un Pakhan en fuga.

Me acerco a ella lentamente, manteniendo mis manos visibles. Talia me mira, con su mano bien cerrada sujetando la parte delantera de su abrigo. Tal vez protegiendo a su bebé. Por un momento, un toque de tristeza suaviza mi expresión. Así terminamos y resulta agriado.

—¿Estás aquí para asegurarte de que nos vayamos? —pregunta ella.

Asiento con la cabeza.

—Y para asegurar que nadie interfiera con tu plan —miro hacia el avión—. Sabia elección.

—Yo... decidimos no correr ningún riesgo. Ni siquiera se lo dijimos a nuestros hombres —dice ella en voz baja—. ¿Es verdad? ¿Gleb está muerto?

—La policía lo está buscando en relación con el asesinato de Kenney Grant. Pero nunca lo encontrarán.

Talia sonríe.

—Cumpliste tu palabra.

Hago una pausa.

—Talia, quiero que sepas que no era mi intención tratarte tan cruelmente. Yo habría ido en contra de cualquier cosa que mi padre quisiera.

Ella sonríe.

—Y en el proceso, te convertiste en todo lo que él esperaba que fueras.

—Lo sé —acepto.

—Gracias, Andrushka, por esto. Por ser honorable cuando más importaba —dice Talia, negando con la cabeza—. Pero, espero no volver a verte nunca más.

—Estoy seguro de que cumplirás tu deseo.

Talia comienza a alejarse, y luego se detiene. Su mirada se posa en Valeri, quien le frunce el ceño mientras habla con los hombres en el hangar. Pero esa mirada odiosa y posesiva no detiene a Talia cuando se devuelve hacia mí.

—Me enamoré de la idea de ti, no de ti —me susurra—. Pensé que estaba enamorada de ti, pero no sé nada de ti. He podido dejar de lado esa idea después de ver de cerca lo que eres.

—Lo entiendo.

—¿Sí? —ella inclina la cabeza con curiosidad—. He estado enamorada de Valeri. Pero mi orgullo me hizo perseguirte. Nunca pensé que no te querría hasta que todo separó nuestros mundos. Estaba celosa de Paige, pero no sabía por qué. Hasta ahora.

—Y ¿por qué lo estabas? —pregunto, genuinamente curioso.

—Porque ella nunca se perdió en ti —responde ella—. Espero que ella pueda perdonarte por todas las cosas terribles que has hecho. Quizás todavía tengas una oportunidad.

Talia extiende su mano y yo la tomo entre la mía.

—Gracias, Andrei Vasilyevich, y adiós para siempre.

—Adiós, Talia Afanasyevna.

La veo caminar hacia el hangar del brazo de un ansioso Valeri. Él debe saber que yo ya no soy una amenaza. Pero su mirada continúa siniestra. Talia levanta la mano y la coloca en la barbilla de él, hasta que él la mira de nuevo. Sus ojos se suavizan y ella lo besa suavemente en los labios. Se abrazan el uno al otro, sin darse cuenta de que la gente los observa.

Siento una punzada de celos cuando suben al avión tomados de la mano.

Quiero que Paige me mire así otra vez.

PAIGE

—¡CASI LA PASO POR ALTO! —ANUNCIO Y MI BOCA SE ABRE MIENTRAS MIRO NUESTRA CASA renovada. Ya no es el nido de ratas del barrio. El lugar se ve increíble, con una nueva capa de pintura verde azulado, ventanas nuevas e impecables y una cerca blanca que rodea el césped. Una corona de pino y frutos rojos cuelga de la puerta y un carillón de viento tintinea con la brisa gélida. Me habría quedado mirando durante otra hora si Emma no me hubiera llevado dentro.

Ella mira más allá de mí.

—¿Sin guardias? —pregunta ella.

Yo sonrío.

—Tengo uno en el auto. Por si acaso. Pero realmente ya no los necesito.

Cada centavo del dinero robado ha sido devuelto con intereses. Sorokin dejó claro a los demás que mi deuda estaba pagada en su totalidad. Y, a pesar de ser la esposa de Andrei, yo no tenía nada que ver con la Bratva Barinov, y si me lastimaban, Sorokin dijo que lo consideraría un insulto personal y letal.

Lev lleva mi maleta dentro de la casa y yo dejo mi bolso de lona en la silla más cercana.

—Todo es nuevo —chillo—, y combina.

Emma echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Solo espera hasta que veas el resto. Puedes comprar muchos muebles con un collar de zafiro.

Viktor sale de la cocina, limpiándose las manos con un paño de cocina. *¿Acaso ha domesticado al chico malo?* Me saluda asintiendo y yo le devuelvo la sonrisa, aunque no la siento. Ojalá él no estuviera aquí. Porque cuando miro a Viktor, Andrei irrumpe en mis pensamientos y se queda ahí. Me siento culpable de estar aquí y no con mi marido. *Él está perdido sin ti.*

Inhalando, fuerzo una sonrisa más amplia en mi rostro.

—Me gustaría pedir pizza para la cena. No he comido comida chatarra en meses.

Emma arruga la nariz.

—Pero sin pepinillos encima, ¿de acuerdo?

Me río.

—Ya pasé la etapa de pepinillos. Ahora es salsa de chocolate en todo.

Viktor no me dice nada, como si yo fuera un fantasma en el que se niega a creer. En silencio, se comunica con Lev y se van juntos a la cocina. El suave murmullo del ruso comienza inmediatamente y no quiero escuchar, aunque mis oídos arden de curiosidad.

Quiero escuchar lo que tienen que decir sobre Andrei, pero por mi propia cordura, los ignoro.

Además, ahora puedo hablar con Emma a solas.

—¿Has tenido algún problema? —inquiero.

Ella echa un vistazo a la puerta de la cocina antes de decirme:

—Había un hombre que vigilaba la casa. Y eso me dio escalofríos. No sé qué intentaría si Viktor no estuviera aquí. Pero hace un par de semanas que no lo veo.

Asiento con satisfacción.

—Bien. Nadie debería volver a molestarnos nunca más.

Su expresión muestra abierta preocupación.

—¿Pero y si lo hacen?

—¿Todavía tienes el arma? —le pregunto.

Emma asiente.

—Mi puntería es incluso mejor que antes. Pero ¿esperas que la use?

Tomo su mano y la sostengo suavemente.

—No, claro que no. Emma, estaremos bien. Andrei no está, pero sé que nos está cuidando.

Ella se suelta de mi agarre y me dice:

—Lo extrañas, ¿no, Paige?

Miro mi mano. Nunca me quité el anillo de bodas. El enorme diamante es lo único que nunca venderé. Las lágrimas brotan de mis ojos mientras lo giro alrededor de mi dedo. Siento mucho frío al no tenerlo aquí a mi lado. No tenerlo para abrazarme.

El me ama. Lo sé. Pero también sé que, si vuelvo atrás, todo lo que he hecho será un desperdicio.

Nunca me perdonaré si le pasa algo a mi bebé.

Emma coloca su mano sobre mi hombro y me da un pequeño abrazo.

—Gracias, Paige, y lo siento. Hiciste lo que dijiste que harías. Y sé que lo dejaste para poder hacerlo. Pero ahora estamos a salvo y... te amo.

Es demasiado para mí y rompo a llorar. Mi cuerpo tiembla mientras Emma me sostiene en sus brazos, tranquilizándose con palabras y apoyando su mejilla contra mi cabello.

Viktor y Lev inmediatamente entran a la habitación cuando me escuchan sollozar. Sus ojos exploran cada rincón mientras evalúan rápidamente el peligro. No hay ningún peligro excepto el de hacer el ridículo. Una pequeña chispa brilla en mi pecho mientras me despego de Emma.

—Ambos pueden ahora irse —les digo, enderezando mi espalda.

Se miran entre ellos, sin atreverse a decirme que no lo harán.

—Paige, tenemos órdenes... —dice Viktor.

—Y yo te doy la orden de que me dejes en paz. Sorokin me ha prometido protección. Mi marido todavía me protege. ¿Quién iría contra ellos?

No responden tan rápido como me gustaría.

—¿Acaso estás dudando de tu Pakhan? —inquiero.

Viktor niega con la cabeza.

—Sólo necesito reunir mis cosas —dice y mira a Emma, pero Emma se niega a notar sus ojos implorantes. Ella no le permitirá quedarse. No esta noche. Y en unos minutos, ambos hombres se han ido.

—Nunca pensé que volveríamos a estar aquí otra vez. Aquí en esta casa —dice Emma mientras se cierra la puerta principal. Sonriendo, ella me mira—. Se siente muy extraño.

No puedo responderle. No me atrevo a abrir la boca. Pero no importa. Eso no impide que aparezca otra oleada de lágrimas mientras un sollozo desgarrador encuentra la salida.

Emma me abraza con fuerza como si abrazarme fuerte pudiera liberar mi miseria.

—No puedes privarte de la felicidad, Paige. Es hora de que dejes de sacrificarte.

Limpio mis lágrimas.

—Tienes razón. Pero si busco lo que quiero, podría destruirme. Me arriesgaría si fuera solo yo, pero no con un bebé.

Emma se sienta en el sofá y abraza su cuerpo. Ella parece derrotada ante mi creencia. Sabe que no hay nada que pueda decir que me haga sentir mejor.

—Lamento decir esto, Paige —dice, mirándome a los ojos—. Pero tal vez él no sea el indicado para ti.

MÁS TARDE DEAMBULO sola por la casa. Emma quería darme un recorrido, pero cada habitación contenía demasiados recuerdos, buenos y malos, y no quería llorar hasta que me dolieran los ojos. Necesito tomarlo con calma.

Mientras ella está en la cama, miro alrededor del nuevo baño. Las sucias y amarillentas baldosas han sido reemplazadas por baldosas blancas y lisas desde el suelo hasta el techo. Todos los

accesorios son nuevos y la bañera luce tan espaciosa como una piscina olímpica. Abro el grifo y el sonido del agua calma mis lágrimas.

Al sumergirme en la tina llena de burbujas, me pierdo por completo.

La casa es lo que papá quería para nosotros. Finalmente consiguió su deseo. Emma y yo no tendremos preocupaciones financieras en el futuro y yo tengo que agradecerle a Popov.

Pero ¿qué pasa con el resto de nuestras vidas? El dinero no puede pagar todos mis problemas.

Pensar en Andrei como el Sr. No Indicado me hace aún más miserable. Destruye mi esperanza de que tal vez podamos estar juntos. Quizás él se enamore perdidamente del bebé y quiera cambiar por el bien de todos. Ese *quizás* me da esperanza, aunque yo me aleje. Lloro aún más por todo lo que he perdido. Coloco mis manos sobre mi vientre; las burbujas se desvanecen al deslizarse entre mis dedos y siento que mi bebé se mueve.

—Te amo —susurro—. Y siempre te cuidaré. Somos solo tú y yo —sonríó mientras una lágrima cae en el agua—. Soy tu mami y aún no me conoces, pero yo te amo. Me fui a vivir una desventura sólo para poder salvarte. Y traerte a casa conmigo. Estás a salvo conmigo porque eres mío y siempre te amaré.

PAIGE

DOS MESES DESPUÉS

—SE SIENTE COMO SI ALGUIEN ESTUVIERA SALTANDO SOBRE MI VEJIGA —ME QUEJO.

—Bueno, es así —dice Emma en tono juguetón—. Pero, no te preocupes. Estamos en la mesa más cercana al baño.

Tomo un sorbo de mi batido *Piña Chill* mientras Emma le da otro bocado a su *Poke Bowl* hawaiano. Aún faltan meses para la primavera, pero la temperatura es suave, así que aprovechamos el tiempo para salir. Mientras miro por la ventana a toda la gente que pasa, mi mente vuelve a él. No duele como antes. El dolor se está volviendo más sordo y sé que él está respetando mis deseos al mantenerse alejado. *Me deja en paz y desearía que no lo hiciera*. Pero no puedo volver atrás, no cuando tengo lo que necesito. Andrei también tomó una decisión.

Si Emma no hubiera estado conmigo, habría regresado corriendo con él hace meses. Pero el final del camino se acerca rápidamente, pienso mientras mi mano descansa sobre mi prominente vientre. Después de dar a luz, nos mudaremos fuera del estado. California, Carolina del Norte o Wyoming. En algún lugar lejano. Nada nos ata a Twin Rivers.

Emma observa mientras me muevo en mi silla, buscando una posición cómoda.

Estoy embarazada con su hija, cada día me pregunto si Andrei la conocerá algún día. Yo tenía razón y el médico lo confirmó.

Es una niña.

—¿Tendrás una fiesta de revelación de género? —pregunta Emma—. Podría ser divertido.

Me río de su tonta sugerencia.

—Y ¿a quién invitaré? —me burlo—. ¿Mis viejos amigos de la mafia?

Emma se ríe mientras toma un sorbo de su batido.

—Todavía hay algunos buenos hombres por ahí, ¿sabes? Muchos hombres aman a las mujeres con bebés. Los hace sentir primitivos y todo eso.

Sacudo la cabeza y sonrío. No dejo que Emma saque a relucir esa conversación tabú.

—Es hora de cambiar de tema —respondo rápidamente antes de que se le ocurran ideas más descabelladas—. ¿Cómo va la escuela?

Emma sonríe ampliamente y se acerca lo suficiente como para que pueda oler su perfume de Jo Malone. Como yo, ella se quedó con algunas cosas.

—Después de que entraste en la oficina del director amenazando con demandarlos, todo va muy bien. Y, Dios mío... ¡soy tan popular ahora! ¡Soy dueña del lugar! —dice y ella echa la cabeza hacia atrás, riendo encantadoramente.

La risa de Emma siempre me recuerda que tomé la decisión correcta al irme.

Pero luego, con la misma rapidez, ella se endereza y me mira a los ojos.

—Hablando en serio —dice—. ¿Una fiesta de revelación de género? Puede que sea divertido.

—Emma... —estoy a punto de sermonearla cuando noto que una mujer afuera de la ventana me mira fijamente. Me quedo con la boca abierta cuando veo a Sonya entrar al café con bolsas de compras en ambos brazos y Vanya siguiéndola. Mi corazón comienza a acelerarse. Me llena de pavor al recordar la forma en que nos separamos en términos terribles. Mi cara se sonroja al recordar cómo me negué a hablar con ella.

Lucho por ponerme de pie, pero Sonya me detiene, se inclina y me da un beso en la mejilla.

—Paige, querida —ella mira mi estómago y una sonrisa vertiginosa ilumina su rostro—. Mírate. ¿Cuándo es la fecha de parto? Pronto espero.

Sonrío, mucho más feliz de verla de lo que pensé que estaría.

—En febrero —respondo en voz baja.

Sonya mira a Vanya.

—¡Eso es este mismo mes! —dice y Sonya vuelve a darme un beso—. Paige, me alegra mucho y te he extrañado —luego mira a Emma—. Soy muy grosera. Emma, cariño. ¿Cómo estás?

Emma besa a Sonya en la mejilla.

—Estoy bien. De regreso a la escuela. Por cierto, te ves fabulosa —le dice Emma y de repente se queda boquiabierta—. ¿Eso es un anillo de compromiso?

Sonya se ríe como la mujer que conocí antes de la guerra, con pequeñas líneas arrugándose alrededor de sus vibrantes ojos azules.

—Si. Hemos estado comprometidos desde Navidad —dice Sonya y se gira para mirar a Vanya—. Nos mudaremos a Raleigh, Carolina del Norte.

Mis ojos no pueden estar más abiertos.

—Mis abuelos viven allí —responde Vanya—. Hemos decidido regresar y cuidar de ellos mientras Sonya va a la escuela.

Asiento con la cabeza lentamente y me pregunto brevemente qué más habrá cambiado.

—Me alegro mucho de verlos a ambos. Por favor déjame saber dónde te mudas. Querré enviarte una foto.

—¿Mandarme una foto? —sonríe Sonya—. ¡Tendrás que visitarnos con mi sobrina o sobrino! No puedo esperar a conocer a ese pequeño.

—Es una niña —sonríe.

—¡Maravilloso! —Sonya me abraza y me agarra fuerte. Todo el odio ha sido borrado ahora que la guerra ha terminado—. No me preguntaste, pero él está bien y solo.

Me muerdo los labios, aunque puedo decir que mis ojos brillan.

—Gracias, Sonya, y buena suerte —le digo.

—Gracias, Paige —susurra ella—. Espero que tú también consigas lo que quieres.

Emma se queda mirando fijamente a Sonya hasta que ella y Vanya salen por la puerta. Sonya atrapa a Emma y le ofrece una gran sonrisa antes de despedirse con un gesto de sus manos.

Emma se recuesta en su asiento, luciendo como un globo que se desinfla lentamente.

—Supongo que realmente todo se acabó. No es que esperara que ustedes dos comenzaran a golpearse, pero... —Emma se detiene, se muerde el labio y me mira con los ojos muy abiertos.

Yo trago fuerte.

—Sí. Él realmente se ha ido.

ANDREI

EL INTENSO TRÁFICO EN HORA PICO AL ENTRAR A LA CIUDAD TARDA MÁS DE LO ESPERADO Y, mientras conduzco, mis palabras jactanciosas vuelven a atormentarme.

—Te provocaré y complaceré hasta que olvides tu moral. Hasta que dejes de juzgarme. Hasta que dejes de intentar huir. Y cuando termine, me rogarás que te mantenga en mi cama. Y olvidarás por qué alguna vez quisiste huir de mí.

Era nuestra noche de bodas cuando le dije eso a Paige y nada de eso se hizo realidad. Yo tenía la fuerza, pero Paige tenía la determinación. Siempre la subestimé, aunque también la admiré. Ahora me esfuerzo por no sentirme amargado por lo que pasó entre nosotros, pero no estoy acostumbrado a equivocarme.

Después de encontrar estacionamiento, camino hasta un edificio con una imponente fachada de granito en la calle 23. Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras cruzo las puertas giratorias. No hay guardias conmigo, miro a mi alrededor con cautela, sabiendo que estoy asumiendo un riesgo innecesario, pero tengo que hablar con Popov a solas.

Los viernes, el edificio es dejado solo por los oficinistas, quedan sólo unos pocos necesarios dispersos por el lugar. Sigo las indicaciones que me han dado hasta el piso quince, donde los negocios de la Bratva continúan sin parar. Controlo mi inquietud con una respiración profunda antes de abrir la pesada puerta de vidrio y entrar a la oficina.

Después de una dura y sangrienta lucha, soy el Pakhan más poderoso de la costa este, pero sin el apoyo de mis aliados clave, terminaré muerto una noche si le doy la espalda al gamberro equivocado, con algo que demostrar. Uno no puede simplemente alejarse de la Bratva. *Con los pies por delante es como te vas*; ese es el dicho probado y verdadero.

—Andrei Vasilyevich —dice Popov, saliendo a la vacía sala de espera con los brazos abiertos—. Por favor, sígueme a mi oficina.

—¿No tienes recepcionista? —le pregunto después de darle un rápido abrazo.

Él suspira.

—La chica nueva se dio cuenta ayer y no regresó después del almuerzo.

La oficina de Popov está decorada al estilo típico de un director ejecutivo: muebles de caoba pulida y sillas tapizadas de cuero. Pero los ventanales del suelo al techo dejan entrar abundante

luz natural y hacen que el espacio sea extraordinario. Además, una de las estanterías que recubren las paredes está entreabierta.

Una ventana abierta permite que el zumbido del Midtown entre a la habitación. Popov la cierra y hay un silencio pacífico, ni siquiera perturbado por los teléfonos que suenan a lo lejos o el crujido ocasional de papel cuando alguna persona invisible destruye documentos.

Me siento pesadamente en un sillón que eclipsa mi alta figura.

—Gané la guerra de mi padre y ahora quiero vivir mi vida —le digo.

Popov asiente con una sonrisa en su rostro.

—Entonces, ¿ahora pelearás tus propias guerras? —inquire él.

Dudo por un momento, preguntándome cuál es la respuesta diplomática a esa pregunta. No puedo decirle a la Bratva que se vaya a la mierda. Sé que, si me quedo en la Bratva, existe la posibilidad de que al final acabe muerto. Pero también sé que, si me alejo de ella, mis rivales me juzgarán débil, vendrán tras de mí y acabarán conmigo. Entonces, quedarse significa muerte; pero marcharse significa una muerte segura.

Popov rompe el silencio.

—Tal vez deberías considerar retirarte —dice él en voz baja—. Te lo has ganado. ¿Por qué esperar hasta tu funeral? Toma un título como lo hice yo y sumérgete en las sombras.

—Lo pensé, pero aún no le he dedicado tiempo —le señalo. También sé que no puedo hacerlo solo. Necesito aliados que me ayuden a lograr una ruptura limpia. Y los aliados seguirán queriendo algo a cambio.

Popov parece leer mi mente.

—Si necesitas ayuda —me dice lentamente—. Puedes contar con la protección de los leales aliados de tu padre. Has completado lo que empezó tu padre, Andrei, y todos están satisfechos con los resultados.

Coincido con su mirada.

—¿Y qué pasaría con mis hombres? Todos mis hombres, incluidos los Karamazov, los Novikov y los Nikitin. ¿Enfrentarán represalias si no me quedo?

Me detengo y evoco cómo Kelsey Harper tenía fe en que yo ganaría y que mi venganza lo liberaría. ¿Pasaré lo mismo con el resto? Tengo responsabilidades *incluso si me voy*.

—Podrían tenerlas, pero sólo si se atreven a hacer alarde de sus tatuajes al servicio de sus antiguos maestros —dice Popov y su boca se tensa, y su siempre presente sonrisa desaparece—. Ya no serás su Pakhan, Andrei. Recomendaría elegir sabiamente a tu sucesor.

—Es para Sonya, por derecho de nacimiento —respondo de manera poco convincente.

Popov busca una caja de latón grabada que hay sobre su escritorio y saca un cigarro. No lo enciende, pero juega con él en la mano.

—Andrei, no eres el primero que se va por culpa de una mujer. Y tu esposa es valiente,

asombrosa y hermosa. La gente no te culpará por hacerlo. De hecho, probablemente estarán celosos de tu buena suerte.

Popov se recuesta en su silla y mira por la ventana la panorámica vista de un cielo azul perfecto. Él suspira.

—Y la envidia puede ser mortal.

ABRO la puerta de mi oficina y Dmitri se queda ante ella con emociones encontradas en su rostro. Su cicatriz es más roja y más pronunciada de lo habitual, un indicio de cómo debe sentirse. Le hago un gesto para que entre. Él lo hace y se sienta frente a mi escritorio sin decir una palabra.

Miro hacia abajo, hacia un plano de edificio extendido sobre mi escritorio, luego miro hacia arriba.

—Sonya se hará cargo cuando yo no esté —le digo.

Su postura se endurece y la ira irradia de él, aunque no dice nada y mira al frente.

—Hemos trabajado juntos durante muchos años y tú has sido mi mano derecha. Pero debo seguir la línea sucesoria y mantener a la Bratva dentro de la familia.

El ambiente es tenso y espero su respuesta. El silencio parece prolongarse eternamente hasta que él habla.

—¿Qué gano yo con esto, Andrei? —su voz es fría, con un toque de ira y decepción.

Respiro profundamente y miro a Dmitri a los ojos.

—Te ofrezco un puesto como segundo al mando. La única diferencia es que Sonya será la que esté a cargo. Ella tendrá sus propios planes, pero tú te saldrás con la tuya. Espero que puedas entender por qué tomé esta decisión.

Dmitri se recuesta en su silla, con expresión estoica. Después de unos momentos, deja escapar un largo suspiro.

—Si, lo entiendo —dice y su rostro pasa de la ira a la aceptación.

Sonríó, ocultando las emociones conflictivas que me embargan.

—Estoy agradecido de que entiendas lo que te estoy pidiendo. No es fácil, pero necesito tu ayuda si quiero seguir adelante.

Dmitri asiente, pero algo en su mirada me hace detenerme. ¿Oportunidad? ¿Tentación?

No. Siempre he confiado en él y servirá a Sonya lealmente como lo hizo con mi padre y conmigo.

Ya ambos de pie, nos tomamos de la mano, sabiendo que este es el final. Me dirijo a la puerta y Dmitri se queda atrás. El sonido de la puerta de la oficina cerrándose hace eco cuando entro al

pasillo principal. Una sensación de que todo ha terminado se apodera de mí mientras camino hacia la puerta principal.

PAIGE

ENTRO SOLA A LA SALA DE ESPERA. ANDREI SABÍA DE LA CITA PORQUE LA HICE HACE MUCHOS meses y lo miré ponerla en su teléfono. Miro alrededor de la habitación, observando los detalles que he visto en cada visita. Las paredes de color azul pálido, las fotografías de bebés y familias sonrientes en marcos de carteles baratos y juguetes esparcidos por el suelo. La televisión emite un programa matutino ruidoso para atraer a los madrugadores. Me siento fuera de lugar esperando aquí.

La recepcionista abre la mampara de cristal y me mira directamente.

—¿Paige Reyes? —inquire ella y me observa mientras me levanto de la rígida silla tapizada—. ¿Estás sola?

Me detengo antes de poner los ojos en blanco.

—Tengo a mi bebé conmigo —Nunca he usado mi apellido de casada en el consultorio del médico. Quizás fue una advertencia o simplemente suerte.

Ella se ríe como si fuera una broma. Supongo que elige ignorar el sarcasmo.

—El médico la verá ahora, señora Reyes. Espere a la enfermera.

Dicho y hecho. La puerta se abre y la enfermera sonríe alegremente mientras me dirijo hacia la sala de examen. Ella revisa mis signos vitales de manera eficiente y, afortunadamente, evita las conversaciones triviales. Sin preguntas indiscretas sobre mi vida actual. Ella no lo sabe y no se entromete. Con un suspiro, me relajo mientras me siento en la mesa de exploración.

Se oye un golpe rápido y luego se abre la puerta. Sonriendo, Emma entra apurada delante de un médico al que no había visto antes.

—Lamento llegar tarde —dice Emma.

—No sabía que vendrías —le respondo—. ¿No tienes escuela? —pero ella en lugar de responder, se ríe y luego mira al doctor.

—Hola, señora Reyes —me dice él, extendiéndome la mano—. Soy el Dr. Glenn Matthews. Soy socio aquí en la práctica.

—Es un placer conocerle —le respondo, tomando su mano y estrechándola.

—Encantado de conocerle también —dice, con ojos brillantes—. Conocía muy bien a su primo, Kenney Grant. Quería entrar y expresar mi más sentido pésame a usted y a su familia.

Es amable de su parte presentar sus respetos. Y le agradezco mientras me pregunto qué tan bien conocía a Kenney y por qué tiene una buena opinión de él. No debe haberlo conocido muy bien entonces. Un rubor comienza lentamente a subir por mi cara. Me pregunto si el Dr. Matthews sabe con quién estoy casada. ¿Kenney hablaría mal de mí con todos sus amigos?

—Sólo quería darle el pésame —reitera—. Y si necesita algo... —me mira expectante.

—No —digo rápidamente—. Y gracias por sus amables pensamientos.

Emma prácticamente baila por la habitación antes de que el Dr. Matthews salga y cierre la puerta. Viene hacia mí y me da un ridículo abrazo, como si hubiera ganado dos loterías.

—¿Qué te pasa? —le siseo—. ¿Y por qué no estás en la escuela?

Emma se burla, como si mis preguntas no le preocuparan para nada.

—¿Viste eso? —me dice ella—. ¿Lo viste?

—Emma, no tengo tiempo para esto. Mis pies están hinchados y mi espalda se siente como si alguien estuviera tratando de sacar mi columna a través de mi trasero —le digo y la aparto de mí con un empujón—. ¿Qué está pasando?

Emma respira profundamente.

—Vale. Entré a la sala de espera buscándote, pero ya habías entrado. Y ese médico estaba detrás del cristal hablando con la recepcionista. Y escuché tu nombre. Entonces me acerqué, pero no me vieron. Y él le decía que le gustaría conocerte porque conocía a Kenney. Y la enfermera le dijo que ya casi llegaba el parto y dónde podía encontrarte.

Sacudo la cabeza, completamente perdida.

Emma suspira.

—¡Le gustas!

—No —me burlo en voz alta—. Vino aquí porque conocía a Kenney, y Kenney probablemente le dijo que yo era su prima loca que se casó con el mafioso.

Emma niega con la cabeza y, con voz firme, dice:

—No. Paige. Si él pensara que eres un problema, no vendría aquí y se presentaría —dice y continúa con una tonta imitación del Dr. Matthews al hablar más gravemente—. Hola, soy el Dr. Guapo y tú debes ser la Sra. Loca —dice y se guinda de mi brazo—. No, Paige. El universo te está enviando un recordatorio de que todavía estás de moda y tienes demanda.

Ella está tratando de hacerme sentir mejor, pero tiene el efecto contrario. Y, en su lugar, extraño aún más a Andrei.

Tengo tantas ganas de verlo aquí. Todavía quiero y espero que cruce la puerta. Puedo imaginármelo con su traje ajustado, su cabello oscuro y sedoso y esa sonrisa de satisfacción que me provoca escalofríos por todo el cuerpo. Quiero que me diga que todavía me ama y que no

puede vivir sin mí.

¡Rompería mi ayuno! No me importa la Bratva. Solo lo quiero de vuelta.

No le digo nada de esto a Emma, y ella me observa confundida mientras yo estallo en una avalancha de desgarradoras lágrimas.

Mi médico entra a la habitación y me mira antes de sentarse frente a la computadora.

—Ya, ya, señora Reyes. Sé que ha sido difícil, pero ya casi estás ahí.

Gracias, eso lo hace todo mejor.

¿Acaso es inútil querer lo que quiero? Mi fecha de parto se acerca rápidamente y, por primera vez, siento una extraña sensación de anticipación de que el futuro será mejor. No estaba segura antes, pero debo seguir haciendo lo que estoy haciendo. Amo a Andrei y amarlo todavía duele, pero el bebé es mi nuevo comienzo.

Paige, puedes hacerlo y valdrá la pena, con o sin él.

ANDREI

HOY ES LA CITA DE PAIGE CON SU OBSTETRA-GINECÓLOGO Y YO HABÍA PLANEADO LLEVARLA. Y habría ido a buscarla si se hubiera quedado en la posada, pero estoy seguro de que no soy bienvenido en la antigua casa de Gerald Reyes. La alarma de mi teléfono vuelve a sonar, pero yo continuo por la carretera en dirección a la sección Greenwich de Twin Rivers. Debo convencer a Sonya de que no se case con su guardia favorito del mes.

Estaciono mi Lamborghini frente a una ornamentada fachada de metal y vidrio en una elegante cuadra llena de tiendas de diseñadores. He pagado millones a la boutique de Naomi a lo largo de los años, pero esta es la primera vez que vengo aquí. *Espero que aprecie mi leal patrocinio.*

Debe hacerlo porque la puerta se abre inmediatamente.

—¡Andrei! —estalla Sonya, de pie en medio de la tienda, envuelta en metros de satén blanco. Le doy un rápido beso en la mejilla y busco a sus guardias. Ella es la Pakhan de la Bratva más grande de la costa este y no veo guardias.

—¿Estás aquí sola? —le susurro.

—Están afuera —me dice.

Una rubia con el pelo recogido corre hacia mí y casi saco mi arma antes de darme cuenta de que está extendiendo la mano.

—Bienvenidos a mi boutique. Estoy muy feliz de conocerlo finalmente, señor Barinov.

Asiento solemnemente.

—De nada. ¿Hay algún lugar privado donde pueda hablar con mi hermana?

—Por favor use mi oficina —dice Naomi y avanza rápidamente delante de nosotros, su cabello rebotando mientras nos lleva a una habitación con paredes de color rosa caramelo. El delicado escritorio está situado en el medio, y un ligero aroma a rosas flota sobre mí mientras me siento torpemente en una delicada silla. Coloco mis manos a ambos lados del escritorio como para estabilizarme. Las patas de mi silla crujen ligeramente bajo mi peso.

—Avísenme si necesitan algo —dice la rubia.

Sonrío con fuerza.

—Solo privacidad.

La sonrisa de Naomi permanece en su rostro hasta que se cierra la puerta. Mientras tanto, Sonya salta sobre mí antes de que pueda regañarla por salir en público con muy pocos guardias.

—Entonces, ¿no vas a ir? —me dice frunciendo el ceño—. Eres un tonto por no ir.

Le devuelvo el ceño.

—¿Vas a planear otra boda?

Sonya se acerca y se deja caer en una silla.

—Estoy considerando seriamente fugarme. ¿Podrías culparme?

Intento contenerla, pero la risa se me escapa. Los ojos de Sonya se abren ante mi respuesta mientras se recuesta en la silla.

—¿Qué dices? —le pregunto—. ¿Qué pasa?

—Esperaba que fueras tú mismo: enojado, melancólico y molesto con el mundo —su expresión se vuelve seria—. Si no te presentas a cuidar a ese bebé, habrá consecuencias. Andrei, Paige todavía te ama. Puedo verlo en sus ojos. El mundo puede verlo en sus ojos, pero tú no puedes verlo porque no te acercas a ella.

—Suficiente. Uno de nosotros debe ser Pakhan y dudo que tú seas apta para asumir esa responsabilidad.

Sonya levanta su naricita en el aire.

—¡Vanya me ayudará!

—¡Vanya es tu guardia! —espeto, pero bajo la voz—. Un Pakhan no se casa con su rango. En un año, arruinarás lo que he logrado.

—No te atrevas a descargar tu frustración conmigo —dice en broma—. No lo olvides. Estás hablando con tu Pakhan.

Luego sale y cierra la puerta y me deja en un lugar al que no pertenezco. Me quedo allí sentado, respirando profundamente y preguntándome qué he hecho. *Lo he jodido todo. Eso es lo que he hecho.* El trabajo duro me ha dejado sin nada, pero sólo hay una cosa que realmente quiero. Miro la hora en el teléfono. Todavía hay tiempo para llegar allí si me voy ahora.

De repente, Natasha entra corriendo a la oficina vestida de negro. Destaca como un faro de tinta en esta nube rosada. La miro fijamente, sin comprender de dónde viene, pero me alegro de que esté aquí.

—Dejaste tu GPS encendido —me dice, antes de que yo pueda preguntar—. Una Bratva más pequeña está provocando a los guardias de nuestro club, diciendo que les debemos dinero. Necesito ayuda para detenerlos antes de que empeore.

—No puedo ir, Natasha —me esfuerzo por hablar con calma—. Dile a Dmitri... es decir, dile a Sonya que envíe a alguien. A los Karamazov les gusta esa mierda.

Ella me mira por un momento, su rostro es un collage de incredulidad y confusión.

Pero siento una mezcla de ira y tentación en lo más profundo de mi ser. Yo quiero ir. Quiero tener el control. Sé qué hacer para humillar a los advenedizos. Hacerles caer de rodillas y obligarlos a suplicar por sus vidas. Mi respiración se acelera como si hubiera corrido un kilómetro y medio. Es muy fácil volver a mi antigua y peligrosa vida. Me agarro al escritorio hasta que este tiembla.

Pero, si existe la posibilidad de recuperar a Paige, no debo hacer nada.

—Está bien —dice ella en voz baja—. Sonya se encargará de ello —y con eso, Natasha se va.

Nunca pensé que podría decir que no. Nunca será fácil estar limpio. La devolución del dinero de Paige no sólo afectó su vida sino también la mía. Aumentó la reputación de la Bratva Barinov y, de una manera extraña, me brindó protección contra aquellos que realmente podían cazarme. Puedo caminar por la calle como cualquier otro hombre.

Reviso mi teléfono. Nunca llegaré a la cita ahora. Cierro los ojos, respiro profundamente y exhalo. En algún lugar, Paige está viviendo su vida sin mí. Ella se fue y, si quiere que estemos juntos, debe volver. Depende de ella.

Me siento allí, mi mente da vueltas. Ojalá hubiera ido a la cita de Paige. Quería demostrarle que me importa. No sé qué fue lo que realmente me impulsó a no ir. Tal vez fue miedo... miedo de fallarle. Cualquiera sea la razón, prevaleció mi miedo a una existencia normal.

La tienda luce borrosa mientras me apresuro hacia mi auto. Es hora de hacer un movimiento si alguna vez quiero volver a tener la oportunidad de ser feliz con Paige. Tengo que concentrarme en lo que puedo controlar: mis acciones y mis decisiones. Tengo que concentrarme en estar limpio si quiero ser padre de mi bebé.

ANDREI

FUE UN DESASTRE. SE SUPONÍA QUE SERÍA UNA SIMPLE ESCARAMUZA ENTRE NUESTROS HOMBRES Y algunos punks que sabían disparar mejor con la boca que con un arma. Pero al final perdimos a cinco buenos hombres. Fue una vergüenza para nosotros y puso en peligro mi nueva vida.

Sonya me observa desde la esquina del sofá mientras camino frente al escritorio. He luchado entre mis obligaciones como marido y como líder de una poderosa Bratva. Fue una decisión difícil dejar la Bratva por Paige, pero me doy cuenta con amargura de que no puedo abandonarlos todavía.

—Lo siento, Andrei —susurra Sonya— Tu lo haces ver muy fácil. Yo lo arruiné.

Me vuelvo contra ella.

—Comprando vestidos de novia cuando deberías haber estado con tus hombres. Si yo todavía estuviera a cargo, no habría boda.

Sonya baja la mirada.

—Aún podrías estar a cargo. Estoy seguro de que ella lo entenderá.

—No, no lo hará —respondo con dureza—. No entendí cuándo esto era lo que ella necesitaba.

Recuerdo con vergüenza cómo Paige suplicó ver a su familia y yo se lo negué. *¿Qué pasa si alguien intenta impedirme ver a mi bebé?* Golpeo el escritorio con los puños y permanezco inmóvil.

Sonya da un paso adelante y me abraza con fuerza, a pesar de saber que la lastimé profundamente. Al igual que Paige, muestra fuerza y coraje en lugar de retroceder. Sonya también se niega a dar marcha atrás.

—No tienes que ser el Pakhan para siempre, Andrei. Pero siempre querré a mi hermano mayor. Te amo y te admiro. Puede que no hables de ello, pero sé lo dura que ha sido tu vida. Vasily era malvado y costó mucho purgarlo. La Bratva ha traído el caos a nuestras vidas. La violencia, las traiciones, los secuestros... fue demasiado para ella.

Me suelto del escritorio.

—Se siente como si él todavía estuviera aquí, mirándonos —confieso. —Él destruyó gran parte de nuestras vidas.

—Mamá quería que ambos nos alejáramos de él —susurra Sonya como si Vasily todavía pudiera oírnos—. Yo puedo hacerlo por mi cuenta, pero tú necesitas que Paige te saque.

Había controlado la relación más importante de mi vida, sólo para perderla. Me concentré tanto en la Bratva que olvidé mis otras emociones y alejé a Paige cuando quiso salvarme. *Salvarnos*.

—Estoy abrumado —le respondo—. Y no sé qué hacer. El cariño es tu especialidad, no el mío.

Sonya sonrío con confianza.

—Tu Pakhan te ordena que vayas a hacer las paces con tu esposa. ¿Te has disculpado siquiera con ella?

—¿De qué? —pregunto.

—¡Por muchas cosas! —Sonya me mira boquiabierta, asombrada por mi audaz ignorancia—. Por secuestrarla. Por obligarla a casarse contigo. Por secuestrar a su padre y a su hermana pequeña. Por presentarle a tu loca exnovia que la quería muerta...

Levanto la mano.

—Basta. Me da vergüenza admitirlo, pero no, no me he disculpado. La he tratado bien desde entonces.

—Las joyas son impresionantes, pero tienes que decir la palabra, Andrushka —Sonya baja la voz hasta convertirla en un ronroneo reconfortante—. Nuestra madre quería que nos amaran y no importa lo que tú hagas, la Bratva nunca te amará tanto como Paige.

Respiro profundamente y le doy un cálido abrazo a Sonya. Me permito bajar la guardia mientras ella consuela mi dolor.

—Voy a hacer las cosas bien —digo—. ¿Tú me perdonas, Sonichka?

Sonya sonrío y me abraza aún más fuerte.

—Sí.

—Quiero una cosa, Sonichka.

—¿Qué? —pregunta ella.

—Volver a ser Pakhan.

La sonrisa desaparece del rostro de Sonya mientras se libera de mi alcance.

—Muy bien. Si eso es lo que realmente quieres, entonces eres Pakhan —resopla ella—. Felicidades.

—Gracias.

Vuelvo a sentarme detrás de mi escritorio mientras ella me mira con decepción. Envío un mensaje de texto a Dmitri para que venga inmediatamente a mi oficina y le digo a Sonya que no se vaya todavía.

—Lo primero es lo primero —digo—. No te casarás con Vanya.

—Andrei, no —Sonya golpea el suelo con el pie y me mira—. No puedes...

Levanto un dedo para silenciarla.

—Después de un año, si ambos quieren casarse, entonces tienen mi bendición. Pero deben entender que él tendrá que abandonar la Bratva.

—Bien —me mira ella—. Lo que tú digas, mi Pakhan.

Dmitri entra y parece un poco sorprendido de vernos a los dos en la oficina, conmigo detrás del escritorio. Nos saluda a ambos con la cabeza y espera sus órdenes.

—Dmitri —le hago un gesto y él se sienta—. Sonya ha dimitido. Soy Pakhan otra vez.

Dmitri sonríe, satisfecho con el anuncio, pero sabiamente mantiene la boca cerrada mientras Sonya está allí.

—Listo para ir a trabajar cuando usted lo esté, jefe —dice él.

—Muy bien, tengo dos anuncios para ti.

—Solo dígalo —expresa.

—Lo primero, estoy designando un nuevo sucesor. Felicitaciones, Dmitri —levanto la mano antes de que él tenga la oportunidad de hablar—. Y lo segundo, renuncio.

—¿Hablas en serio, Andrei Vasilyevich?

Me levanto del asiento.

—Éste es tu asiento ahora, mi Pakhan.

—¿Yo, Pakhan de la Bratva Barinov? —dice y una amplia sonrisa se apodera de su rostro, luego sigue una fluida serie de felices maldiciones.

—Te estás olvidando de los otros tres que juraron lealtad a tu título —me acerco a Sonya, y ella se coloca a mi lado—. Serás el Pakhan de la Bratva más grande de la costa este.

—¿Es ésta realmente tu decisión final, Andrei Vasilyevich?

—Lo es —afirmo mientras me alejo del asiento que ahora le *pertenece a él*—. *No te importa nada o nadie más que la Bratva*.

Dmitri camina lentamente hacia detrás del escritorio y luego se sienta en el asiento.

—*Y no amarás a nada o nadie más que a la Bratva* —agrega él sonriendo—. ¿Recibiré también el Lamborghini y la casa?

Le frunzo el ceño.

—Cómprate el tuyo propio. Eres un hombre rico ahora —me quito la chaqueta del traje y la coloco sobre mi hombro—. Sonya, recuerda... un año —de frente a Dmitri agregó: Mi Pakhan, si me disculpas, hay alguien con quien quiero disculparme.

Dirigiéndome hacia mi auto, miro mi teléfono; mi dedo se sitúa sobre el botón de llamada.

Respiro profundamente, finalmente presiono el botón y espero a que ella responda.

—¿Hola? —jadeando, la voz de Paige me llega a través del receptor como un dulce sueño, y todo el amor y el anhelo que mantenía dentro inunda mi corazón.

—Paige —digo, luchando por mantener mi voz tranquila—. Es Andrei.

PAIGE

LAS CONTRACCIONES SON TENUES, APENAS PERCEPTIBLES AL PRINCIPIO, Y LUEGO MÁS FRECUENTES e intensas. Emma está en la escuela y no he visto a Viktor desde que los dos ‘rompieron’. Creo que ella lo hizo para ser solidaria y no hipócrita: yo dejé a Andrei, entonces, ¿por qué Viktor anda por ahí?

Pero ahora me arrepiento de su decisión.

Estoy sola en la casa y me siento aislada a cada minuto que pasa.

Voy a tener mi primer hijo y lo haré sola.

Pensar en este momento me ha emocionado y asustado durante meses. La ansiedad y la realidad de tener que criar a un bebé yo sola chocan contra mí como un maremoto, y lo único que quiero es a Andrei a mi lado.

Pero él no está.

No tengo más remedio que afrontar este desafío de frente.

Lo has hecho muy bien hasta ahora, Paige.

Intento mantener la calma y pensar racionalmente, pero es casi imposible. En el fondo, estoy aullando histéricamente. Camino lenta y dolorosamente hacia la cocina para coger mi teléfono.

Quizás tenga que llamar a Emma después de todo.

O puedo llamarlo a él.

No.

Una vez que llame a Andrei, él regresará a mi vida y la controlará. No. He hecho demasiado y he llegado demasiado lejos por mi cuenta para volver atrás.

El dolor surge y arde a través de mi cuerpo y jadeo en voz alta. Mi teléfono se me escapa de las manos, patina sobre la mesa de la cocina y cae ruidosamente al suelo. Jadeo, esperando a que pase el dolor antes de poder moverme para levantarlo.

¿Es mi orgullo más importante que la vida de mi hija?

No es tu orgullo, Paige. El hombre es un criminal que camina por un camino de destrucción.

¿Quieres llevarlo hasta tu hija?

Esto está mal. Necesito a alguien. Si Andrei supiera que lo necesito... Él no querría que yo hiciera esto sola.

Hago una mueca y apenas logro agarrar mi teléfono con las yemas de los dedos. *Tengo que llamar a Andrei.*

Luego, como respondiendo a mis propias oraciones, su nombre se ilumina en el aparato antes de que yo toque la pantalla.

—¿Hola? —jadeo en el teléfono.

—Paige, soy Andrei —su voz suena urgente—. Paige, ¿estás ahí? Tenemos que hablar.

—Estoy en trabajo de parto —mi voz es un susurro aterrorizado. Apenas puedo hablar por el dolor—. No puedo ir al hospital.

Escucho un tanteo al otro lado de la línea y luego su voz, profunda y familiar, suena de nuevo.

—Estoy en camino. Aguanta.

El dolor disminuye ligeramente ante su promesa y trato de concentrarme en mi respiración como me enseñaron en clase. Me imagino a la maestra sentada con las piernas cruzadas frente a nosotros, con las manos en el vientre, inhalando y exhalando cada respiración como si saboreara la sensación del aire en sus pulmones. *Piensen con gratitud*, le dijo ella a la clase. Repito lo que puedo recordar y cuento cada respiración, pero el dolor es cada vez más intenso.

Y enterrado dentro de las capas de dolor, un calor burbujea dentro de mí. *¡Andrei viene! Él viene por mí.*

Estoy agradecida por los ejercicios que he hecho para prepararme para este momento. Canto el mantra en mi cabeza, incapaz de llevar las palabras a mis labios. Estoy agradecida por las clases que tomé y que me enseñaron las técnicas para afrontar el dolor. Estoy agradecida...

—¡OH MIERDA! —grito mientras me agarro el vientre cuando otra oleada de contracciones dolorosas destroza mi cuerpo— ¿¿Dónde carajo está él?! —le grito al vacío.

Voy a respirar profundamente. Encontraré mi centro y mi fuerza, sabiendo que soy capaz de hacerlo por mi cuenta.

—¡No, no, no! —las lágrimas ya salpican mi cara—. ¡Duele! ¡Duele mucho! —grito de nuevo, engañándome al pensar que eso me ayuda a sentirme un poco mejor.

Lentamente, me muevo de la cocina al sofá de la sala. Se me llenan los ojos de lágrimas a medida que las contracciones se hacen más frecuentes. Mi respiración es más dificultosa. Grito de dolor mientras miro la puerta principal, esperando el momento en que él entre.

Y entonces lo hace, y el alivio me inunda de nuevo.

Mi esposo. Mi Pakhan. Mi hermoso monstruo. El padre de nuestro hijo.

Sus ojos oscuros brillan con preocupación cuando abre la puerta de una patada y me encuentra tirada sobre la alfombra, mordiendo un cojín. Me levanta en sus brazos como si no pesara nada.

Me retuerzo por el dolor, pero ahora sé que estoy a salvo.

Él ya me tiene y todo estará bien.

Cuando salimos, miro el Lamborghini como si fuera un coche de payaso demasiado pequeño para que quepa uno más.

—¿No trajiste el Rover? —espeto y lamento las palabras tan pronto como salen de mi boca—. Lo siento. Lo lamento. Me alegro de que estés aquí.

Subirme al Lamborghini es como meterme dentro de mis viejos jeans, pero aun así logro hacerlo. Entonces me doy cuenta.

—¿Dónde están los Rover, Andrei?

Él no responde mientras salimos a la carretera.

—¿Andrei? —pregunto de nuevo—. ¿Dónde están los Rover?

—Se acabó, Paige —dice y sujeta el volante con fuerza—. Talia, la guerra, la Bratva. Todo se acabó. Lo dejé todo en el pasado, donde pertenece. Porque la verdad es que ninguna de esas cosas vale un carajo si no te tengo a ti a mi lado.

Aturdida, me quedo sentada mirando su perfil. La gracia encarnada bajo presión mientras se concentra en la carretera. Pero lo conozco. Su adrenalina está aumentando y sobresale en los momentos de crisis. Está concentrado, cuando otra contracción me golpea y grito.

—¿Estás bien? —grita Andrei, preso del pánico mientras su mirada se mueve entre la carretera y yo.

—Voy a tener un bebé —respondo con los dientes apretados y luego me río histéricamente—. Son las contracciones.

Las lágrimas cubren mi rostro, pero no es por el dolor. Me doy cuenta de cuánto tiempo hemos estado separados. Cuánto he echado de menos a Andrei. La ausencia me golpea en el corazón como un mazo, destrozando toda resistencia.

El dolor explota a través de mí otra vez, pero aprieto los dientes para aguantarlo. Quiero hablar y escuchar lo que pasó, pero suspiro de alivio cuando veo el hospital aparecer a la vista.

Hago lo mejor que puedo para no maldecir a todos en ‘Admisiones’, pero es un gesto inútil. En un momento de delirio inducido por el dolor, la visión de un hombre Bratva dando a luz entra en mi mente y logro esbozar una delirante sonrisa.

Andrei permanece tan estoico como siempre, mientras yo arremeto contra todo el mundo. Él está a mi lado, hablando con la autoridad que le resulta tan natural. Los trabajadores me oyen a mí, pero lo escuchan a él.

Dios, lo he extrañado. Lo extrañé muchísimo.

Y cuando intentan impedirle que venga conmigo, él continúa tranquilo pero exigente. El tono de su voz se mantiene firme y sólo yo puedo escuchar la urgencia que hay debajo.

—Soy su marido —le dice a mi desconcertado médico, que nunca lo había visto—. Y no me mantendrá en la sala de espera. Me quedaré aquí con mi esposa.

Me siento en la cama del hospital y hago lo mejor que puedo para controlar el dolor. Toda mi ansiedad ha desaparecido y lo único en lo que puedo concentrarme son en los dedos de Andrei entrelazados con los míos. Un millón de preguntas siguen rondando por mi mente, pero todas ellas son dejadas de lado por un solo pensamiento:

Él está aquí, Paige, y nunca se irá.

EMMA LLEGA CORRIENDO desde la escuela una hora más tarde. Tiene el pelo alborotado y le falta el aliento. Ella mira a Andrei, luego a mí e inmediatamente comienza a enviar mensajes de texto. Veinte minutos después, llega Sonya con Natasha. Tengo que reírme cuando entran a la habitación. Parecen las dos hadas madrinas, Maléfica y Glinda, una al lado de la otra.

—¿Qué, todavía no hay bebé? —me frunce el ceño Natasha y luego a la enfermera por perder el tiempo.

Sonya mira a Natasha.

—Cuéntanos, ¿qué haría tu madre si estuviéramos en el viejo continente?

—Mantequilla dulce y fresca —responde estoicamente Natasha—. La frota por toda la barriga. El bebé lo huele y ¡pop! Sale inmediatamente.

La enfermera, frustrada por la multitud, habla.

—Hay demasiada gente en esta sala. ¡Sólo el padre!

La mano de Andrei sigue sobre la mía hasta que le aprieto demasiado fuerte. Me mira fijamente, la sorpresa y el shock nublan su visión momentáneamente.

Pero luego sonrío.

—¿Una niña? —inquire él.

Asiento con la cabeza.

—He elegido ya un nombre; espero que no te moleste.

—¿Contigo? —sin quitar nunca la sonrisa—. Nunca. ¿Cuál será su nombre?

—Veronika —digo, mirándolo a los ojos—. Con una K.

—Veronika con una K —cavila, y la sonrisa se hace más amplia en sus labios—. Es hermoso.

La curiosidad me atrapa entre los ataques de dolor y le doy un tirón a su mano.

—¿No más Bratva? —le pregunto—. ¿Nunca?

—Nunca más —asiente él, y su voz es suave y sincera—. Lamento todo lo que te he hecho.

Lamento haberte hecho sentir como si fueras menos que nadie o nada en mi vida. Lamento haberte ocultado cosas. Lamento no haber escuchado. Lamento haberte hecho dudar alguna vez de ti misma —me mira y luego añade tres pequeñas palabras que me recuerdan la primera vez que lo miré a los ojos—, Pequeña Señora Suertuda.

Mi corazón ya se había derretido, pero la contracción me hace gritar.

Andrei se inclina hacia mí para secarme el sudor de la cara y me besa ligeramente en los labios. Un calor familiar se extiende a través de mí hasta que una contracción lo detiene en su camino.

—Yo no quería irme —le confieso con la voz temblorosa—. Lo hice por nuestra hija. Para mantenerla a salvo.

—Lo sé —asiente él—. Tú querías mantenerla a salvo del monstruo de su padre. Me arrepiento de tantas cosas en mi vida. ¿Pero sabes algo de lo que nunca me arrepentiré?

Las lágrimas empañan mis ojos y parpadeo ferozmente para poder verlo.

—¿De qué?

—De conocerte —dice—. Sé por qué tú querías que me mantuviera alejado —continúa, con la voz llena de emoción—. Y te prometo que, si quieres irte después de que nazca Veronika, no te seguiré. No te obligaré a regresar a un lugar en el que no quieres estar. Sólo quiero que sepas que te necesito, que te amo, que me preocupo por ti más que por cualquier otra cosa o por cualquier otra persona en este mundo. No quiero perderte otra vez. Y todo lo que puedo pedir, no, todo lo que puedo rogar, es tu perdón por los pecados de mi pasado. ¿Podrás perdonarme?

—Sí —jadeo—. ¡Sí! ¡Hasta el fin de los tiempos, sí!

—Te amo, Paige —dice, toma mi mano y presiona sus labios contra mis dedos—. No me preocuparé por más nadie que por ti, y no amaré a más nadie que a ti.

—Te amo, Andrei —respondo mientras siento otra contracción creciendo en lo más profundo de mí—. ¡Ahora trae una enfermera aquí y sáquenme este bebé!

Mi cuerpo instintivamente toma el control, empujando de una manera que nunca antes había sentido. Miro al techo y agradezco al cielo por darme la fuerza para salir adelante. El calor de su mano me mantiene arraigada y lo escucho gritar llamando a la enfermera.

MIENTRAS SOSTENGO A NUESTRA HIJA, Veronika, en mis brazos por primera vez, una ola de amor y miedo me inunda. La miro durmiendo en mis brazos con Andrei a mi lado. Me invade un sentimiento de amor que nunca antes había sentido.

Este es el momento que he estado esperando toda mi vida y no lo supe hasta que sucedió.

Fue difícil llegar hasta aquí, un desafío desalentador, pero lo haría todo de nuevo por mi dulce Veronika.

Lo arriesgo todo otra vez para estar con Andrei.

—Ella tiene tus ojos —susurra Andrei.

—Son oscuros —me río—. Como los tuyos.

—No, mi querida esposa —dice, besando mi frente—. Son dulces como los tuyos. Y espero que eso nunca cambie.

PAIGE

TRES MESES DESPUÉS

EL SOL BRILLA INTENSAMENTE EN LA PLAYA TROPICAL DEL *RESORT BORA BORA*, PERO EN LUGAR de hacer que la arena esté insoportablemente caliente, el calor relaja mi cuerpo y me acerco más a Andrei en su tumbona. Él se baja las gafas de sol y me mira fijamente a los ojos. Un guiño sexy me lleva al límite.

—¿Es ese un nuevo look? —me pregunta cuando me quito la parte superior del bikini y la tiro al lado de mi sillón.

—Es una playa privada —me muerdo el labio—. Podrías quitarte también tus shorts.

Finalmente, Andrei cierra su laptop y se sienta más cerca de mí. Se inclina y besa suavemente mi bronceado hombro.

—¿Qué hay de Emma? —pregunta él—. ¿Dónde está ella?

—Ella está en una cita de juegos con la bebé —me vuelvo de cara al sol—. Y le di mi tarjeta de crédito.

Andrei se ríe.

—No hay mucho que comprar aquí. A menos que ella se conecte.

—Ella lo hará. Confía en mí.

Sonrío ante la perfección, tanto a mi alrededor como a mi lado. En casa, no podíamos decidir nada: dónde vivir o con quién socializar. Entonces, decidimos irnos a la luna de miel, que nunca planeamos hacer juntos. Y noto que durante todo lo sucedido, Andrei ni una sola vez se quitó el anillo de matrimonio. Lo miro, contemplando el océano frente a nuestra villa privada alquilada.

—¿Qué estás pensando? —pregunto, cruzando los dedos para que no diga trabajo.

El sonrío.

—En que el océano no es tan azul como tus ojos —me dice.

Yo suspiro.

—Vaya, me enamoré de nuevo.

Andrei se acerca y mientras la sonrisa de su rostro desaparece. Su expresión se vuelve seria y

decidida mientras acerca mi cuerpo al suyo. Siento el deseo que él debe sentir cuando su mano se posa en mi cintura, seguido de un beso más suave y seductor.

—Quítate el bikini —susurra mientras sus dedos tiran de los amarres.

Muevo el bikini por mis caderas, haciéndolo lo más seductoramente posible. Lo sostengo en los dedos de mis pies por un segundo hasta que lo lanzo a la arena. En la playa, mi piel se ha vuelto de un bronce cobrizo y mi ondulado cabello tiene mechones dorados. Poco a poco, paso mis manos por mis desnudas caderas y luego por mi barriga. Me detengo cuando llego a mis senos llenos. Mis dedos se mueven en lentos círculos sobre mis pezones hasta que se eyectan.

Miro a tiempo a Andrei para verlo morderse el labio.

—Siempre pienso en ti cuando me toco, Andrei —le digo. Saber que él me ama por completo me da una confianza sexy que no tenía antes.

Andrei aparta mis manos de mis pechos y acaricia lentamente mis pezones con sus labios. Yo dejo escapar un suave gemido mientras él sigue mis curvas con un entusiasmo que me sorprende. Explora cada centímetro de mi piel desnuda con su lengua. Suave y gentilmente, me hace gemir más fuerte. Luego entierra su nariz contra mi cuello e inhala el dulce aroma de mi piel, ahora cubierta con leves toques de coco. Y luego sigue besando suavemente hasta llegar a mi boca.

—Estás muy paciente —bromeo, estirando mi cuello para que pueda besarlo.

—¿Estás planeando ir a algún lado? —tiene la intención de bromear, pero hay seriedad en su mirada.

—No —respondo, agarrándome a sus hombros—. No sin ti.

Sus ojos brillan con satisfacción y luego pasa sus dedos por mi cabello. Echa mi cabeza hacia atrás y nuestro delicado beso se convierte en deseo. Sus labios se mueven con urgencia sobre los míos mientras nuestras lenguas chocan contra la boca del otro. Andrei me aprieta más contra su fuerte cuerpo mientras lo agarro por los hombros y me aferro.

Cuando el beso termina, jadeo por aire mientras mi cuerpo tiembla contra el suyo.

Él se aleja y mi cuerpo tiembla mientras lo veo quitarse los pantalones cortos. Relamo mis labios lentamente mientras veo su dura polla reposar plana contra sus esculpidos abdominales. El contraste entre la piel pálida y la parte bronceada me hace desear trazar la línea con el dedo.

—Te gusta, ¿no? —sonríe él—. Pequeña Señora Suertuda.

—Y tú eres el Sr. *Magníficamente Guapo*.

Andrei se inclina y besa mi frente antes de empujarme suavemente sobre mi espalda. Me quedo inmóvil, observando cómo trabajan sus duros músculos mientras se arrastra sobre mí. Separo más las piernas y alcanzo sus caderas. Estoy tan mojada y me derrito con él mientras él se presiona contra mí.

Él besa mis labios mientras se mueve contra mí.

—No querrás dejarme otra vez —susurra.

—Nunca podría hacerlo —le digo.

Su mirada se vuelve intensa.

—¿Por qué? —vuelve él a susurrar.

Trago fuerte.

—Porque te amo.

Él vuelve a besarme.

—Yo te amo más —me dice.

Me muerdo el labio cuando él entra en mí y luego dejo escapar un pequeño sollozo. Se siente tan bien. Siempre se siente tan bien. Yo le pertenezco. Envuelvo mis brazos alrededor de sus hombros mientras muevo mis caderas para tomarlo por completo. Siento el calor de su aliento contra mi oreja mientras él jadea con cada empujón. Grito cuando sus dientes me muerden la oreja. Lo aprieto con fuerza mientras se aleja y luego me relajo cuando él vuelve a empujarse.

Abro los ojos y miro fijamente el cielo despejado mientras el movimiento de sus caderas hace que mi cuerpo se relaje en una sensación que no puedo describir. Siento que estoy flotando en el agua. No, en el aire. Cierro los ojos y muevo la cabeza de un lado a otro. Dejo que suceda y asimilo cada sensación. Mi cuerpo se mueve con el suyo mientras hacemos el amor.

Las olas ruedan sobre la arena y las hojas de las palmeras se rozan entre sí con una cálida brisa. Y yo me siento completa.

Andrei me mira y debe notar el placer que siento en mi nublada mirada. Besa mi cuello otra vez y su boca permanece allí mientras su respiración se vuelve más rápida y profunda.

Dejo que mi mente fluya hacia el paraíso que nos rodea. Permito que mi amor se exprese sin retener nada. Envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas y muevo mi cuerpo con abandono, sin amortiguar los gritos que hago con cada movimiento. Mi cuerpo se tensa y entonces sucede. Un sentimiento que me enloquece, y que quita todas las dudas que alguna vez tuve.

La expresión de Andrei se tensa mientras elevo mis caderas hacia él. No me importa si luzco salvaje y loca mientras grito su nombre. Le digo que lo quiero. Le digo que lo extrañé. Le cuento lo que hice sola en mi cama por las noches. Su mirada brumosa me observa hasta que su boca choca contra la mía. Lo monto descaradamente, haciendo que se corra muy fuerte. Aferrándome a él mientras grito y luego abrazándolo mientras recupera el aliento.

Nos tumbamos bajo el sol, tomados de la mano. Yo me arriesgué, pero en el fondo sabía que él se enfrentaría a la Bratva para retenerme. Yo hice lo mismo para retenerlo.

—Siempre me sorprendes —sonríe Andrei y luego deja escapar un profundo suspiro.

—¿En el sexo? —le bromeo.

Él niega con la cabeza.

—Es en todo sobre ti. Voy a quererte siempre.

Una lágrima se atasca en mi garganta mientras lo abrazo. Las olas nos adormecen y nos

quedamos a la intemperie, donde todos nos pueden ver.

Pero no hay nadie alrededor. Finalmente, libertad.

EPÍLOGO

PAIGE

MÁS TARDE, ANDREI SE PONE UNA CAMISETA PARA TAPAR SUS TATUAJES Y TOMAMOS EL TAXI acuático hasta el restaurante de la playa pública para los invitados. El resort es lo que yo hubiera imaginado cuando era niña. En los bares, cubiertos con techos de paja, se sirve deliciosa comida cocinada sobre fogatas a cielo abierto y bebidas de neón decoradas con sombrillas. Andrei y yo nos dirigimos a la barra y él le hace un gesto a Raymond, el camarero.

—Veo que lograste traerlo, Paige —bromea Raymond, se da fácil con todos—. Y él vino sin su laptop.

Sonrío vertiginosamente.

—Solo tiene permitido tocarme a mi durante el resto del viaje.

—Pero sólo cuando ella me lo pide —agrega Andrei.

Las burlas continúan, y mientras discutimos sobre el futuro, no como solíamos hacerlo, sino en un tono juguetón. Nadie perderá. Tenemos muchas buenas opciones, simplemente no podemos decidir.

—¿Dónde quieres vivir? —intento de nuevo—. Pensé que querías alejarte de esa mansión.

Él arquea una ceja y se da cuenta de mi pequeño chiste.

—No viviré en una casa en los suburbios, Paige.

—Entonces ¿qué tal un ático en la ciudad? —digo.

Andrei se burla:

—No con mi bebé. ¿Qué si ella quiere un jardín?

—Deberá aprender a caminar primero —señalo.

El sol comienza a ponerse y el cielo se convierte en un hermoso remolino rosa y dorado sobre el horizonte. Pasamos el día discutiendo sobre dónde viviríamos y con quién socializaríamos. Y luego entramos en planes de boda.

—No tenemos que volver a casarnos, Andrei —le digo, apoyando los codos en la barra.

—Nos volveremos a casar —me responde mientras Raymond nos sirve agua mineral—. Yo

quiero una boda real para ti.

Me burlo impotente.

—Y no veo cómo no podemos invitar a Dmitri y a Natasha.

—No, no estarán en la lista. Si invitamos a una Bratva, se convierte en una boda Bratva —me explica—. Entonces tendrías que invitar a Viktor y a Vanya. A Slava y a Lev. ¡Y también a Popov! O se sentirá insultado.

Yo suspiro.

—¿Por qué conocemos tanta gente?

—Paige, yo no quiero una gran boda —dice él con voz firme—. Sólo nuestras hermanas, y eso es todo.

Me agarra por la cintura y me hace cosquillas en el puchero de la cara. Me río mientras su mano aprieta mi trasero.

—Vale, pero sigo pensando que deberíamos invitar a Natasha y Dmitri —le digo sonriendo, contenta de que él esté decidido a hacerlo para nosotros.

Hemos estado juntos durante un año y las responsabilidades de esta vida juntos se empiezan a sentir. Mientras más hablamos del matrimonio, más lejos parecemos de llegar a un acuerdo.

—Fue más fácil ganar la guerra —murmura él.

—Fue más fácil dar a luz —murmuro yo.

Andrei toma mi mano y se la lleva a los labios. Me encanta que lo haga. Es tan anticuado pero sexy al mismo tiempo.

No puedo evitar preguntarme, *¿extraña él su antigua vida? ¿Veronika y yo seremos suficientes para evitar que se vuelva loco de aburrimiento?*

—No tenemos que apresurarnos —sonrío nerviosamente—. ¡Tenemos mucho tiempo! Tú, Veronika y yo.

Andrei no dice nada mientras silenciosamente se sumerge en profundos pensamientos.

—¿Qué tal si nos casamos hoy, aquí en la playa, y luego decidimos dónde vivir? —dice.

Al principio no respondo. Miro al horizonte y observo cómo el sol se esconde lentamente bajo el océano. No se me ocurre un lugar más idílico para celebrar nuestra boda. Sin decir una palabra, asiento con la cabeza.

Andrei levanta un vaso.

—Raymond, ¿quién puede casarnos esta misma noche? —inquire Andrei.

—Conozco al hombre adecuado —le responde Raymond sonriendo.

Luego Andrei toma mi mano, la cual tiene un sencillo anillo de compromiso en mi dedo. Él no tenía uno cuando me propuso matrimonio en el hospital, así que fue con cada uno de los

porteros. A uno de ellos le ofreció un fajo de billetes de cien dólares por su anillo escolar, el hombre aceptó y él le agradeció al sorprendido hombre por su ayuda.

—Quiero comprarte otro anillo —me dice, mirando el destartado que tengo en el dedo.

—No, me gusta este anillo —le contesto—. En realidad, tuviste que trabajar para conseguirlo.

Él se le queda mirando y me dice:

—¿Es eso un águila grabada en el costado? No estoy seguro.

—Creo que es un halcón —le digo, observando también.

Mientras se pone el sol, decimos nuestros votos frente a un grupo de turistas que rápidamente se han convertido en nuestros amigos. Llevo puesto un vestido de verano blanco y Andrei toma prestado un traje azul marino y se arremanga los pantalones. Nuestros invitados cantan desafinadamente la marcha nupcial mientras aplauden al compás del ritmo.

Camino por un improvisado pasillo hacia Andrei y el predicador en sandalias *Birkenstocks* con quien renovaremos nuestros votos. Siento el calor de la arena en mis pies descalzos. Emma observa mientras Veronika duerme una siesta en su regazo.

Mi pulso se acelera mientras miro a mi alrededor, anticipando lo que está por venir. *Esto es todo, Paige. Finalmente tendrás la vida que mereces con el hombre que realmente te ama. Y es maravilloso porque también lo amas.*

Andrei y yo nos tomamos de la mano mientras damos nuestros: ‘*Sí, acepto*’.

La playa se llena de un caleidoscopio de vibrantes colores mientras los huéspedes del hotel bailan a nuestro alrededor. Echo la cabeza hacia atrás y me río cuando empieza a sonar ‘*Sailing*’ por los altavoces. Es nuestra canción. Andrei me envuelve en sus brazos y me hace girar entre un atronador aplauso.

La sal marina y la arena llegan con una ligera brisa, mezcladas con toques de jazz. La barbacoa y la leña arden cerca, lo que proporciona un terroso aroma que perdurará mucho tiempo después de que termine la celebración. El bar está lleno de faroles parpadeantes, y su luz ilumina los sonrientes rostros.

Una gran multitud baila bajo la luz de la luna. Algunos se balancean al ritmo de la música, otros giran en círculos; todos ríen y aplauden. La alegría del momento es intensa y algo tan maravilloso como esto nunca se desvanecerá. La playa se siente viva, bajo las estrellas sobre nosotros.

Más tarde, cuando la fiesta termina, agradecemos a todos por venir. Voces gritan felicitaciones mientras los invitados se alejan.

Raymond levanta una copa hacia nosotros y nos dice:

—Vuelvan dentro de un año y lo haremos de nuevo.

Un taxi acuático se desliza ahora por las aguas oscuras hacia nuestra villa. Emma descansa su cabeza en el hombro de Andrei mientras yo sostengo a Veronika en mis brazos. No puedo dejar de sonreír; *esto es lo que yo quería*.

Andrei mira las estrellas.

—Podríamos quedarnos aquí hasta que decidamos dónde vivir —dice.

Me encojo de hombros.

—No me importaría eso, pero no estoy segura.

—¿Qué dices? —ríe él—. ¿No estás segura de ser feliz para siempre?

El aire salado está cargado de su propia fragancia mientras ya el sol comienza a salir. Siento el frescor del viento en mi piel mientras el barco llega al muelle. Las personas que más amo me rodean y, de alguna manera, todo salió bien a pesar de las probabilidades poco probables. Presiono mis labios contra la mejilla de Andrei y él pasa su brazo alrededor de mi hombro mientras nos tomamos un momento para asimilarlo todo.

—¿Qué hay si me paso el resto de mi vida haciéndote feliz? —susurra él contra mi oído.

Yo le sonrío.

—Tú ya lo haces.

FIN

¿Quieres ver dónde han acabado Paige y Andrei y cómo han construido sus vidas cinco años después? ¡Echa un vistazo al exclusivo epílogo extendido!

<https://BookHip.com/JNXXVBZ>